

Un secreto histórico. Un enigma bíblico. Un misterio mortal.  
Por el autor de *El final del círculo*.

# Los Custodios del Testamento

TOM EGELAND

EDICIONES B

Lectulandia

Un antiquísimo manuscrito aparece en Islandia. Para Bjørn Beltø, un peculiar arqueólogo, da comienzo una búsqueda sin tregua que lo llevará a recorrer medio mundo al encuentro de pergaminos, códigos y acertijos escritos en runas. Las huellas se ocultan en grutas islandesas, iglesias medievales noruegas, cámaras mortuarias y museos egipcios, además de en el Archivo del Vaticano y en la Biblioteca del Congreso de EE.UU. Bjørn Beltø se enfrentará a fuerzas poderosas y amenazadoras. Él no es el único que anda a la caza del valioso hallazgo, pues lo persigue un grupo de asesinos sin escrúpulos a las órdenes de un coleccionista de antiguos manuscritos religiosos, un jeque árabe inmensamente rico. Con asombro, Beltø descubrirá que, en el siglo XI, unos vikingos saquearon una cámara mortuoria egipcia de la que se llevaron una momia, un tesoro y un pergamino poseedor de un misterio de 3.500 años de antigüedad y capaz de cambiar la historia de la Humanidad.

# Lectulandia

Tom Egeland

## Los Custodios del Testamento

ePUB v1.0

mariolo 24.10.11

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: Paktens Voktere  
Traducción: Cristina Gómez Baggethun  
1.ª edición: noviembre 2008  
© 2007 H. Aschehoug and Co. (W. Nygaard), AS Oslo  
© de mapas, orlas y glifos: Marius Renberg  
© Ediciones B, S. A., 2008  
Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)  
Printed in Spain  
ISBN: 978-84-666-3661-2  
Depósito legal: B. 37.621-2008  
Impreso por A and M GRÀFIC, S.L.

# Introducción



El ankh egipcio



La T-ty rúnica



La cruz cristiana



Pentagrama



Allí murió Moisés, servidor del Señor, en la tierra de Moab, como había dispuesto el Señor. Lo enterró en el Valle, en la tierra de Moab, frente a Bet Peor. Nadie hasta hoy ha conocido su tumba.

Deuteronomio (Quinto libro de Moisés)



Mi cámara mortuoria está abierta y la luz entra a raudales en la oscuridad. El ojo de Horus me sacraliza y Osiris, el que se mantiene incorrupto tras la muerte, me abraza.

### Libro egipcio de los muertos



Tore Hund se acercó al cadáver de Olav y lo aseó. Luego lo tumbó, lo enderezó y lo cubrió con una tela, y más tarde contó que, en cuanto hubo limpiado la sangre que lo cubría, el rostro del rey apareció hermoso, con las mejillas sonrojadas, como si durmiera, y la tez mucho más clara que cuando estaba en vida.

Snorre

# Prólogo

Apenas un paso me separa de la muerte.

Primer libro de Samuel

Por eso la sabiduría de Dios ha dicho: les enviaré profetas y apóstoles; a algunos de ellos los asesinarán, a otros los perseguirán.

Evangelio según Lucas

Egipto

Año 1360 a.C.

Lentamente se acercó el cáliz que contenía el veneno a los labios.

A los pies del palacio, entre los velos de calor, vislumbraba el Nilo que brillaba y refulgía. En el cielo claro, el sol relumbraba como cobre fundido y, en la lejanía, el polvo del desierto formaba una bóveda grisácea de bruma.

Regueros de sudor le caían por la nuca y la espalda, y la arena se le pegaba a la piel como una obstinada corteza.

A pesar de haber diluido el veneno en miel y vino, la mezcla tenía un olor amargo y desagradable. Le habían permitido elegir cómo morir. Todos estaban reunidos a su alrededor —los visires, los sumos sacerdotes, los funcionarios y los generales— y aguardaban a que vaciara el cáliz. Sólo faltaban el faraón y la reina, pero tampoco iban a acudir.

Una paloma blanca pasó revoloteando ante la ventana y, por un momento, ensombreció el sol. Siguió al pájaro con la mirada antes de llevarse el cáliz a los labios.

Pergamino nórdico antiguo

año 1050

(introducido en el CODEX SNORRI en el año 1240)

Guárdate, lector de las runas secretas. Los tormentos del Duat, del Hel y del Infierno aguardan a quien descifre sin permiso los enigmas de los signos.

Tú, que custodias el secreto con tu honor y tu vida, eres el elegido. Tus asistentes divinos, Osiris, Odín y el Cristo Blanco, siguen tus pasos. ¡Te honramos, Amón!

Noruega  
Año 1070

El anciano vikingo tosió y miró por el ventanuco de la fría celda del monasterio que se elevaba en la ladera de la montaña. Un enorme banco de niebla llegaba desde el gran mar, pero él estaba casi ciego y no lo veía. Entre los pedruscos y los racimos de algas de la orilla del mar, las gaviotas chillaban en torno al cuerpo muerto de una foca. Lanzó un esputo y encorvó sus dedos reumáticos en torno a la pluma:

Odín, concédeme valor.

Me tiemblan las manos. Mis dedos curvados me recuerdan a las garras del águila. Tengo las uñas afiladas y resquebrajadas, mi aliento parece el de una criatura con estertores y mi mirada, que en otros tiempos había sido capaz de descubrir un busardo ratonero entre las nubes, o incluso distinguir la bandera que ondeaba en el mástil de una nave más allá del horizonte, permanece atrapada en una niebla eterna. Sólo al pegar la cara al pergamino, consigo adivinar el vago trazo de la tinta. Escucho el roce de la punta de la pluma contra la piel y respiro el olor del tanino. Así se padece la lenta muerte de la vejez.

Brage, concédeme memoria para verter mis recuerdos sobre este blanco pergamino. Han pasado más de cuarenta años desde que mi rey y señor, el hombre al que llaman Óláfr hinn helgi, Olav el Santo, fuera abatido por la espada en Stiklestad. Yo era su escudero y su amigo. Aún lo veo ante mí, irguiéndose sin miedo y firme en la fe, cuando Kalv le asestó el golpe de gracia y su dios lo acogió en su seno.

Para contentar a mi señor, me había dejado bautizar en nombre del Cristo Blanco. Pero durante todos aquellos años, rendí culto en secreto a los dioses de mis antepasados. Nunca osé confesarle a Olav mi traición. En secreto adoraba a Tor y Odín, Balder y Brage, Frøy y Frøya. Mis propios dioses me han apoyado a lo largo de mi vida. ¿Qué hizo el Cristo Blanco por mi rey? ¿Dónde estaba el dios de Olav cuando el rey luchaba en nombre del Señor en Stiklestad? Mis dioses me salvaron la vida y me han permitido vivir tanto tiempo que mi frágil cuerpo ya se está descomponiendo, las visceras se me pudren y la carne se me desprende de los huesos. Las puertas del Valhalla nunca se abrieron para mí, pero una pregunta me corroe: ¿por qué no me dejaron morir en plena batalla? Cuando Olav y yo éramos mozos y luchábamos como vikingos en reinos lejanos, miré muchas veces a la muerte a los ojos, pero las valkirias nunca fueron a buscarme. Aún saboreo la avidez de la sangre y vuelvo a sentir la fuerza salvaje que se apoderaba de mí cada vez que nos aproximábamos a una costa extraña. Me imaginaba los tesoros que nos aguardaban, el miedo en los ojos del enemigo, la palidez de los pechos y los muslos de las mujeres que mancillábamos. Luchábamos con arrojo, tal y como nos habían enseñado



nuestros padres y los padres de nuestros padres. ¿A cuántos matamos? A más de los que se pueden contar con los dedos de mil hombres. En mi interior, aún veo las miradas de aquellos a quienes asesiné al servicio del rey Olav. Capturábamos a hombres y mujeres que vendíamos como siervos, prendíamos fuego a sus casas y arrasábamos sus pueblos. Tal era nuestra costumbre.

Durante los últimos años, Olav sufrió remordimientos. Suplicaba a su dios que lo perdonara. Su dios no respetaba el honor del guerrero, pero si plegaba sus manos y se lo suplicaba, perdonaba en cambio los pecados que lo atormentaban. Aunque sólo si le rendía culto. Hipocresía. Nunca he entendido a este dios de lengua ambigua ni a su hijo divino: por eso sigo ofreciéndole sacrificios a Tor, Odín y Brage, el dios de la poesía de los skald. Me llaman Bård el poeta skald. Ninguno de mis cantos ha sido vertido sobre papel, pero todos siguen vivos en los labios de otros hombres. En el monasterio de piedra donde me cuidan, en el que llevo viviendo más de veinte años, me tratan como a un santo porque estuve cerca de rey Olav y del egipcio Asim. Ahora ambos descansan en la cámara mortuoria oculta de Asim, junto con los tesoros y los rollos de pergamino que sólo Asim podía leer.

Durante veinticinco años serví lealmente al rey: desde que éramos chiquillos hasta que la vida le abandonó bajo el abrasador sol de julio de Stiklestad, allá por Trøndelag. Ahora soy viejo. Me he propuesto dejar escrito el secreto —sobre el mejor pergamino que me ha podido proporcionar el monasterio, con una pluma afilada y buena tinta— acerca de la vida que compartí con mi rey. Antes de morir, quiero contar la historia de una expedición al reino del sol y al templo de los dioses extraños.

El viejo miró de nuevo en dirección al ventanuco. La niebla rodeaba el monasterio y las gaviotas habían callado. Volvió a posar la mirada sobre las palabras que había escrito. Las runas llenaban el blanco pergamino dispuestas en líneas simétricas. Consiguió ponerse en pie y, arrastrando los pies, se acercó al ventanuco. Apoyó los codos sobre el alféizar y se dispuso a contemplar sus recuerdos. El salado aroma del mar llevó sus pensamientos hacia la juventud, cuando se apostaba junto al mástil delantero de la nave vikinga Águila de mar, en compañía del rey Olav, cuya melena ondeaba al viento y su mirada estaba vuelta hacia reinos desconocidos.

TABLA RÚNICA  
IGLESIA MEDIEVAL DE URNES  
El culto sagrado  
de los dignos CUSTODIOS  
de Amón Ra  
conoce el sonoro  
secreto de las runas

\*\*\*

El Vaticano  
Año 1128

El rostro del cardenal obispo Benedictus Secundus relucía débilmente a la luz de los humeantes candiles. Arrojó la pila de pergaminos sobre la mesa e hincó la mirada en el archivero:

—¿Por qué no se me ha mostrado este texto hasta ahora?

—¡Excelencia! El documento copto se encontraba entre otros muchos que requisó el Vaticano hace más de un siglo. Desde entonces han estado en los sótanos y nadie los ha tocado... Bueno, hasta que el prefecto Scannabecchi mandó que se ordenaran y catalogaran. El texto copto es uno de los muchos que han sido traducidos recientemente. No teníamos ni idea del... —El archivero vaciló unos instantes, al tiempo que dejaba vagar la mirada entre el cardenal obispo y el caballero de confianza del Papa, Clemens de'Fieschi, que parecía una sombra apostada en la penumbra. Y al fin prosiguió—: Del carácter del texto.

—¿Quién escribió la traducción copta?

—Un egipcio, excelencia.

—Debería haberlo imaginado.

—Un cierto sumo sacerdote...

—¡Ah!

—... llamado Asim.

—¿Dónde se encuentra el texto original?

—El documento en papiro, por lo que sabemos, se encuentra en... Noruega.

La mirada del cardenal obispo vaciló desconcertada.

—Noruega —repitió el archivero—. El país de la nieve. Allá en el norte.

—Noruega. —El cardenal obispo tuvo que hacer un esfuerzo por contenerse. A continuación preguntó—: ¿Cómo ha acabado una colección de textos sagrados en manos de esos... bárbaros?

—No lo sabemos —susurró el archivero.

—Supongo que es innecesario recalcar la suprema importancia que tiene que el Vaticano se haga con el original.

El cardenal obispo se volvió hacia Clemens de'Fieschi y exclamó:

—¡Quiero que emprendáis viaje para buscar el original! Que vayáis a esa... tierra. Noruega.

Clemens de'Fieschi salió de las sombras exhalando un ligero suspiro.

—Excelencia —objetó el archivero al tiempo que revolvía la pila de pergaminos hasta encontrar lo que buscaba—, el egipcio Asim sólo proporciona la ubicación aproximada...

—¡Encontradlo! —le espetó el cardenal obispo, aún con la mirada fija en De'Fieschi—. Y traedlo de vuelta.

—¡Excelencia! —dijo De'Fieschi asintiendo con la cabeza. Las llamas del candil vacilaron con el ondear de su capa. Oyeron alejarse sus pasos y luego un portazo.

—¡De'Fieschi tiene que encontrar el original! —exclamó el cardenal obispo, más para sí mismo que para que el archivero lo oyera—. Si este manuscrito cayera en las manos equivocadas...

—No tiene que suceder.

—¡Ni una palabra! ¡A nadie!

El cardenal obispo dejó vagar la mirada por los estantes del archivo que se combaban bajo el peso de pergaminos, manuscritos, documentos, cartas y mapas, y se superponían desde el suelo hasta el techo. Plegó las manos y, con las palabras: «Mi señor Dios, ayúdanos a encontrar el texto de papiro», abandonó al archivero al miedo y al humo de los candiles.

Texto de un sepulcro

Monasterio de Lyse

AÑO 1146

\*IR:\*NIR:\*IRI:RN11YR

hir:huilir:sira:rutolfer

Aquí descansa el clérigo Rudolf

\*\*\*

Del Codex Snorri

AÑO 1240

Honorable custodio  
que descifras los enigmas de los signos:  
sólo tú encontrarás la piedra rúnica  
en el último sepulcro del pentagrama  
donde descansa el obispo Rudolf.

\*\*\*

Islandia  
Año 1241

La noche que fueron a matarlo, permaneció un buen rato en el patio mirando las estrellas. Sentía un dolor, una premonición. Al sentir la corriente del norte se estremeció. Se había pasado más de una hora en las aguas termales de la poza, y finalmente se había secado y vestido. Sobre el tejado de la casa veía la luna que relucía en el vapor del agua de la poza; el vacilante reflejo recordaba vagamente a la aurora boreal. Se rascó sus grises barbas y le pegó a la hierba seca una patada con la bota. Aborrecía aquellos estremecimientos del alma: le quedaba tanto por hacer... Los años no le pesaban, en absoluto; era ágil y rápido como un cordero. Bueno, casi. Una estrella fugaz cruzó el firmamento. ¿Sería una señal? Inspiró profundamente y mantuvo el frío dentro. En algún lugar del patio ladró un perro y, en la cuadra, relinchó un caballo.

Luego volvió a hacerse el silencio en el mundo.

«Bueno —murmuró para sus adentros—, bueno, bueno.»

Entró y subió por las escaleras. El séptimo escalón crujía. Una vez dentro de su cuarto, se sentó pesadamente en la cama, sobre las pieles que la criada había sacudido y doblado. Y así se durmió, con la ropa puesta y la cabeza apoyada contra los bastos troncos de los que estaba hecha la pared.

Relinchos de caballos.

Gritos.

Una verja de madera que cede; hecha añicos.

Alguien brama un nombre, su nombre.

Los sonidos se entretejían con sus sueños, le vibraban los párpados y, de pronto, se despertó. Se levantó bruscamente y tuvo que agarrarse al poste de la cama para no perder el equilibrio. Desde el exterior llegaba el jaleo y el intenso ladrido de los perros. Miró hacia afuera por un ventanuco y vio que el patio estaba lleno de hombres armados. En medio de todos ellos, a la luz de las antorchas, reconoció a Gissur. Se quedó petrificado. ¡Gissur! Había cometido la imprudencia de casar a su hija Ingibjörg con aquel bastardo. ¿Era aquella la premonición que lo había estado atormentando? Gissur y él eran enemigos acérrimos, pero ¿esto? Aunque no se podía esperar otra cosa de un miserable que se había puesto al servicio del rey noruego.

El corazón le latía con fuerza, pero no quería reconocer que el miedo se había apoderado de él. «La muerte no puede llegar en una noche así —pensó—, en una noche tan apacible y despejada.»

Abrió el baúl que había junto a la pared y enterró las manos entre las lanosas

prendas de ropa hasta que sus dedos encontraron el mecanismo de cierre de la caja secreta. La cerradura se abrió. Sus manos se cerraron entonces en torno a los pergaminos enrollados. ¡Nunca debían caer en manos de Gissur y el rey noruego! Se metió el pergamino bajo el jersey, bajó sigilosamente las angostas escaleras y se escabulló por el sendero. Al abrigo de la oscuridad, se deslizó a lo largo de la casa y entró en la del padre Arnbjørn.

El cura estaba sentado en la cama, tapado con la piel de oveja hasta la barbilla. Suspiró aliviado cuando reconoció al patriarca.

—¿Quién...?

—¡Gissur y sus hombres!

—¡Gissur! —El cura se santiguó y, tras salir vacilante de la cama, exclamó—: ¡Tienes que esconderte! ¡Ya sé dónde! El pasillo del sótano. Allí, en la alacena.

—¡Antes debes prometerme que me ayudarás!

Las palabras tuvieron una extraña resonancia. Sonaban tranquilas, atractivas, sin miedo. Sacó el rollo de los pergaminos.

—¡Arnbjørn, escucha mis palabras!

La boca de Arnbjørn estaba medio abierta y en su respiración resonaba el eco de los latidos de su corazón.

—Te escucho.

Le tendió los pergaminos. Por un momento ambos sostuvieron el rollo de piel.

—Si al salir el sol no sigo con vida, Arnbjørn, es que tienes una misión. Una misión más importante que cualquier otra cosa en la vida.

El sacerdote asintió en silencio.

—Tienes que llevarle estos pergaminos a Thordur kakali a escondidas. —Clavó la mirada en el cura y añadió—: Y nunca debes decir una sola palabra sobre esto. ¡Nunca! ¡Ni una sola palabra! ¡A nadie! ¿Me oyes?

—¿Qué he de decirle a Thordur?

—Él comprenderá.

Thordur era el siguiente custodio en Islandia. Si había en esa tierra alguien en quien Snorre confiara, ése era Thordur kakali, el hijo de su hermano.

Y entonces soltó el pergamino.

—¡Protégelo con tu vida! Aunque te amenacen con sacarte los ojos, no debes darles los pergaminos ni revelar dónde los tienes. —El cura tomó aire y retrocedió un paso—. ¡Ni siquiera decir que los conoces! ¿Puedes prometerme eso, Arnbjørn, en nombre de Dios?

El cura vaciló unos breves instantes, sin duda el tiempo que le llevó considerar la posibilidad de que le sacaran los ojos, y respondió:

—¡Por supuesto!

—Confío en ti, amigo mío. ¡La paz sea contigo, padre Arnbjørn!

Con esas palabras dejó al cura y se adentró corriendo en la noche. La oscuridad le helaba la piel. Oía el vocerío de los hombres de Gissur que registraban el patio, las coces y el relinchar de los caballos, el ladrido de los perros y los chillidos indignados de la gente de la granja que protestaba por el comportamiento de la cuadrilla. La trampilla que conducía a uno de los pasadizos estaba detrás de un cobertizo de herramientas. La abrió y avanzó corriendo en la más absoluta oscuridad mientras palpaba con las manos las estrechas paredes de piedra. Al cabo de unos diez o doce metros se estampó contra una pared de madera. «¡Demonios!» Sacó un manojito de llaves, abrió la puerta y entró en una habitación. El aire olía a trigo, moho y aguamiel fermentada. Se escondió entre unas tinajas de trigo dispuestas a lo largo de la pared. «No se van a rendir hasta que me encuentren», pensó.

Cuando lo hallaron, prorrumpieron en gritos y vítores, apartaron las tinajas a patadas y lo sacaron a rastras de su escondrijo. A la luz de las antorchas pudo ver que eran cinco hombres. Reconoció a Arni beiskr —Arni el amargo— y a Simon knute —Simon nudo—. Gissur, sin embargo, no estaba entre ellos. El muy miserable.

A sus espaldas, en la oscuridad del túnel, reconoció al padre Arnbjørn.

—Mi señor —gritó el cura presa del pánico—, han prometido clemencia.

—Está bien —dijo en un susurro que el cura apenas lo oyó.

—¡Calla, cura! —gritó Simon knute.

—¡Gissur ha prometido perdonarte la vida! —insistió Arnbjørn—. Ha dicho que no podría haber reconciliación si no te veía...

Su voz se fue apagando en cuanto comprendió que le habían engañado para que traicionara a su patriarca.

Uno de los hombres se echó a reír.

—¿Dónde están los pergaminos? —gritó Simon knute.

—¿Dónde los has escondido? —bramó Arni beiskr.

¿Qué pensaban de él?

Simon knute arrimó la cara a la suya.

—¡Sabes que acabaremos encontrándolos, viejo! ¡Aunque tengamos que desmontar la granja tronco a tronco!

Así continuaron, hasta que perdieron la paciencia.

—¡Vas a tener que usar el hacha! —le dijo Simon knute a Arni beiskr.

Los guerreros lo miraron.

—¡Habla! —gritó Arni beiskr.

No sentía más que una profunda calma, la certeza de que su vida había acabado, y de que había sido una vida rica y dramática, no podía negarlo, una vida no muy distinta a la que había descrito en sus sagas.

—El hacha no se usará —dijo con voz firme. Eigi skal höggva.

—¡El hacha! —repitió Simon knute.

No tenía miedo, pero quería morir con honor. No quería abandonar la vida con el rostro desfigurado por los cortes del hacha y la espada. Un hachazo de gracia en el corazón habría sido más honroso.

—El hacha no se usará —repitió con autoridad, mirando a sus asesinos a los ojos.

Arni beiskr fue el primero en atacar. Alcanzó una arteria y la sangre salió a borbotones. «Aún me queda savia», pensó, y se derrumbó. Se abalanzaron sobre él. En el túnel resonaba el gimoteo del padre Arnbjørn. «Ojalá mantenga su promesa y le lleve los pergaminos a Thordur kakali», pensó.

Y así, rodeado de enemigos y bañado en su propia sangre, Snorre Sturlason vio cómo se extinguía su vida.

Piedra rúnica  
Palacio Miércoles  
Año 1503

Tord talló estas runas lejos del reino de los antepasados a través de mares revueltos y montañas desconocidas. Por bosques y sobre lagunas hemos traído el objeto sagrado que nacimos para custodiar.

\*\*\*

El Vaticano  
Año 1503

El papa Julio II miraba atónito al cardenal obispo recién nombrado, Giuliano Castagna.

—Haz el favor de repetirlo —dijo el Papa—, ¿dónde se encuentra el manuscrito?

—Divino padre, sé que parece completamente increíble... Pero el mensajero de la reina Isabel nos ha entregado la carta esta mañana. Como puede ver por el sello, es auténtica.

El Papa cogió el papiro enrollado con el sello roto, lo leyó negando con la cabeza y, al acabar, se lo devolvió al cardenal obispo.

—¿Y se trata de los pergaminos originales de Los textos sagrados de los que nosotros tenemos una traducción copta?

El cardenal obispo Castagna asintió.

—¿El mismo papiro que tu predecesor Secundus intentó rastrear hace casi cuatrocientos años? —preguntó el Papa.

—Inconcebible, pero cierto.

—¿Y cómo fueron los textos a parar allí?

—Esa historia —dijo el cardenal obispo—, también es increíble.

El Papa alzó la mirada hacia el cielo estrellado de la cúpula de la Capilla Sixtina.

—Realmente vamos a tener que hacer algo con este techo —murmuró y, tras arrastrar la mirada hacia el cardenal obispo, añadió—: si esto saliera a la luz, ¡sería una catástrofe! Para la Iglesia, para el Vaticano y para el mundo.

—Me atrevería a sugerir una solución osada.



# Primera parte

## El Manuscrito

[...] allí mataron a tres curas y quemaron tres iglesias, luego retornaron a casa en sus naves.

Snorre

El templario es ciertamente un caballero sin miedo, porque su alma está protegida por una armadura de fe.

Bernardo de Claraval

En verdad nos acaecerá lo que han dejado dicho las runas.

Håvamål

# El asesinato del clérigo

Islandia

Año 2007

1

El clérigo Magnus está muerto. Flota boca abajo, como si hubiera tomado aire y estuviera buscando algo en el fondo de la poza. Su melena forma una gloria gris en el agua y sus manos, blancas como la tiza, rozan las ondulaciones.

—¿Magnus?

Mi voz suena débil y frágil.

Sus ropas flotan a su alrededor como algas pardas en la superficie del agua y, en el fondo, relumbran las monedas que los turistas han arrojado al agua.

Grito una vez más su nombre. En algún lugar grazna un cuervo.

Soy incapaz de moverme, tal vez simplemente esté tratando de posponer lo inevitable: tener que sacarlo del agua caliente del manantial y enfrentarme a su mirada sin vida.

No ha caído al agua accidentalmente. La poza no es profunda: podría haberse levantado sin dificultad.

Alguien lo ha matado. Alguien ha ahogado al clérigo Magnus.

Me arrodillo, lo agarro por los tobillos y lo saco del agua, que huele ligeramente a azufre. Magnus pesa. Tiene la ropa empapada y, cuando lo vuelco hacia arriba, le sale agua de la boca. Busco un pulso que hace mucho que se detuvo. Tiene la cara roja e hinchada, ha perdido las gafas y tiene los ojos abiertos de par en par, y vacíos.

«Ay, Magnus —susurro—, ¿qué te han hecho?» O quizá lo diga para mis adentros. Cojo su mano en la mía, tiemblo. Su barba gotea y la ropa se pega a su cuerpo rechoncho.

La poza circular está rodeada de losas de piedra y algunas plantas rebeldes asoman entre las juntas. Una ráfaga de viento sopla sobre la muerte.

Luego le suelto las manos y llamo al 112.

2

Mientras espero a la policía, subo corriendo a la residencia del párroco para ver si han robado el manuscrito.

La puerta está abierta. Atravieso corriendo la entrada y el salón de las visitas, y entro en el despacho. Aquí pasamos la noche de ayer, estudiando el quebradizo pergamino, el Codex Snorri, una extraña colección de códigos, textos, mapas y

símbolos ocultos. Eran casi las dos de la mañana cuando decidimos dejarlo por ese día. Recuerdo la delicadeza con la que recogió el manuscrito y lo guardó bajo llave en un cajón del escritorio. La llave colgaba del manojito enganchado a su cinturón.

Ahora el manojito de llaves y la cadena penden del cajón abierto.

El códice de Snorre ha desaparecido.

Alguien ha robado el arcaico manuscrito.

Puedo imaginármelo todo. Mantuvieron su cabeza bajo el agua, lo amenazaron y, al final, flaqueó y reveló contra su voluntad dónde estaba el pergamino. Es natural. Yo habría hecho lo mismo. Un par de ellos subieron corriendo a la casa y, al encontrar el códice en el cajón del escritorio, los malditos le metieron la cabeza bajo el agua. Y él luchó y luchó, hasta que dejó de respirar y se quedó callado y flácido, y entonces lo dejaron ahí flotando entre los demás cadáveres del agua.

En la poza de Snorre Sturlason.

Las sirenas desgarran el silencio.

Una bandada de cuervos echa a volar y desaparecen quejumbrosos tras la espalda del monte. Lögregla y sjúkrabíllinn —la policía y la ambulancia— llegan a tal velocidad que me pregunto si habrán venido desde Borgarnes echando una carrera. Quizás habrían preferido no tener que detenerse ahora que por fin han cogido velocidad. Supongo que no han entendido que hace horas que su llegada no urge.

Indico al coche de policía y a la ambulancia cómo llegar a la poza por el camino lateral. La luz azul de las sirenas reluce y parpadea. Las sirenas se apagan con un quejido, primero una y luego la otra. A través de las lunas delanteras vislumbro las caras: escépticas, expectantes y aturdidas.

¿El clérigo Magnus?

¿Muerto?

¿En la poza de Snorre?

¿Asesinado?

Les cuesta creerlo. Reykholt es un lugar apacible en esta tierra. El último asesinato en Reykholt tuvo lugar hace 766 años. Una noche de 1241, Snorre Sturlason fue asesinado por los hombres de Gissur Torvaldsson, por encargo del rey Håkon Håkonsson de Noruega.

Por ahora soy el único que sabe que ambos asesinatos están conectados.

# El crescendo

1

—¡He encontrado algo fantástico, Bjørn!

Como sacerdote que era, el clérigo Magnus salvaba a la gente de la perdición. Yo, en tanto que arqueólogo, salvo el pasado del olvido.

Acompáñame unos días atrás en el tiempo, sólo un par de días, permíteme que rebobine hasta el sábado por la mañana:

En pie, el clérigo Magnus sonreía expectante bajo la luz del sol cuando entré con el coche en el aparcamiento de Reykholt, el viejo reino de Snorre en Islandia. Cuando cierro los ojos, puedo verlo ante mí a través del reflejo de la luna delantera, emocionado y completamente vivo. Paré el coche y el clérigo Magnus me abrió la puerta. Nos abrazamos torpemente, como suelen hacerlo los hombres, con cierta aprensión por mostrar el cariño que nos teníamos.

—¡Gracias por venir, Bjørn! ¡Gracias! ¡No te arrepentirás!

—¿Cuándo tienes pensado contarme lo que has encontrado?

—¡Pronto, Bjørn, pronto!

Nos conocimos hace unos tres años, en un simposio interdisciplinar sobre Snorre Sturlason, el patriarca y cronista de las sagas. El clérigo Magnus pronunció una conferencia sobre los paralelismos entre el Snorre medieval y el Sócrates de la Antigüedad, ambos gestores de la sabiduría y comunicadores de enseñanzas. Mi conferencia versó sobre la tensa relación entre Snorre y el rey del clan de los birkebeiner. Håkon Håkonsson.

Y así nos hicimos amigos.

Hace una semana me llamó para invitarme a Islandia, pero yo andaba mal de tiempo. Le expliqué que estaba muy ocupado con las excavaciones de la granja real de Harald Hårfagre —Harald Cabellera Hermosa—, en Karmøy, pero no quiso escucharme. Tenía que ir, había encontrado algo, algo histórico. Si no le hubiera conocido tan bien, lo habría tomado por un chalado. Pero el clérigo Magnus era un prudente sacerdote de campo, que rara vez se dejaba sacar de sus casillas.

—Bueno, ¿qué has encontrado?

Con la maleta en la mano, seguí a Magnus a unos pasos de distancia mientras subía por el sendero que llevaba a la Casa de Snorre, el centro de investigación vinculado a la iglesia y al museo. Sus andares eran oscilantes, como si tuviera las piernas demasiado cortas. Quedaban dos coches en el aparcamiento: el BMW de tracción en las cuatro ruedas del clérigo Magnus y mi coche alquilado.

—¡Un códice! ¡Una colección de pergaminos...!

—¿De qué tratan?

—¡... Escritos sobre la más suave de las pieles de cordero! Una colección manuscrita de misteriosos textos y poemas, mapas e indicaciones, símbolos y códigos.

—¿Sobre qué tratan? ¿De qué época son? ¿Quién ha escrito el texto?

—¡Paciencia, amigo mío, paciencia!

El clérigo Magnus siempre hablaba despacio, al compás del metrónomo del alma, como solía decir él.

—¿Por qué has querido que viniera precisamente yo?

—Pero Bjørn, es evidente.

No sé si se refería a que yo era su amigo o si apuntaba hacia un acontecimiento ocurrido hacía algunos años. Yo era el inspector noruego de las excavaciones arqueológicas donde descubrimos el cofre de los secretos sagrados, un cofre de oro que contenía un manuscrito que me proporcionó cierta fama en los círculos académicos.

El clérigo Magnus abrió la puerta del apartamento para investigadores que me iban a prestar. Dejé la maleta en la entrada, luego lo agarré por la manga de la camisa y lo arrastré hasta el salón, donde lo obligué a sentarse en una silla.

—¡Se acabó! ¡Cuéntamelo ya!

Si no fuera por la perilla y la trama de arrugas, su cara podría haber sido la de un niño. Solemne y ceremoniosamente, como si se enfrentara a un sermón, carraspeó:

—Permite a tu amigo hacer una exposición cronológica.

—¡Anda, vamos, empieza de una vez!

—Todo empezó hace un par de semanas. Tuvimos una defunción en el distrito. Un hombre mayor e inválido. La verdad es que no fue una sorpresa. Tras el entierro, se me pidió que ayudara a la familia con la que el anciano había vivido con el apoyo de la parroquia a revisar la considerable colección de documentos que había dejado. La obsesión del viejo era la genealogía. La investigación de las líneas familiares. En la colección había todo tipo de cosas: desde informes científicos modernos hasta manuscritos y líneas familiares islandesas. Los campesinos con los que vivía son miembros activos de la parroquia y amigos míos. Ellos eran sus herederos y me pidieron ayuda cuando la compañía islandesa deCODE, que usa la investigación genética para el desarrollo biofarmacéutico de medicamentos, se ofreció a comprar la colección.

—¿Y para qué la quería deCODE?

—Islandia tiene el banco de genes más singular del mundo. La línea genética de gran parte de la población puede rastrearse hasta los tiempos de la colonización de Islandia. Supongo que deCODE esperaba que la colección del viejo pudiera arrojar nueva luz sobre líneas familiares desconocidas. Mi amigo el granjero quería la

opinión de un especialista para que la compañía no se llevara algo que debiera ser entregado al archivo de manuscritos de Reikiavik.

—¿Qué encontraste?

—La colección era única. ¡En serio! Libros antiquísimos, cartas, pergaminos, manuscritos. Algunos de ellos apenas se mantenían íntegros. Mapas, transferencias de propiedad. Entre los pergaminos encontré unas notas de 1453 acerca del clan de sturlung, la rama familiar de Snorre.

Intenté intercalar una pregunta, pero me detuvo con un movimiento de manos.

—Cuando iba a guardar uno de los pergaminos, descubrí que la cubierta de piel estaba algo abultada. Así que... —carraspeó atenazado por la culpa y confesó—: rompí la carcomida costura para ver lo que había dentro.

—¿Que hiciste qué?

—¡Escucha, hombre! Dentro de la cubierta encontré un texto más antiguo.

—¿Rompiste la cubierta?

—La colección de pergaminos que había dentro de la cubierta estaba encuadernada como un libro. Un códice.

—Romper un objeto de anticuario es vandalismo. Y tú lo sabes.

—Hice algo terrible, Bjørn.

—Desde luego, tendrías que haber conseguido que el conservador de algún museo te abriera la cubierta.

—Escucha, hay más.

—¿Más? Que rompieras la cubierta ya es lo bastante grave.

—Algo en el texto. —Se le puso la mirada como ausente, soñadora—. Algo en el sonido de las palabras, algo de la letra, algo en todas aquellas figuras geométricas...

—¿Qué hiciste?

—¡Sabes que soy un sacerdote honrado y decente!

—Magnus, ¿qué hiciste?

Me miró avergonzado.

—Me metí los pergaminos debajo de la chaqueta y me los traje a casa. —Su mirada se arrastró por el suelo—. Los robé, Bjørn.

2

Más tarde, aquel mismo día, mientras un viento desapacible llegaba desde las montañas, el clérigo Magnus me enseñó el códice. Estábamos sentados en uno de los salones de la residencia del párroco, a tiro de piedra de la Casa de Snorre.

Un gesto de dolor martirizaba su rostro.

—¿Qué te atormenta? —pregunté.

Agitó la cabeza apesadumbrado.

—¿Te avergüenzas de haber robado los pergaminos?

—Hay más. Yo... No, ahora no. Quizás en otra ocasión.

De un cajón cerrado con llave de su escritorio sacó una caja envuelta en papel de estraza y periódicos. Apartó varias capas de papel y me tendió el manuscrito. La colección de pergaminos estaba llamativamente bien conservada. Deslicé los dedos sobre la piel amarillenta.

—¿Y esto qué es? —susurré.

Abrí el códice con delicadeza. Las cinco primeras páginas estaban escritas en runas; luego llegué a una zona de una piel más pálida que estaba escrita en latín. Había tres signos marcados en la piel:

Un ankh egipcio, el signo rúnico ty, y una cruz cristiana.

En la página siguiente aparecían dos mapas: uno del sur de Noruega y otro de Islandia occidental.

Y un pentagrama.

—Geometría sagrada —dijo el clérigo Magnus.

Lo que faltaba.

—Para serte completamente sincero —dije con paciencia—, nunca he entendido si la geometría sagrada es mitología o ciencia.

—O algo a medio camino... —puntualizó él.

—Tú eres el sacerdote.

En la universidad tuvimos un lector invitado que consiguió convencernos, incluso a los más escépticos como yo, de que nuestros antepasados estaban influidos por las ideas griegas y egipcias sobre la matemática, la astronomía, la geografía y la geodesia —la disciplina sobre la que se basa la cartografía—. Por medio de mapas y fotografías de satélites, nos mostró que los objetos y lugares sagrados de la Edad Media estaban ubicados conforme a modelos geográficos, geométricos y matemáticos.

Pero aun así...

El clérigo Magnus pasó las hojas hasta los caracteres latinos y señaló la letra.

—¡Mira esto! Esta letra se llama «minúscula carolingia». Es el fundamento de la letra de nuestro tiempo. Un hito en la caligrafía.

Le dirigí una mirada que sé que puede resultar enervante, sobre todo cuando se ve ampliada por los gruesos cristales de mis gafas. El clérigo Magnus puso el dedo sobre dos diminutos signos al final de la página y me tendió la lupa.

—¿Ves las dos eses?

—¿Sí?

—Quizá ya lo entiendas...

Pero yo no entendía nada en absoluto.

—S.S. En combinación con la minúscula carolingia... Bjørn, ¿no lo entiendes? S.S. ¡Snorre Sturlason! ¡Fue Snorre quien escribió las letras latinas!

Miré asombrado el texto. En el exterior, el viento acariciaba las esquinas de las casas con un sonido quejumbroso.

—El texto lo escribió a mano el Snorre Sturlason en persona —continuó el clérigo Magnus.

—¿Estás seguro?

—¿No es increíble, Bjørn?

Si el clérigo Magnus tenía razón, el códice era un hito histórico, un pedazo de la historia de la humanidad. Snorre apenas escribió nada; él solía dictar. Rodeado de un grupo de escribientes, Snorre dictó su Opus sobre los reyes vikingos y los mitos de los dioses. Los investigadores aún están discutiendo si fue el propio Snorre o alguno de sus escribientes quien escribió un añadido al margen en un máldagi islandés, un acuerdo.

—Que el propio Snorre escribiera parte del texto y no lo dejara en manos de su escribiente de confianza significa que el contenido tenía que ser enormemente delicado —dijo el clérigo Magnus.

—Pero ¿por qué mezcló Snorre sus propios textos y pergaminos con un manuscrito aún más antiguo escrito en runas?

—Si yo lo supiera...

Pasamos las hojas con cuidado.

—¿Sobre qué trata el texto?

—Indicaciones. Reglas. Profecías...

Volvió una página y encontró un texto escrito en islandés antiguo:

El sumo sacerdote Asim dijo que llegarán los tiempos cuando los custodios devuelvan a el divino a su lugar de descanso, bajo el cielo sagrado, en el aire sagrado, en el peñasco sagrado; y pasarán mil años; y la mitad del tiempo transcurrirá en la niebla de la corrupción y la depravación; y de la legión de custodios sólo quedarán tres; y los tres son leales, son limpios de corazón y su número es tres.

—¿Qué significa? —pregunté. —Ni idea. Pero las palabras al menos son legibles. —¿Qué quieres decir?

—¡Grandes partes del texto son completamente incomprensibles!

—¿Una lengua desconocida?

—Partes del texto están cifradas. —Lo miró atónito—. ¿Puedes creerlo, Bjørn?

—¿Cifradas?

—Es completamente inconcebible. Algunos poemas y párrafos están cifrados.

Entendió que yo precisaba algo de tiempo para asimilar tal afirmación.

—¿Por qué estás tan sorprendido? ¡Hace milenios que se cifran textos!

—Pero... ¿textos de Snorre?

—Si quería escribir algo secreto, ¡no le quedaba más remedio que ocultar el significado!



Avanzó hasta la última página del pergamino y señaló un poema de bella caligrafía rodeado de un hermoso marco. Intenté leerlo, pero incluso para un profesor adjunto más o menos espabilado como yo, que además domina la lengua nórdica antigua, el texto parecía un auténtico galimatías.

—Treinta y tres palabras distribuidas en seis líneas —dijo—. Un texto incomprensible. Así que he estado buscando los significados del número treinta y tres.

—¿Y qué has encontrado?

—Es la edad que tenía Jesús al morir. Pero también es un número central en la numerología mágica. El treinta y tres es un número sagrado para los masones.

—No había masones en tiempos de Snorre.

—¡Exacto! Por eso creo que es una mera casualidad que el mensaje tenga treinta y tres palabras. —Rompió a reír y siguió pasando las hojas. Señaló con el dedo un texto de dieciocho líneas y exclamó—: ¡Otro guirigay!

—¿Sabes descifrar textos?

—Desde luego que no. ¿Y tú? —Negué con la cabeza—. Pero conozco a alguien que sí sabe.

### 3

No estoy del todo seguro de si Terje Lønn Erichsen es más amigo o más colega. Al igual que yo, es una ameba social. Es profesor adjunto e investigador en el Instituto de Estudios Lingüísticos y Nórdicos de la Universidad de Oslo. Por lo general trabaja con un proyecto de investigación sobre la división de la antigua lengua nórdica en noruego, sueco, danés e islandés. Me aventuraría a decir que Terje es un genio para los idiomas. Una de sus aficiones es descifrar códigos. A los dieciséis años descifró por su cuenta, y sin consultar a Thomas Phelippes, los códigos de las cartas entre la reina escocesa María Estuardo y sus colaboradores fuera de la cárcel.

Cuando llamé a Terje y le expliqué para qué necesitaba su ayuda, no me costó percibir cuánto se entusiasmó. Palabra por palabra, línea por línea, le dicté el texto de Snorre. El clérigo Magnus me contemplaba con una sonrisa de medio lado, como si le resultara completamente increíble que alguien pudiera descifrar los códigos medievales de Snorre. Ni siquiera uno de mis peculiares amigos.

### 4

El dormir sin soñar puede recordar a la muerte, si no se tiene en cuenta el detalle de que uno se despierta. Hay mañanas en que me despierto con el alma soleada, arrullado por el Romeo y Julieta de Prokófiev que suena cada vez que me llaman al

móvil.

—¡Buenas noticias! —me gritó Terje al teléfono.

—¿Mmm...? —farfullé, intentando ahuyentar el sueño de la voz.

—¡He descifrado el código!

—No me digas que te has pasado toda la noche trabajando en eso.

—¡No te puedes imaginar la gracia que tiene!

—¿Tiene gracia?

Aprisioné el móvil entre la oreja y el hombro y entreabrí la ventana. El viento del Atlántico Norte hizo bajar al menos doscientos grados la temperatura de la habitación.

—El código de las runas era un simple C-3. César 3.

—¿César 3?

—Caesar shift cipher. El nombre del sencillo código que empleaba Julio César para despistar a los curiosos cuando enviaba mensajes importantes a sus generales. César sustituía cada signo por un signo que quedaba determinado un número de puestos más adelante en el abecedario. C-3 significa que cada signo se sustituye por el signo que queda tres puestos más allá. Así la A se convierte en una D, la B en una E y así sucesivamente.

—¿Quiere eso decir que tienes una traducción?

—¿Acaso no me llamaste para eso? Empecemos por el primer poema. — Carraspeó antes de empezar a leer:

*Busca la respuesta en la saga de la cruz  
porque el número es mágico  
y el número es palabra de Dios  
y el número has de encontrarlo  
en el árbol de la vida y en las tribus perdidas  
y el número de los sacramentos te indicará el camino.*

—Caramba —murmuré.

—¿No es magnífico?

—Bueno. Sí.

—¿No lo entiendes?

—No del todo.

—A ver, «la saga de la cruz»...

—La saga de la Santa Cruz. La última saga que escribió Snorre antes de morir.

—«Porque el número es mágico y el número es palabra de Dios.» Verás. La «palabra de Dios» pueden ser los Diez Mandamientos. El «árbol de la vida» es una referencia a la cábala y al misticismo judío y hace referencia a la aparición de Dios en

el mundo en diez estadios. Y «las tribus perdidas»... Bueno, ¿a qué puede referirse sino a las diez tribus perdidas de Israel?

—Diez —dije—. ¡El número diez se repite!

—¡Bingo!

—¿«Y el número de los sacramentos»?

—Que son siete. Los siete sacramentos. ¿Lo entiendes ahora?

—Ni una palabra.

—Debe de ser muy pronto para ti. ¿Qué hora es en Islandia? El texto señala hacia dos números: ¡diez y siete!

—Eso lo he cogido. Pero ¿y qué?

—¡Bjørn, estás atontado! Para encontrar el mensaje tenéis que buscar en La saga de la Santa Cruz apoyándoos en combinaciones de diez y siete.

—¿Combinaciones de diez y siete?

La última saga de Snorre Sturlason es la menos conocida y la más infravalorada. La saga está escrita como un cuento, una fábula, y muchos investigadores dudan de que fuera Snorre quien la dictó. La historia trata sobre el mítico rey vikingo Bård que, en una expedición a Jorsalaland, el nombre que los vikingos daban a Jerusalén, roba la cruz de Jesús. Una vez de vuelta en Noruega, planta la cruz, que no tarda en convertirse en todo un bosque de cruces. Más adelante cuenta cómo se abaten sobre Noruega cruzados, templarios, sanjuanistas de la orden de palma y soldados del Papa. Probablemente Snorre escribió La saga de la Santa Cruz en 1239, justo después de visitar Noruega por segunda y última vez. Había huido de la lucha por el poder entre Skule jarl, el duque Skule, y el rey del clan de los birkebeiner, Håkon Håkonsson. Así se vivía y se moría en aquellos tiempos. Combinaciones de diez y de siete...

—¿Y el otro texto? —pregunté.

—Igualmente incomprendible. Lo he descodificado, pero no he tenido tiempo de analizarlo e interpretarlo. El texto está escrito para lectores con referencias que a nosotros nos faltan. Leyó su traducción provisional:

*Honorable CUSTODIO*

*que lees estas palabras secretas:*

*sólo tú sabrás que el pentagrama sagrado de Asim*

*y las runas secretas de la cruz de la iglesia*

*te conducirán a las cámaras mortuorias sagradas*

*y a la más sagrada de todas,*

*que es la primera tumba.*

*Honorable CUSTODIO que descifras los enigmas de los signos: sólo tú encontrarás la piedra rúnica en el último sepulcro del pentagrama donde descansa el*

*obispo Rudolf.*

*Honorable CUSTODIO que conoces la historia oculta: sólo tú sabrás que la piedra rúnica conduce a las runas secretas de la tabla rúnica, la armonía y el retablo.*

5

—¡Soy una persona horrible!

El clérigo Magnus estaba adormilado ante la ventana de la cocina, tomándose su café de la mañana cuando llegué corriendo con las traducciones de Terje en la mano. Tenía un aspecto terrible. Como tantos otros de nosotros, el clérigo Magnus tendía a padecer pesadumbre y autocompasión. Por propia experiencia sé que no hay nada que urja cuando uno tiene el ánimo melancólico. Me serví un poco de café recién hecho, lleno de posos, y me senté a la mesa de la cocina.

—Escucha —dije introduciéndome un terrón de azúcar entre los labios—, eso que tú llamas el «robo» de los pergaminos es poco más que un préstamo temporal, al servicio de la ciencia.

Su suspiro implicó el Día del Juicio.

—Magnus, mañana iré personalmente al Instituto de Manuscritos e informaré sobre el hallazgo. Lo comprenderán. Y entonces dejarás de llevar el peso de este pecado sobre los hombros.

—¿Crees que el don del perdón conoce límites?

—Compañero...

—No me conoces tan bien como crees. ¡Hay más! Yo...

—¡Vamos, hombre! ¡Tan malo no puede ser!

—Tenemos que entregar el códice al instituto de manuscritos.

—Por supuesto, cuando hayamos acabado, yo hablaré con ellos. Así el instituto y nuestro Señor correrán un tupido velo sobre lo que has hecho.

—Bjørn... Voy a recibir visita. Mañana...

—¿Visita?

—Me he ido un poco de la lengua.

—¿Quién viene?

—Investigadores. Del Instituto Schimmer. Quieren ver más detenidamente los pergaminos.

—¿Has informado al Instituto Schimmer?

Tuve algo que ver con ellos durante el difícil período asociado al hallazgo del cofre de los secretos sagrados en un prado del monasterio de Værne en Østfold. El Instituto Schimmer, que se encuentra en un desierto de piedra en Oriente Próximo, es

el centro de investigación teológica más puntero del mundo.

—No tengo fuerzas para explicártelo. Ahora no. Van a mandar a unos expertos.

—Pues vamos a tener que darnos prisa. ¡No puedes dejar que se hagan con el códice!

—Sólo quieren verlo.

—Eso dicen ellos. Te van a ofrecer una fortuna.

Estuvo a punto de decir algo, pero luego negó con la cabeza.

—Tengo una noticia que te va a animar.

Le mostré la hoja con la traducción del texto que había descifrado Terje a lo largo de la noche. Luego le mostré la referencia a La saga de la Santa Cruz.

—¡Maldita sea! —exclamó. Se bebió el último trago de café y escupió los grumos—. ¡Vamos! ¡Tenemos mucho que hacer!

La traducción de Terje del texto codificado había animado tanto al clérigo Magnus que tuve que corretear detrás de él desde su casa hasta la Casa de Snorre. Abrió una entrada lateral, atravesamos la iglesia y bajamos al museo que había en el sótano.

En una vitrina de cristal, junto a la pared, estaba el texto original de La Saga de la Santa Cruz. El clérigo Magnus abrió la vitrina y sacó el manuscrito.

—Snorre escribió la saga justo después de enfrentarse al rey Håkon y verse obligado a volver a Islandia huyendo del clan de los birkebeiner noruegos —dijo.

—El texto es polémico.

—Todo lo que escribió Snorre es polémico. Los sucesos que narraba habían ocurrido varios siglos antes. Tal vez hayamos leído mal sus historias. ¿Es posible que Snorre hubiera tenido la necesidad de contar algo, sin contarlo del todo?

El clérigo Magnus llevó el libro a una mesa alargada y ambos nos inclinamos sobre el manuscrito. Señaló tres símbolos: ankh, ty y cruz.

—Los mismos símbolos que aparecen en el códice —dijo—. ¿Y ves estos textos en el margen? Por lo general desaparecen cuando se copia un manuscrito. Los copistas suelen considerarlos garabatos y borrones.

6

El clérigo Magnus y yo nos pasamos todo aquel día y parte de la noche hojeando La saga de la Santa Cruz. Fuimos probando metódicamente, letra por letra, signo por signo. Si hay algo de lo que estén provistos los académicos, es de paciencia. A intervalos regulares llamaba a Terje para pedirle consejo. De vez en cuando el clérigo Magnus soltaba exclamaciones de entusiasmo ante una inicial bellamente trazada o una aliteración certera.

—¡Mira esto! —gritó—. Este texto al margen se refiere a Thordur kakali.

—¿Quién?

—El sobrino de Snorre. Reunió a los patriarcas islandeses y se volvió tan poderoso que el rey Hákon tuvo que convocarlo a Noruega, donde se mató bebiendo.

En otro texto al margen leímos una referencia «a una gruta secreta». El resto de la frase había desaparecido: la piel había sido raspada y estaba casi transparente.

¿La gruta sagrada?

7

Eran cerca de las nueve de la noche cuando por fin desciframos el código.

Como de costumbre, Terje tenía razón. Los números diez y siete eran las claves del código. Si se empezaba por las iniciales, luego se seleccionaba una letra de cada diez y ésta a su vez se sustituía por la letra que está siete puestos por delante en el alfabeto latino según el método de César, aparecía el siguiente mensaje:

*El número de la bestia  
muestra el camino  
a lo largo de la pared de peñascos  
desde Lögberg  
hacia Skjaldbreiður.*

# La voz de la tumba

1

—¿Así que fuiste tú quien encontró al clérigo Magnus?

El comisario de Borgarnes tiene aspecto de haberse criado a base de albóndigas de pescado amargas y considerables dosis de aceite de hígado de bacalao caducado. Todo en él —los ojos, el pelo, la piel, la voz— tiene un aire grisáceo y descolorido. Habla danés con acento islandés, con lo que parece más bien un noruego con un ligero problema de dicción. Ahora está sentado tras su ordenado escritorio, donde tiene la foto enmarcada de la señora comisaria, junior y un caniche que apostaría a que se llama Bonzo. Con impaciencia, hace repiquetear el bolígrafo sobre un impreso que tiene sobre la mesa.

—Sí —respondo.

—¿Nombre completo?

—Bjørn Beltø.

—¿Noruego? —Sí.

—¿Año de nacimiento?

—1968.

—¿Profesión?

—Arqueólogo. Profesor adjunto de la Universidad de Oslo.

—¿Qué estás haciendo en la Casa de Snorre?

—Estaba colaborando con el clérigo Magnus en un proyecto de investigación.

—¿Por qué estás tan seguro de que la defunción tiene su causa en un asesinato?

—Porque flotaba asesinado en la poza...

—Puede haber sufrido algún ataque.

El comisario parece reticente a aceptar que hayan quitado de en medio al comedido servidor del Señor en Reykholt. Reykholt no es gran cosa. Los pocos que viven en el pueblo son gente apacible y temerosa de Dios. Únicamente los turistas y los investigadores acuden a este recóndito lugar con su bella iglesia, el museo y las ruinas de la granja de Snorre.

—Robaron algo —digo.

Me mira inquisitivamente. Estoy pálido como un muerto, mis ojos relucen rojizos tras los cristales de las gafas. Soy miope y tengo problemas de nervios. Para el comisario estoy siendo un verdadero martirio. Me doy cuenta de que se resiste a creer que el clérigo Magnus haya sido asesinado: un asesinato es una carga demasiado grande para él.

—¿Qué robaron? —pregunta.

—Un manuscrito antiquísimo.

—¿Piensas que el clérigo Magnus fue asesinado a causa de un manuscrito?

—No era un manuscrito cualquiera. Era el Codex Snorri. El códice de Snorre.

—¿Eso qué es?

—Es una colección de pergaminos con textos de mediados del siglo XI en adelante.

Silencio.

—¿Escrito por Snorre?

Un músculo de las cejas del comisario se contrae.

—Es una larga historia.

Ante la ventana pasa planeando una gaviota que luego aterriza y se pone a buscar algo que llevarse a la boca.

—Por lo que tengo entendido, los manuscritos de Snorre se guardan en la colección de manuscritos islandeses del Instituto Árne Magnússon, en Reikiavik — dice el comisario.

—No todos. Algunos. Otros textos están en Copenhague, Uppsala, Utrecht.

—¿Y uno de ellos lo tenía el clérigo Magnus de Reykholt?

—Lo encontró hace poco más de una semana.

—¿Se declaró el hallazgo?

—Hoy. Por eso he ido esta mañana a Reikiavik, antes de encontrarlo muerto.

—¿Quién crees que ha robado el manuscrito?

—Los mismos que lo mataron.

—¿Por qué lo robaron?

—Para venderlo, supongo. Entre los coleccionistas, un manuscrito de Snorre alcanzaría un precio muy alto.

—Ya veo.

Me alegro para mis adentros de que la policía nacional esté en camino; vienen de Reikiavik. Un asesinato y un tesoro cultural desaparecido no son asuntos para el comisario de Borgarnes.

—Ese proyecto de investigación con el que estabais trabajando... —comienza tentativamente el comisario.

—El tema es bastante complicado.

—Inténtalo de todos modos.

—Trabajábamos con la teoría de que Snorre dejó huellas ocultas en sus textos.

—¿Huellas ocultas?

—Códigos. Mapas. Geometría sagrada. —Ajá.

No tiene la menor idea de lo que estoy hablando.

—Creemos —le explico— que Snorre sabía cómo situaban, nuestros antiguos antepasados nórdicos, los centros más importantes del país (iglesias, monasterios,



granjas cruciales, fuertes), siguiendo un orden geométrico sagrado basado en la filosofía y la matemática pitagórica y neoplatónica. —Sonaba como si el filtro de la sensatez hubiera desaparecido en el recorrido entre el cerebro y la lengua—. Nuestros antepasados usaban sus conocimientos de la ciencia antigua para todo tipo de cosas, desde la elaboración de mapas hasta la construcción de naves vikingas e iglesias.

Un velo de incredulidad ha cubierto los ojos del comisario, que ha dejado de escribir. Quizá sea lo mejor. Muchas cosas no las estoy contando. Muchas cosas no puedo contarlas, porque no las sé, porque no soy capaz de concebirlas. No digo nada sobre el código que conseguimos descifrar el clérigo Magnus y yo a última hora de ayer. Algunas cosas es mejor guardarlas para uno.

—Yo no soy arqueólogo —dice el comisario—. Ni historiador. Pero aunque pueda hacerme cargo de que para vosotros los científicos un descubrimiento así puede resultar emocionante, me cuesta comprender que alguien esté dispuesto a matar por eso.

Esta vez soy yo el que calla, porque pienso exactamente lo mismo que él.

Presto declaración durante media hora, aunque confundo más de lo que aclaro. Las preguntas del comisario son variadas; no entiende gran cosa, pero yo tampoco.

En medio del interrogatorio llega el detective de la Ríkislögreglustjórninn —ése es el tipo de nombres que tiene la policía en Islandia— y arroja una bolsa de plástico transparente sobre el escritorio del comisario. Son las gafas del clérigo Magnus. Los detectives locales del comisario no las habían descubierto en el fondo de la poza y el comisario se ofende. Salen a un despacho contiguo y, a través de la pared, escucho una conversación ofuscada. Después regresan y continúan con el interrogatorio. El detective de la capital está sentado en el alféizar de la ventana. En varias ocasiones me mira como si se preguntara si me falta algún tornillo. Al cabo de un rato me pregunta dónde estaba cuando murió el clérigo Magnus. Le digo que estaba en Reikiavik con el profesor Thrainn Sigurdsson, del Instituto Arni Magnússon.

Justo después me sacan de la habitación y me conducen a un calabozo. ¿Estaré detenido? Tardan tres cuartos de hora en venir a buscarme al calabozo. Hasta este momento el detective de Reikiavik no me ha estrechado la mano ni se ha presentado; cuando los islandeses dicen su nombre, suena como si tuvieran la boca llena de canicas.

—Teníamos que comprobar que eres quien dices ser, y necesitábamos que alguien confirmara tu historia.

—¿Creéis que he sido yo quien ha ahogado al clérigo Magnus?

Ninguno de los dos responde. Finalmente el comisario dice:

—Mi colega de la Ríkislögreglustjórninn piensa que debemos considerar la posibilidad de concederte estatus de sospechoso para que disfrutes de los derechos de los sospechosos...

Sus palabras acaban revueltas en un mar de indignación. El respetado comisario —el guardián de la ley, el pilar de la comunidad local— acaba de ser arrollado por un detective de la capital. Empiezo a sentir cierta simpatía por el comisario. El equilibrio de poder ha variado: ahora el comisario está de mi parte. Dos contra uno.

El interrogatorio continúa y yo cuento aún menos de lo poco que sé. El comisario y el detective apuntan alguna que otra palabra clave con tal falta de interés que acabo asumiendo que ni la policía de Borgarnes ni la Ríkislögreglustjórinn conseguirán nunca desenredar la madeja que hemos dejado el clérigo Magnus y yo.

Así que tendré que hacerlo yo.

## 2

Cuando vuelvo a Reykholt ya ha oscurecido.

La policía ha extendido sus cintas de plástico amarillo en torno a la vivienda del párroco y, al agitarlas, el viento provoca un sonido desgarrado. Me quedo de pie escuchando y luego continúo hacia la poza.

Los coches de policía se han ido. Sjúkrabíllinn —la ambulancia— se ha llevado al clérigo Magnus al Instituto Forense de Reikiavik, donde los patólogos lo cortarán en trocitos para averiguar qué le quitó la vida.

Pero los periodistas mantienen el puesto, porque intuyen que se les está ocultando algo. Un reportero de Stod 2 habla por el micrófono bajo la intensa luz de los focos de las cámaras. Los periodistas y los fotógrafos de los periódicos Morgunbladid, Frettabladid y GV deambulan por el lugar de los hechos. Por suerte no me descubren. Con impaciencia y sin rumbo, dan círculos en torno a la poza.

No dejo de imaginarme al clérigo Magnus: intento encontrarle un sentido, una explicación a su muerte. Al final regreso dando un paseo hacia la Casa de Snorre.

## 3

Lo noto inmediatamente: alguien ha estado allí.

El apartamento sigue tan ordenado como lo dejé, pero tengo la mirada sensible. Sé exactamente dónde y cómo dejo las cosas; el portátil, mis notas, el calcetín derecho con un agujero en el talón.

Alguien ha estado husmeando allí, pero no han robado nada, salvo mi paz de espíritu.

Evidentemente puede haber sido la policía. Puede que en Islandia tengan derecho a registrar el apartamento del principal sospechoso sin mencionárselo a él, pero tampoco quiero descartar que hayan sido los asesinos del clérigo Magnus.

Hago una ronda para asegurarme de que estoy solo. Corro las cortinas, miro debajo de la cama y en los armarios, compruebo el móvil que está sobre la mesilla.

He recibido dos mensajes. Uno hablado y una imagen MMS. Los dos son del clérigo Magnus. El mensaje de voz se grabó a las 13.42, justo antes de su muerte.

«Hola, Bjørn, soy yo», dice la voz desde la tumba. Da la sensación de estar alterado y sorprendido. «¿Los investigadores esos extranjeros? ¿Los del Instituto Schimmer? Ya están viniendo para acá desde el aparcamiento. Toda una panda. Te envió un MMS.» Se ríe forzosamente. «Tú conoces a alguna de esa gente... ¿reconoces a alguno? Es que..., bueno, no sé. Quería que lo supieras. ¡Nos vemos!»

La fotografía no es muy clara: ha sido tomada a través de la ventana y enfoca hacia el aparcamiento. Al fondo se ve un cuatro por cuatro negro. Vislumbro cuatro figuras que ascienden en dirección a la casa. Una de ellas es una imponente montaña.

El comisario dice que a esas horas de la noche no se puede hacer nada con la información nueva: se pasará mañana por la mañana. Entre tanto pide que le reenvíe la imagen MMS.

Le pregunto si la policía ha registrado mi vivienda.

—No... ¿Deberíamos? —añade con una risilla.

4

El sol matutino ilumina el paisaje con una luz tan intensa que Reykholt da la impresión de estar sobreexpuesta. A lo lejos, bajo la línea de las montañas volcánicas, el vapor de los manantiales geotérmicos se eleva en el aire para luego ser dispersado por la leve brisa.

Cierro la puerta y salgo a la explanada que hay frente a la Casa de Snorre. Todo está en silencio.

En cierta ocasión, cuando visitaba la casa en la que se crio Leonardo da Vinci, me embargó la intensidad al pensar que aquellos montes de olivos y aquellas vides eran los mismos que había contemplado Leonardo. Eso mismo me pasa aquí en Reykholt. Estas mismas cumbres recortaban el horizonte cuando Snorre se mudó aquí a los veinte años. Ya entonces era un poderoso patriarca.

Un coche de policía entra en el aparcamiento haciendo crujir los neumáticos sobre la gravilla. El comisario ha decidido recorrer el largo camino que separa Borgarnes de Reykholt para confiscarme el móvil y echar un vistazo al lugar del crimen, aunque probablemente también desea comprobar que el sospechoso albino Bjørn no haya recogido todas sus pistolas Micro UZI SMG y sus dagas árabes, y haya desaparecido al abrigo de la noche. O tal vez sea yo un paranoico. En todo caso viene hacia mí con el brazo tendido y una mueca en la cara que bien puede interpretarse como una sonrisa. Nos contemplamos mutuamente en la fuerte luz de la mañana. Está recién afeitado, tiene la piel de las mejillas roja e irritada. Me pide permiso para llevarse prestado mi teléfono móvil: quiere analizar el mensaje de voz y la fotografía y ponerlos a buen recaudo.

Pregunta quiénes son los investigadores y le digo que no lo sé.

—¡Los encontraremos! Al volver ayer de Reikiavik, ¿reparaste en si te cruzaste con algún coche especial?

El viaje en coche de Reikiavik a Reykholt lleva media hora y atraviesa parajes que pueden hacerte pensar que estás en Marte. Además, uno de cada dos islandeses conduce un cuatro por cuatro. ¿Cómo podría recordar ese coche en especial?

—Tenemos el testimonio de un testigo que coincide con la fotografía —me explica—. Un Blazer negro fue observado ayer alejándose de aquí a gran velocidad... —Comprueba su bloc de notas—. A las catorce horas. Una empresa de alquiler de coches les alquiló un Blazer a unos extranjeros. Tenemos allí a dos hombres a la espera de que lo devuelvan.

—¿Extranjeros?

—Árabes. De los Emiratos, según sus pasaportes. —Pausa breve—. ¿Se te ocurre alguna razón por la que el clérigo Magnus pudiera estar vinculado con unos árabes?

Una mentira puede ser cosas muy diversas: retorcer la verdad o retener información. Digo que no se me ocurre ninguna relación entre el clérigo Magnus y alguien de los Emiratos.

Pero un incipiente miedo ha empezado a estremecerme por dentro. Servidores desleales del Instituto Schimmer, coleccionistas, millonarios excéntricos que harían lo que fuera por hacerse con una perla histórica. No le digo nada de esto al comisario, no lo entendería, apenas lo entiendo yo mismo.

Cuando el comisario se va, llamo a un contacto en el Instituto Schimmer, le explico lo que ha pasado y pregunto a quién han enviado. Afirma que no han mandado a nadie.

—Para investigar un hallazgo tan excepcional —dice— hubiéramos enviado al profesor Osman, al profesor Rohl, al profesor Dunhill, al profesor Silbermann, al profesor Finkelstein, al profesor Phillips y, sin duda, al profesor Friedman. Pero lo más probable es que hubiéramos intentado convencer al clérigo Magnus para que trajera el código al instituto.

A mediodía retorno a Reikiavik. El camino pasa serpenteando por delante de granjas abandonadas, cercados para ovejas e instalaciones para la explotación del vapor térmico. Las montañas volcánicas parecen estar a punto de hacer erupción. Aquí y allá, el camino traza curiosas curvas de elfo. Los trabajadores en Islandia profesan un enorme respeto hacia los invisibles elfos subterráneos, huldufolk, que viven dentro de los cúmulos de piedras en el campo. Cuando un ingeniero islandés traza una carretera recta como una regla y ésta resulta atravesar alguna piedra que incontestablemente alberga una familia de elfos, los trabajadores evitan la catástrofe

desviando en un arco la carretera que por lo demás es completamente recta.

Constantemente descubro coches misteriosos en el retrovisor. Blazers negros. Pero no puedo descartar que se trate de algún islandés que se esté dando una vuelta o que los malditos elfos me estén jugando una mala pasada.

El Blazer negro del retrovisor me adelanta, y es un Volkswagen Tuareg azul marino.

Todo el mundo tiene sus demonios.

Yo no tengo nombre para los míos, pero los conozco, del mismo modo que tú debes de conocer los tuyos. Dormitan en algún lugar de tu interior, entre las tripas, el hígado, los riñones y todos los intestinos que te mantienen en funcionamiento y, de pronto, una noche, asoman sus feos caretos.

Nunca he tenido problemas de alcoholismo, pero he tomado antidepresivos como si fueran caramelos. Pildoras de la felicidad, las llaman, pero no te hacen feliz: se limitan a limar las espinas de la angustia. No me entiendas mal. No estoy loco, pero a veces mis nervios se hacen un nudo. Tener problemas de angustia no es distinto a tener diabetes o gota, pero la gente te mira de otro modo. Dan un paso atrás. «¿Ah, sí? ¿Conque nervios?» Sonríen compasivamente y con aprensión, como si tuvieras un hacha escondida en la manga y la cabeza llena de malvadas voces chillonas.

He estado ingresado un par de veces. Fue lo mejor. Yo no lo llamo departamento psiquiátrico, suena demasiado frío. Tampoco lo llamo loquero, ni manicomio. Yo digo clínica de nervios, mi propio nido del cuco.

Allí maduramos, controlados y bajo observación, dentro de nuestras campanas de angustia encerrada.

Porque esto también soy yo.

A veces soy un amargado demonio, lo sé. Tengo problemas para subordinarme. Supongo que por eso no he llegado a catedrático. Las autoridades y las reglas me provocan. Las demás personas me provocan. La existencia me provoca.

No debe de ser del todo fácil tratar conmigo.

Tengo un hermanastro al que rara vez veo y un padrastro al que me esfuerzo por evitar. Es mi jefe en el instituto en Oslo.

Mamá murió el año pasado. Linfoma.

Mis perseguidores han desaparecido.

Al cabo de unos cuantos kilómetros y un peaje, la carretera se ensancha y el asfalto es nuevo. La autopista hacia Reikiavik no tiene una sola curva de elfo. Los pobres seres invisibles cuyos hogares fueron destruidos por las apisonadoras y la adoración autocomplaciente de los ingenieros por la línea recta deambulan sin casa y con sed de venganza por los páramos cometiéndolo diabluras.

Por eso voy saludando por la ventana. Siempre he sentido simpatía por quienes están fuera.

El Instituto Árne Magnússon —que alberga la colección de manuscritos de Islandia— está situado a las afueras del recinto universitario de Reikiavik. La mayoría se estremece ante la gris fachada de un edificio universitario; yo, en cambio, siento una cálida ráfaga de felicidad: he llegado a casa.

El profesor Thrainn Sigurdsson, encorvado tras su abarrotado escritorio, estudia un texto con los ojos entrecerrados mientras mueve los labios como quien pronuncia un mudo conjuro. Su nombre y su título, de unas tres toneladas de peso, están grabados en una placa de bronce que amenaza con caerse de su escritorio. Alza la vista cuando llamo a la puerta medio abierta; se levanta y me estrecha la mano.

—Bueno, bueno... —le dice al aire—. Le acompaño en el sentimiento.

Islandia celebró una fiesta nacional cuando recuperaron los antiguos manuscritos que Árne Magnússon había consagrado su vida a reunir. Justo antes de morir en 1730, Magnússon lo dejó todo en testamento a la Universidad de Copenhague y, hasta la década de 1970, Islandia no recuperó la colección. La televisión retransmitió en directo la llegada. Los trabajadores y los colegiales se tomaron el día libre. Las amas de casa, los obreros, los estudiantes y los holgazanes se congregaron en el muelle cuando la nave con la Colección de Árne Magnússon llegó a Reikiavik. Saben cómo reunirse en torno a lo suyo, estos islandeses.

—¿Hay alguna relación? —pregunta Thrainn.

Los periódicos han escrito ríos de tinta sobre el asesinato, pero la policía ha mantenido silencio sobre el manuscrito desaparecido.

—Han robado el códice —digo.

—¿Tenéis copia?

Niego con la cabeza.

Durante un rato discutimos qué secretos puede haber ocultado Snorre en el texto. Le describo la alternancia entre la letra del propio Snorre —ante lo que Thrainn es escéptico— y los textos rúnicos aún más antiguos. En una hoja le dibujo los símbolos que se repiten a lo largo del manuscrito. Ankh. Ty. Cruz. Pentagrama.

Buscamos juntos una comprensión que se nos escapa.

—Ankh —dice Thrainn—. Es el jeroglífico para la palabra egipcia que significa «vida», es el símbolo de la vida eterna y el renacimiento. Ty. Es la runa de la serie antigua futhark, símbolo del dios nórdico de la guerra, Tyr. La cruz latina. Crux ordinaria. El símbolo del cristianismo y del martirio de Jesús. El pentagrama. Una estrella de cinco puntas, un símbolo sagrado secreto de la Antigüedad.

—La teoría con la que jugábamos el clérigo Magnus y yo era que Snorre ocultaba comentarios y referencias a las sagas.

—Las omisiones y los cambios son habituales en las ediciones facsímiles y en las

copias manuscritas del pergamino manuscrito original. Y también en el texto de los márgenes.

—¿Así que parte del texto ha sido omitido?

—O añadido. En Uppsala, en Suecia, tienen ediciones facsímiles de los textos de Snorre. Sin duda existen copias desconocidas en papel que se basan en versiones desviadas de la Edad Media. Si comparamos las versiones más nuevas con los originales, palabra por palabra, puede aparecer información nueva, pero supone una magna labor.

—No sabemos lo que estamos buscando. El clérigo Magnus y yo analizamos la posibilidad de descubrir pruebas del contacto entre la cultura de los antiguos nórdicos y la egipcia. Cosa que demostraría que todo lo que hacían (desde las naves vikingas y las iglesias, hasta los mapas y la mitología) estaba influido por los egipcios.

Thrainn se queda sentado mirando por la ventana. En la pared, junto a él, cuelga una fotografía de una figura que se atusa sus largas barbas, que asemejan un ankh invertido. La estatuilla de bronce, de en torno al siglo XI, fue encontrada en Eyjafjörður, en Islandia, en 1815.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que puede ser todo un timo? ¿Que alguien en la Edad Media hiciera el códice simplemente para engañar a algún otro?

Evidentemente me lo he planteado. Los museos del mundo están repletos de falsificaciones. Abro la cartera y saco una versión facsímil de La saga de la Santa Cruz que coloco sobre la mesa.

—Ya sabes —dice— que son muchos quienes piensan que Snorre no tuvo nada que ver con ese texto.

—Contiene un código. —Se me queda mirando—. Y el clérigo Magnus y yo lo hemos descifrado —continúa.

—¿Un código?

—Creo que hay una gruta sagrada a las afueras de Thingvellir.

Thrainn se ríe cordialmente:

—¿Una gruta sagrada? ¿Junto a Thingvellir? Oye, oye...

—Y sé más o menos dónde está.

—¿Sabes qué? —me dice aún riéndose—. No me creo una sola palabra de todo eso.

Ha llegado la hora de asestar el golpe de gracia, así que le enseño las instrucciones. «El número de la bestia muestra el camino a lo largo de la pared de peñascos desde Lögberg hacia Skjaldbreiður»...

—A ver —dice el profesor—, ¿me estás tomando el pelo?

de Reikiavik. A través de la ventana llega el zumbido de una máquina que está limpiando las calles calladas y vacías. La iglesia de Hallgrím está iluminada con una luz blanca y la fachada me recuerda a las cumbres de un iceberg a la deriva en un mar desierto.

Doy un paseo hasta el restaurante *Á næstu grösum*, donde ceno una sopa y una lasaña de verduras.

Más tarde, el comisario de Borgarnes me llama a la habitación del hotel. Ha recibido el informe del forense.

—El clérigo Magnus murió de un ataque al corazón.

Permanezco tanto tiempo callado que me pregunta si sigo ahí.

—¿Ataque al corazón? ¿En la poza?

—Quizá se cayó. Tenía agua en los pulmones, pero no la suficiente como para haberse ahogado. Ha sido el corazón.

—¿Y qué hacía en la poza? ¿Completamente vestido? ¿Y qué pasa con el pergamino robado? ¿Y el Blazer?

—Proseguiremos la investigación, por supuesto. Pero un ataque al corazón no es un asesinato.

El comisario promete dejar mi móvil en recepción a lo largo de la mañana. No lo dice, pero comprendo que la fotografía MMS y el mensaje del clérigo Magnus han quedado reducidos a pistas de interés puramente académico.

—¿Qué crees que le causó el ataque al corazón? —pregunto punzante.

—Naturalmente puede que recibiera alguna amenaza, pero va a ser difícil demostrar ante un tribunal la relación entre el infarto y el supuesto robo del código.

Cuando un policía emplea la palabra «supuesto», es porque no está del todo seguro de lo que ocurre. Hasta cierto punto lo entiendo.

En la habitación del hotel intento organizar mis notas y encontrarle la lógica a todo lo que hemos averiguado. Tal vez los árabes pertenezcan a una banda especializada en el rastreo y robo de tesoros histórico-culturales para el mercado negro de coleccionismo... En Oriente Próximo hay muchos jeques del petróleo millonarios que tienen en sus sótanos cámaras acorazadas repletas de obras de arte de valor incalculable que cualquier museo que se precie exhibiría en vitrinas de cristal bien vigiladas. A pesar de eso, hay muchas cosas que me confunden. No consigo ver el conjunto. Los años, la cronología y las diversas líneas históricas son un batiburrillo. Estoy demasiado cansado como para concentrarme.

Así que me duermo en la cama.

Estoy vestido. No me he cepillado los dientes ni lavado los sobacos. En sueños siento la angelical mirada de reprobación de mi madre.



# Thingvellir

## 1

Negra como el carbón se alza hacia el cielo la pared vertical de lava. Las montañas dibujan siluetas puntiagudas sobre las nubes que llegan del oeste. En las laderas de las montañas soplan las columnas de vapor subterráneo. Bloques de roca conforman accidentados monolitos de lava. La niebla helada arroja la laguna y los humedales con una manta de plata. Justo debajo de la enorme falla hay una pequeña iglesia de madera y un grupo de casas que parecen apiñarse para conservar el calor. Los continentes norteamericano y europeo tiran de ambos extremos de Islandia y, en Thingvellir, la isla se ha desgarrado.

—Bien —dice Thrainn con una sonrisa condescendiente—, ¿dónde está tu cámara del tesoro?

Escudriño con desánimo la falla de varios kilómetros de ancho. Todo el que visita Thingvellir queda embrujado por el mágico ambiente del lugar. Dos paredes de roca cortan en línea recta el paisaje donde se fundó, bajo cielo abierto, el parlamento más antiguo del mundo, Alltinget, en el año 930. Desde aquí oteaban los lovsigemennene —quienes pronunciaban las leyes en el parlamento— el terreno de desnudas formaciones de lava, arbustos y árboles maltratados por el viento. Sobre los matorrales de hierba que crecen entre el río y los riachuelos, alzaban sus tiendas de campaña cuando el parlamento se reunía.

Le echamos un vistazo a mi traducción del texto de Snorre escrita a mano:

El número de la bestia muestra el camino  
a lo largo de la pared de peñascos desde Lögberg  
hacia Skjaldbreiður

Thrainn señala con la cabeza una plataforma de madera de construcción reciente situada junto a un bloque de roca.

—Lögberg. La piedra de la ley. Desde ahí se leían en alto las leyes y todos los hombres libres podían defender sus causas. Ahí se subían los gigantes de los libros de historia. Desde aquí gobernaban los lovseiemenn como Snorre, que eran quienes se sabían las leyes, junto con los hombres del parlamento. —Thrainn se protege del sol con la mano y otea de un lado a otro—. Si buscamos con el suficiente cuidado —dice—, ¿tal vez encontremos una gran X roja?

Y luego se vuelve y se echa a reír.

Thrainn ha reunido a un grupo de estudiantes de arqueología que, seducidos por todo el secretismo, el compromiso de silencio y las perspectivas de tomar parte en un evento tendencialmente histórico, nos ha acompañado para ayudarnos en la búsqueda.

Con las palas y las palancas al hombro, marchamos por el sendero a lo largo de la pared de roca de lava negra. Podríamos recordar a los siete enanitos, pero somos más de siete y ninguno es enano. El sol brilla a través de las nubes. Apenas hay turistas a estas horas tempranas de la mañana, pero un grupo de americanos nos dirige miradas de indiferencia: deben de pensar que somos algún tipo de equipo de mantenimiento que el ayuntamiento ha formado reuniendo a carteristas condenados a prestar servicios sociales.

Thrainn aparca a los estudiantes en el lugar donde se cruzan los senderos. Avanzamos juntos hacia Lögberg, la piedra de la ley.

—¡Skjaldbreiður! —dice Thrainn señalando una montaña a lo lejos. Luego murmura pensativo—: Lögberg... Skjaldbreiður... «El número de la bestia» (666) en el Apocalipsis. ¿No es esto un poco... evidente?

—Para nosotros, pero Snorre lo escribió en un tiempo en el que muy pocos sabían leer. Y aún menos descifrar códigos. Y para reconocer un concepto como el número de la bestia, había que ser letrado.

—Aun así, dices que Snorre dejó unas indicaciones codificadas...

—... Destinadas a otros letrados que conocían la clave para descifrarlos. Hombres que compartían el aparato conceptual de Snorre. Sabían cómo había de leerse y entenderse un texto codificado. «El número de la bestia» es una referencia sencilla para nosotros, pero dudo que el Apocalipsis fuera una lectura habitual para la gente del siglo xiii.

Empezamos a contar los 666 pasos desde Lögberg acompañados de los estudiantes de segundo ciclo. Vamos uno tras otro, avanzando en fila como los patitos. Pasamos por encima de rocas de lava y matojos de hierba. En lo alto, sobre nuestras cabezas, una bandada de pájaros vuela en círculo. Las capas de nubes rascan las cumbres volcánicas.

Al cabo de 400 pasos nos detenemos. Estoy desanimado.

—¡Si aquí hubiera habido una gruta, la habrían descubierto hace mucho tiempo!

—Eso depende de lo oculta que esté. Cuando Howard Carter descubrió la tumba de Tut Ankh Amón en el Valle de los Reyes, los arqueólogos llevaban décadas buscándola sin éxito.

Tras otros 200 pasos, un peñasco de lava irregular nos obliga a tomar una decisión: debemos avanzar hacia la izquierda o hacia la derecha. Seguimos la pared de roca.

Al cabo de otros 66 pasos hemos llegado.

Y aquí no hay nada.

El peñasco se eleva unos quince metros sobre nuestras cabezas. Bajo la pared de

lava hay rocas y un cúmulo de piedras cubiertas por manchas de musgo y alguna que otra planta testaruda.

Leo una vez más las instrucciones. «El número de la bestia», 666, muestra el camino a lo largo de la pared de peñascos desde Lögberg, la piedra de la ley, hasta Skjaldbreiður. Thrainn y yo nos miramos con desánimo.

—De gruta nada —constato y le pego una patada a una piedra volcánica.

—Quizá Snorre usó una gruta natural de la pared de la montaña y luego la ocultó —dice Thrainn—, al modo como se cubrían las entradas de las tumbas de los faraones después del entierro.

—¿Crees que los que conocen el lugar se sorprenderían si encontraran una gruta natural?

—¿Los que conocen el lugar? Echa un vistazo a tu alrededor. ¿Te puedes imaginar un lugar más deshabitado y apartado? En tiempos de Snorre debía de estar aún más desierto. Una vez al año, los islandeses más poderosos peregrinaban hasta Thingvellir, y si una gruta hubiera quedado cubierta por una avalancha de piedras, apenas se habrían encogido de hombros.

—¿Y no se corre un gran riesgo al esconder algo aquí?

—Al contrario. Thingvellir era un lugar casi mágico, sagrado. Para Snorre tiene que haber sido una elección evidente.

Contemplamos el muro de piedra a los pies de la pared de lava.

—¿Podría la entrada de la gruta haber estado oculta en una grieta de la montaña bajo el nivel del suelo? —pregunta Thrainn.

—¿Y que luego la cubrieran con piedras?

Volvemos a mirar el cúmulo de piedras.

3

Con ayuda de los estudiantes, empezamos a apartar la lava.

Una de las primeras cosas que aprendemos en los estudios de arqueología es a tener paciencia. La arqueología es una profesión para los pacientes, los meticulosos y los lentos. La disciplina, al fin y al cabo, consiste en unos pocos puntos álgidos y grandes cantidades de piedra, barro y complicados impresos para el registro y la catalogación. Sólo una vez cada siglo alguien descubre su Tut Ankh Amón o su Troya.

Al cabo de algo más de una hora hemos descendido un metro entre las piedras. Nada. Las piedras golpean el suelo a nuestras espaldas y ruedan hasta encontrar su sitio en un majano o un ventisquero. No tardamos en tener que formar una cadena para irnos pasando las piedras.

Cuando hemos apartado varias toneladas de roca volcánica, una de las estudiantes, una chica joven en la que no he reparado, da el grito de alarma. El trabajo

se detiene. Acudo corriendo y piedrecillas y grava salen disparadas bajo mis pies.

En la pared descubierta alguien ha tallado un nicho rectangular de diez centímetros de profundidad. Aparto con un cepillo la tierra y el musgo. Un suspiro recorre el grupo de estudiantes.

Tres símbolos están tallados en la montaña.

Ankh, ty y cruz.

#### 4

Nos llevamos a los estudiantes de vuelta al aparcamiento y les hacemos creer que el trabajo seguirá al día siguiente. Protestan, quieren descubrir la gruta. Ahora. Quieren saber qué hemos encontrado. Ahora, no mañana. Los entiendo, pero no los necesitamos. Su presencia y su curiosidad complicarían y atrasarían el trabajo. Thrainn les dice que tenemos que emplear el resto del día en hacer mediciones y preparar la excavación. Con todo el peso de su cargo de catedrático, resulta convincente y autoritario. Decepcionados y reticentes, los estudiantes se vuelven a Reikiavik. Thrainn y yo nos quedamos esperando hasta que el último de los minibuses desaparece en el horizonte. Luego regresamos correteando y continuamos apartando piedras.

Nos lleva un par de horas despejar la entrada de la gruta y, al cabo de otra hora y media, conseguimos apartar piedras suficientes como para caber por la apertura.

Thrainn asegura una cuerda de nailon a un peñasco y yo suelto la cuerda dentro de la gruta. Con las manos firmemente agarradas a la cuerda me introduzco a través de la grieta y me descuelgo. Poso los pies sobre el irregular suelo de la cueva.

No es especialmente grande y, a través de la grieta, el sol me alcanza como un susurro de luz.

Thrainn se descuelga más rápido que yo y lo recojo con ambas manos.

Nos encontramos en una oquedad natural de la montaña de lava. La gruta tiene cuatro o cinco metros de profundidad y dos o tres metros de anchura. Encendemos las linternas que llevamos en la cabeza. Los haces de luz acarician las paredes. Thrainn me da un empujón. En la pared del oeste hay una construcción que se asemeja a un altar de bloques de lava meticulosamente labrados. Como el altar está construido con los mismos materiales que el entorno, casi desaparece en la pared de la montaña. Sobre la alargada construcción de lava, descansa una pesada losa pulida.

Nos situamos a ambos lados de la losa y la apartamos. En la cavidad bajo la losa hay un cofre negro como el carbón.

Colocamos el cofre atravesado sobre el canto del altar hueco y restriego la superficie con la yema del dedo.

—¿Polvo? ¿Hollín? ¿Lava? —pregunta Thrainn.

—Nada de eso. —Restriego con más fuerza. Mi suposición es correcta. La

superficie está picada—. El cofre —digo— es de plata.

5

Envolvemos el cofre de plata en una lona y nos lo llevamos al aparcamiento. Lo amarramos con cuerdas en la parte de atrás del Toyota Landcruiser de Thrainn.

Estamos tan emocionados que no intercambiamos palabra.

Thrainn toma la carretera general hacia Reikiavik. Es completamente recta. No se ve ni un coche y nosotros avanzamos a más de ciento treinta kilómetros por hora por el paisaje lunar. La laguna de Thingvalla relumbra a nuestra izquierda y el horizonte está picoteado por la fila de cumbres volcánicas.

El Blazer-Chevy está cruzado en medio de la carretera, detrás del siguiente montículo.

Dos hombres esperan, cada uno a un lado del coche, tapándose la entrepierna con la mano; es una postura extraña, como si estuvieran posando para el cartel de una película. La intensa luz del sol me impide distinguir si llevan pistolas.

Thrainn reacciona inmediatamente.

—¡Agárrate!

Sin vacilar ni un momento, da un golpe de volante y lleva el Landcruiser fuera de la carretera. Yo pego un grito. Thrainn aprieta los dientes y mantiene la mirada fija en el horizonte. Es como si un héroe de películas de acción hubiera estado dormitando en él y de pronto se hubiera despertado felizmente, como si fuera un soldado de los comandos especiales que durante los últimos quince años ha simulado estudiar manuscritos islandeses como eslabón de una cadena de coartadas.

Entre una nube de polvo y arena, aceleramos para alejarnos del Blazer y la carretera. Las ruedas retumban contra el terreno irregular.

A través de la nube de polvo que dejamos a nuestras espaldas, vislumbro los faros del Blazer.

Thrainn va esquivando las piedras.

—Vamos por un antiguo camino de carro entre Reikiavik y Thingvellir —grita.

A pesar de la ventaja de ir delante, con el frente despejado, el Blazer nos está alcanzando.

—¡Llama al 112! —grita Thrainn.

Saco a tientas el móvil y tenemos la suerte de que hay cobertura. Cuando el operador por fin entiende que hablo inglés, y no algún oscuro dialecto islandés, y que nos están persiguiendo unos hombres armados, envía un coche de patrulla en nuestra busca. Aunque aquí en el páramo andan mal de direcciones postales.

El Blazer, que está ya a pocos metros de distancia, gira de pronto a la derecha: planean interceptarnos.

Descubro el peñasco antes que el conductor del Blazer. No alcanza a frenar ni a

esquivarlo. Con un estruendo metálico, el Blazer se estampa contra la roca.

Y se queda quieto.

Nosotros seguimos por el camino de carros durante algunos kilómetros hasta incorporarnos a un camino asfaltado que nos conduce de vuelta a la carretera.

Cuando estamos acercándonos a la universidad nos llama la policía para preguntarnos dónde estamos.

Que no nos hayan encontrado a nosotros es comprensible.

Que tampoco hayan encontrado el Blazer resulta misterioso.

6

Cogemos prestado un laboratorio libre en el Instituto Árne Magnússon. Un conservador del museo, amigo de Thrainn, nos ayuda a abrir el cofre.

Envuelta en algodón y cubierta con lienzo, hay una caja de madera dura. Seis gruesos rollos de pergamino, atados con cordones de cuero, están protegidos por varias capas de suaves telas.

Con infinita delicadeza abrimos el primer rollo de pergamino. Es asombroso lo bien conservado que está. Las pieles están cubiertas por dos columnas de pequeños caracteres simétricos. Intento leerlos, pero los signos son incomprensibles, aunque vagamente reconocibles. Thrainn recorre con la mirada las páginas compactamente escritas. Cada una de las dos columnas está escrita en un idioma diferente. La columna de la izquierda parece escrita en copto, la lengua que se hablaba y escribía en Egipto en el período comprendido entre el año 200 y el siglo XII. La lengua de la columna de la derecha puede recordar al hebreo.

Thrainn palpa uno de los pergaminos con las yemas de los dedos, lo huele y estudia los caracteres.

—Yo diría que la piel tiene mil años de antigüedad, siglo arriba siglo abajo.

Vuelve a enrollar el documento y lo coloca de nuevo en la caja. Bajamos el cofre por las escaleras de caracol que conducen al sótano, donde se almacenan los manuscritos más antiguos y valiosos, en una cámara acorazada a temperatura y humedad constante. Tras una gruesa puerta de acero, se halla reunida la historia escrita de los países nórdicos, colocada en estanterías de varios metros de altura, bellamente envueltos en papel y colocados en cajas de cartón chatas.

En la sólida cámara acorazada del Instituto Árne Magnússon, escondemos el cofre con los pergaminos de Thingvellir.

7

Acaba siendo un día largo. La policía. Los periodistas. Los investigadores. Todos quieren escuchar la historia una y otra vez.

Cuando voy montado en el taxi de regreso al Hotel Leifur Eiríksson, me llama el comisario de Borgarnes.

Acaban de ser informados de que han entrado por la fuerza en el apartamento para investigadores de la Casa de Snorre. Probablemente entraran ayer, justo después de que me mudara a la ciudad. Añade:

—He hablado con la policía de Reikiavik. Teniendo en cuenta todo lo que ha sucedido, esta noche enviaremos un coche patrulla a tu hotel. Para quedarnos tranquilos.

El taxi se detiene ante el hotel. Pago. Pienso que «Para quedarnos tranquilos» tiene una resonancia inquietante.

# El código de las runas

1

Me gustan los hoteles, siempre te sientes bienvenido. Formas parte de una comunidad que nunca te agobia con intimidades no deseadas. Cuando sales, viene alguien a hacerte la cama y a recoger, sin echarte la bronca. Cuando regresas, cansado y con sueño, está todo limpio, bonito y ordenado.

Con una sonrisilla en la boca abro la puerta y entro en la habitación 206.

Son dos.

Árabes.

Uno de ellos es grande y musculoso. Seguro que pesa más de cien kilos. Por ojos tiene dos agujeros negros. Lo reconozco. Es la montaña de la fotografía MMS del clérigo Magnus. Se ha afeitado la cabeza, pero conserva un recio bigote. Tiene las mejillas y la barbilla picoteadas por una barba de varios días.

El otro es bajo, pero compacto y fuerte, como un muelle en tensión, y tiene una expresión acobardada, como si desde la infancia llevara una china en el zapato.

Ambos llevan trajes azul marino recién planchados.

Y ambos se encuentran en mi habitación del hotel.

El pequeño aguarda al otro lado de la puerta abierta, apenas a un metro de distancia. El grande está sentado en la silla junto a la ventana.

Me quedo paralizado. Me ha atravesado una flecha de miedo y me tiene clavado a la pared. Un par de cosas me impiden girar de un salto, salir al pasillo y abalanzarme escaleras abajo. Una de ellas son mis rodillas: me tiemblan tanto que me balanceo. La otra es la pistola con la que me apunta el más pequeño.

Gracias a mis gafas de culo de botella y a la fascinación por las armas de fuego que sentí en la infancia, soy capaz de reconocer una Glock.

—Please! —digo con un hilo de voz.

El pequeñajo cierra la puerta.

Percibo un vago aroma a loción de afeitar y puro.

—Buenas noches, señor Beltø —dice en inglés el menor de los árabes. Su voz es seca como el viento del desierto.

Mi corazón late con tanta fuerza y rapidez que me silban los oídos, y tengo dificultades para respirar.

Me indica por señas que entre en la habitación y yo avanzo obediente unos pocos pasos.

—¿Qué queréis? —Una triste y malograda tentativa de tomar el control de la situación. Mi voz vibra tan fuertemente que da la impresión de que estoy llorando.



El mayor de ellos se pasa la mano por la cara. Tiene la piel áspera; debe de haber pasado demasiadas tormentas de arena bajo cielo abierto. La nariz arroja una gran sombra.

—¿Dónde están?

—What? —pruebo; tengo la boca tan seca que la lengua se me pega al paladar.

El más pequeño agita la pistola y eleva la voz:

—Where are the scrolls?

Scrolls. Rollos de pergamino.

Por un momento considero la posibilidad de hacer como si no supiera de qué están hablando, pero sólo por un momento. La certeza sobre lo que son capaces de hacerme me ha transformado en una lastimosa hoja de álamo, en un miserable bicho asustado.

—¡Yo no los tengo!

Me tiembla la voz, me tiemblan las manos, me tiemblan las rodillas.

El hombre de la silla se levanta. Es más grande de lo que había imaginado, un monolito de músculos. Me indica que me aproxime y, cuando estoy lo suficientemente cerca, me coge por la camisa y tira de mí hacia él. Siento el hedor de su aliento: debe de haber tomado algo crudo y sanguinolento para comer. Veo los poros de su piel y el pozo sin fondo de sus ojos.

Me agarra por la mano izquierda y dobla mi meñique duramente hacia atrás.

—¿Dónde están los rollos?

Jadeo estrepitosamente. La montaña de músculos me mira a los ojos sin expresión alguna y dobla el dedo aún más hacia atrás.

A estas alturas estoy listo para admitir prácticamente cualquier cosa: dónde se encuentran los manuscritos, que lidero un culto satánico que sacrifica a niños, que soy miembro de apoyo de Al-Qaeda o que soy agente doble de la CIA, el FSB, el MI5 o el Mossad. Pero siento tanto dolor que no soy capaz de pensar ni de hablar.

—Where are the scrolls?

Creo que no soy especialmente frágil. Con un estremecimiento oigo cómo se me quiebra el meñique. Se rompe con un ruido seco y chasqueante, como cuando pisas una rama seca en el bosque. Grito. Una lengua de fuego se dispara desde el dedo y asciende hasta la cabeza.

Me suelta y yo me agarro la mano izquierda y gimoteo; tengo todo el brazo en llamas.

—Siento lo que le pasó al clérigo —dice el hombre de la pistola—. Pero no dudaremos en... —Me mira de soslayo como para asegurarse de que lo estoy siguiendo y prosigue—: En mutilarte o matarte. ¡Queremos los rollos escritos!

El hombre de los músculos me rodea el cuello con su garra de oso. Mi nuez sube y baja raspando su dedo índice. A pesar de que no me está apretando, me entran

ganas de vomitar y me falta el aire.

Si esto fuera una película, habría cogido impulso y saltado por la ventana, atravesando el cristal. La gente hace lo que sea con tal de evitar el peligro de muerte. Pero yo siempre he sido un gallina, nunca me he llevado bien con las alturas y en cuanto a los cristales rotos... Hay algo en eso de cortarse hasta sangrar y fracturarse brazos y piernas que me cuesta aceptar.

No tengo la intención de sacrificar mi vida por los rollos de Thingvellir, pero, justo en el momento en que estoy a punto de revelar que los rollos se encuentran en la cámara acorazada del Instituto Árni Magnússon, mi mirada recae en la calle.

Un coche de policía se detiene ante el hotel.

Algo en mis ojos debe de haber expresado un rayo de esperanza. El árabe grande se vuelve y mira por la ventana. Sus manos sueltan mi cuello. Trago aire a borbotones. Su compañero se acerca a la ventana. El pequeño dice algo que suena como mokahabarat y el grande responde: «Shorta.»

Abajo, en la calle, dos agentes se bajan del coche de patrulla. Parecen tener todo el tiempo del mundo.

Los árabes me miran como dos hienas despojadas de su cadáver.

Yo gimo.

Con raudos movimientos amarran mis muñecas a la cabecera de la cama y me sellan la boca con cinta adhesiva.

Luego desaparecen.

2

Cuando los agentes por fin perciben mis quejidos medio ahogados y entran corriendo en el hotel, hace ya rato que los árabes han bajado al patio por las escaleras de emergencia y se han escabullido por alguna de las tranquilas calles de detrás del hotel.

Estoy mareado. Los policías me quitan la cinta adhesiva y me ayudan a subirme a la cama. Ni el dolor ni el miedo que siento se corresponden con algo tan ridículamente banal como que te rompan un meñique, pero para mí es más que suficiente.

La policía pide refuerzos y, desde la cama, oigo cómo los coches de policía y las ambulancias se detienen en la calle. Al poco, los agentes y los detectives pululan por el hotel. Un joven médico de turno con un frío estetoscopio escucha mi corazón, que late a toda velocidad. Coloca mi meñique lastimado en una estructura metálica que amarra con celo y me da un cabestrillo y pastillas contra el dolor. Una enfermera me acaricia la mejilla para consolarme y los detectives me interrogan. Señalo al mayor de los árabes de la fotografía MMS y sugiero que el pequeño puede ser una de las personas que aparecen más difuminadas al fondo, y ellos lo anotan en sus cuadernos

de espiral con una naturalidad que haría pensar que Islandia recibe regularmente visitas de árabes violentos que se dedican a saquear el país para llevarse sus tesoros culturales y a romperles el meñique a inocentes investigadores.

Al cabo de algunas horas les he contado todo lo que sé y la ambulancia ha regresado al hospital sin mí.

Dos agentes de policía permanecen en el hotel, uno, delante de la puerta y el otro, en la recepción.

Toda la noche duermo intranquilo. El universo ha colapsado en un punto singular de dolor: mi meñique.

### 3

—¿Bjørn Beltø?

La mujer que espera en la puerta sostiene un sobre contra su pecho mientras su mirada inquieta se posa alternativamente sobre mí y el agente de policía.

Acabo de desayunar abajo, con escolta policial.

—Mi marido y yo somos amigos del clérigo Magnus —continúa la mujer en ese danés que suena a noruego. Luego añade—: Éramos. Formamos parte del consejo de la parroquia de Reikholt y mi marido canta en el coro. ¿Puedo entrar?

No parece especialmente peligrosa, a pesar de lo cual el policía la mira de los pies a la cabeza con su mirada de rayos X.

—Mi marido me está esperando en el coche —dice una vez la han dejado pasar en cuanto cierro la puerta. No parece acostumbrada a estar en la habitación de hotel de un hombre desconocido, porque se queda de pie en medio de la habitación, con el sobre pegado al pecho—. El día que murió el clérigo Magnus...

—¿Sí?

—Pasó a vernos esa misma mañana. Dijo que si le pasaba algo, debíamos entregarte esto. —Me tiende un sobre que está sellado con varias capas de celo—. No debíamos acudir a la policía, sino asegurarnos de que lo recibieras tú.

—Gracias.

—Hemos estado intentando contactar contigo.

—Lo siento. He estado ocupado.

—Lo hemos oído en la radio. ¿Habéis encontrado una gruta en Thingvellir?

Ladea la cabeza como si esperara que le diera una explicación.

—Muchas gracias. El clérigo Magnus les estaría muy agradecido.

Como permanezco en silencio, ella se estremece y repite que su marido la está esperando en el coche. Vuelvo a darle las gracias y se va.

### 4

Abro el sobre de un tirón y saco la hoja de papel.

«Perdóname, clérigo Magnus, pero no lo puedo evitar»: me echo a reír. Fue él mismo, hasta el momento de su muerte.

El texto tiene tres líneas.

Escritas en runas.

A primera vista el texto parece completamente incomprensible. Ciertamente sé leer runas, pero tras mirarlo por segunda y tercera vez el texto sigue sin tener sentido.

En la parte alta de la hoja pone:

G88C3

Debajo ha escrito el siguiente texto:

I I I, f X X J X, N f X  
R M O P K X X T: N J K X f f  
S X M M I f P N: X J K X J N T K M N X S

Me quedo largo rato mirando el texto, intentando encontrarle algún sentido, pero incluso cuando procedo deletreándolo carácter por carácter, me resulta ilegible.

El mensaje rúnico está cifrado.

Debía de temerse que iba a pasar algo. El miedo a lo que pudieran hacer le empujó a depositar el mensaje en casa de unos amigos en los que podía confiar. La constatación me produce escalofríos. El clérigo Magnus entendió que su vida corría peligro.

¿Qué es lo que sabía y nunca reveló?

Al leer el texto, intuyo un patrón que no acaba de alcanzar la superficie. Tiene que haber corrido los caracteres conforme al método César, pero ¿cuántos puestos? Y ¿en qué dirección?

Desde la habitación del hotel llamo a mi pequeño genio de los códigos y le dicto el texto rúnico.

—G88C3 —murmura Terje Lønn Erichsen—. Tiene que ser la clave del código.

Una ráfaga de reconocimiento me traspasa.

—¡G88! La denominación oficial de la piedra de Kylver —exclamo. Hallaron la piedra de Kylver en una tumba junto a la granja Kylver, en Gotland, en 1903; una losa de piedra calcárea que contenía el futhark antiguo, la serie temprana de las runas. Transcribimos el valor fonético de las runas y sacamos el siguiente texto incomprensible:

*iii.ndgëo.hêd*

*rëtwpgdt: uëp dêb*

*sgëëiêwu: dëp oëutpëhgs*

—Nos estamos acercando —dice Terje—. No se trata de un código especialmente

avanzado. C-3. ¿Puede ser tan fácil como un César 3?

Puede. Utilizando la regla César 3, llegamos al siguiente texto:

www.gmail.com

Username: din mor [tu madre]

Password: min lidenskap [mi pasión]

—Voilà! —dice Terje—. Una cuenta de correo electrónico.

Magnus, qué astuto...

Le agradezco a Terje la ayuda, entro en Internet, abro Gmail en mi ordenador portátil y escribo el nombre de mi madre y la pasión de Magnus, que no era Snorre, que sería muy fácil de adivinar, sino el foie gras, que para la ocasión ha de escribirse en una palabra para parecer una clave de acceso.

En el buzón de entrada me espera un único correo. ¡Y en la sección de asunto pone Para Bjørn! El texto es corto:

«Shit happens. ¡Suerte, Bjørn! Estoy contigo. No me juzgues con demasiada dureza. Tu amigo, Magnus.» Abro el archivo adjunto.

Durante unos segundos el tiempo queda suspendido. El clérigo Magnus me ha enviado una versión escaneada y digitalizada del código de Snorre.

5

Permanezco algunos días más en Islandia.

Dos agentes de uniforme me acompañan a todas partes y, con su mera presencia, me impiden hacer todo lo que en realidad debería hacer.

Thrainn y yo somos entrevistados por los periódicos y los canales de televisión sobre el hallazgo de la gruta y el cofre de plata con los manuscritos a los que todos se refieren como los rollos de Thingvellir. Los nombres no son casuales. En 1947, un pastor encontró en Qumrán, junto al mar Muerto, unos rollos de papiro en una gruta del desierto. Durante los siguientes diez años, los pastores, los beduinos y los arqueólogos encontraron nada menos que ochocientos cincuenta rollos con textos bíblicos judíos antiguos. Los manuscritos pasaron a la historia como los Rollos del mar Muerto.

He reenviado a Thrainn una copia electrónica del código de Snorre. Por si acaso, le ruego que no comente que tenemos una copia. Ni siquiera con la policía. Nunca se sabe.

Los rollos de Thingvellir están seguros en la contundente cámara acorazada del sótano del instituto. Ni con dinamita, Semtex o un soplete de corte conseguirían los árabes romper la puerta de acero.

Thrainn recluta a tres especialistas —dos lingüistas y un historiador— para traducir el texto.

Por mi parte decido volver a Noruega. La policía no presenta objeciones: les da

igual. Me llevan al aeropuerto a primerísima hora de la mañana y velan porque embarque sin problemas.

No les veo agitando la mano en señal de despedida cuando despegan el avión, pero me imagino que lo hacen y que luego suspiran aliviados de haberse librado de mí.

# El pentagrama

Noruega

1

Alguien ha estado en mi apartamento.

Vivo en un bloque de pisos en Grefsen, en un apartamento de dos dormitorios. Demasiado espacio para un ermitaño como yo, pero las vistas sobre Oslo son impresionantes.

Para mí un hogar es algo inviolable. Cuando cerramos la puerta detrás de nosotros, es para dejar el mundo al otro lado; los problemas laborales, los compañeros de trabajo agobiantes, las mujeres pegajosas, los asesinos sin escrúpulos.

Por eso me quedo de pie, con los pies como plomo, sobre la alfombrilla ante la puerta de la entrada. Saco con cuidado la llave de la cerradura, cierro la puerta a mis espaldas y dejo la maleta sobre la alfombra anudada a mano que compré en un bazar de Estambul.

La puerta que conduce al despacho está entornada y recuerdo haberla cerrado antes de salir para Islandia. Siempre cierro todas las puertas antes de dejar el piso, por si surgiera un incendio o se rompiera una cañería.

Contengo la respiración. ¿Siguen aquí?

Mi mirada recorre la entrada.

En algún lugar del edificio suena una puerta. Doy un respingo. «¡Contrólate, Bjørn!» Por supuesto que no están aquí, están en Islandia. No pueden estar aquí y en Islandia al mismo tiempo.

Veo ante mí la mirada muerta del clérigo Magnus y a los dos árabes de la habitación del hotel de Reikiavik.

El silencio se acrecienta. ¿Qué puedo hacer? ¿Huir? ¿Quedarme quieto? ¿Llamar a la policía? Me preguntarán si hay ladrones en mi casa. «No lo sé», les responderé. «¿Está forzada la puerta?», preguntarán. «No —responderé—, simplemente tengo una intuición en el alma.» Entonces el operador del 112 suspirará y me pedirá que llame a la policía si encuentro señales de que han entrado por la fuerza, por no decir si me han robado algo.

Empujo la puerta del despacho.

Esperaba encontrar un cuarto patas arriba, pero está todo en perfecto orden, exactamente como lo dejé.

Casi.

El lado izquierdo del teclado del ordenador está corrido un centímetro o dos hacia el interior del escritorio: yo siempre lo dejo paralelo al borde de la mesa.

El salón está ordenado, pero han colocado La campana de Islandia de Laxness a la derecha y no a la izquierda del Lolita de Nabokov. En la colección de CD de Pink Floyd han puesto equivocadamente Wish You Were Here junto a Ummagumma. El crucigrama que dejé sobre la mesita de cristal del rincón de entre los dos sofás — donde el seis vertical sigue sin resolver— está boca arriba y no al revés, y el bolígrafo de los crucigramas está atravesado y no en un ángulo recto.

Han estado en el dormitorio, en la cocina y en el vestidor repleto. No sé si encontrarían lo que andaban buscando, ni siquiera sé lo que estaban buscando.

Una vez vaciada la maleta y puesta la lavadora, cojo una lata de cerveza de la nevera y me apoltrono en el sofá.

El teléfono suena antes de que me dé tiempo a abrir la lata. Thrainn. Dice que han entrado por la fuerza en su casa y en el instituto. Por suerte no encontraron nada, ni siquiera han intentado abrir la cámara acorazada.

Le pido que se ponga en contacto con la policía y digo que lo mejor es que no hablemos más, por si la línea está pinchada.

Me lleva un buen rato conseguir abrir la lata de cerveza. Me muerdo las uñas, así que me cuesta meter la punta del dedo bajo la anilla de aluminio. Cada uno tiene lo suyo.

Me llevo la lata a la boca con la mano temblorosa y bebo.

No soy ningún héroe, pero soy obstinado. Y pienso: «Joder, ya he tenido bastante.»

Llamo a la policía. Probablemente no se creen una sola palabra de lo que les digo, pero me pasan con el agente de guardia. Tartamudeando cuento todo lo que ha pasado en Islandia: hablo del clérigo Magnus, de los árabes y de los hallazgos arqueológicos. Les cuento que creo que alguien ha entrado en mi apartamento. Y, al escucharme a mí mismo, me los imagino señalando la casilla de «caso psiquiátrico».

Entonces el agente de policía dice algo sorprendente:

—¡Caramba!

Quizás haya oído hablar de mí. Tal vez le han impresionado mi título y todas las referencias a Snorre. Incluso la policía puede anhelar algo de aventura y dramatismo en el día a día.

—Mandamos a un hombre —dice resuelto.

2

El hombre al que mandan es rechoncho, lleva falda y un jersey ajustado que no oculta precisamente el peso de los pechos.

Al principio la tomo por vendedora ambulante, pero luego descubro que pone POLICÍA en el carné que lleva colgado al cuello.

Se llama Ragnhild y es inspectora de policía. Tengo preparada agua hirviendo



para hacer un café instantáneo y nos sentamos en el salón. Le cuento todo lo que ha pasado en Islandia y las razones por las que creo que han entrado en mi casa. Ella ni se ríe ni arquea las cejas. Cuando termino comprueba los marcos de las ventanas y las cerraduras, aunque yo le digo que son tan profesionales que no precisan forzar las puertas. Uno por uno le muestro todos los indicios: el teclado del ordenador, los libros, los CD, el crucigrama y el bolígrafo. Sonríe enigmáticamente y dice que no cabe duda de que soy un caballero muy observador.

Un poco más tarde llegan dos técnicos de la policía que deambulan por el piso con sus cepillos y unas bolsitas de plástico en las que tienen que reunir las pruebas.

La policía se queda un par de horas, pero no encuentran ninguna pista. Cuando los técnicos se van y Ragnhild se levanta para despedirse, nos encontramos exactamente en el mismo punto donde habíamos empezado.

—Como comprenderás, con esto no tenemos fundamento suficiente como para asignarte una escolta policial —dice—. Pero... cuídate. —Me tiende una tarjeta de visita con un montón de teléfonos. Con un bolígrafo escribe aún otro número de móvil—: Mi número privado. Por si... Bueno, ya sabes.

Cuando Ragnhild se va, echo los cerrojos, tanto el general como el de seguridad. Tomo un trago de la cerveza que había abierto. Ya no tiene gas y está caliente.

Suena el teléfono. Esta vez nadie dice nada, pero oigo una respiración. Cuelgan.

Alguien está comprobando si estoy en casa.

Reúno en una bolsa la ropa imprescindible y los artículos de aseo, y bajo corriendo al coche. Hay quienes se lo pensarían mucho en llamar coche al Bola. Nunca he tenido la necesidad de engalanarme con coches elegantes. El Bola es un Citroen 2CV, un dos caballos, una lata con el motor de una máquina de coser. Llena de alma y encanto y gasolina sintética.

A bordo del Bola huyo de Oslo. Nadie me sigue. Menos mal, porque no avanzo muy rápido. Pero probablemente me tienen controlado. Saben donde estoy. Yo no los veo, pero seguro que ellos me ven a mí.

### 3

El jefe del instituto de la universidad, el catedrático Trygve Arntzen, es un idiota insoportable. Lo sé con certeza. Durante veinticinco años fue mi padrastro.

Al morir mi madre, se rompieron todos nuestros frágiles lazos de cortesía forzada y tolerancia simulada.

El catedrático se hizo cargo de mi madre cuando mi padre se despeñó desde un saliente en la montaña al que el catedrático se había empeñado en que subiera. Yo tenía doce años. Si no otra cosa, al menos aprendí que la vida corre peligro cuando se desafía la fuerza de la gravedad. Hace algunos años descubrí que mi padre había intentado quitarle la vida al catedrático, porque éste estaba liado con mi madre. Pero

finalmente fue mi padre la víctima del mosquetón de escalada. Como dijo el clérigo Magnus: «Shit happens.»

Conozco bien las peculiaridades del catedrático, así que sé que llega pronto al trabajo. Dice que consigue hacer un montón de cosas antes de que se despierte el resto del mundo. Yo he pasado la noche en el coche, en un aparcamiento, debajo de una cámara de vigilancia.

El catedrático está en el despacho cuando llamo a la puerta. Por la expresión que adquiere su rostro al verme, cualquiera diría que alguien le ha exprimido un limón en la boca.

—¿Bjørn? Creía que estabas en Islandia.

—Exacto, estaba.

Por cumplir, le cuento los puntos álgidos del viaje, de los que ya está perfectamente enterado. Callo sobre todo lo que pueda sonar a transgresión de las formalidades, porque el catedrático Arntzen es un tiquismiquis de las reglas de cuidado, pero consigo intrigarlo lo suficiente como para que, por ahora, me permita seguir trabajando en el «proyecto». Me contempla con una mirada llena de fibra y me pide que le mantenga informado para saber cómo voy con el trabajo.

Sí, seguro.

4

Cicerón dijo que la soledad no es una carga para quien está consagrado a sus estudios. Yo siempre estoy consagrado a mis estudios, pero eso no significa que mis anhelos sean más fáciles de llevar. Simplemente resultan más fáciles de reprimir.

He cerrado la puerta del diminuto despacho que tengo en la universidad. Estoy sentado a mi mesa, empotrada entre los archivadores repletos y las estanterías colmadas de sabiduría. Hago rodar un lápiz entre los dedos y miro alternativamente por la ventana y a la pantalla del ordenador. Me cuesta entender lo que sabía el clérigo Magnus, y lo que entendía, y por qué les tenía miedo a los supuestos investigadores. ¿Sabía que no representaban al Instituto Schimmer? ¿Con quién había hablado? ¿Qué le empujó a escanear el código de Snorre, página a página, y luego prepararme un código de runas para conducirme hasta él?

He impreso una copia del código en papel de alta calidad. Es evidente que en las regulares líneas de runas y letras latinas, símbolos y mapas, se ocultan nuevas pistas y mensajes. Partes del texto están cifradas, pero muchos párrafos son legibles.

¿Qué secreto llevó a Snorre a dejar escrito un texto a mano para la posteridad?

Las tres primeras páginas están escritas en runas, sobre un papel más oscuro y más antiguo que el resto. Las runas eran los signos de escritura de los germanos y se extendieron y desarrollaron por todo el norte de Europa durante el primer milenio después de Cristo. Con el cristianismo, las runas fueron sustituidas paulatinamente

por el alfabeto latino, pero, durante varios siglos, runas y letras se usaron codo con codo.

Signo por signo, palabra por palabra, voy traduciendo las runas. Sale algo intermedio entre una colección de normas, un conjuro y unas indicaciones. En noruego moderno el texto rúnico comienza así:

Guárdate, lector de las runas secretas. Los tormentos del Duat, del Hel y del Infierno aguardan a quien descifre sin permiso los enigmas de los signos. Apártate de este pergamino de los dioses.

Porque así es: en el secreto de los dioses custodiamos el secreto sagrado. La fuerza de las runas oculta la profecía en la niebla de los signos.

Tú que custodias el secreto con tu honor y tu vida, eres el elegido. Tus asistentes divinos, Osiris, Odín y Cristo el Blanco, siguen tus pasos. ¡Te honramos, Amón!

Aún más extraño es el poema siguiente, que está escrito en runas, pero evidentemente es una traducción del egipcio:

*~ La clave ~*

*Los cortesanos de la casa real acompañan  
hacia el oeste a Tut Ankh Amón, rey de Osiris.*

*Gritan: ¡ Oh, rey! ¡ Ven en paz!*

*¡Oh, Dios! ¡Protector del país!*

¿La clave? Tras el texto rúnico siguen algunas páginas que, doscientos años más tarde, el propio Snorre ha rellenado con letras latinas, mapas y dibujos. Partes del texto están cifradas, pero otras son legibles:

Reyes y duques, patriarcas y caballeros, poetas y conjurados se reúnen en el círculo sagrado de CUSTODIOS del secreto divino.

Sólo los elegidos y los iniciados han de interpretar las palabras ocultas y los signos velados.

Me imagino a Snorre en la sala de escritura de Reykholt. El scriptorium debía de estar iluminado con velas y candiles colocados a lo largo de las paredes, suspendidos del techo y situados sobre las altas mesas de trabajo inclinadas. Debió de echar a los escribientes para quedarse solo. Ante sí, firmemente fijada sobre la plancha de escribir, Snorre habría colocado el suave pergamino blanco de piel de vaquilla. La pluma debía de estar limpia y afilada. Entonces empezaría a escribir, con una letra regular que seguía las líneas débilmente marcadas. En medio de la página debió de dibujar un pentagrama. Una pentalfa... En tiempos de los vikingos pensaban que si la tallabas en la pared, te protegía contra las mares, las brujas que venían a alterarte el sueño.

Incluso en una oficina moderna con ordenador, teléfono, telefax y un contenedor

magnético de clips, siento la fuerza del pentagrama. Durante cinco mil años, la estrella de las cinco puntas ha brillado en el cielo del ocultismo. Lo egipcios trazaron un círculo en torno a la estrella, que señalaba hacia el inframundo, el duat, el más allá. Los árabes lo usaban en la magia y en los rituales. Los pitagóricos pensaban que el pentagrama expresaba la perfección matemática, porque la sección áurea, el número proporcional 1,618, se oculta en las líneas del pentagrama. Para los judíos simboliza el Pentateuco, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, atribuidos a Moisés. Para los cristianos el signo representa tanto la magia negra como las cinco heridas de Jesús. Y, fíjate, si giras la punta hacia abajo, sale un símbolo satanista.

En la quinta página encuentro un mapa del sur de Noruega, desde Trondheim hasta abajo. El mapa no es especialmente preciso. En tiempos de Snorre los mapas se basaban en medidas a ojo y suposiciones. El primer mapa de los países nórdicos que se conoce, el mapa Nancy de 1427, lo trazó el danés Claudius Clavus, que vivió algunos años en Roma y se codeó con los cardenales y secretarios del Papa. Pero antes de eso, al parecer, alguien había dibujado un mapa de la Noruega oriental, y lo había copiado de un pergamino rúnico aún más antiguo.

Paso hora tras hora estudiando el texto y los dibujos. Traduzco el texto rúnico y el texto de Snorre. Me afano con los códigos, puesto que intuyo que en las palabras puede ocultarse un mensaje —unas indicaciones—, quizás en algún código que ni siquiera detecto. Estudio el mapa de Noruega y los símbolos.

Pero no le encuentro el sentido.

Después del almuerzo —dos rebanadas de pan con queso Gouda, un poco de colinabo y una taza de té—, llamo al jefe de policía de Borgarnes para comprobar si hay algo nuevo. Lo hay. Una gasolinera de Saurbær les ha mandado unas imágenes en las que aparecen los sospechosos. Están distribuyendo las fotografías entre la Interpol. La policía noruega ha recibido una copia. «A los árabes parece que se los ha tragado la tierra, je, je», dice. Luego se pone serio y me proporciona la información justa sobre la investigación, como para que yo me sienta informado, aunque no me haya contado nada en absoluto.

Justo después de colgar, me llama Ragnhild, la inspectora de Oslo. Acaba de recibir las fotografías de Islandia y me pide que identifique a los sospechosos. Me ha enviado una copia por correo electrónico y se queda esperando al aparato mientras abro el correo electrónico y el fichero adjunto.

La fotografía de la cámara de vigilancia es en blanco y negro, pero enfocada y clara.

Reconozco a los dos hombres que fueron a visitarme al hotel en Reykiavik. El pequeño y desagradable, y la enorme montaña que me rompió el meñique. —Son ellos —digo.

—Los cogemos. Con una fotografía, ya tenemos algo con lo que trabajar.

Le pido que espere un momento. Debajo de su correo hay otro, sin abrir:

De:

Enviado:

Para: bjorn.belto@khm.oio.no

Copia:

Asunto: Bjørn Beltø, ¡lee esto!

Querido Bjørn Beltø:

Tú no sabes quién soy, pero «ahora» yo ya te conozco. Siento todos los sufrimientos y la angustia que te han ocasionado mis colaboradores. Les he asignado un trabajo y no puedo controlarlos en todo.

Tu amigo el clérigo Magnus encontró en Islandia un códice con el que se han hecho mis hombres, pero tú conseguiste hallar también la copia de los manuscritos que los medios de comunicación, con su infinita falta de imaginación, han llamado los rollos de Thingvellir.

Estoy dispuesto a llegar lejos, muy lejos, para hacerme con este manuscrito, siga en Islandia o lo tengas tú en tu poder en Noruega.

No quisiera amenazarte, pero me obligas a emplear métodos que habría preferido eludir.

Te lo ruego: pon los rollos de Thingvellir en manos de mis hombres. Tu voluntad de colaboración será ricamente recompensada. Cuando digo «ricamente» me refiero a más dinero del que puedas imaginar. Podrás pasar el resto de tu vida en un despreocupado lujo.

Si escoges oponerte a mi voluntad, tu destino queda fuera de mis manos. Mis hombres tienen instrucciones claras. No quiero lastimarte, pero nada es más importante para mí que conseguir la copia de los manuscritos de Thingvellir. Mis hombres tienen autorización para hacer lo que sea necesario. Permíteme que me ahorre los detalles.

La garganta se me llena de arena y emplaste. No he recibido muchas cartas de amenaza en mi vida, la verdad es que ésta es la primera.

Con una voz llena de cortes y respingos, le leo el texto a Ragnhild, que me pide que haga dos cosas: imprimir una copia del correo y reenviárselo a ella.

Aprieto el botón de imprimir. No ocurre nada. Presiono varias veces el botón del ratón con irritación. Nada.

En el momento en que voy a reenviar el correo, la pantalla del ordenador empieza a temblar. El correo electrónico se desvanece de la pantalla, como si cada uno de los píxeles soltara a su compañero y se dejara llevar por un absurdo caos. Al final desaparece el correo íntegro. —Ha desaparecido —digo. —No es posible.

Compruebo el buzón de entrada del Outlook. El correo sigue siendo el segundo. Lo selecciono y en ese momento desaparece toda la línea.

—¡Comprueba la papelera! —dice Ragnhild. Nada.

—Intenta «Recuperar elementos borrados». Nada.

Me dice que lo que le acabo de describir es técnicamente imposible. Un correo electrónico no puede desaparecer del terminal receptor. Para que sucediera eso tendría que ser un fichero adjunto ejecutable, cosa que debería haber detectado el programa antivirus.

—¿El adjunto era un fichero exe?

—Era un correo electrónico completamente normal.

—Entonces alguien se ha metido en tu ordenador y ha instalado un programa espía.

—¿Han estado aquí? ¿Aquí?

—Si tienen programas capaces de hacer que los correos del Outlook se desvanezcan, es que sus conocimientos informáticos son avanzados. En tal caso pueden perfectamente haberte enviado un correo (tal vez uno que haya acabado en tu papelera y se haya borrado a sí mismo) que haya instalado automáticamente un programa oculto.

—No ponía nada sobre quién había enviado el correo.

—La dirección del remitente y la fecha son fáciles de manipular y falsificar. En teoría es posible descubrir el servidor desde el que se ha mandado el mensaje, pero también hay ingeniosas soluciones para eso, como introducirse en un servidor mal protegido y enviarlo desde allí.

Ragnhild me pide que anote el contenido del correo electrónico tan literalmente como me sea posible.

Al cabo de media hora, llega con un técnico de la policía para recoger el ordenador, pero dudo que vayan a encontrar nada.

5

A última hora de la tarde, salgo del despacho y cierro la puerta con llave. Estoy inquieto. He metido la copia del documento de Snorre en una bolsa de plástico transparente que llevo escondida bajo la camisa. El plástico se me pega al pecho.

Me apresuro a recorrer el largo pasillo, bajar las escaleras que conducen al sótano y salir a la luz por la parte trasera del Instituto. Siento la luz del sol como agujas incandescentes en los ojos. Me coloco los filtros solares sobre los cristales de las gafas. El aire tiene el sabor del final del verano.

Cojo el metro en la parada de la universidad de Blindern hasta el centro y doy un paseo hacia el garaje donde tengo aparcado el Bola.

Está sentado en unas escaleras junto a la entrada y simula leer el periódico, pero vigila atentamente las puertas de cristal que se abren y cierran automáticamente.

Lo más preocupante es el gran número de entradas que tiene el aparcamiento. Si

se han puesto a vigilar una entrada, tienen que tener también vigilantes en las demás. ¿Cuántos serán?

Me escabullo tras la esquina y dejo al Bola en el puesto P2, solo y rodeado de enemigos.

¿Quiénes serán? ¿Se habría puesto el clérigo Magnus en contacto con coleccionistas ilegales? Hay extranjeros adinerados que pueden llegar muy lejos con tal de hacerse con determinadas joyas fuera de los canales formales de venta. Pero ¿llegar a matar? ¿Por un viejo pergamino?

O... ¿por la información que oculta el texto?

Cojo el tranvía hasta Skillebekk y me escondo en un portal de un callejón.

Terje Lønn Erichsen llega al cabo de media hora larga. En el bolso, el mismo que ha tenido desde los tiempos de estudiante, lleva una fiambarrera para la comida, un termo y un ejemplar del diario Dagbladet que ha estado leyendo en el tranvía. Recorre la calle tranquilamente, con un porte algo ladeado. Terje tiene los dientes pequeños y las orejas grandes, una calva que se compensa con su larga melena rizada y una imponente barba.

Al verme se detiene y sonrío.

—¡Bjørn! ¿Problemas de faldas?

Nosotros, los irónicos, hemos desarrollado un lenguaje tribal en el que incluso las más burdas ofensas son bienintencionadas. Terje sabe perfectamente que yo, al igual que él, hace varios años que no me acerco a una mujer.

Esa noche duermo en casa de Terje. Le resulta emocionante esconder a alguien que está huyendo de misteriosos perseguidores.

No descarto que piense que me estoy imaginando cosas, pero no pasa nada. Es mejor, tanto para él como para mí.

6

Desde que era pequeño me he sentido atraído por las brujas.

Una dudosa atracción, ciertamente. Mis pulsiones nunca han seguido el camino trazado por la razón. Al principio, cuando aún era bastante pequeño, las brujas me aterrorizaban. Tenían grandes capas, largas narices y horrendas verrugas con pelos. Cocían pestilentes brebajes en grandes cacerolas y volaban a través de la oscuridad sobre los palos de sus escobas mientras se reían malvada y estridentemente. A medida que fui creciendo y las hormonas, con bastante vacilación, fueron saliendo de su caparazón, comprendí intuitivamente que las brujas también irradiaban una sutil atracción erótica que hacía que me fallaran las rodillas.

Aunque seguían aterrorizándome.

Por eso me quedo de pie, pugnando por recuperar la respiración, ante la puerta de Adelheid af Geierstam.

—¿Bjørn Beltø? —pregunta ladeando la cabeza.

Gradualmente la petrificación del embrujo se va pasando:

—¿Adelheid?

—¡Vamos, pasa!

Adelheid af Geierstam encaja perfectamente con el aspecto que yo imagino que ha de tener una auténtica bruja wiccana. Es arrebatadora de un modo sensual y moderado. Tiene los labios estrechos y brillantes, y los ojos de color azul hielo y repletos de promesas veladas.

Vive en Lillehammer, en un desvencijado palacete cuya pintura blanca se está desconchando y a cuyo alrededor se extiende un jardín lleno de perales olvidados, arbustos de grosellas abandonados y pilas de composta que hace mucho que fueron dejados a su suerte.

Me conduce a través del porche hasta la entrada, donde cuelgo mi abrigo. Me pregunta si el viaje en tren ha ido bien. Cubierta de ondeantes vestimentas que casi ocultan sus formas, se desliza delante de mí por un pasillo que conduce a un salón donde la cabeza de un antílope asoma entre bongos, pieles de cebra tensadas, máscaras de madera y atrapasueños trenzados con plumas de avestruz y garras de león.

Adelheid me tiende una gran taza de cerámica con té de hierbas.

—Me alegra que hayas venido. ¡Ya era hora! ¡La ciencia establecida siempre ha pecado de falta de comprensión por la geometría sagrada! Eres el primer catedrático que me visita.

En vez de aclararle que sólo soy un pobre profesor adjunto que no representa mucho más que a mí mismo, le doy un sorbo al té de hierbas, que sabe a extracto de césped y arbustos moribundos.

Adelheid ha escrito cuatro controvertidos libros sobre la historia de la geometría sagrada y su influencia sobre la ubicación de los monasterios, iglesias, tumbas y castillos noruegos.

—Se pueden encontrar ejemplos de geometría sagrada por toda Noruega, pero muchos científicos consideran que nuestro saber es mera superstición. —Tiene la voz cálida. Cuando posa su mano sobre la mía, resuenan sus pulseras de cuentas de piedra y su bisutería. El inesperado contacto de la piel no me deja indiferente.

Prosigue antes de que me dé tiempo a plantear una pregunta:

—A lo largo de la costa noruega, desde Rogaland hasta Nordfjord, sesenta cruces de piedra atestiguan la influencia celta sobre la cristianización de Noruega hasta el siglo XI. ¿Acaso crees que la ubicación de esas cruces de piedra, algunas de las cuales tienen varios metros de altura, es casual?

—Nunca he pensado en eso.

—Traza una línea desde el monasterio de Utstein, junto a Stavanger, hasta



Tønsberg, y luego hasta la catedral de Nidaros. ¿Es una casualidad que las líneas formen un ángulo de noventa grados?

—Eh...

—¿Es una casualidad que la Orden del Císter fundara el monasterio de Lyse en 1146, el de Santa María (en la isla Hovedø ya del fiordo de Oslo) en 1147, el de Munkeby (en Trondheim) en 1180 y el de Tautra (en el fiordo de Trondheim) en 1207?

—No creo.

—¿Es una casualidad que la distancia entre el monasterio agustiniano de Utstein y Oslo sea la misma que la que separa el monasterio de Lyse de Oslo? ¿Es una casualidad que haya exactamente la misma distancia (275 kilómetros) entre el monasterio de Halsnøy (fundado por los agustinos en 1163) y la Casa de Tønsberg, que entre ésta y Utstein? —Oh.

—Todos los antiguos lugares sagrados de Noruega se subordinan a una lógica matemática que muestra que nuestros antepasados buscaron inspiración y saber en los griegos y en los egipcios. ¿O es acaso una casualidad que la ubicación en los mapas medievales de las ciudades sagradas de Bergen, Trondheim, Hamar y Tønsberg formaran un pentagrama?

Me quedo frío. Helado. Todavía no le he contado gran cosa sobre por qué he venido. Aun así, prevé una de las preguntas que he pensado plantearle.

—No quisiera asustarte ni resultar melodramático —le digo—, pero en Islandia han matado a un párroco a causa de lo que ahora te voy a enseñar.

Coloco ante ella la copia del códice de Snorre.

—¿Son los rollos de Thingvellir?

—No, éste es el texto que nos condujo hasta la gruta de Thingvellir. Snorre redactó la última parte, la que está escrita con letras latinas. Probablemente las runas se escribieran un par de siglos antes. Los mapas y los símbolos mágicos se dibujaron entre 1050 y 1250.

Digerimos las palabras durante unos segundos.

Con solemnidad hojea el manuscrito y estudia los mapas y el uso de los símbolos.

—¡Ankh! ¡Pentagrama! ¡Pero si esto es fantástico!

Le hago un breve resumen del texto rúnico y explico que probablemente el texto y los mapas oculten unas instrucciones.

—Aquí —digo mientras paso las páginas— hay un mapa del sur de Noruega. A pesar de no concordar completamente con la geografía actual, no concibo que alguien fuera capaz de dibujar un mapa tan exacto varios siglos antes de que la geografía se estableciera como ciencia.



—¿Has colocado el pentagrama sobre el mapa?

La miro a ella antes de mirar el mapa.

—El pentagrama y el mapa se copertenecen —dice—. Tienes que partir de los lugares sagrados del momento. Bjørgvin. Nidaros. Hamar. Tønsberg.

Mientras habla dibuja un puntito junto a cada uno de los lugares del mapa. Traza una línea desde Bergen a Trondheim. Otra desde Bergen a Hamar, donde Nicholas Breakspear, el posterior papa Adriano IV, fundó un obispado hacia el año 1150. Otra desde Trondheim hasta Tønsberg, la ciudad más antigua de Noruega y el centro de poder de la Edad Media.

—Nos faltan dos líneas —dice— y tendremos un pentagrama.

—Pero en el noroeste no hay ningún centro religioso —digo señalando la coordenada ausente, que al parecer debería estar en algún lugar junto a Stadlandet.

—No está tan claro. En esa zona hay varias grutas misteriosas. Como la gruta de Dollstein. Un colega mío, el investigador Harald Sommerfeldt Boehlke, ha estudiado la gruta y las leyendas sobre ella. La gruta se abre hacia el mar, a sesenta metros de altura en la pared de la montaña al oeste de Sandsøy, en Møre og Romsdal. Según los mitos, el rey Arturo tenía una casa de campo en Sandsøy, y se supone que hay un tesoro escondido en la gruta. Un túnel conduce hacia una gran sala. Hay cinco salas como ésa, o grutas, separadas por estrechos pasillos. Se ha medido la cueva y tiene 180 metros, pero antiguamente se creía que continuaba bajo el mar hasta Escocia. El cruzado Ragnvald Orknøyjarl, duque de las islas Órcadas (que tomó el nombre del hijo adoptivo de Olav el Santo, Ragnvald Bruseson) visitó la gruta en 1127 para encontrar un tesoro que al parecer estaba escondido en la cueva.

Adelheid traza las dos últimas líneas. Como por arte de magia surge un pentagrama del mapa de Noruega.



En secreto, alguien con conocimientos sobre la magia de los números, la geografía y la geometría, sentó las bases de lo que en el siglo XII se convirtió en la catedral de Nidaros, en Trondheim, la catedral de Hamar, la Casa de Tønsberg y un lugar sagrado en la zona de Bergen.

—Son muy pocos los que saben que una larga serie de lugares sagrados de todos los países nórdicos están situados conforme a un orden matemático hermético —dice Adelheid. Se acerca a la estantería, saca un libro y encuentra una fotografía aérea de los montículos mortuorios de la Vieja Uppsala en Suecia—. ¿Ves cómo los montículos y las iglesias de alrededor están colocadas en función de círculos y ángulos? —me dice señalando las figuras con una uña pintada de rojo.

En otro libro me muestra un mapa de Bornholm, la isla danesa del mar Báltico:

—Si colocas un pentagrama sobre la isla, verás cómo las iglesias redondas, los castillos y los lugares sagrados de los templarios se distribuyen a lo largo de las líneas del pentagrama.

Saca aún otro libro.

—Los islandeses Einar Pálsson y Einar Birgisson documentaron que desde la colonización de Islandia en adelante, las grandes granjas, las iglesias y los lugares de importancia se ubicaban y construían conforme a principios geométricos sagrados. Imagínate un círculo que represente el horizonte y el Zodíaco. Los ejes que cortan el círculo se definían a partir del movimiento del sol, y en total todo formaba un mapa cósmico que muestra que los islandeses debían de tener conocimientos sobre la cosmología egipcia.

Le doy un sorbo al té de hierbas que está empezando a quedarse frío.

Saca más libros de la estantería:

—Puedes encontrar los mismos patrones y modelos aquí en Noruega. Las investigaciones de Bodvar Schjelderup y Harald Sommerfeldt Boehlke (ambos han descrito sus hallazgos en libros muy emocionantes) muestran lo extendida que estuvo la geometría sagrada en la historia noruega. Recuerda que los vikingos no eran sólo unos guerreros violentos y sanguinarios, sino personas con una profunda fe y mucha curiosidad. Valoraban mucho la armonía de la existencia; no hay más que fijarse en la forma de los barcos vikingos, o en las series de las runas. Cuando los vikingos querían situar en el terreno los lugares importantes, se guiaban por la geometría de las líneas y las formas sagradas.

—Pero en último término todo esto no es más que un jaleo de líneas y coordenadas —le digo señalando el mapa.

—Supongo que el texto oculta indicaciones más precisas para acceder al lugar. Quizá codificadas.

Miro fijamente el texto con la cabeza gacha. Lo he repasado tantas veces que no me puedo imaginar que aún haya códigos ocultos que yo no haya detectado. Pero

evidentemente me equivoco.

7

En el tren de vuelta a Oslo, descubro ocho llamadas perdidas y cuatro mensajes en el contestador del móvil. Lo tengo puesto en silencio: no quiero acabar preso del teléfono móvil.

Todas las llamadas provienen del mismo número: Ragnhild.

Cuando la llamo, oigo un suspiro de alivio.

—¡Bjørn! ¿Dónde te habías metido?

—¿Ha pasado algo?

—Tengo que hablar contigo. Inmediatamente. ¿Dónde estás? ¡Pasamos a recogerte!

En la comisaría de Grønland, Ragnhild me espera con un gesto de preocupación en la frente.

—Hemos identificado a uno de los árabes —dice, y me muestra una de las fotografías de la cámara de vigilancia islandesa, mientras, con la uña del dedo índice, señala al mayor de los hombres.

—Ese fue el que me partió el dedo.

—La Interpol tiene toda una biblioteca sobre él. Su nombre completo es Hassan ibn Abi Hakim.

—Hassan...

Acerca un montón de fotografías de Hassan a mi lado del escritorio. En varias de ellas lleva puesto un uniforme militar. En otras lleva trajes de lujo que evidentemente le han tenido que hacer a medida para que se amoldasen a su enorme cuerpo.

En una fotografía en blanco y negro posa sonriendo orgulloso ante una tumba colectiva.

—Iraqí.

Ragnhild me tiende una traducción de un informe de la Interpol.

—Esto es un denominado I-24/7 de la Interpol Criminal Data Access Management System.

\*\* I N T E R P O L \*\*

\*\* Radiograma interno \*\*

Radiograma n.º: 7562

Fecha de entrada: 2007-11-17

14:13:48

De la comisaría: Lyon

N.º Remitente: SN

Fecha envío: 171107

Hora de envío: 14:13:48

Prioridad: URGENT

A zona: OSLO

De: «I-247-G° 14»

A: «NORWAY»

Asunto: Our ref: 1711/07 GD/VG/OKK

INTELLIGENCE MESSAGE NR. 26/11 REGARDING Hassan ibn Abi Hakim

Nombre del sujeto: Hassan ibn Abi Hakim

Eventuales apodos: Desconocido

Fecha de nacimiento: Desconocida

Año de nacimiento: 1963

Lugar de residencia: Desconocido

Desde 1985 hasta 2003, Hassan ibn Abi Hakim fue oficial del ejército de Saddam Hussein, primero en la Guardia Republicana, desde 1992 en la unidad especial de Saddam The Iraqi Special Republican Guard.

El sujeto estaba especializado en operaciones sucias, y dirigió una serie de ellas.

En el período entre 1986 y 1989 estuvo implicado en la campaña de Al Anfal en Irak. Se atacaron varios miles de pueblos kurdos y cientos de miles de kurdos fueron masacrados, entre otros modos, con armas químicas.

El sujeto era uno de los oficiales al mando cuando se atacó Halabja y cerca de 5.000 personas murieron víctimas de lesiones químicas.

Según la CIA el sujeto fue uno de los oficiales centrales en la campaña de Al Anfal.

El MI5 calcula que acabó personalmente con la vida de entre 3.000 y 4.000 personas durante el período en que fue oficial de la Guardia Republicana.

Desde 2003 el sujeto se ha ganado la vida como «consejero militar autónomo», con base en Abu Dhabi. En la práctica se sospecha que actúa como mercenario o asesino a sueldo.

Según el servicio de inteligencia francesa, la Direction Générale de la Sécurité Extérieure, desde 2006 el sujeto trabaja exclusivamente para una persona no identificada de Arabia Saudí.

El servicio de inteligencia israelí, Ha-Mossad le-Modiin ule-Tafkidim Mayuhadim (Mossad), a pesar de haberse infiltrado en la organización en repetidas ocasiones, no ha conseguido confirmar la identidad de la persona que lo contrata, pero tal vez se trate del jeque Ibrahim al-Jamil ibn Zakiyy ibn Abdulaziz al-Filastini.

—Pues nada, al menos sabemos quién es —digo. Tengo la costumbre de ocultar el miedo con una capa de indiferencia fingida. La información que he recibido me aterroriza, pero no se me pasa por la cabeza capitular. Al contrario, dentro de mí crece la rebelde necesidad de derrotarlos, de derrotar lo invencible, de derrotar a un verdugo llamado Hassan. Soy lo suficientemente testarudo como para hacerlo. Un

hombre sensato ya se habría rendido. Pero ¿yo? Qué va. En el fondo de mí se aloja un enjuto desgraciado completamente empecinado en encontrar respuestas, alguien que no dudaría en desmontar un reloj con tal de solucionar el enigma del tiempo. Si cabe, tengo aún más curiosidad y testarudez que miedo. Rendirse ahora sería una humillación a la memoria del clérigo Magnus.

La mirada de Ragnhild me hace pensar en la de mi madre, tal y como la recuerdo de la infancia.

—Querido Bjørn, ten cuidado —dice.

La policía me pertrecha con una alarma antiviolencia.

Durante algunos días voy a tener un guardaespaldas completamente a mi disposición, un agente de policía con un auricular en el oído, gafas de sol y la mirada atenta a los asesinos que puedan ocultarse entre los arbustos.

Además, me devuelven mi ordenador. Los programas que consiguieron instalar Hassan y sus hombres se han borrado a sí mismos de manera igualmente inexplicable, o al menos se han vuelto invisibles entre los demás programas. Lo único que han conseguido descubrir es un dialer con conexión a un servidor proxy caribeño, que a su vez se comunica con un servidor en Abu Dhabi.

8

En la universidad intercambio despacho con un compañero que está de vacaciones. El guardaespaldas está sentado en una silla en el pasillo, leyendo el diario VG y aburriéndose soberanamente mientras espera a las reminiscencias de la Guardia Republicana.

Por mi parte, llamo a Thrainn en Islandia.

Percibo en su voz que algo le preocupa. Cuando admite que se siente vigilado, emplea palabras que no lo dejen demasiado mal parado. Alguien lo está siguiendo; hojea sus papeles cuando sale a hacer un recado y merodea por su casa cuando está fuera. Lo dice con una risa que deja claro lo que se teme que piense yo de él.

Le hablo de Hassan, del agente de policía que me vigila sentado en el pasillo y de todo lo que ha pasado desde que volví a Noruega. Luego le pido que llame a la policía para exponerles la seriedad de la situación.

—Van a por nosotros, Thrainn —le digo.

Da la impresión de que está intentando tragarse un huevo.

—Intento aferrarme a la esperanza de que sean todo imaginaciones nuestras.

—¿Están los rollos de Thingvellir a buen recaudo?

—Sí. Los hemos trasladado a...

—¡Espera! No digas nada.

—Pero...

—Puede que el teléfono esté pinchado.

Se queda callado, mucho tiempo.

Al final acordamos que lo llame a la línea de uno de sus colegas, desde otro teléfono.

En la línea segura, Thrainn me cuenta que los investigadores del Instituto Árni Magnússon se han llevado los rollos a un laboratorio con ocasión de una exposición de manuscritos en la Casa de la Cultura del centro de Reikiavik, y allí simulan estar restaurando una copia del siglo xv del Libro de Flatey: el Codex Flatöiensis.

Al mismo tiempo, con la voz vibrante de autocomplacencia, Thrainn revela que ha puesto en marcha una operación de camuflaje: cuatro estudiantes de doctorado, sometidos a exageradas medidas de confidencialidad, están trabajando en el Instituto Árni Magnússon con una copia del siglo xviii del Heimskringla con el objetivo de que los bandidos piensen que lo que están analizando son los rollos de Thingvellir.

—¿Han descubierto ya algo tus investigadores? —pregunto.

—Da la impresión de que es una copia de la Biblia.

—¿Qué quieres decir con «da la impresión»?

—Bueno. —Se toma su tiempo—. El idioma de una de las columnas es copto. La otra columna está escrita en una forma antigua de hebreo que se suele conocer como hebreo clásico o bíblico. La traducción al copto aparece contigua al texto original en hebreo. La Biblia hebrea, el Tanaj, y el Antiguo Testamento están escritos en esta lengua, que no es sustancialmente diferente del hebreo moderno, aunque la gramática es un poco diferente y el estilo del idioma es más arcaico.

—Pero ¿realmente se trata de una copia de la Biblia?

—Los traductores están confusos. Tiene que tratarse de una versión manuscrita alternativa. Partes del texto son una copia del Pentateuco, los cinco libros de la Biblia atribuidos a Moisés, pero otras zonas resultan desconocidas. Aún no hemos avanzado mucho con la traducción, aunque hemos hecho algunas traducciones de prueba de diversos lugares del documento.

—¿Y bien?

—Para serte franco, no sé qué pensar. Quizá no sea más que una chorrada, una broma. Tal vez algún monje o escribiente algo escéptico y bromista se entretuviera reescribiendo la Biblia... Y aunque resultara que el texto es una traducción aproximada del Pentateuco, no sé qué deberíamos hacer con ella.

—¿Por qué?

—Si la copia hubiera sido mil años más antigua, tendríamos en nuestras manos un acontecimiento mundial. La Septuaginta, la traducción precristiana del Antiguo Testamento, se escribió en Alejandría, Egipto, entre los siglos tercero y primero antes de Cristo. El Codex Vaticanus, uno de los manuscritos bíblicos más antiguos que se conservan en el mundo, es del siglo cuarto después de Cristo. La versión de la Biblia del Codex Sinaiticus se copió entre el año 330 y el 350. La Vulgata, la primera

traducción al latín de la Biblia autorizada por la Iglesia católica romana, se escribió en torno al año 400. Los rollos de Thingvellir, Björn, se escribieron en tiempos de los vikingos. Y, aunque una copia de la Biblia del siglo xi ciertamente tenga interés académico, tampoco lo tiene mucho más allá de eso. Es una de esas cosas a las que alguien como tú o como yo puede dedicar varios años de investigación, pero recuerda que no es más que una copia de algo que tenía ya mil años de antigüedad en el momento en que se copió. Algo emocionante para los científicos, desde luego, pero no mucho más. —Hace una breve pausa—. Y eso hace aún más inexplicable que Snorre la ocultara en una gruta en Thingvellir.

—¿Así que la cuestión es a partir de qué texto original se hizo esta copia?

—Cosa que no sabremos nunca.

Le hablo sobre mi visita a Adelheid. Nos embarcamos en una breve conversación sobre la geometría sagrada y la argumentación nos conduce a Egipto, a la ciencia antigua y a la pseudociencia mitológica que tenían. Las líneas de conexión no contribuyen a disminuir nuestra confusión. ¿Qué tendrá Egipto que ver con la historia noruega de los vikingos o con Snorre? Cuando pienso en Egipto, me imagino a Cleopatra a la sombra de las pirámides. Pero cuando Cleopatra se introdujo seductoramente en la historia, las pirámides de Giza tenían ya 2.500 años de antigüedad y Egipto era una gran potencia agonizante. Los egipcios organizaron su estado hace ya 5.000 años y, durante tres milenios, gobernaron el país faraones largamente olvidados y otros poderosos regentes cuyos nombres aún resuenan en nuestros labios: Wazner, Iry-Hor, Qaa, Hotepsejemuy, Jaba, Keops, Mentuhotep, Kamose, Amenofis, Tutmosis, Hatshepsut, Ramsés, Seti, Jerjes... Eran los líderes y semidioses de su tiempo. Pero el Egipto de los faraones se desvaneció justo antes del nacimiento de Jesús. El hijo adoptivo de Julio César, Octaviano, invadió Egipto en el año 30 antes de Cristo. Cleopatra se quitó la vida y, ese mismo año, su hijo Cesarión, de diecisiete años, fue ejecutado. Desde ese momento el país fue dirigido por extranjeros. A mediados del siglo vi, árabes musulmanes invadieron Egipto y relevaron a los bizantinos y a los persas. En tiempos de los vikingos, Egipto era un califato islámico.

## 9

Durante los días siguientes, repaso el texto de Snorre en busca de las instrucciones a las que se refirió Adelheid, pero no encuentro nada.

Me retiran al guardaespaldas: la versión oficial es que se ha llevado a cabo una reconsideración de los «medios disponibles» y del «peligro potencial», pero lo más probable es que hayan querido salvar al pobre hombre de la muerte por aburrimiento.

Por las mañanas salgo a escondidas del apartamento de Terje y entro a hurtadillas en mi despacho provisional, utilizando las entradas del sótano, escaleras olvidadas y



pasillos de otras plantas.

Oigo ruidos en el teléfono y recibo correo spam que estoy convencido que instala en mi ordenador programas de espionaje que desvelan todo lo que tengo almacenado en mi disco duro, e incluso lo que he desayunado. Recibo mensajes de texto de un número de teléfono inexistente que seguramente envían una señal GPS a alguno de los satélites de los criminales.

Sin demasiado éxito, intento olvidar a los que me asedian y concentrarme en el trabajo.

Terje y Adelheid me han ayudado a comprender lo que tengo que buscar, me han explicado cómo buscarlo. El resto es cuestión de paciencia e imaginación.

Gran parte del día lo consumo estudiando las combinaciones de letras y leyendo el texto en vertical, horizontal, diagonal y hacia atrás.

Y sé que la respuesta se oculta en algún lugar entre las incontables letras y signos.

10

Encuentro la solución el lunes por la mañana.

Las gotas de lluvia se deslizan por el cristal de la ventana del despacho formando sinuosos hilos de agua. Siento como si el cerebro fuera de algodón húmedo.

Y en semejante estado de impotencia, lo descubro.

Una parte confusa del texto de Snorre, tanto por la tipografía como por el contenido, contiene las letras griegas alfa y omega, que están escritas en caracteres especialmente grandes y con tinta roja. Los signos griegos A y introducen y finalizan un párrafo que es legible, pero carece de sentido. Alfa y omega suelen indicar principio y final. Así que si A y indican el principio y el final de un mensaje, tendré que buscar dentro de la zona que delimitan en el texto.

Al leer las primeras y las últimas letras de las líneas hacia abajo, descubro de pronto dos nombres de lugares y una palabra debajo de la A, en el margen izquierdo, y sobre la, en el margen derecho.

A	R
D	Ø
Ø	Y
S	K
O	E
K	N
O	E
R	S
S	Ω

Bajo la A, la primera letra de cada línea forma la palabra Døso y después kors [cruz].

Del mismo modo, las últimas letras de cada línea sobre la forman Røykenes.

Consulto en una enciclopedia. Døso está en Os, en la región de Hordaland, treinta

kilómetros hacia el sur de Bergen. El nombre tiene su origen en la palabra dys, pila de piedras, que hace referencia a las tumbas de piedra de más de 1.500 años de antigüedad que hay en la zona. Mientras que Røykenes es el nombre del punto final de un sendero de monjes a algunos kilómetros de Døso.

¿Un sendero de monjes?

Intrigado, consulto un mapa local.

Dibujó un punto sobre Døso y otro sobre Røykenes y luego trazo una línea vertical.

Cruz...

¿Quiere decir Snorre que tengo que dibujar una cruz partiendo de Døso y de Røykenes?

Trazó la línea horizontal de la cruz. El extremo derecho señala hacia el bosque.

El izquierdo alcanza el monasterio de Lyse.



Durante unos segundos me quedo mirándolo fijamente.

¡La punta del pentagrama no señalaba hacia algún lugar sagrado de la ciudad de Bergen, sino al monasterio de Lyse!

El monasterio de Lyse es un monasterio cisterciense del siglo XII sobre el que versan muchos mitos. El monasterio fue desmantelado en el año 1536, pero las ruinas siguen siendo un punto de atracción para los turistas en el mismo paisaje donde los monjes cultivaron la austeridad, la paz y el afecto a la bendición del agua del manantial.

Monasterio de Lyse...

¡Por supuesto!

Alentado, sigo buscando en el laberinto de signos. Ahora que se está aclarando, el trabajo va más rápido. Algunas letras son más gruesas que las demás: así resulta más sencillo descubrir nuevas palabras ocultas dentro de las demás palabras y frases. La siguiente frase, por ejemplo:

Konge, vi vil dø for deg, Valhalls norner spinner

[Rey, moriremos por ti, las nornas del Valhalla hilan]

Una vez traducida y reelaborada desde el antiguo nórdico al noruego moderno, también abarca la palabra kildevann [agua de manantial]:

Konge, vI viLDø for dEg, ValhAlls Norner spiNner

Entre las letras R y S de las dos líneas verticales exteriores encuentro la palabra

sinister, del revés. Sinister significa «izquierda» en latín. Luego, entre las letras S y K, encuentro las palabras Salomos segl [sello de Salomón], que hacen referencia al pentagrama, y obelisk [obelisco]. Si voy hacia atrás, consigo leer øst møter nord [el este se encuentra con el norte]. Pero lo más llamativo es que, en dos sitios distintos, encuentro el nombre, Olav den hellige, Olav el Santo.

Una vez traducido y adaptado al noruego moderno, el diagrama del texto tiene el siguiente aspecto:

Δ								R
DRON			RETØM					STØ
Ø								Y
SALOMOS			SEGL					OBELISK
OLAV			DEN					HELLIGE
K	ILD		EV					AN N
OLAV			DEN					HELLIGE
R	E	T	S	I	N	I	S	
S								Ω

Me quedo sentado dejando vagar la mirada por la infinidad de letras y palabras. Obviamente no se puede descartar que Snorre fuera un bromista, pero, en teoría, cabe también la posibilidad de que haya encontrado la referencia a la tumba perdida de Olav el Santo.

Muchos creen que Olav el Santo —el rey vikingo que cristianizó Noruega y murió en la batalla de Stiklestad en 1030— está enterrado en la catedral de Nidaros de Trondheim.

Pero no es así.

Cuando acabó la batalla de Stiklestad y Olav yacía desangrado y atravesado por la espada, el labrador Torgils y su hijo Grim vagaron por el campo de batalla buscando el cadáver del rey. Antes del combate le habían prometido a Olav que se encargarían de su cuerpo en caso de que cayera. Cuando encontraron el cadáver, lo envolvieron en lino y lo metieron en un baúl de madera, que luego introdujeron bajo el suelo de una barca de remo. Con ella se dirigieron hacia el sur, hacia Nidaros —Trondheim—; remaron un trecho río arriba y dejaron el cadáver del rey en un cobertizo. Más tarde, el labrador enterró el baúl de madera del rey Olav en un arenal junto al río Nide, un poco por encima de la ciudad. Durante los meses que siguieron, la población local empezó a hablar de sucesos misteriosos, de prodigios, milagros y presagios, y el obispo Grimkjel acudió a la zona desde Mjøsa. Un año y cinco días después de la batalla de Stiklestad, el labriego Torgils mostró el lugar donde había enterrado el cadáver. En presencia del obispo y del gobierno, se desenterró un cadáver. El rey Olav parecía dormir. Le habían crecido las uñas, el pelo y la barba, y tenía las mejillas sonrojadas. Según el poeta Snorre, del ataúd emanaba un delicioso aroma. El cuerpo se colocó en un lugar de honor de la iglesia de Klemens y, más tarde, se le fabricó un nuevo ataúd, cubierto de costosas telas, que se conoce como el Arca de Olav. Con posterioridad se fabricaron otras dos Arcas de Olav. Una de ellas estaba

cubierta de oro, plata y piedras preciosas; era un ataúd de dos metros de largo y ochenta centímetros de ancho y de alto, curvado por abajo y con tapa por encima. La tapa tenía el aspecto de un tejado, con una cumbrera adornada con la cabeza de un dragón, y se cerraba con goznes y candados. Esta arca albergaba el baúl original. Finalmente se construyó una última arca que cubría los dos ataúdes más antiguos.

Nadie sabe dónde se encuentra el Arca de Olav.

Algunos piensan que el arca, o lo que queda de ella, se oculta bajo los cimientos de la catedral de Nidaros. Otros sostienen que está escondida en los muros de Steinvikholmen, a las afueras de Trondheim. Los historiadores creen que el arca fue destruida cuando, en 1537, el arzobispo Olav Engelbrektsson tuvo que abandonar el arca en el castillo de Steinvikholmen. Los invasores transportaron a Copenhague todo lo que había allí de valor para fundirlo. El tesorero del rey danés, Jochum Bech, firmó en 1540 un recibo de noventa y cinco kilos de plata, ciento setenta cristales engarzados en plata y once piedras preciosas que se cayeron cuando el arca fue destruida.

El Arca de Olav desapareció de la historia y entró a formar parte de los mitos.

Antes de salir del despacho, llamo a Ragnhild, de la policía, para informarla de que estaré fuera unos días.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—Seguro que la línea está pinchada.

—La policía tiene que saber dónde estás, Bjørn.

—Eso mismo quiere Hassan.

—Entonces mándame un mensaje al móvil.

—Ya veremos.

—No hagas ninguna tontería.

Se lo prometo, con los dedos cruzados.

Si realmente encuentro la tumba junto al monasterio de Lyse, no tengo la menor intención de involucrar ni a las Autoridades de Patrimonio, ni a la universidad, ni a la policía. En sentido estricto estoy a punto de cometer un delito. La ley de patrimonio es bastante quisquillosa cuando se trata del pasado, pero yo no dispongo del tiempo ni la paciencia necesarios para seguir las reglas del juego burocrático.

—¿Hay algo nuevo? —pregunto.

—Hassan y algunos de sus hombres llegaron a Oslo un día después que tú, desde Islandia. Con pasaportes falsos, por supuesto. Desde el aeropuerto se dirigieron al centro en tren. Y ahí se acaban todas las pistas. No se han alojado en ningún hotel.

—Entonces, si ellos llegaron después que yo, ¿quién estuvo en mi apartamento? —Debían de tener una unidad propia en Oslo.

—¿Pueden haberse alojado en casa de alguien?

—Probablemente. Quizás en casa de algún contacto de Arabia Saudí o Irak.

—¿Lo habéis investigado?

—En Noruega viven veinte mil iraquíes, Bjørn, y cerca de cien saudíes.

Dejo el móvil en el despacho. No descarto que Hassan, al igual que la policía, tenga el equipo necesario para rastrearlo.

# La cámara mortuoria

## 1

Iluminadas por el sol de la tarde, las ruinas del monasterio parecen congeladas en el tiempo.

Los estilizados arcos del claustro, sostenidos por una fila de columnas dobles, arrojan largas sombras de penumbra. Por lo alto de los arcos y los muros de piedra semiderruidos se extiende una gruesa capa de hierba y musgo.

—Hermoso, ¿no? —pregunta Øyvind Skogstad.

—Una perla —le digo complaciente.

Øyvind contempla las ruinas con los brazos cruzados y los andares de quien va a construirse una casa y te muestra los cimientos. Es un becario de investigación que trabaja en las colecciones históricas del Museo de Bergen. Lo conocí en 2003, en un congreso sobre arte e iconografía eclesiástica. Øyvind creció en Os y se pasó todos los veranos de su infancia en los alrededores del monasterio de Lyse. Está convencido de que fueron las ruinas las que despertaron en él el interés por la historia y la arqueología. Cuando le llamé desde una cabina telefónica en la estación de trenes y le conté que estaba en Bergen y que necesitaba su ayuda en el monasterio de Lyse, tuve la misma sensación que el que invita a un niño de diez años al parque de atracciones.

—El monasterio de Lyse oculta múltiples misterios —dice, con su marcado acento de Bergen. Øyvind tiende a entusiasmarse. En el contraluz, expectante y emocionado, me mira con los ojos entornados. Le he prometido contarle por qué he venido, pero todavía no es el momento.

A nuestro alrededor, el bosque de abetos se yergue alto y oscuro.

—Háblame del monasterio —le pido; es una cortés invitación a que pronuncie la conferencia que, se lo pida o no, tarde o temprano me soltará.

—¡Encantado! —Adopta la postura de un guía rodeado de turistas curiosos y me dice, contenido—: El monasterio de Lyse lo fundaron en 1146 los monjes de Fountains Abbey, en Inglaterra, por orden del obispo Sigurd de Selja y lo consagraron a la Virgen María. —Se endereza las gafas redondas y empañadas.

—¿Por qué vinieron aquí, al medio del bosque?

—¡Mira a tu alrededor, hombre! La Orden del Císter cultivaba la paz, la contemplación, el silencio. Buscaban lo ascético, lo metódico y lo práctico. Querían cultivar la tierra y ser autosuficientes con el agua del manantial. La ubicación era perfecta.

—¿Has mencionado algo sobre misterios?

—Bjørn, ¿qué sabes tú de los templarios?

—Un montón —reconozco. Quienes estamos interesados en los templarios y ese tipo de cosas tenemos una tendencia inmanente a las manías freekies y las obsesiones sentidas—. Los templarios eran una orden cristiana militar de la Edad Media que los cruzados fundaron en 1119 (pocos años después de la fundación de la Orden del Císter en 1098) a fin de proteger a los peregrinos europeos que iban a Jerusalén. El rey de Jerusalén concedió permiso a los caballeros para que establecieran su cuartel general en el Monte del Templo, sobre las ruinas del templo de Salomón. Los templarios sentaron las bases de lo que acabó convirtiéndose en una verdadera entidad bancaria. La orden llegó a ser tan rica que fue masacrada por el rey francés.

—En un mismísimo viernes 13.

—En 1307 —digo, para mostrar que domino el tema—. Se especula con que los templarios custodiaban un secreto histórico. Algo como el cuerpo de Jesús o el Santo Grial..

—O simple y llanamente, conocimiento. ¿Sabías que se dan varios vínculos entre la Orden del Temple y la del Císter?

—¿Como cuáles?

—Son organizaciones hermanas. Más o menos igual de antiguas. Pero uno de los rasgos comunes es especialmente emocionante: ¡Bernardo de Claraval!

—¿Te refieres al santo? ¿A San Bernardo? ¿El abad francés?

—La Semana Santa de 1146 (el mismo año en que se fundó el monasterio de Lyse), Bernardo de Claraval dio orden de que se comenzara la Segunda Cruzada. San Bernardo era una de las autoridades más poderosas de la Iglesia. La voz de la conciencia, le llamaban. Tal vez fuera el personaje de mayor importancia en el establecimiento de la Orden del Císter. Sin él, difícilmente estaríamos hoy en el monasterio de Lyse.

—¿Y el vínculo?

—Bernardo era sobrino de uno de los fundadores de la Orden del Temple y él mismo se convirtió en el alto protector de los templarios y en su benefactor eclesiástico. Gracias a Bernardo de Claraval, los templarios fueron reconocidos oficialmente por la Iglesia en 1128, en el Concilio Ecuménico de Troyes. Este reconocimiento contribuyó al auge económico de los templarios, gracias al apoyo que les brindaron las familias pudientes de toda Europa. En 1139, la Orden del Temple se puso bajo control directo del Papa, en una orden de la bula del papa Inocencio II *Omne Datum Optimum*. Los curas que se opusieron a que los cristianos tomaran las armas fueron rebatidos severamente en un escrito, *De Laude Novae Militae*, donde Bernardo defendía la paradoja de «matar en nombre de Jesús». Bernardo de Claraval redactó las reglas de la Orden de los Templarios.

La historia está llena de conexiones y coincidencias inexplicables. ¿Por qué se fundó el monasterio de Lyse precisamente aquí, en el puesto más lejano de la

civilización, y por una orden monacal vinculada a los templarios? ¿Es acaso tan «casual» como que el monasterio de Værne, en Østfold, se transfiriera del rey Sverre a la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén —conocida como Orden de Malta— en 1190?

Contemplo las ruinas del monasterio. La brisa del mar agita el bosque de abetos.

¿Está enterrado aquí Olav el Santo? ¿En algún lugar del monasterio de Lyse? ¿Consiguieron leales seguidores noruegos, con la ayuda de la Orden del Císter y los templarios, salvar los restos del rey cristiano? ¿Fue el Arca de Olav original trasladada desde la catedral de Nidaros antes de que se llevara a cabo su primera gran reforma en el siglo xii? ¿Acaso no era más que una copia del Arca de Olav lo que destrozaron los daneses en el siglo xvi?

Deslizo la mirada sobre las ruinas. En un árbol, un gavián salta de una rama, silencioso.

## 2

Esa tarde, después de haberle comunicado a Øyvind todo lo que sé acerca del Códice de Snorre y de haberle revelado las pistas que apuntan hacia el monasterio de Lyse, le hablo de Hassan y los perseguidores. Lo único que me pregunta es para quién creo que trabajan.

Me ha invitado a alojarme con él en el apartamento del sótano de la casa de su infancia: está vacío y no queda demasiado lejos del monasterio. Nos quedamos allí toda la tarde, estudiando el texto de Snorre y los libros sobre el monasterio que Øyvind se ha traído a casa.

—En el texto se hace referencia al sello de Salomón —digo desplegando un mapa—, es decir, al pentagrama.

—No veo cómo inducir un pentagrama de nada de todo esto, Bjørn.

—La palabra «obelisco», que aparece escrita en relación con el sello de Salomón, puede ser un indicador en el terreno.

Øyvind me mira sorprendido.

—¿Qué estás diciendo? Lo cierto es que hay dos columnas conmemorativas en la zona. Dos pilares de piedra. Los historiadores nunca han entendido su significado.

Señala en el mapa un punto a unos doscientos metros al suroeste del monasterio de Lyse y un punto al noreste del monasterio.

—Si éstos son dos de los indicadores de un pentagrama —digo dibujando un círculo que pasa por los dos puntos—, deberíamos encontrar otros tres obeliscos más o menos por aquí. —Dibujo un punto en el mapa y añado—: Y aquí y aquí.

A la mañana siguiente, nos levantamos con el sol y vamos en coche al aparcamiento que hay junto al monasterio. Øyvind me ha prestado un par de botas de lluvia verdes y nos ponemos a caminar juntos por el irregular terreno de colinas,



prados y bosques.

Al cabo de media hora de búsqueda encontramos el primer pilar: está medio oculto por el boscaje que crece salvajemente a las afueras de un bosque poco tupido. El obelisco está burdamente tallado y tiene medio metro de altura.

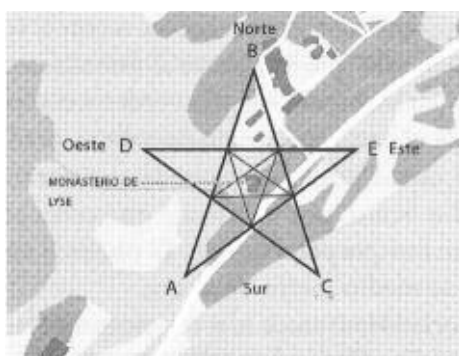
—Los historiadores nunca han relacionado estos pilares con el monasterio —dice Øyvind.

Nos abrimos paso a través del boscaje, atravesando montes y un arroyo. Las botas gorgotean en el terreno húmedo. Al acercarnos al punto donde debe encontrarse el siguiente mojón, deceleramos el paso y nos dispersamos, manteniendo un par de metros de distancia el uno del otro. Paso a paso, examinamos detenidamente el suelo del bosque. Cuando no cabe duda de que nos hemos pasado de largo, ampliamos el círculo y volvemos hacia atrás. Después volvemos a girar, nos separamos algunos metros más y continuamos.

Descubro el mojón por pura casualidad. Me veo obligado a quitarme las gafas porque se me están empañando y, mientras me las limpio con una punta de la camisa, mis ojos vislumbran el contorno difuso de un obelisco. Vuelvo a ponerme las gafas y el obelisco desaparece. Miro aturdido a mi alrededor. Veo troncos de árboles, boscaje, una formación rocosa cubierta de musgo y ramas, y hojas en el suelo del bosque. Me quito las gafas y vuelvo a mirar el entorno. Esta vez aferro la mirada al mojón mientras me pongo las gafas. Asombrado comprendo que el obelisco forma parte de la formación rocosa. Lo tallaron sobre una roca natural en el terreno.

A lo largo del día encontramos los cinco obeliscos colocados en forma de pentagrama en torno al monasterio de Lyse.

Se podría decir que casi nos tropezamos con los otros dos, mientras que tardamos más de tres horas en descubrir el último. Øyvind señala con exactitud cada piedra en el mapa local.



Después volvemos en coche a nuestra base local de investigación en el apartamento del sótano de la casa de los padres de Øyvind y freímos el pescado fresco del fiordo que hemos comprado en Os.

Tenemos los pilares, tenemos el pentagrama, pero no tenemos ninguna tumba.

Después de comer, Øyvind y yo nos acomodamos y nos tomamos una cerveza fría cada uno.

Una de las pistas del peculiar crucigrama de Snorre dice: «el este se encuentra con el norte». Se me ocurre que puede ser la descripción del punto de cruce del eje del pentagrama que se dirige hacia el este con el que se dirige hacia el norte. Pero se trata de una referencia bastante vaga, puesto que hay varios puntos de los que se podría decir que son el lugar donde el este se encuentra con el norte. Por eso tenemos que volver a recorrer varias de las líneas del pentagrama y comprobar si el terreno nos ayuda a avanzar.

3

Al día siguiente, cuando apenas hemos empezado a recorrer la primera de las cinco líneas, el eje A-B, encuentro un cobertizo de piedra derruido.

En la linde del bosque, un poco más allá de donde nos encontramos, en el punto donde el eje A-B se encuentra con el D-C, formando una esquina del pentágono interior del pentagrama, se encuentran los restos de una construcción de piedra parcialmente ocultos por los abetos y el bosque.

—Nada muy emocionante —asevera Øyvind.

—Su ubicación en el terreno resulta llamativa.

—Una pista falsa. Aunque parece una caseta de herramientas derruida, las Autoridades de Patrimonio opinan que había sido el cobertizo de un pozo.

—¿Un pozo?

Agarro a Øyvind y lo arrastro tras de mí.

—¿Y qué, hombre? —exclama Øyvind—. ¡Cálmate! La Orden del Císter estaba obsesionada por el acceso a agua limpia.

Paso por encima de raíces y piedras.

—El pozo principal estaba en el monasterio, así que esto era un pozo de reserva, por si se secaba la corriente subterránea que abastecía al monasterio. Según las fuentes, el pozo de reserva se secó mucho antes que el principal.

—¿Nunca se ha investigado?

—¿Investigado? —Øyvind se encoje de hombros—. ¡Se ha investigado el monasterio! Las primeras excavaciones tuvieron lugar en 1822, pero evidentemente se realizaron en el claustro del monasterio, no aquí. Desde entonces se han hecho varias excavaciones, pero no sé si el cobertizo de piedra sobre el pozo se ha considerado nunca como parte de las ruinas del monasterio. La casa del pozo debió de inspeccionarse, al menos visualmente, cuando se excavó el monasterio en 1888, no cabe duda, pero, como he dicho, este pozo se encuentra demasiado lejos del recinto principal.

Sonríó satisfecho y seguro de mí mismo.

—Bjørn, ¡mira a tu alrededor! ¿Ves alguna tumba?

Miro a mi alrededor. No veo ninguna tumba, pero se me ocurre algo mejor.

—¿Qué? —murmura Øyvind, cuando se le hace demasiado pesado aguantarme la mirada.

—Øyvind, ¿qué estamos buscando?

—Un sepulcro. Un túmulo. Algo lo suficientemente grande como para ocultar el arca de Olav el Santo. Y puesto que era rey de Noruega y encima santo, si lo trajeron aquí y lo enterraron cien años después de su muerte, su cámara mortuoria debe de ser de las grandes. Esto... —Despliega la mano en dirección a los restos del cobertizo y añade—: ¡Es una pila de piedras!

—Un pozo.

—Bien, so what? Hace cientos de años... —Veo en su cara que está empezando a caer en la cuenta de lo evidente—. Pozo —repite para sus adentros y me mira de soslayo.

4

Tomo una serie de fotografías con la cámara digital para que la pila de piedras quede registrada para la posteridad.

Cogemos unos guantes de trabajo del coche y luego nos ponemos a mover piedras. Trabajamos con cuidado, pero no hay quien niegue que estoy destruyendo otro monumento histórico.

Bjørn Beltø, el vándalo cultural.

Si hubiéramos seguido el protocolo, tendríamos que haber solicitado permiso para excavar el pozo y tal vez nos lo hubieran concedido, dentro de un año o dos. Ni la ley de patrimonio histórico ni los guardianes de tal ley están especialmente dispuestos a facilitar la labor a cazadores de tesoros con prisas. Mis colegas, con cierta razón, condenarán mis actos.

Me detengo en medio de la faena y le digo a Øyvind:

—Cuando esto pase, asumiré toda la responsabilidad. Tú no habrás estado aquí. No me habrás ayudado. No sabrás nada de esto.

Øyvind agacha la cabeza. Obviamente quiere compartir el honor conmigo, pero sabe que corre el riesgo de destruir su carrera.

A mí, en cambio, eso me importa una mierda.

Afortunadamente hace algo de frío. Los pocos turistas que aparecen se conforman con apresurarse a atravesar el parque de ruinas. Nos permiten trabajar sin interrupciones durante todo el día. Cuando empieza a anochecer, hemos levantado y trasladado varias toneladas de piedras cubiertas de musgo y hemos descubierto un suelo de piedras que forma una sólida superficie.

5

Estamos de vuelta antes del amanecer. Øyvind y yo llevamos linternas en la cabeza que apagamos en cuanto el alba empieza a relumbrar en las copas de los árboles.

Con ayuda de una palanca, una maza, un martillo y un cincel, vamos soltando una a una las piedras del losado. Atravesamos tres capas de piedras y, en el fondo, descubrimos una cubierta de troncos de madera podrida. Probablemente los troncos formaban el encofrado que colocaron los albañiles para el empedrado.

A mediodía, por fin hemos conseguido abrir un agujero lo suficientemente grande.

Para evitar accidentes —como que ambos acabemos atrapados en el fondo del pozo— Øyvind se queda arriba mientras yo me ato una cuerda bajo los brazos y me descuelgo por el pozo. El foco que llevo en la cabeza va iluminando la pared redondeada del pozo: está hecha de piedra y cubierta de verdín. Las piedras son grandes y están talladas cuidadosamente. Para ser un pozo de reserva, los monjes y los constructores del monasterio se afanaron mucho con él.

El pozo tiene un radio de un metro de largo y unos cinco o seis metros de profundidad. Al tocar fondo, las botas de agua se hunden en una capa de lodo. Doy aviso de que he llegado abajo y dirijo el foco hacia las paredes húmedas y verdes por el musgo.

Nada.

No es que hubiera esperado encontrar la cámara mortuoria en el fondo del pozo, pero al menos esperaba encontrar algo.

Con los guantes, empiezo a retirar el musgo de las paredes del pozo. Llevo ya un buen rato cuando descubro que una de las piedras es mucho más clara que las demás. ¿Mármol? ¿Esteatita?

La ilumino con la linterna. La piedra está llena de rayas y marcas. Me inclino hacia delante.

Al principio me cuesta identificar lo que representan las rayas. Restriego la piedra para quitar más verdín y la pulo con el guante. Entonces lo veo.

En la parte de arriba hay tres signos tallados en la piedra: Ankh, ty y cruz.

Øyvind me manda una botella de plástico llena de agua para que pueda lavar la piedra y eliminar el musgo, la suciedad y la tierra. La lavo con las manos temblorosas, pero no encuentro más signos escritos. Fotografío los tres signos y le pido a Øyvind que me saque del pozo.

Exaltados retornamos al apartamento del sótano y dedicamos largo rato a decidir qué vamos a hacer. No cabe duda de que el pozo oculta la entrada a un sepulcro. ¿Debemos implicar a nuestros superiores? ¿Avisar a las Autoridades de Patrimonio?

Obviamente la respuesta es sí.

Pero aún no.

Ambos sabemos que perderemos toda forma de control sobre el asunto en el momento en que impliquemos a más gente. Las excavaciones llevarían todo el invierno y la primavera. No tengo tiempo de esperar.

6

Al anochecer ponemos un disco de vinilo de Supertramp y discutimos la posible relación entre los vikingos y Egipto.

—Aunque no esté documentado, al fin y al cabo no es tan inverosímil que los vikingos hubieran remontado el Nilo —dice Øyvind—. Era un pueblo que navegaba por los ríos. Navegaron, remarón y arrastraron sus barcos a lo largo de miles de kilómetros a través de Rusia, hasta llegar al mar Negro y al mar Caspio.

—Pero ¿Egipto?

—Los vikingos hicieron incursiones por todas las costas del Mediterráneo, también en el norte de África. ¿Por qué iban a evitar Egipto?

Algo de razón tiene. Sigurd Jorsalfare recibió ese sobrenombre porque viajó como cruzado hasta Miklagard, el nombre vikingo de Estambul, y Jorsalaland, como denominaban a Jerusalén. Y luego tenemos la historia de Harald Hardråde, «Harald el Despiadado», el hermanastro de Olav el Santo. Con quince años sobrevivió a la batalla de Stiklestad y huyó hacia el sur, hasta Bizancio. Allí llegó a ser oficial de la guardia varega del emperador bizantino, se lió con la mujer del emperador y luchó en una serie de batallas, también en el norte de África. Según Snorre, conquistó más de ochenta ciudades africanas. Snorre relata que Harald pasó muchos años en África, donde consiguió mucho oro, bienes, y objetos de valor. Cuando retornó, traía las naves repletas de oro y objetos valiosos.

—Ya en el siglo ix, los vikingos navegaban hasta el Mediterráneo y África —dice Øyvind—. Tanto las sagas como las crónicas árabes hablan de estas incursiones.

—Pero nunca a Egipto.

—¡Qué peleón estás! Los vikingos eran un pueblo guerrero que no temía a nada ni a nadie. ¿Por qué iban a tener miedo de remontar el Nilo? En 844, una expedición con grandes naves y varios miles de hombres navegó hasta el norte de España, bajó por la costa de lo que ahora es Portugal y atacó Lisboa, Cádiz y varias ciudades a lo largo de los ríos del sur de España. Remontaron incluso el Guadalquivir hasta llegar a Sevilla. ¡Una maniobra peligrosa y osada! Estuvieron una semana entera saqueando la ciudad. Asesinaron y violaron, quemaron y saquearon, destrozaron grandes partes de la muralla y prendieron fuego a las mezquitas. El emir musulmán, Abd al Rahman, tuvo que enviar a sus fuerzas de élite desde Córdoba para que los moros pudieran recuperar el control. Los vikingos huyeron hacia el sur y atacaron los califatos del norte de África antes de retornar a casa con sus tesoros. Quince años más tarde, volvieron con una flota vikinga aún mayor. La campaña duró tres años y, según las

fuentes, estuvo liderada por los reyes Håstein y Bjørn Jernside. Con más de sesenta naves y miles de vikingos, saquearon el valle del Ródano y atacaron Galicia, lo que hoy es Portugal, Andalucía y el norte de África. Luego se dirigieron hacia el norte, rodeando la península Ibérica por el este, pasaron por Mallorca y remontaron el río Ebro hasta lo que hoy es Pamplona, en el País Vasco. ¡Échale un vistazo al mapa! El Ebro recorre sinuosamente varios cientos de kilómetros, desde Pamplona hasta la costa este de España. Allí secuestraron al rey García Íñiguez y, cuando se marcharon, llevaban 70.000 monedas de oro en dinero suelto. Luego continuaron su navegación hacia el noreste, por las costas de España y Francia, siguieron hasta la Provenza italiana y atacaron Pisa. Finalmente tomaron la ciudad de Luna, creyendo que era Roma. El botín fue formidable y los patriarcas vikingos se enriquecieron muchísimo. Su riqueza animó a sus descendientes a repetir sus empresas. Cien años más tarde, volvieron a la carga. Una flota de cien barcos con cerca de diez mil hombres saqueó Galicia y León, en la profundidad del norte cristiano de España, y asedió Santiago de Compostela y Catoira. Bjørn, ¿realmente crees que los vikingos le tenían miedo al Nilo?

7

Antes de acostarnos, llamo a Thrainn, en Islandia. Me cuenta que ha estado intentando ponerse en contacto conmigo. Tres hombres no identificados han entrado por la fuerza en el laboratorio principal del Instituto Árni Magnússon y han atacado a los cuatro estudiantes de doctorado que trabajaban en la maniobra de camuflaje. Los cuatro fueron amenazados, amordazados y esposados a un radiador. Los bandidos se llevaron la copia del siglo xviii del Heimskringla.

—Probablemente creían que eran los rollos de Thingvellir.

—Thrainn, los rollos no están seguros en Reikiavik.

—Eso ya lo he entendido yo solito.

—Tarde o temprano alguien entenderá dónde los has escondido.

Le tiembla la respiración.

—Voy a hacer una llamada telefónica —digo.

—¿A quién?

—Conozco a alguien que nos puede ayudar.

8

A la mañana siguiente regresamos con más equipo: cuerdas más gruesas, un taladro percutor de pilas con tres pilas, cinceles, mazas, linternas y monos de trabajo.

Amarramos dos cuerdas a un árbol de aspecto robusto y nos descolgamos por el pozo. El muro parece sólido como una montaña, pero con la ayuda del taladro y los

cinceles conseguimos soltar la piedra blanca con los tres símbolos. Detrás hay otra pared de piedra. Una vez hemos conseguido soltar una piedra, nos resulta más fácil desprender las que están debajo. No tardamos en hacer un agujero de un metro cuadrado en el muro exterior. Entonces arremetemos contra la pared interior. Nos lleva más de una hora y desgastamos dos brocas y tres pilas antes de poder soltar la última piedra. Con la palanqueta y la maza conseguimos empujar las piedras hacia dentro; acaban cayendo en una cámara que está detrás del pozo.

Hemos pasado.

Una ráfaga de aire podrido y pestilente sale del agujero y se eleva hacia la entrada del pozo cual alma que huye de siglos de cautiverio.

—Así que al menos hay aquí algún tipo de ventilación —dice Øyvind.

Ilumino la cámara. Una habitación vacía con paredes de piedra.

—¿Ves algo? —pregunta Øyvind.

—Nada.

—¡Venga, hombre! —exclama. Nadie sabe ponerse tan pesado como la gente de Bergen.

Lo que creía que era una habitación resulta ser el final de un túnel redondo construido con el mismo tipo de piedras que el pozo. El túnel tiene un diámetro de unos dos metros, así que podemos avanzar erguidos. Poco a poco, nos abrimos paso entre el agua y el lodo. El aire es húmedo. El haz de luz de las linternas se agita en la oscuridad. Las paredes están cubiertas de verdín y raíces. Alguna que otra araña se encoge cuando la alcanza la luz.

Al cabo de cinco minutos llegamos a una cámara interior donde las paredes y el techo del túnel se amplían dos o tres metros en anchura y altura. De una plataforma ornamentada de piedra sale una escalera de granito que se eleva hacia la izquierda, mientras que el túnel continúa hacia delante.

—Probablemente sea la subida a otro pozo o a una salida secreta —dice Øyvind.

Antes de comprobar las escaleras, decidimos inspeccionar el túnel hasta el fondo.

El túnel acaba en un sólido muro de piedra.

—Ahora debemos de encontrarnos justo debajo del monasterio de Lyse —dice Øyvind—. ¿Quizás este pasaje haya sido una vía de escape?

Nos hemos dejado todas las herramientas en el pozo, así que retornamos hacia la cámara con las escaleras sin probar suerte con el muro.

La cámara se encuentra más o menos en la mitad del túnel. En tal caso se encuentra en el punto de corte del pentagrama interno, del mismo modo que el pozo estaba en el punto de corte del pentagrama externo.

Subimos por las escaleras y, al llegar al final, nos topamos con el muro, de nuevo. Algo me pasa a mí con los muros.

Las escaleras nos han conducido a una estrecha plataforma, una antesala que

desemboca en una sólida construcción de piedras, del tamaño de unos bloques Leca, ensambladas con perfecta precisión. Cinco a lo ancho y diez a lo alto.

A la luz de las linternas vemos una fila de jeroglíficos egipcios y dos filas de runas nórdicas. Y coronándolo todo: ankh, ty y cruz.

Volvemos corriendo al pozo, cogemos las mazas y regresamos a la antesala.

Para no destrozar la ornamentación, empezamos a arremeter contra la parte baja de la derecha de la pared. Usamos primero el cincel. La piedra es porosa. Cuando el cincel por fin atraviesa hasta el hueco que hay detrás, soltamos la primera piedra a mazazos. Una vez hemos quitado dos piedras a lo alto y dos a lo ancho, tenemos una apertura suficientemente grande como para introducirnos por ella.

9

Mudo de asombro y con solemne respeto, me quedo de pie mirando.

La cámara mortuoria tiene forma de pentágono y la cubre una bóveda sostenida por cinco pilares de piedra. En medio de la habitación hay un pedestal de metro y medio de altura.

Sobre el pedestal descansa un ataúd de piedra.

¡La cámara mortuoria! Apenas soy capaz de concebirlo. ¡Hemos encontrado la cámara mortuoria!

—¡Qué cosa tan maravillosa! —digo con el aliento entrecortado.

Nos quedamos de pie, pegados a la pared con que ha cerrado el portal de entrada. Los haces de luz de las linternas oscilan de acá para allá en la oscuridad de la cámara mortuoria.

La propia cámara tiene forma de pentágono, la figura de cinco lados que surge en el interior de las líneas que se cruzan en el pentagrama. Las columnas están colocadas en los cinco puntos de cruce entre los rincones de la habitación.

En la cámara hace un frío gélido y el olor a humedad de lodazal nos alcanza desde el túnel. Las paredes, el suelo y el techo están sorprendentemente secos. Dos o tres piedras han caído al suelo, pero por lo demás la cámara sigue exactamente como la dejaron hace ocho o nueve siglos.

Lentamente nos aproximamos al ataúd. Escrito en runas, sobre la tapa de piedra, se lee:

HIR:HUILIR:SIRA:RUTOLFR

\*IR:\*NIR:IR:RN11YR

«Aquí descansa el clérigo Rudolf», traduzco en mi cabeza. En la parte baja de la tapa pone:

RUTOLFR:BISKUB

RN11YR:BIYNB

—Obispo Rudolf-susurro, como por respeto al sepulcro que he profanado—. Uno



de los obispos que acompañó al rey Olav desde Inglaterra hasta Noruega antes de la cristianización del país.

—¿Así que no se trata de Olav el Santo?

—No.

El hallazgo y la imagen son demasiado impresionantes como para que pueda sentirme decepcionado. A pesar de eso, habría deseado que fuera el Arca de Olav y no un ataúd de piedra lo que nos aguardaba sobre el pedestal.

Øyvind y yo agarramos la tapadera del féretro por las puntas y la deslizamos cuidadosamente a un lado.

El esqueleto está vestido con una capa de cardenal rojiza con cuello de piel de armiño. Los huesudos dedos agarran una vara de obispo. La calavera lleva puesta una mitra —un sombrero de obispo alto y apuntado.

El obispo Rudolf...

Inesperadamente, los ojos se me ponen vidriosos.

—¿Bjørn? —susurra Øyvind dándome un codazo.

Apunta con la linterna a la pared que tenemos a nuestra izquierda. Primero veo los reflejos de la luz, luego los cuatro cántaros de cerámica.

—Cielos —dice Øyvind.

Cada uno de los cántaros está repleto de joyas y de estatuillas egipcias de oro y alabastro. Gatos, amuletos, escarabajos, el dios chacal Anubis, animales mitológicos, cobras... La luz de las linternas centellea en piedras preciosas de color oscuro. Øyvind coge una figura de Horus con cabeza de pájaro.

—Déjalo donde estaba —digo—. Tenemos que dejarlo lo más intacto posible para cuando vengan nuestros colegas a investigarlo.

—¿Y eso lo dices tú? —me pregunta riéndose.

El polvo de las paredes oculta inscripciones y dibujos de runas y jeroglíficos egipcios. El mausoleo está decorado con un batiburrillo de antiguos signos egipcios y nórdicos. Pasamos largo rato deambulando por la habitación y contemplando las inscripciones de las paredes. Detrás del polvo, las paredes están cubiertas por textos y dibujos.

A los pies del zócalo descubro una plancha de mármol labrada con cientos de signos.

Es un texto escrito en runas.

Con un cuchillo suelto la piedra del abrazo del zócalo y la cepillo hasta dejarla limpia. La coloco delicadamente sobre el suelo. Por la parte de fuera, la placa rúnica está cubierta de piedras preciosas.

En la parte superior veo tres símbolos.

—Ankh, ty y cruz —murmura Øyvind.

Deslizo el haz de luz sobre los signos y traduzco del noruego antiguo:

Alabado seas, san Olav, nuestro buen rey.

Por fin un texto que resulta posible leer.

—¡Me lo llevo!

Por el haz de luz que me pega directamente en la cara comprendo que Øyvind me está mirando.

—Tenemos que comunicar lo que hemos encontrado —dice finalmente.

—Por supuesto. Pero no tenemos por qué decir nada sobre la piedra rúnica.

—Tarde o temprano se darán cuenta de que falta.

—Evidentemente la voy a devolver, cuando haya acabado con ella. Tal vez piensen que han pasado por aquí unos ladrones de tumbas.

—Es que han pasado.

# INTERLUDIO

## La historia de Bård (I)

Pisotearon los lugares sagrados con los pies sucios, sacaron el altar y robaron todos los tesoros de la sagrada iglesia. A algunos campesinos los mataron, a otros se los llevaron en cadenas. sobre el ataque de los vikingos al monastero de Lindisfarne

Alcuino

Los salvajes llegaron al amanecer, cuando el aliento de Amón Ra teñía de rojo el cielo. [...] Miré fijamente las extrañas naves que bajaban con la corriente, embarcaciones estilizadas, con enormes velas y aterradoras cabezas de dragón en los extremos. sumo sacerdote egipcio del culto de Amón Ra

Asim

Por las noches, en el duro catre de la celda del monasterio, soñaba frecuentemente con los años de juventud, cuando navegaba como vikingo junto al rey Olav. Se acurrucaba adormilado bajo las mantas húmedas y sus recuerdos se tornaban imágenes, olores y sonidos que colmaban la fría penumbra de la celda. Algunas veces, cuando no conseguía conciliar el sueño, se arrastraba hasta la ventana de la habitación para escuchar la respiración del mar y el romper de las olas contra los escollos. Así pasaba el rato. Con frío y casi ciego se situaba en la corriente y añoraba los viejos tiempos. Tan deteriorada estaba su vista que ni siquiera necesitaba cerrar los ojos para imaginarse la flota de naves vikingas:

EXTRACTO DE LA HISTORIA DE BÅRD [\[1\]](#)

Surcaban las crestas de las olas entre una nube de espuma. Me encontraba junto al rey Olav en la roda de la nave Águila del mar, bramando y vociferando contra el viento. Yo me iba secando el agua salada del rostro con el antebrazo, mientras que el rey gritaba y se reía. A nuestro alrededor, las gotas de agua centelleaban bajo el sol como un chaparrón de plata. El casco de roble hendía las olas y éstas rompían contra la madera con violentos golpes y choques, mientras la vela se arqueaba tensamente con el viento a favor del noroeste.

El Águila de mar, la nave del rey, era una elegante embarcación adornada con cabezas de dragón tanto en la roda como en el codaste. Solíamos llamarla drakkar, nave de dragones. Diestros artesanos de Noruega habían tallado malvados dragones,

espantosas serpientes y aterradores monstruos marinos en ambos extremos de la nave. El mástil era alto y esbelto. La vela atrapaba el viento y nos impulsaba sobre la superficie del mar como una flecha recién lanzada. Tras las naves, como cometas en cordel, volaban grandes bandadas de gaviotas, golondrinas de mar y deliciosas aves marinas. Olav y yo le dimos la espalda al viento y contemplamos la nave. Muchos de los hombres estaban adormilados al calor del sol, algunos jugaban a los dados y otros relataban hazañas o sangrientas batallas. Por la gesticulación de sus manos, comprendí que un hombre llamado Gorm estaba describiendo a una bella mujer con la que había compartido lecho. Un gigante llamado Tord estaba orinando por la borda. Junto al mástil, dos mozos discutían a causa de un nudo. Uno de los pilotos señalaba nuestra posición sobre un mapa de pergamino y a continuación hizo una señal en el marcador del rumbo de la brújula de sol, que tenía forma de media luna. Olav le silbó entre dientes al timonel para que corrigiera ligeramente el rumbo hacia el este. Luego saludó con la cabeza a Rane, el tutor que le envió su madre hacía ya muchos años, cuando nos embarcamos para navegar como vikingos. Olav hundió la mano en mi cabellera, me revolvió el pelo y dijo: «Veo que te encuentras a gusto en mar abierto, Bård.» Yo escupí sobre la borda y respondí: «¿Y quién no lo está, mi rey?»

Olav y yo teníamos la misma edad. Le llamábamos rey, aunque no gobernara sobre ningún país. Por las venas del rey guerrero corría salada sangre vikinga. Olav Haraldsson provenía de estirpe de reyes: su tatarabuelo fue Harald Hårfagre —Harald Cabellera Hermosa— y su padre, Harald Grenske, el mujeriego rey menor de Vestfold, al cual prendió fuego la sueca Sigrid Storråde —Sigrid la Altiva— cuando se cansó del sensual asedio del vikingo. Cuando Harald Grenske murió entre las llamas en Suecia, sta estaba embarazada de Olav. El hombre con el que se desposó más tarde, Sigurd Syr, era diametralmente opuesto a Harald: mientras que Harald era un vikingo hasta la médula, violento y amante de la guerra, Sigurd era un terrateniente apacible, prudente y trabajador, que prefería ocuparse de sus tierras y sus animales y evitar la cruenta lucha. El joven Olav llevaba a su padre en las venas. Ya de niño despreciaba a su padrastro, el hombre de la tierra, y se burlaba de él a espaldas de su madre.

Escudriñé el horizonte con la mano en torno a la henchida talla de madera del casco; primero dirigí la mirada hacia el oeste y después, hacia el este, en dirección a la bruma que ocultaba la costa. Recliné el hombro contra el interior del arco de la borda y contemplé las tierras extranjeras que llamaban Al-Andalus y que regían los musulmanes. ¿Presentarían mucha resistencia? «Que lo intenten», pensé enardecido. Yo no temía a nadie. Desde que salimos de Noruega, arribando primero a Dinamarca y luego a Austerveg —las tierras del este—, la expedición de saqueo de la flota vikinga había contado con el favor de los dioses. Eramos invencibles. En Suecia y en

las tierras e islas del mar Báltico guerreamos y saqueamos durante mucho tiempo; después volvimos a dirigir el rumbo hacia Dinamarca y nos unimos a la flota del hermano de Sigvalde jarl, duque de los vikingos de Jomsborg; Torkjell Høye — Torkjell el Alto— estaba listo para la expedición guerrera. Nuestros dos jefes vikingos, Olav y Torkjell, navegaron juntos a la largo de Jutlandia, donde derrotamos a un gran ejército marino. Las victorias en el mar Báltico, Dinamarca y Holanda nos colmaron de amor propio y, en compañía de Torkjell Høye y sus hombres, atravesamos el canal. En Inglaterra nos unimos a una gran flota danesa y, entrado el otoño, nos asentamos a las afueras de Londres. El rey Etelredo estaba atemorizado. Pagó a Olav y Torkjell cuarenta y ocho mil libras para salvaguardar su reino. Cargamos nuestras naves con más de once millones de monedas de plata. ¡Enormes riquezas! Todas aquellas monedas nos proporcionarían vacas o esclavos. Luego Olav y Torkjell se separaron. Torkjell cambió de bando y se puso al servicio del rey Etelredo; Olav y su flota, en cambio, navegamos hasta Francia. En Normandía regía el duque Ricardo II, conocido como le bon —el Bueno—. Las tierras normandas, al oeste de Francia, podían considerarse territorio noruego. Tras décadas de invasiones, al vikingo noruego Gange-Rolv —Rolv el Caminante— se le concedió el título de duque a cambio de que los vikingos protegieran Normandía de las potencias enemigas y otros saqueos. Gange-Rolv, al que los franceses llamaban Rollo, era hijo de Ragnvald Mørejarl —Ragnvald duque de Møre—, que fue quien le cortó la cabellera a Harald Hårfagre después de que éste reuniera Noruega en un solo reino. Gange-Rolv era el bisabuelo de Ricardo, quien a su vez es abuelo de quien ahora se conoce como Guillermo el Conquistador. Fue coronado rey de Inglaterra hace cuatro inviernos. Olav rechazó cortésmente la invitación de Ricardo de pasar un tiempo en Ruán, pero prometió regresar al finalizar su expedición. Así que partimos hacia el sur. En la Bretaña nos unimos a un ejército de vikingos irlandeses junto a los que avanzamos luchando por la costa francesa, robando tesoros y capturando esclavos, hasta llegar a Galicia. En Tui nos dieron cuatro kilos de oro a cambio de que no atacáramos la ciudad. Me avergüenza decir que no mantuvimos nuestra palabra. Nuestra avidez de oro nos impulsaba hacia el sur. Atacábamos despiadadamente las ciudades donde pensábamos que encontraríamos algún botín. Éramos una flota poderosa. Olav partió de Noruega con cinco naves, pero por el camino habíamos reunido casi cuatrocientos barcos: grandes naves drakkar, ágiles naves de guerra más pequeñas, embarcaciones de carga y rápidos barcos de reconocimiento, que también transmitían los mensajes entre las naves. En el Águila del mar éramos más de cien hombres entre los remeros, los pilotos, los oteadores, los reparadores, los fabricantes de velas y los guerreros. En total, el ejército de Olav estaba compuesto por veinte mil audaces vikingos.

—Bård —dijo el rey—, esta noche he tenido un extraño sueño.

Fuera el polvo dorado de la arena revoloteaba al sol. Las personas que recorrían apresuradas los callejones encalados iban envueltas en amplios ropajes con los que se protegían del viento desértico del sur. Miré de soslayo a mi señor. Olav yacía con la cabeza y los hombros apoyados contra la pared y ambas piernas en la cama. Yo, sentado en una crujiente silla de madera, bebía vino agrio en un vaso de cerámica que me ensuciaba las manos. El sol entraba a través de un ventanuco en lo alto de la pared. Olav se incorporó en la cama.

—Tal vez fuera un dios quien me habló en el sueño —dijo.

—¿Qué dios? —quise saber.

Yo adoraba a Odín y a los dioses de los antepasados, pero en el viaje a través de Europa nos habían hablado de muchos otros, sobre todo de uno al que llamaban el Cristo Blanco. Decían que transformaba el agua en vino y que de un pan sacó muchos. Además sanaba a los enfermos y caminaba sobre el agua, sirviera eso para lo que sirviera. Pero yo nunca entendí al Cristo Blanco. ¿Era un dios o un hombre? ¿Cómo había podido su padre, un dios, dejar embarazada a su madre humana sin compartir lecho con ella? ¿Y acaso el hijo de un dios y de un humano no es un semidiós? A mí me parecía que la enseñanza del Cristo Blanco servía a los débiles y a los cobardes. Se decía que les ordenaba a sus adeptos que, en lugar de cortarle la cabeza al enemigo, le ofrecieran la otra mejilla. Cobarde discurso para el hijo de un dios. Al Cristo Blanco lo clavaron a una cruz y sufrió la muerte del martirio allá en la tierra de los judíos. Si realmente hubiera sido un dios, no le habría costado desembarazarse de los soldados romanos. Cuentan que se levantó del sueño de la muerte a los tres días. En fin. En mis tiempos vi muchos cadáveres en el campo de batalla. Me gustaría ver al muerto que se reanima después de pasar tres días al sol.

El rey, que debió de notar que se me había olvidado que en la habitación estábamos dos, carraspeó y continuó:

—En el sueño se me acercó un hombre, uno de esos hombres en los que te fijas porque tienen fuego en la mirada, y me dijo que retornara a casa para convertirme en el rey de Noruega para toda la eternidad.

El rey ladeó la cabeza para ver qué opinaba yo sobre semejantes perspectivas.

—¿Quién era ese hombre? —pregunté.

Aún no tenía ganas de regresar a casa. Quería continuar navegando hacia el este, a través del estrecho de Norvasund, <sup>[2]</sup>que separaba Europa de las tierras desérticas del sur, Store Serkland, <sup>[3]</sup>y seguir camino por el gran mar, hasta llegar a la tierra de los judíos, donde vivió el Cristo Blanco hace más de mil veranos. El rey me sonrió, como si hubiera entendido lo que estaba pensando, y respondió:

—No le conocía, pero le respondí sinceramente: «¡A casa volveré! ¡Y sobre Noruega reinaré! ¡Pero todavía no!»

Aliviado, alcé el vaso de vino.

—Bård —dijo el rey—, ahora quiero contarte adonde nos dirigimos.

—¿A la tierra de los judíos? —le pregunté.

Él negó con la cabeza:

—Nos dirigimos a Store Blåland, el gran país azul que se conoce con el nombre de Egipto.

Respondí:

—Nunca he oído hablar de tal país.

El rey dijo que era un país milenario con las calles cubiertas de oro y alhajas, custodiado por dioses olvidados, dividido por regentes y tribus extranjeras, y al que un río llamado Nilo partía en dos.

—¿Y qué haremos en esa tierra? —pregunté.

—Vamos a buscar un tesoro.

—¿Un tesoro? —pregunté sintiendo el alegre latir del corazón.

—Un tesoro —repitió el rey— oculto en los peñascos tras un templo, escondido en una cámara mortuoria tras una cámara mortuoria tras una cámara mortuoria.

De eso no entendí nada, pero el rey dijo que bastaba con que lo entendiera él.

—¿Y cómo sabes todo eso? —pregunté.

Y el rey me lo contó.

Uno de sus antepasados, Håkon el Bueno, hijo de Harald Hårfagre, se crió con el rey Athelstan de Inglaterra. El rey Athelstan tenía muchos amigos y a su corte llegaban constantemente reliquias y manuscritos de la antigua Roma. Tenía, por ejemplo, la espada de Constantino el Grande, el primer emperador cristiano, y la lanza de Carlomagno. Entre los envíos llegaron también objetos y manuscritos de Marco Antonio, que tuvo un hijo con la reina Cleopatra. Entre los manuscritos había un mapa y un papiro, cuyas indicaciones conducirían a una cámara mortuoria repleta de valiosos tesoros, textos sagrados y una divinidad en eterno reposo. Nadie en la corte prestó atención a los textos egipcios, pero a Håkon le picaron la curiosidad. Consiguió que algunos de los monjes letrados de la corte del rey Athelstan le dibujaran una copia del mapa y le tradujeran las indicaciones a la lengua de los anglosajones, aunque ellos siguieron sin mostrar interés por el contenido. Como comentó despectivamente uno de los monjes: «En Las mil y una noches hay tesoros para dar y tomar.» Håkon, en cambio, se llevó la traducción cuando regresó a casa junto con el obispo Glastonbury para cristianizar Noruega. Se dice que en aquel momento Håkon hablaba anglosajón como un inglés, pero que casi había olvidado su lengua materna. Por razones inciertas, Håkon perdió interés por la información procedente del antiguo Egipto. La copia de los monjes pasó a formar parte de la colección de tesoros familiares de Håkon. El rey Olav tenía ocho años cuando su madre, Asta, le enseñó el pergamino anglosajón con el mapa del río que conducía a la cámara del tesoro. Le pregunté al rey:

—¿Y traes contigo esa copia y el mapa?

Olav asintió y dijo:

—Creo que ha llegado el momento de averiguar si la historia tiene algún fundamento. Y si lo va a hacer alguien de la familia, ¡voy a tener que ser yo!

Esa misma noche, en uno de los angostos callejones del puerto de Karlsrå, nos topamos con un hombre distinto a todos los hombres que había visto hasta entonces. Tenía la piel de un color negro azulado, era de poco tamaño y llevaba un peinado elaborado y unas vestimentas que recordaban a las de una mujer. Un hombre azul. El hombre y su séquito se negaron a apartarse al paso de Olav, al que la siesta había dejado indispuerto y de mal humor. La guardia real de Olav ensartó la espada en varios de los hombres del séquito del hombre azul, antes de que éstos se rindieran y pidieran clemencia. Entonces el propio Olav sacó su espada para acabar con el rebelde hombre azul, que cayó de rodillas y, en su incomprensible lengua, suplicó por su vida. Uno de sus criados tradujo sus palabras al latín y uno de los letrados de nuestro propio séquito las tradujo al noruego. Cuando Olav comprendió que el hombre azul era egipcio, su mirada adquirió esa expresión inconfundible. El rey dijo:

—Conoce la tierra de los desiertos y conoce su lengua: nos puede ayudar.

Por eso Olav le perdonó al hombre azul la vida y lo encadenó.

Al día siguiente dirigimos el rumbo hacia la tierra que llamaban Egipto. El hombre azul iba encadenado al mástil principal. Durante varias jornadas navegamos hacia el este con el viento del norte a favor, y el calor nos fue absorbiendo.

A causa del sol abrasador y el aire caliente y húmedo, la mayoría nos habíamos despojado de la ropa y teníamos los hombros y las espaldas enrojecidos y doloridos por el sol. Desde las naves, los hombres miraban boquiabiertos hacia tierra. Ante nosotros, sobre un islote frente a una ciudad que el hombre azul llamaba Alejandría, se erguía un faro tan enorme que nos costaba creer en lo que veían nuestros propios ojos. El faro construido con piedras blancas se elevaba hacia el cielo. ¿Qué altura tendría aquel faro? No soy capaz ni de intentar adivinarlo, pero el recuerdo sigue despertando mi respeto. Intenté contar las ventanas a lo alto, pero la mirada se me perdía con el oleaje. Abajo, en el suelo, la torre estaba rodeada por una fortaleza cuadrada y de poca altura. El patio sobre el que se erguía el pie de la torre era más ancho y más largo que cualquiera de las casas que había visto hasta entonces. Encima de la elevada construcción de la base, se alzaba una torre octogonal algo más estrecha y, sobre ésta, aún otra, redonda y más fina. Sobre la punta relumbraba un espejo que atrapaba los rayos del sol. Incluso Olav, que rara vez se dejaba impresionar, miraba la construcción boquiabierto.

—Todo un mojón —le oí murmurar para sus adentros.

Cuando alcanzamos la desembocadura occidental del río Nilo, apoca distancia de Alejandría, empezó a levantarse el viento. Las olas se tornaron blancas y las aves



menores se refugiaron en tierra, mientras las gaviotas y los pelícanos extendían sus alas y alzaban el vuelo contra el viento. Con el Águila del mar a la cabeza, entramos en el delta del río. Los juncos de las orillas se cimbreaban al viento. Alguna que otra embarcación se nos acercaba a remo o con las velas abiertas para vernos de cerca, pero todas giraban en seco.

La contracorriente era fuerte. Entre los juncos vislumbraba enormes reptiles, de ocho o nueve codos de largo, que a lo que más me recordaban era a los dragones. Un silencio de mal augurio —interrumpido por el chillido de los pájaros, el croar de las ranas y el canto de los grillos— se extendió sobre el río y las desiertas riberas. Nos observaban, pero nosotros en cambio no veíamos a nadie. Cuando la flota de guerra tomó el siguiente meandro, una tropa insignificante nos atacó con arcos flojos y flechas huidizas. A un remero llamado Arn le enfureció tanto aquel escuálido ataque que se levantó y bramó insultos contra el enemigo mientras les amenazaba con el puño. Una flecha le alcanzó en la mano y otra en la garganta, con lo que acabó cayendo muerto sobre el piso.

—Finalmente aprendiste a callar —espetó el remero que le precedía.

Los egipcios prosiguieron su endeble ofensiva. Enviaban naves que chocaban vacilantes contra las nuestras. Sus puntiagudas embarcaciones estaban construidas de tal manera que no conseguían pegarse a las nuestras. Nosotros estábamos en pie con nuestras espadas, nuestras lanzas y nuestras hachas. Los lanceros golpeaban el suelo al compás y nadie se atrevía a abordar las naves grandes. Olav se rio con desánimo, pero el hombre azul nos advirtió. Estos ataques de medio pelo estaban mal organizados y liderados por comandantes temerarios de puestos de guardia insignificantes, dijo. Los verdaderos guerreros no tardarían en llegar.

Los guerreros de los soberanos fatimíes nos aguardaban en una bahía al norte de las guarniciones junto a las ciudades gemelas de Fustat y Al Qahira, que flanqueaban la mezquita fortificada de Ibn Tulun. De pronto había combatientes y naves por todas partes. Un centenar de barcos arremetieron contra nosotros. Los guerreros eran numerosos y dispares. Algunos eran negros como el carbón, otros, dorados, y algunos, pálidos. El hombre azul nos había contado que la flota de los soberanos estaba compuesta por naves que se habían construido hacía veinte veranos para la guerra contra Bizancio. En las proximidades de tres pirámides —altas como montañas— y de una enorme estatua —medio humana, medio animal— la resistencia se hizo masiva y el cielo se oscureció de flechas. Hicimos maniobrar los drakkars, Águila del Mar y Cuervo de Odín, para rodear la mayor de las embarcaciones de los egipcios y, berreando, la abordamos desde ambas naves.

Los guerreros egipcios eran más pequeños que nosotros. A pesar de estar entrenados para la guerra, la mayoría carecía de valor y ardor guerrero. Cuando nos abrimos paso en la nave con nuestras hachas, muchos eligieron saltar por la borda, en

un acto cobarde e inconsciente, puesto que las lagartijas gigantes llegaron flotando como troncos de madera y se sirvieron a sus anchas. Por nuestra parte, dirigimos las naves hacia la orilla y saltamos a la ribera. En tierra nuestro enemigo parecía más organizado y disciplinado, pero al parecer no nos comportábamos como ellos estaban acostumbrados a que lo hicieran los ejércitos enemigos. Los egipcios estaban divididos en escuadrones; algunos de ellos llevaban armas ligeras y otros las llevaban más pesadas, unos iban a caballo y otros, sobre unos extraños animales de cuello largo y con joroba. Hombres azules luchaban codo con codo con hombres tan pálidos como nosotros y había otros más pequeños, de narices grandes y cabelleras negras como el carbón. Los egipcios formaron en filas, unas detrás de otras. La primera fila se ponía de rodillas, mientras la segunda lanzaba una salva de flechas. Entonces la primera fila se erguía y disparaba. Cada vez que caía uno de los hombres de la primera fila, era reemplazado por algún desgraciado de la segunda. Cuando llegaba la lluvia de flechas, nosotros nos protegíamos formando paredes y techos con nuestros escudos de madera. Sólo cayeron aquellos de nosotros con peor suerte. Aguantamos desconcertados un par de aquellas salvas, esperando que atacaran, pero al final nos impacientamos y, a la orden de Olav, corrimos a su encuentro; bramando como un salvaje ejército einherjer, enloquecidos guerreros retornados del Valhalla. Entonces arrojaron sus arcos y sus flechas y empuñaron sus espadas y sus lanzas de dos puntas. Las espadas estaban hechas para la lucha cuerpo a cuerpo, pero de nuevo daba la impresión de que estaban acostumbrados a luchar de modo distinto a nosotros. Un hombre enclenque arremetió contra mí y lo derribé con el escudo. Volvió a atacar, así que le corté un brazo con el hacha. Y entonces dejó de asediarme. Otro hombre azul vino corriendo hacia mí, pero giró en seco cuando alcé la espada y rugí. En ese momento llegó un gigante negro que tenía las fosas nasales, los labios y las mejillas atravesados por afilados huesos. Me atacó con un hacha en una mano y una espada en la otra. Por fin un contrincante digno. Me protegí con el escudo y conseguí clavarle la espada en el vientre, pero la herida no lo detuvo. Partió mi escudo con el hacha, al mismo tiempo que su espada me rozaba el hombro. Le corté la piel del vientre y le puse las tripas al descubierto. Hasta ese momento el gigante no asumió que la lucha había tocado a su fin y, con un gemido, cayó de rodillas. Yo hice una reverencia y le agradecí haberme brindado tan buen duelo. Luego le corté la cabeza.

El aire vibraba por los gritos, los berridos y la pestilencia de la sangre. Miré a mi alrededor en busca de otro contrincante, pero el ejército egipcio estaba organizando su retirada. En la lucha cuerpo a cuerpo perdían el coraje que da la unidad y nadie ponía fuerza en el combate. Era como si lucharan por obligación. Perdimos unos pocos cientos de hombres en aquella primera batalla.

Cuando las fuerzas egipcias se habían retirado entre una humareda de deshonor, nosotros seguimos remontando el río. No tardamos en toparnos con nuevas fuerzas,

primero en el agua, luego en tierra. Volvió a suceder lo mismo: tras una breve batalla, los egipcios se rendían. Podíamos continuar nuestra marcha.

Pasamos días navegando por el Nilo, en dirección al sur. El largo caudal de agua proporcionaba vida y alimento a un pueblo que vivía en casas de piedra, barro y junco. El cauce del río avanzaba como una sinuosa serpiente a través de un desierto de arena, piedras y peñascos. Olav estaba impresionado con lo detallado y correcto que era nuestro mapa. Cada meandro del río se reflejaba fielmente en la copia de los monjes del original egipcio. Los remeros, que preferían el mar abierto y el viento fresco, se lamentaban y se quejaban porque tan buen punto habían acabado de girar hacia la izquierda, tenían que virar completamente hacia la derecha. Una y otra vez. De vez en cuando los barcos encallaban en bancos de arena. Aquí y allá teníamos que abrirnos paso a través de aguas pantanosas. Miles y miles de personas se congregaban a lo largo de las riberas y los niños correteaban jugando por las orillas. Nos cruzamos con numerosas naves comerciales, pero todas se apartaban obedientemente a nuestro paso.

Navegábamos noche y día. Por la noche nos tumbábamos sobre la cubierta y contemplábamos el relumbrante cielo estrellado mientras comíamos dulces frutas que recogíamos en tierra. El arco de la luna estaba casi horizontal y resultaba muy extraño de contemplar. El aire estaba lleno de insectos y de sonidos, y de los olores del desierto.

La flota alcanzó el palacio al amanecer. Las detalladas descripciones del antiguo pergamino podían haber sido escritas ayer. La entrada del canal lateral estaba custodiada por dos chacales de piedra. El enorme templo estaba construido al abrigo de unos peñascos. Olav dejó que su mirada vagara hacia la orilla, continuara hacia el palacio y subiera por la pared de piedra.

—Muy bien —dijo—. Ya estamos aquí.

Yo estaba junto a él, estudiando el mapa con los elaborados dibujos. Todo era exactamente como estaba representado.

—¿Dónde están las personas? —pregunté.

—Estarán durmiendo —respondió Olav.

Protesté:

—¡Tendrán que tener centinelas!

Olav dijo:

—Los sacerdotes y los guardianes del templo son los centinelas. No hace falta más. Nadie sabe nada sobre este sepulcro. Han transcurrido dos mil quinientos años desde aquel cortejo fúnebre.

—Es mucho tiempo —admití.

Arribamos a la orilla y subimos a pie hasta el templo, rodeados de una nube de polvo y arena. Olav y yo ascendíamos por el empedrado hacia el templo, cuando un

egipcio flacucho se interpuso en nuestro camino. Corajudo, sostuvo la mirada del rey. Olav se rio seguro de sí mismo.

—¡Apártate, hombre azul! —ordenó el rey.

Pero el egipcio, con una entereza que nos impresionó a todos, no se movió. Por la expresión de su cara y sus vestimentas, deduje que debía de ser un sacerdote o un hombre sagrado.

—¡Apártate! —repitió Olav.

Le dije al rey que era dudoso que el extranjero entendiera nuestra lengua.

—Entonces seguro que entiende esto —dijo Olav empuñando su espada.

El pequeño hombre azul no se movió. Olav lo rozó con la espada y un reguero de sangre empezó a manar de la herida y cayó sobre la arena. No temblaba, pero su mirada relumbraba un poco. El egipcio dijo algo que no entendimos y cayó de rodillas. Me pareció que las palabras sonaban como un conjuro. Inesperadamente Olav envainó su espada.

—¡Nos lo llevamos! —dijo mirando al egipcio arrodillado—. Puede sernos de utilidad —dijo el rey, sobre todo para sí mismo.

Tras una colina, se había congregado un grupo de hombres armados. Olav llamó a nuestras fuerzas y las lanzó contra la tropa de defensa.

Junto con Olav y el puñado de hombres que había escogido, entré en el templo vacío que olía a incienso. El suelo estaba cubierto de mosaicos y dibujos de dioses decoraban todas las paredes. La entrada a la cámara mortuoria estaba cubierta por un tapiz colgado tras un altar. Arrancamos el tapiz y volcamos el altar. La propia cámara mortuoria estaba sellada y decorada con misteriosas figuras de animales y símbolos que no se parecían ni a las runas ni a las letras. Olav había escogido a seis de los hombres más fuertes de la flota para derribar el muro. Llevó su tiempo. Cuando el agujero fue lo suficientemente grande como para que pudiéramos pasar, tuvimos que bajar por unas escaleras largas y empinadas. El aire era húmedo y caliente y olía a moho y a piedra. En la oscuridad encendimos unas antorchas que habíamos cogido en el templo. Un túnel al final de las escaleras nos condujo hasta la primera cámara mortuoria. Olav fue el primero en entrar. Yo le pisaba los talones.

Gracias a las antorchas vimos una sala de tamaño mediano. En medio de la cámara había un arca, rodeada de figuras de madera y cuatro vasijas de cerámica repletas de joyas y piedras preciosas.

—Algo es algo —dijo el rey.

Las paredes estaban ornamentadas con figuras de dioses y símbolos. Al pensar que la cámara funeraria llevaba intacta varios miles de años, me mareé, aunque quizá fuera por ese aire caliente y pesado. Llamamos a un grupo de porteadores que se llevaron las vasijas a la nave. Olav estaba impaciente. Con una piedra afilada señaló en la pared el lugar contra el que debían arremeter. De nuevo se pusieron a trabajar

con sus barras de hierro. El estruendo se clavaba como lanzas en nuestros oídos y rebotaba contra las paredes como un eco encerrado. Conseguimos abrirnos paso. Para llegar a la segunda cámara funeraria tuvimos que descender por unas escaleras. Era exactamente igual que la primera. Igual de grande, igual de calurosa. También aquí había un arca en medio de la habitación. La cámara contenía cuatro vasijas rojas de barro, colmadas de pequeñas alhajas. El rey estudió la copia de las antiguas instrucciones egipcias y señaló el lugar donde pensaba que estaba la entrada a la tercera cámara.

El último muro era aún más sólido que los dos primeros y exactamente igual al resto de las paredes de la cámara. A pesar de ello, Olav entendió lo que ocultaban las piedras. Los hombres alzaron sus barras.

—Arread —dijo el rey.

Y los hombres empezaron a golpear la pared. El hierro iba haciendo mella en las piedras con un eco metálico. Las piedrecillas saltaban. El sudor caía por la frente de los agotados hombres. Por parejas se fueron abriendo paso, hasta que el muro se derrumbó.

—Así se arrea —dijo el rey.

Tras el agujero nos aguardaba una escalera aún más estrecha, profunda y empinada que las anteriores.

—Como siga así —dijo Olav— vamos a acabar encerrados en el Hel.

Nadie se rio. Bajamos los escalones con las antorchas alzadas. Al pie de las escaleras, un nuevo túnel se adentraba en la montaña. Al cabo de cien pasos, el túnel se amplió. Pasamos por un pasillo de columnas. Por fin habíamos llegado.

La última de las cámaras estaba repleta de tesoros. Zafiros, esmeraldas y diamantes, candelabros y soportes de antorchas de oro puro, grandes gatos de alabastro, aves de piedras relumbrantes y enormes escarabajos, tanto fundidos como esculpidos. Encontramos vasijas de cerámica llenas de rollos de pergaminos.

—Todo esto se lo tienes que agradecer a tu antepasado Håkon el Bueno —dijo.

El rey me respondió sonriendo:

—He heredado cosas buenas.

A nuestro alrededor, los hombres comenzaron a reunir todo lo que parecía tener valor. Dejamos las estatuas y las figuras de yeso. Los portadores fueron a buscar las cajas del pescado de las naves y las llenaron de objetos de valor. El peso y el calor habían dejado de molestarnos ahora que habíamos encontrado el tesoro, y los hombres se reían y gritaban de alegría. Las escaleras eran tan estrechas que tenían que subir por grupos. Era imposible cruzarse en las escaleras. Una vez que se hubieron llevado las joyas y los tesoros, Olav ordenó que se llevaran un cofre decorado que contenía seis rollos de pergamino manuscrito. No entendí para qué quería textos escritos en una lengua que no entendía, pero al rey Olav le gustaban

mucho los escritos y los relatos. Además, el cofre era de oro.

En medio de la cámara, entre cuatro columnas labradas, había una enorme arca de piedra. Usando todas nuestras fuerzas, conseguimos apartar la tapa. Dentro había un sarcófago de cuarzo y, dentro del sarcófago, un ataúd cubierto de polvo. En el interior del ataúd había otro hecho de madera de ciprés con piedras de colores y joyas incrustadas. Sacamos el ataúd de madera de ciprés, lo dejamos sobre el suelo y lo abrimos. Dentro encontramos un molde fundido en oro de un hombre muerto, en cuyo interior descansaba el cadáver envuelto en paño de lino.

—La divinidad dormida —dijo Olav.

A mí no me parecía que la enclenque figura recordara mucho a un dios, pero yo siempre me he imaginado a los dioses como seres fuertes, como Odín y Loke. Volvimos a dejar el molde de oro con la momia dentro del ataúd de madera de ciprés.

—Nos lo llevamos —dijo Olav.

Protesté. Al fin y al cabo habíamos reunido más oro y tesoros que en ningún otro saqueo. La idea de perturbar a un dios extraño —por muy enclenque y durmiente que fuera— me inquietaba. Pero Olav se mantuvo firme. Había soñado que iba a encontrar a un dios durmiente, sostenía, y aquella divinidad le apoyaría durante el resto de su vida.

—Está bien, señor —dije. Sabía que el rey no se dejaba convencer cuando estaba de ese humor.

Contemplamos la cámara que se extendía a nuestro alrededor.

—Así me gustaría descansar eternamente a mí cuando mis días lleguen a su fin —dijo Olav.

Le respondí que probablemente un atajo de ladrones de tumbas como nosotros le perturbarían el sueño de la muerte.

Entonces Olav hizo algo extraño. Se quitó su collar, un pesado collar de oro del que colgaba la runa ty, el símbolo de guerra de Tyr, que debía infundir fuerza a Olav en la batalla. Dejó la cadena en el sarcófago vacío. Quise preguntarle por qué, pero algo me retuvo. Ninguno de los dos dijo una sola palabra. En silencio aspiramos el caluroso aire de la montaña. En el sarcófago, la cadena del rey se enrolló como una serpiente dorada. Luego salimos de la gruta, al ardiente calor de la mañana.

Al amanecer, en cuanto hubo comido una porción de gachas y bebido un vaso de agua, se sentó junto al escritorio. La tinta tenía un olor metálico que le agradaba y repugnaba al mismo tiempo.

Aunque apenas recordaba lo que había hablado con los monjes el día anterior, los recuerdos de sus días con el rey Olav sobrevivían en él con una desbordante riqueza de detalles. Recordaba las nubes de moscas sobre los charcos de sangre, el olor a mar salado y el humo que les enrojecía los ojos cuando prendían fuego a las ciudades. Recordaba los gritos de terror que seguían resonando en sus oídos y la imagen del

horizonte que se tragaba las nubes. Pero lo que había comido el día anterior, lo olvidaba.

«Ahora Olav es un einherje, o tal vez uno de los ángeles del Cristo Blanco — pensó—, y yo en cambio voy a tener que vagar eternamente por la fría oscuridad del Hel, como un fantasma cubierto de musgo.»

# Segunda parte

## El signo oculto

A Odín se le prendió fuego tras la muerte, y aquel incendio fue en extremo delicioso.

Snorre

Que quien tenga inteligencia calcule el número de la bestia porque es un número de hombre, y el número es seiscientos sesenta y seis.

Apocalipsis

Se lo debo todo a Egipto y Egipto lo es todo para mí.

Jean-François Champollion



# La piedra rúnica

## 1

Con un golpe seco que reverbera entre las paredes del portal, poso en el suelo la maleta con la piedra rúnica, busco el llavero, lo saco y las llaves entrechocan entre sí.

Pasar por casa supone un riesgo, pero he estado más de una semana en Bergen y necesito cambiarme de ropa y coger un par de libros que tengo empezados y el tubo de pomada para el eccema en la entrepierna.

La cerradura principal, una anticuada cerradura de resbalón que no funciona, se abre haciendo clic.

Introduzco la larga llave en la cerradura de seguridad —que me encasquetó un vendedor ambulante a base de darme la lata, hacerme la pelota y amenazarme veladamente con peligros innumbrables que me acecharían a mí y a mi piso si no lo protegía con una cerradura extra—, y hago girar la llave, que chirría y resuena. Por vieja costumbre, dejo el llavero colgando al empujar la puerta. La luz del recibidor está apagada; esta vez han procurado cerrar todas las puertas al irse, incluida la del estudio, pero algo de luz se cuela por la cerradura de la puerta del salón.

Están aquí.

El miedo se despierta como un tenue fuego en el vientre. Contengo la respiración. Mis sentidos intuyen la presencia de Hassan, o el olor a su loción de afeitar y su cigarro, mezclado con un fuerte olor a sudor. Dejo mi mano temblorosa sobre el pomo y meto la cabeza en el recibidor. No hay nadie, pero sé que están aquí.

El corazón me late como si su mayor deseo fuera desembarazarse de mi cuerpo y coger el ascensor hasta el primer piso.

Pienso: o bien tienen una copia de mis llaves o bien tienen un instrumental tan avanzado como para ser capaces de abrir incluso un cerrojo de seguridad que, según el vendedor, era inexpugnable.

«¡Bjørn, eres un paranoico!»

Me parece escuchar un ruido en el salón: suelas de zapato contra el linóleo, pero también podrían ser imaginaciones mías.

La piedra rúnica, envuelta en toallas húmedas, camisas y calzoncillos sucios, está dentro de la gran maleta que compré en Bergen, una Samsonite con cierre de código de seguridad. Nadie sabe que la tengo, ni siquiera las Autoridades de Patrimonio. Sólo lo sabemos Øyvind y yo.

«Sobreponete, Bjørn —me digo a mí mismo—. Aquí no hay nadie. No han estado esperándote en tu apartamento durante todo el tiempo que has pasado en Bergen. No saben que has llegado en el tren de esta mañana. Eres irracional. Te entra el pánico

sin razón alguna. Bjørn —me digo con mi voz más severa—, ¡déjate de chorradas!»

La luz de la cerradura se oscurece.

Albert Einstein afirmó en 1905 que todo es relativo. Tiene razón. En el dentista o ante un pelotón de fusilamiento, los segundos y los minutos transcurren a otra velocidad que en la playa.

La puerta del salón se abre.

Dejo de respirar.

Los ojos de Hassan me resultan aún más fríos y más muertos ahora que sé quién es. Lleva puesto un traje oscuro muy bien planchado. Camisa blanca. Corbata. En la mano lleva una pistola. Una Glock.

Nos separan tres o cuatro metros. Él ocupa todo el espacio de la puerta del salón, mientras que yo sigo con los pies sobre la alfombrilla de la entrada.

Por detrás de Hassan asoma otra cabeza. No sé cómo se llama, pero lo recuerdo de la habitación del hotel de Islandia.

Puesto que aún tengo la mano sobre el pomo, reacciono a toda velocidad.

Cierro la puerta de entrada de un portazo, echo el cerrojo de seguridad, cojo la maleta con la piedra rúnica y echo a correr hacia el ascensor.

Si vas a escapar de un animal depredador, tienes que ser más listo que él. Por eso envío el ascensor al primero piso, pero sin mí, echo a correr hacia las escaleras y subo un piso.

Pulso la alarma antiviolencia para que acuda la policía.

Los latidos del corazón casi no me dejan respirar.

Al cabo de medio minuto, Hassan consigue abrir la puerta. Corren por el pasillo de la planta de abajo, pero no esperan el ascensor. Salen corriendo hacia las escaleras y, cuando las bajan, parece como si hubiera un derrumbamiento de piedras.

Me quedo esperando con la respiración entrecortada.

La primera patrulla de policía llega al cabo de unos cinco o seis minutos. La segunda, con la que viene Ragnhild, llega un par de minutos más tarde.

Hassan ha desaparecido. Se ha disuelto en la nada en alguna de las calles entre los chalets de Grefsen.

## 2

Un par de horas más tarde, mi amigo Terje me viene a buscar a la comisaría.

No les vemos el pelo a los bandidos, pero de todos modos damos varios rodeos a tal velocidad que a Terje podría haberle costado ocho puntos del carné de conducir, además de su humilde sueldo mensual.

Le cuento lo que ha pasado en Bergen, pero ya se ha enterado de casi todo a través de los periódicos. El hallazgo de la cámara mortuoria del monasterio de Lyse ha supuesto una perla para las Autoridades de Patrimonio Histórico. Al principio se

entusiasmaron: «¿Una cámara mortuoria intacta? ¿Del siglo XII? ¿En un pozo bajo el monasterio de Lyse?» Luego cayeron en la cuenta de que había excavado la cámara por mi cuenta, sin seguir los procedimientos normales: no había solicitado permiso, ni había informado a nadie. Al contrario, me había comportado como un simple ladrón de tumbas. ¡Como un vándalo! Las Autoridades de Patrimonio y los furiosos catedráticos quisieron denunciarme a la policía, pero afortunadamente intervino el ministro de Cultura, que ante todo quería evitar el escándalo. Al fin y al cabo la cámara había despertado el interés internacional. A duras penas he conseguido mantener mi puesto de trabajo, aunque estoy suspendido hasta que una comisión de investigación revise el caso. Pues muy bien. He roto todas las reglas posibles y ni siquiera les he hablado de la piedra rúnica que me llevé de la cámara mortuoria.

Paso la noche en el sofá de Terje. He ido a la universidad para recoger mi móvil y ha sonado varias veces. Número secreto. No he respondido. No creo que puedan rastrearlo aquí en el centro.

Terje, siempre tan solícito —aunque quizá también llevado por el deseo de no tener al objetivo de un potencial ataque con bazucas merodeando por su piso—, me presta la casa de verano de su familia, que está en Spro, Nesodden, a media hora en barco del puerto de Oslo. Es un lugar prácticamente imposible de encontrar, incluso para quien esté dispuesto a llegar muy lejos para conseguir la piedra rúnica. Tan lejos como para matarme, por ejemplo.

### 3

Llueve. Las gotas caen espasmódicamente por el cristal de la ventana y el fiordo de Oslo está frío y oscuro. He encendido la negra estufa de leña.

La piedra rúnica está fuera, en el bosque. La he dejado envuelta en un jersey de lana y una lona, dentro de una bolsa de hockey que he metido en una cavidad natural entre dos grandes piedras; después he cubierto la entrada con pedruscos.

Ante mí, sobre el escritorio con vistas al fiordo y Langåra, tengo una fotografía que muestra la piedra a tamaño real. Un compañero del Instituto de Geología les ha echado un vistazo a las alhajas incrustadas en la piedra: valen varios millones de coronas.

Aparte de Øyvind, Terje y el geólogo, nadie sabe de la existencia de la piedra rúnica, aunque, tarde o temprano, las diligentes hormigas que trabajan en la cámara mortuoria empezarán a preguntarse por el nicho vacío del zócalo de mármol.

La piedra rúnica no resulta difícil de descifrar.

El texto en noruego antiguo está escrito en runas, pero no está cifrado. He traducido los cinco versos palabra por palabra. Se trata de una alabanza religiosa en honor de san Olav, con referencias a la mitología egipcia, cristiana y nórdica antigua. Según el tallista de las runas, en tiempos inmemorables, Odín, Osiris y el Dios

cristiano hicieron un pacto para que sus pueblos vivieran en paz y armonía. En fin...

Una vez traducidas las runas y adecuadas al noruego moderno, la introducción del texto reza así:

*Hellig er du sankt Olav vår konge god  
Kristus sverd du svingte nådeløs og tro  
Fryktløs konge hellig helgen ære være  
Hvil deg i evigheten i Guds syn Hvite  
Krist Osiris Odin du kongenes konge* <sup>[4]</sup>

El texto es exactamente tan enigmático como la mayoría de los textos rúnicos. Como soy algo torpe, me lleva tres días encontrar la pista oculta. La clave está labrada en la esquina derecha de la piedra rúnica: una U invertida seguida de dos rayas verticales: | |. Durante mucho tiempo pienso que es un conjuro mágico, pero se trata simple y llanamente de la cifra egipcia 12.

Juego con el número en diferentes direcciones y combinaciones, hasta que soluciono el enigma. Si cuentas doce signos desde el margen izquierdo y vas leyendo hacia abajo, aparece el nombre de un lugar:

*Hellig er dU sankt Olav vår konge god  
Kristus sveRd du svingte nådeløs og tro  
Fryktløs koNge hellig helgen ære være  
Hvil deg i Evigheten i Guds syn Hvit  
Krist OsiriS Odin du kongenes konge  
Urnes.*

La iglesia de madera de Urnes, en Sogn og Fjordane, se construyó en torno al año 1130 y es una de las iglesias medievales más antiguas que se conservan en Noruega. El monasterio de Lyse empezó a construirse en el año 1146, dieciséis años antes.

Evidentemente, puede ser una casualidad, pero también es posible que haya alguna relación.

En el siglo XI se erigieron una gran cantidad de monasterios e iglesias por toda Noruega, que había sido cristianizada recientemente y estaba lista para adorar a su nuevo dios.

Las gotas de lluvia se deslizan por el cristal. Detrás, algo desenfocado a causa del vaho, un velero lucha contra el viento. Tengo la costumbre de reconocermé en cualquier cosa: en el envoltorio arrugado de un helado que alguien se ha dejado, en la última patata de la fuente, en un avispa alce de una meseta islandesa o en un velero que pugna por avanzar, avanzar, avanzar, contra el viento y las olas que le oponen

Aquella misma noche, mientras contemplo un buque de carga que avanza por el fiordo en dirección al sur, escucho una divina fanfarria de harpas y trombones: en otras palabras, el teléfono móvil que me ha prestado Terje. Sólo le he dado el número a los más íntimos.

En la pantalla reconozco el número del móvil de Øyvind, que me cuenta que han excavado el extremo norte del túnel, donde nos dimos la vuelta al topar con un muro, y, desde allí, los arqueólogos se abrieron paso a una zona desconocida de los sótanos del monasterio de Lyse. Al principio pensaban que debía de tratarse de un granero inundado, pero hoy han descubierto que la gran cámara debió de haber sido un depósito de agua.

—¿Un depósito de agua?

—Más que eso. Con el agua del depósito se podía anegar todo el túnel.

—¡Una trampa de agua!

Øyvind me explica que los monjes del monasterio de Lyse, por medio de un mecanismo, podían hacer subir y bajar una compuerta subacuática para regular el nivel de agua del túnel que conecta el depósito con el pozo. De ese modo podían sellar con agua la cámara mortuoria y, en caso de que fuera necesario, ahogar a los intrusos.

—Por eso la cámara mortuoria estaba en un nivel más alto que el túnel —digo.

—Una protección perfecta. En tiempos de los monjes, el túnel estaba lleno de agua, mientras que la propia cámara, en cambio, estaba seca y segura, varios metros por encima del agua.

—¿Crees que los monjes sabían qué protegían?

—Muy pocos de ellos. En los escritos del monasterio de los siglos XIV y XV aparecen insinuaciones veladas sobre que custodiaban un secreto divino, pero los historiadores, y probablemente los propios monjes, deben de haber pensado que se trataba de una metáfora religiosa. Con el paso de los años, el conocimiento de la cámara mortuoria debe de haber pasado al olvido. Los tres últimos abades no parecen haber estado informados. Cuando los monjes abandonaron el monasterio en 1536, no debían de saber que dejaban atrás la cámara mortuoria que fue el motivo por el que se construyó el monasterio cuatro siglos antes.

—Así que abandonaron a su suerte la piedra rúnica y el cadáver del obispo.

—¡Es increíble!

—Esto, Øyvind, no es más que el comienzo.

Se queda callado:

—¿El comienzo?

—La cámara mortuoria del monasterio de Lyse es el primero de cinco lugares sagrados.

—¿Cinco?

—Cada una de las cinco puntas del pentagrama señala una cámara mortuoria.

—¿Así que hay cuatro más?

—La del monasterio de Lyse no es ni siquiera la más importante. De haberlo sido, habríamos encontrado a Olav el Santo en lugar de al obispo Rudolf. Nadie mataría al clérigo Magnus ni me atacaría a mí por una piedra rúnica y la tumba de un obispo. Hay algo más, algo distinto ahí fuera...

—¿Más? ¿Qué más? ¿Dónde está «ahí fuera»? ¿De qué estás hablando?

—Sé dónde está, pero no sé exactamente qué.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Creo que me he topado con otro enigma más.

—¿Otro más? Bjørn, ¿no tenemos ya suficientes enigmas a los que enfrentarnos?

—La piedra rúnica apunta hacia un lugar que ni siquiera tiene nada que ver con el pentagrama.

—¡Ay Dios...!

—Øyvind, ¿te apuntarías a otra expedición?

5

Obedientemente llamo a Ragnhild y le digo que estaré fuera unos días.

—Pero Bjørn...

—¡Me llevo la alarma antiviolencia!

—Ya viste cómo te fue la última vez.

—¡Encontré la cámara del tesoro!

—¡Te han suspendido!

El tono de su voz me recuerda al de mamá.

# Las iglesias de madera

## 1

La iglesia de madera de Urnes corona un alto con vistas sobre el fiordo de Luster, al fondo del fiordo de Sogn. Majestuosas montañas se alzan a ambos lados del largo fiordo. Las torres y los tejados arrojan largas sombras sobre el cementerio que rodea la iglesia. A sus pies, se extiende el fiordo brillante y frío. Un perro ladra en algún lugar.

Como la mayoría de las iglesias de madera medievales de Noruega, la de Urnes tiene muchos tejados que van ascendiendo hacia una torre que señala el reino de los cielos. Los troncos de madera con los que está construida son bastos y están cubiertos de brea. Los adornos, que provienen de dos iglesias más antiguas que se alzaban en el mismo lugar, son el último estertor de los vikingos. Las tallas de madera se extienden dibujando lazadas, arcos y círculos.

—¡Bjørn!

En la penumbra, los olores de la madera vieja se mezclan con los de la brea. En la voz susurrante de Øyvind reverbera la expectación contenida. Acudo corriendo. Está estudiando las tallas de uno de los pilares de madera de la iglesia y señala un dibujo familiar en la madera. Entre las estilizadas líneas de la madera, reconozco tres símbolos: ankh, ty y cruz.

Con un gesto llamamos a Vibeke Wiik, de la Asociación de Patrimonio Histórico. No le hemos revelado nada sobre lo que estamos buscando —lo cierto es que ni siquiera nosotros lo tenemos claro—, pero, ante la posibilidad de que la iglesia de Urnes pueda tener alguna relación con el hallazgo de la cámara mortuoria del monasterio de Lyse, Vibeke y la Asociación de Patrimonio se muestran encantadoramente dispuestos a ayudarnos. Nos ha abierto las puertas de la iglesia, nos lo ha enseñado todo y luego nos ha dejado a nuestro aire para que nos consagremos a nuestras investigaciones mientras ella sigue con lo suyo junto al altar. Øyvind y yo llevamos horas estudiando las inscripciones, las tallas y los ornamentos.

—Ah, eso —dice, casi un poco avergonzada, cuando le preguntamos por los símbolos—. Nuestros conservadores piensan que el tallista incluyó esos símbolos en la decoración para recibir la fuerza de las religiones a las que representan. No todo el mundo profesaba la fe cristiana con la misma firmeza. Lo cierto es que esta curiosa combinación de símbolos aparece en varios ornamentos de madera del período que va desde el siglo XII hasta el siglo XVI.

Entusiasmados, Øyvind y yo nos ponemos a revisar las tallas que rodean los símbolos. Las iglesias de madera noruegas tienen gran riqueza de inscripciones

rúnicas. Los símbolos que hemos encontrado indican que el tallista ha dejado alguna pista, con la intención de que fuera encontrada. No por cualquiera, sino por aquellos que hubieran sido introducidos en el saber secreto.

Ocultas entre las miles de figuras de animales, los símbolos mitológicos y las runas, encontramos palabras como «san Olav» y «el arca del rey», además de una inscripción que, una vez traducida, reza: «Nosotros que custodiamos a El Divino.» En varios lugares encontramos el número 50 escrito con cifras modernas y en romano, L. Leemos la formulación «Salve al sabio hombre azul», que hace referencia a un egipcio o a un norafricano, y una referencia a la «guardia del Papa» y a los «dignos CUSTODIOS del culto sagrado de Amón Ra». No sé qué pensar. Nunca he oído hablar aquí en Noruega de guardias del Papa ni de cultos sagrados egipcios. Aunque las referencias a Egipto al menos concuerdan con las menciones a Egipto en el código de Snorre.

—¿Chicos? —La voz de Vibeke nos alcanza desde uno de los rincones lejanos de la iglesia—. Acabo de caer en la cuenta... ¿No estaréis buscando una cripta?

Ha abierto una trampilla en el suelo y la ha enganchado a la pared. Del subsuelo emergen los aromas del moho, la tierra y las aguas subterráneas. Enciendo una linterna e ilumino una oscura habitación de paredes de piedra que se oculta bajo el suelo de la iglesia.

La miro sorprendido:

—¿Una cripta? ¿Este tipo de sepulcros no se colocaban en el coro, ante el altar o al este de la nave?

—La verdad es que este sepulcro no apareció hasta que hicieron la gran reforma en el siglo XVII —nos explica—. Tuvieron que levantar gran parte del suelo porque las vigas que lo sostenían se estaban pudriendo. La cripta estaba oculta de un modo tan intrincado que tuvieron que levantar todo el suelo para tener acceso. Originalmente, el suelo no estaba colocado al modo usual. Cuando se construyó la iglesia, alguien montó una elaborada construcción de vigas de madera y ruedas dentadas capaces de abrir un cerrojo gigante que cambiaba de posición uno de los troncos junto al altar. Desgraciadamente todo acabó en la hoguera. Lo poco que sabemos del mecanismo de cierre se basa en dos manuscritos que se conservan aquí en el pueblo.

—Los muros de piedra también son un anacronismo, ¿no?

—Normalmente se excavaba el agujero y se colocaba el cadáver sobre corteza de abedul. Una cámara mortuoria como ésta es muy poco usual.

—¿Qué contenía la cripta?

—Eso es lo extraño. Estaba vacía. Completamente vacía.

Øyvind, Vibeke y yo bajamos a la estrecha cámara de techo bajo, pero allí no hay nada que ver. Se lo han llevado todo. Las piedras de las paredes y el techo no tienen



una sola inscripción.

2

Al día siguiente continuamos con la inspección. Es una mañana fría. Øyvind y yo nos hemos ataviado con sendos jerseys de lana del año de la polca. Vibeke revolotea a nuestro alrededor como un solícito djinn al que alguien hubiera liberado de la lámpara. A eso de las doce nos comemos los bocadillos que nos hemos preparado en el hotel, al otro lado del fiordo. Compartimos la comida con Vibeke, que ha traído un gran termo con café, algo en lo que ni Øyvind ni yo habíamos pensado.

Pasan aún un par de horas más antes de que encuentre la trampilla.

Está perfectamente camuflada. La encuentro —no por casualidad, pero sí gracias a un golpe de suerte— en la parte de atrás del capitel de uno de los sólidos pilares que se extiende desde el suelo hasta el techo de la iglesia. El capitel está a cuatro metros de altura, pero el púlpito de 1690 está justo debajo del escondite.

A primera vista, la trampilla parece una juntura natural de un marco ornamental tallado, incrustado en la madera. Golpeo el pilar para comprobar si está hueco. No sabría decir. Luego mi mirada vuelve a recaer sobre la juntura y, centímetro a centímetro, sigo el camino rectangular de la grieta en torno al marco. Llamo a Øyvind y a Vibeke, que suben corriendo al púlpito, pero no descubren siquiera el contorno de la trampilla hasta que se lo señalo con el dedo.

—Dios santo —dice Vibeke—. Y yo que creía que conocíamos cada metro cuadrado de esta iglesia.

Intento abrir la trampilla valiéndome de la punta del dedo y el Leatherman de Øyvind, pero está incrustada en la columna con total precisión y no se mueve ni un milímetro. Øyvind y Vibeke intentan ayudarme, pero ni siquiera las pulcras uñas largas de Vibeke llegan a caber en la grieta.

—¿Y si la trampilla está encolada? —pregunta Vibeke.

—Entonces vamos a tener que usar una sierra, o tal vez un taladro —bromeo.

La mirada de Vibeke me da a entender que hay ciertas cosas con las que no se bromea.

—¿No podríamos serrar todo el pilar? —apostilla Øyvind, que no es tan sensible como yo al mudo lenguaje de las miradas.

Dedicamos cerca de una hora a buscar la manera de abrir la portezuela y, cuando estamos a punto de rendirnos, Øyvind descubre el ingenioso mecanismo de apertura.

En una sección enmarcada del otro lado de la columna, hay tres flores decorativas talladas cuyas coronas resultan ser tres tapones de madera. Girando y tirando de los tapones —y también hurgando con cuidado con la menor de las cuchillas del Leatherman de Øyvind— conseguimos sacarlos.

—Menuda bronca me van a echar —suspira Vibeke con entusiasmo en los ojos.

Durante un rato nos preguntamos qué podríamos hacer con tres agujeros por los que no nos caben los dedos. Introduzco un bolígrafo y noto que estoy empujando algo que hay en el interior de la columna, pero no pasa nada. Sin embargo, cuando introducimos simultáneamente tres bolígrafos en los tres agujeros, se dispara un mecanismo interno. Algo chirría y el mecanismo abre un cerrojo interno. De pronto, la trampilla incrustada se abre sin resistencia.

Ilumino el interior del pilar con la linterna y vislumbro... ¿un pedazo de madera?

Vacilante introduzco la mano. Tengo miedo de que quienes construyeron el cerrojo hubieran equipado la construcción con una trampa capaz de, por ejemplo, cortarles la mano a los ladrones.

Cojo la tabla de madera, cuento hacia atrás en mi interior y la saco apresuradamente.

Conservo la mano, que tiene agarrada una tabla rúnica.

Vibeke está eufórica. En nombre de la Asociación de Patrimonio, del gobierno de la región de Sogn og Fjordane, de las Autoridades de Patrimonio y Dios Nuestro Señor, pretende confiscar inmediatamente el hallazgo, muchísimas gracias. Con grandes esfuerzos y enormes cantidades de encanto, Øyvind y yo conseguimos convencerla de que nos preste la tabla para que la estudiemos. Prometemos devolvérsela ilesa e inmaculada, de modo que pueda exhibirse en una vitrina de cristal, para la alegría del jefe de Turismo, el alcalde y los demás pasajeros del crucero.

La tabla, como era de esperar, es completamente ilegible. Pero cuando probamos con diferentes combinaciones César, descubrimos que todas las runas están sustituidas con el signo que se encuentra cinco puestos por delante. Descifrado y traducido a lengua moderna, el texto reza así:

*Urnes ocultó las indicaciones sagradas durante 50 años.*

*La guardia del Papa se nos acercó demasiado.*

*Los dignos CUSTODIOS del culto sagrado de Amón Ra conocen el sonoro secreto de las runas.*

B  
—SELF—  
R  
G

De nuevo una referencia a la guardia del Papa y al dios del sol egipcio, Amón Ra. En Egipto, Amón y Ra eran dos dioses que a la larga se fundieron en uno.

El hombre que talló las runas hace más de ocho siglos podía estar tranquilo: el código y el mensaje sin duda resultarían incomprensibles para cualquiera que, contra todo pronóstico, se encontrara con la tabla rúnica. Los acertijos y los textos cifrados

eran ajenos a la mayoría de la gente de aquel tiempo. Sólo los letrados eran capaces de entender el significado de las runas secretas. Quienes supieran lo que estaban buscando, y comprendieran dónde y cómo buscar la información, serían capaces de encontrarle un sentido al revoltijo de signos.

Nos lleva unos quince segundos descifrar la cruz rúnica. Los signos del crucero horizontal —SELF— están escritos hacia atrás y forman la sílaba FLES, mientras que la palabra vertical es BERG.

Flesberg.

### 3

La iglesia medieval de madera de Flesberg se construyó a finales del siglo XII y se alza en una pradera en Numedal, Buskerud, con una valla de piedra y rodeada de suaves montes boscosos y viejas granjas. En 1732 el cura se quejó de que la ruinosa iglesia «llevaba en pie desde los tiempos de los católicos» y luego se encargó de que fuera reformada y transformada en una iglesia al uso. Nadie sabe qué fue de los restos del edificio. En aquellos tiempos solía reutilizarse la madera, cuando no acababa como leña para el fuego.

Øyvind y yo comprendemos abatidos que las posibilidades de descubrir huellas del siglo XII son mínimas.

El párroco nos enseña la iglesia. Como la mayoría de los párrocos, le tiene cariño a su iglesia, pero no queda gran cosa de la Edad Media. Se han conservado la pila bautismal, un par de cruces de piedra, la viga con bajorrelieve de uno de los bancos y tres de las paredes de la nave central, además de la ornamentación del pórtico del oeste, que es muy elaborada y tiene leones, dragones, serpientes y motivos vegetales tallados.

Pero, al cabo de varias horas de búsqueda, no hemos encontrado ni trampillas ocultas, ni runas en la viga tallada, ni códigos en las decoraciones pintadas.

—No sé si tendrá alguna importancia —nos dice el párroco cuando hacemos una pausa para tomar un café—, pero una de las campanas de la iglesia se remonta a los orígenes de la iglesia.

Pego un respingo. Murmuro:

—«El sonoro secreto...»

Øyvind y el párroco me miran sorprendidos.

—¿El qué?

—¡La inscripción de la tabla rúnica! Decía que los «dignos CUSTODIOS del culto sagrado de Amón Ra conocen el sonoro secreto de las runas».

—¿Tabla rúnica? —pregunta el párroco—. ¿Amón Ra?

—¡Por supuesto! —exclama Øyvind.

Agitados, subimos corriendo las escaleras del campanario y llegamos arriba con

la respiración entrecortada. El párroco abre dos de las ventanas para que entre algo de luz.

Vemos inmediatamente cuál de las campanas es la más antigua. No hay que ser un lince. La inscripción rúnica rodea la parte baja de la campana: está desgastada, pero es legible. Al menos aparentemente. Muchas campanas antiguas tienen inscripciones rúnicas escritas hacia atrás, como si se tratara de un conjuro, pero en este caso no nos sirve de nada leer hacia atrás. Cuando intentamos descifrar el texto, el párroco sonrío y nos explica que los signos no tienen sentido.

—Han sido muchos los que lo han intentado antes que vosotros, siglo tras siglo, pero nadie ha conseguido descifrar las runas. Los símbolos son un puro ornamento.

Mientras Øyvind fotografía la serie de signos, yo anoto las runas en un cuaderno.

4

Øyvind vuelve conmigo a Nesodden en el coche alquilado. Dedicamos los días siguientes a intentar descifrar la serie de signos, pero tampoco nosotros tenemos suerte. Las runas secretas no sólo están cifradas, sino que hacen uso de un conjunto propio de signos: las runas kvist, o runas rama.

El secreto de las denominadas runas kvist es que la serie original de runas se divide en tres grupos denominados ætt, que significa «clan». Los maestros en runas organizaron un esquema que podía tener el siguiente aspecto:

	1	2	3	4	5	6
3	F	U	TH	O	R	K
2	H	N	I	A	S	
1	T	B	M	L	Y	

Cada runa kvist pertenecía entonces a uno de los tres ætt, que, para despistar, se numeraban de abajo a arriba. Por otra parte, a cada runa le correspondía también una cifra horizontal dentro de su ætt.

En este sistema, al signo rúnico A le correspondía el valor 24 (el cuarto signo del segundo ætt o grupo), mientras que a B le correspondía el valor 12 (la segunda runa del primer ætt).

Luego, el valor numérico de las runas se representaba en una runa kvist. Por ejemplo, en la A (es decir, 24) se marcaban, a la izquierda del palo, 2 kvists o ramas (el valor del ætt) y, a la derecha, 4:



Una F tendría 3 ramas a la izquierda y 1 a la derecha, mientras que la Y tendría 1 rama a la izquierda y 5 a la derecha.

A mí me pasa con la lógica lo mismo que me pasa con las mujeres: no me aclaro

ni con la una ni con las otras. A pesar de que entiendo el principio que rige las runas secretas, en el fondo no me entero de nada, con lo cual volvemos a necesitar la ayuda de Terje Lønn Erichsen.

No se hace de rogar. Provisto de mis bocetos y de las fotografías de la campana de la iglesia, arremete contra los signos cual un Champollion ante la piedra Rosetta.

Para empezar divide el texto en sus unidades simples, de un modo que no se nos había ocurrido ni a Øyvind ni a mí. Después analiza la estructura de las palabras y así descubre que el texto está compuesto por dos eslabones que se repiten tres veces, además de cinco palabras simples que se emplean una sola vez.

El maestro rúnico combinó las runas normales con las runas kvist en un texto escrito hacia atrás.

—Voy a probar si la rueda rúnica nos sirve de algo —dice Terje, que ha hecho una copia de la rueda rúnica que se guarda en el Museo de Bergen. La rueda rúnica es un mecanismo que ha asombrado y fascinado a los investigadores desde el mismo momento en que fue encontrada en 1882, cuando se desmontó la iglesia de madera medieval de Gol y fue trasladada pieza a pieza al Museo Popular de Noruega. El ingenio es una primitiva máquina de códigos, un predecesor de la clave de cifras Wheatstone, y consiste en una tabla de madera con dos planchas concéntricas incrustadas de diferente tamaño que contienen tanto el futhark antiguo como el joven. Al hacer girar las planchas, los diversos signos se combinan de diferentes maneras.

Pero por muchas vueltas que le da Terje, la rancia rueda no nos ayuda a descifrar el texto.

Después de emplear un César-8 en las runas normales y de eliminar una de cada dos runas, Terje consigue extraer sentido de la siguiente parte del texto, de modo que reza:

ANEUS ANAPMAC AL

Y, leído al revés, se convierte en:

LA CAMPANA SUENA

Las runas kvist le llevan más tiempo. Los signos se le resisten, se ponen difíciles, pero Terje es tan testarudo y complicado como yo y, finalmente, descifra el código. El maestro rúnico manipuló sistemáticamente el número de runas del lado derecho e izquierdo de la tabla, siguiendo un patrón muy elaborado. Al menos en tres ocasiones aparecen las palabras:

SOÑA ATNEUCNIC

Que en el orden correcto se transforman en:

CINCUENTA AÑOS

Entonces nos restan tres palabras o nombres —de cinco, ocho y tres signos—, cada uno de los cuales ha sido sometido a aún otro camuflaje. Pero Terje ya ha desenmascarado al maestro rúnico: probando diferentes códigos César en el texto hacia atrás, consigue sacar a la luz tres nombres:

URNES FLESBERG LOM

Con lo cual, una vez descifrada, la inscripción rúnica reza:

LA CAMPANA SUENA

URNES CINCUENTA AÑOS FLESBERG CINCUENTA AÑOS

LOM CINCUENTA AÑOS

5

Antes de que Øyvind y yo salgamos hacia Lom, llamo a Ragnhild a la comisaría de policía.

Da la impresión de estar un poco irascible. No tiene gran cosa que contar y yo, a cambio, no le digo adonde me dirijo. Me pregunta dónde he estado, pero tampoco se lo quiero contar. Yo también me puedo poner de mal humor. Se me ha metido en la cabeza que, en teoría, es posible espiar nuestra conversación por medio de rayos, implantes o satélites geoestacionarios, pero eso me lo guardo para mí, así evito que me vuelvan a ingresar en la clínica.

—Cuanto menos sepas —le digo—, tanto mejor, para ti y para mí.

—No comprendo ese razonamiento.

—Cuanto menos entiendas, tanto más fácil te resultará entender cómo estoy yo.

—Esta conversación, Bjørn, no tiene ningún sentido.

De nuevo suena igual que mi madre.

—¿Sigues ahí? —pregunta al cabo de un rato.

—Sí...

—No te olvides de que la policía está ahí para ayudarte. Yo estoy aquí para ayudarte.

Hay tantas cosas que me gustaría decirle... Me gustaría hablarle de mi escepticismo hacia las autoridades, los médicos y psiquiatras, y hacia todo aquel que se sienta elevado por encima de los demás; pero no digo nada. Las palabras se me atascan en algún lugar a medio camino entre el cerebro y la lengua. Tanto mejor, ella no lo entendería. Ragnhild es una de las piezas obedientes y leales de la sociedad.

Cuando le pregunto si la investigación se ha postergado, me asegura que el caso sigue investigándose, pero no me parece del todo sincera. Dice que no tienen ninguna pista que seguir, que no saben dónde buscar. Al igual que yo, la policía no le ha visto el pelo a Hassan ni a su tropa en varios días. La mayoría de la gente sentiría un ligero

alivio. Yo me inquieto. El depredador más peligroso es aquel al que no ves.

Sé que están ahí fuera. En algún sitio.

Y me están buscando.

## 6

La silueta de la iglesia de Lom aparece sombría contra la pared de la montaña. Cabezas de dragón talladas amenazan el cielo, mientras una fina capa de nubes pasa por encima de la cordillera de Jotunheimen. La gran iglesia medieval, que es la principal iglesia del municipio, se construyó a finales del siglo XII sobre las ruinas de una iglesia aún más antigua.

Øyvind y yo pasamos cuatro días inspeccionando la iglesia, por dentro y por fuera, con ayuda del párroco, del diácono y de representantes de la Asociación de Patrimonio Histórico.

—Si se filtra una sola palabra sobre lo que estamos haciendo —les digo a nuestros excelentes asistentes—, el municipio de Lom perderá su inocencia. El pueblo será invadido por los periódicos de Oslo y cosas aún peores, los canales de televisión retransmitirán en directo mientras iluminan la iglesia con una luz fría.

Ante esta amenaza, prometen callar leal y obedientemente.

Cada mañana salimos del hotel con la vibrante esperanza de que hoy, precisamente hoy, encontraremos una pista. Y cada noche regresamos cansados y decepcionados.

La iglesia ha pasado por numerosas reformas y restauraciones. El original revestimiento de madera de las paredes fue sustituido y los hombres de la Reforma se deshicieron de todo vestigio de la herejía católica: los cuadros de los santos, el retablo, los armarios, los tejidos y los objetos sagrados fueron eliminados, quemados o arrojados al río.

Aunque hay gran cantidad de inscripciones rúnicas, no ocultan ningún código. Hay inscripciones labradas por los trabajadores que la construyeron y declaraciones de amor colmadas de ansia y romanticismo. La iglesia ha conservado incluso una carta escrita en runas, sobre un drama a tres bandas, con la que Harvard esperaba seducir a Gudny para que dejara a Kolbein. Pero nada indica que los antiguos custodios nórdicos hayan dejado ningún rastro.

A última hora del cuarto día, el párroco nos informa de que nuestros colegas están en camino.

¿Nuestros colegas?

Miro a Øyvind de soslayo. Ninguno de los dos hemos avisado a ningún colega.

El párroco se da cuenta de que algo va mal:

—Dijeron que traían consigo el equipo que habíais solicitado y querían asegurarse de que no os habíais marchado.

Hassan...

¿Cómo pueden saber dónde estamos? El Bola sigue en el aparcamiento y he dejado el teléfono móvil en casa.

Le recuerdo al párroco el destino de su colega en Reikiavik y le aconsejo que llame a la policía local. Inmediatamente. Le agradecemos apresuradamente su ayuda, nos despedimos y abandonamos la iglesia. Desde una gasolinera llamo a Ragnhild en Oslo y le pido que avise a la policía local de Lom, por si el párroco no se ha tomado en serio mis palabras. Llamo al párroco desde Skjolden para saber cómo va la cosa. Le tiembla la voz. La policía local ya ha llegado y hay refuerzos en camino.

—¿Qué has hecho? —pregunta. Pero a eso no tengo respuesta.

Regresamos en el coche alquilado pasando por Sogndal y Voss y luego nos separamos.

7

Algunas veces la solución a un problema es tan evidente que resulta invisible.

Si quieres esconder un libro, mételo en la librería. Si quieres sacar de contrabando un sello poco común, pégalo en un sobre y mándalo por correo.

—¿Bjørn? ¡Soy yo!

Øyvind grita tanto que da la impresión de que intenta compensar la distancia entre Bergen y Oslo.

En el exterior, el frío ha extendido su gasa gris azulada sobre el fiordo de Oslo y sus islas. Regresé ayer de Lom y estoy de mal humor. Detesto fracasar, me siento inútil. Cuando fallo, me hincho de nubarrones tormentosos.

Con el hombro presiono el auricular del teléfono contra la oreja. En la otra punta tengo a un bergensiano agitado y corto de aliento.

—¿Estás ahí? ¿Bjørn? ¿Hola?

—He estado pensando...

—¿Pensando? ¡Escucha, Bjørn! ¡Nos hemos equivocado de iglesia!

Abajo, en el fiordo, a través de la bruma, pasa navegando un guirigay flotante que podría recordar a Las Vegas.

—¡Había otra iglesia medieval en Lom! —Øyvind no suelta prenda, a la espera de mi reacción.

El aire fresco vibra. El rítmico bajo de los pistones de los motores, en un momento de perfecto compás, hace vibrar los cristales de la casa, pero luego el estruendo se difumina y el rechoncho casco del buque que va a Dinamarca sale de mi foco de atención.

—¿Otra iglesia medieval? Øyvind...

La estela del ferry deja espuma blanca. Acabo de caer en la cuenta de lo evidente. Otra iglesia medieval...



Cuenta la leyenda que en 1021, durante su campaña de cristianización a través de Gudbrandsdalen, Olav el Santo convenció a Torgeir Gamle —Torgeir el viejo— en Garmo, Lom, para que se dejara bautizar y construyera una iglesia en honor a Dios. Torgeir hizo lo que le había ordenado el rey cristiano. Erigió una iglesia que permaneció en pie durante ciento ochenta años. La iglesia de Torgeir Gamle fue la predecesora de la iglesia medieval de Garmo, y fue derribada en 1880. Derribada... Por eso ni Øyvind ni yo pensamos en ella.

—¡Las Colecciones de Sandvig! —exclamo.

—¡Exacto!

Cuarenta años después de que se derribara, la iglesia de Garmo, construida sobre las ruinas de la vieja iglesia de Torgeir Gamle, fue reconstruida en el museo al aire libre de Maihaugen, en Lillehammer.

## 8

Un cálido viento sopla alegremente sobre el paisaje en el momento en que, ante la iglesia medieval de Garmo, empiezo a admirar las cabezas de dragón y la elegante cumbre del edificio.

Las Colecciones Sandvig, usualmente conocido como Maihaugen, se abrieron al público en 1904, después de que Anders Sandvig se hubiera pasado casi veinte años reuniendo objetos, edificios y granjas antiguas que después volvía a construir en el terreno del museo. Cuando se derribó la iglesia medieval de Garmo, las piezas del edificio se vendieron en subasta. Sandvig, junto con Trond Eklestuen, reunieron todas las piezas que les fue posible rastrear y volvieron a montar el edificio, en parte con las piezas originales y en parte con piezas de otros edificios e iglesias.

Los artesanos y los conservadores de museo que reconstruyeron el edificio en la década de 1920 marcaron diligentemente todas las piezas originales. Por eso no me lleva más de cuatro horas revisar toda la nave de la iglesia.

En un rincón oscuro y miserable de la iglesia, tropiezo con una tabla de la pared sobre la que hay un empaldecido retrato de Olav el Santo. El rey cristiano está envuelto en terciopelo rojo y, arrodillado, eleva una cruz hacia el cielo.

En el ancho marco tallado que rodea la tabla, encuentro ankh, ty y cruz, pero también largas series de letras latinas y runas nórdicas.

Un nuevo acertijo.

## 9

El texto cifrado de la iglesia medieval de Garmo es largo y prolijo. Me paso dos días enteros en mi escondite de Nesodden, jugueteando con diferentes combinaciones de signos, pero no llego a nada.

Intuyo, como un reflejo de radar del alma, la proximidad de mis perseguidores en alguna parte, ahí fuera: en los barcos que se pasean lentamente por el fiordo, en el helicóptero que no deja de sobrevolar la casa, en los coches que pasan por delante del desvío, en los hombres que pescan en el muelle en el que arribaba antiguamente el ferry de Nesodden.

Pero no entienden dónde me he escondido.

Creía que le había cogido el truco al desciframiento de códigos, pero no es así. Al tercer día llamo a Terje, que se toma unos días libres que no se merece en absoluto y acude en mi ayuda. Probamos con diversas combinaciones César, pero no hay ningún sistema en los signos rúnicos. Terje está confuso. Aunque no podamos leer el texto, afirma que algo está mal. La estructura de los signos no encaja.

—Esto es un refrito de diversas runas —dice Terje.

Al cuarto día intuimos la solución, esto es, Terje la intuye. Yo me doy por satisfecho con intentar entender de lo que habla.

Un puñado de runas se repite en el texto con una frecuencia que supera holgadamente la frecuencia de los signos en las lenguas europeas. En la escritura moderna, la letra E (o el signo que la sustituya en el código), por ejemplo, se repetirá con mucha más frecuencia que la letra M, que es mucho menos común. Todas las lenguas siguen semejantes reglas matemáticas.

El problema del texto de Garmo es que algunos signos se repiten con una frecuencia tan absurda que Terje plantea la siguiente cuestión: ¿y si se introdujeran algunos signos en el texto con el único fin de confundir? Un truco de ese tipo no sólo haría que el texto fuera difícil de descifrar, sino que explicaría además la frecuencia y la regularidad con la que aparecen algunas runas.

Propongo que eliminemos uno de cada dos o de cada tres signos.

Para mi sorpresa, a Terje le parece una buena idea.

Luego nos ponemos manos a la obra con nuevos bríos.

En cuanto identificamos los signos falsos, que son seis runas que se repiten en un loop, obtenemos un texto que sigue siendo ilegible, pero que al menos se deja atacar con la clave del código.

La clave sigue el patrón de algunos de los otros códigos, pero es aún más complicada.

El maestro de códigos usó primero el método César —sustituir un signo con otro que quede unos puestos por delante— y luego escribió las palabras hacia atrás. Para dar sabor al código, utilizó un código César distinto para cada palabra.

Laboriosamente conseguimos identificar algunas palabras de noruego antiguo: dylja, páfi, líkami, texti, hir y heilagr. Pero seguimos sin encontrarle sentido. El bromista que hizo el código ha descolocado las palabras, pero también este cambio sigue un patrón lógico: la palabra número 1 está intercambiada con la número 10, la

palabra número 2 está intercambiada con la número 9, y así sucesivamente en una repetición en forma de espiral.

Por fin hemos comprendido la lógica, ahora todo es cuestión de tiempo y paciencia. Finalmente conseguimos traducir el texto a lengua moderna:

El CUSTODIO Inge talló estas runas 200 veranos después de la muerte de Olav el Santo.

*La guardia del Papa de Roma, los sanjuanistas*

*de Varna y los templarios*

*de Jerusalén se han confabulado.*

*Oculto está la sagrada cámara mortuoria*

*tal y como indicó Asim*

*Sellados están nuestros labios.*

*Los textos sagrados y la divinidad dormida están seguros con el amigo del pacto,  
en la tierra donde se pone el sol.*

*El CUSTODIO Njål talló estas runas*

*250 veranos después de la muerte de Olav el Santo.*

*La runa secreta ty, la magia de ankh y la fuerza de la cruz*

*protegen la gruta de Olav y el camino hasta ella.*

*Hojea la Biblia de Lars donde sale el sol.*

A no ser que el tallista de runas Inge se lo haya inventado, hacia el año 1230 debió de tener lugar una masiva operación militar —con soldados del Vaticano, de la Orden de Malta y de la del Temple—; cien años después de la construcción de la iglesia de Urnes y cincuenta después de la construcción de la de Flesberg. Si un ejército de ese calibre realmente estuvo en Noruega, tal y como insinúa el texto, debieron acudir en busca de algo mucho más valioso que el Arca de Olav.

¿Algo de Egipto? ¿Cuál es la relación? ¿El año 1230?

En 1230, el Papa era Gregorio IX, un jurista muy apegado al poder que excomulgó al emperador Federico II y que luchó encarecidamente por el poder del Papa en contextos mundanos. Gregorio IX mandó a muchos herejes a la hoguera. Una de sus bulas de excomunión reza: «Vierto la furia de Dios contra los bárbaros de Noruega, que profanan lo más sagrado de lo sagrado.»

Hasta 1230 el gran maestro de la Orden del Temple fue Pedro de Montaigu. Fue nombrado gran maestro de los templarios en pleno fracaso de la quinta cruzada, en una ceremonia en el Nilo. Los cruzados querían reconquistar Jerusalén y la Tierra Santa granjeándose el control sobre Egipto, y uno de los que se destacaron en la guerra por Egipto fue el gran maestro de los templarios Pedro Guérin de Montaigu, que murió en 1230.

Pero ¿cuál era la relación?

—«Los textos sagrados y la divinidad dormida están seguros con el amigo del pacto, en la tierra donde se pone el sol...»

El amigo del pacto tiene que ser Snorre en Islandia. Pero «los textos sagrados»... ¿Se estaría refiriendo al código de Snorre? Difícilmente. Es más probable que se tratase de los rollos de Thingvellir. ¿Y qué tenía de sagrado ese texto? ¿Y quién narices es la divinidad dormida?

El mensaje provoca más preguntas de las que responde.

Cincuenta años más tarde, en 1280, un tallista llamado Njál añadió otro texto. Las runas dicen que la Gruta de Olav y la descripción de su ubicación están protegidas por la magia de ankh, la runa sagrada ty y la fuerza de la cruz. ¿Cómo se puede interpretar semejante mensaje? ¿Y cómo podemos buscar «donde sale el sol», que obviamente es en el este? ¿Quién es Lars? ¿Cómo puedo encontrar su Biblia?

Me confunde la ambigüedad del texto. Da la impresión de que el texto está compuesto por dos indicaciones diferentes, cada una de las cuales conduce a metas distintas. Los textos sagrados y el dios están en manos de Snorre, mientras que el Arca de Olav —y probablemente más cosas— se encuentran aquí en Noruega. «Donde sale el sol...»

Terje y yo intercambiamos miradas inyectadas en sangre.

—¿Dónde está el hilo conductor que muestra el camino hacia la siguiente iglesia? —pregunto.

—Probablemente los custodios a los que iba dirigido el texto no sabían mucho más que nosotros. Por eso el texto tiene que contener toda la información que necesitamos.

Seguimos buscando. Por mucho que estiremos y retorizamos las formulaciones, no encontramos palabras ocultas en el texto. Hacia media noche, Terje se queda dormido en el sofá. Yo sigo trabajando, mordisqueando el lápiz y haciendo inútiles anotaciones en un cuaderno de espiral. ¿Qué fuerza puede tener una cruz? Una fuerza simbólica, por supuesto, una fuerza religiosa. ¿Hay alguna relación entre los símbolos ankh, ty y cruz y el lugar por donde sale el sol?

1030... 1130... 1180... 1230... 1280...

¿Qué relación hay entre esos años?

De este modo derivan mis pensamientos.

Un par de horas más tarde me despierto de pronto.

En el exterior sopla un poderoso viento del norte que hace vibrar los cristales de las ventanas. En sueños, o tal vez en un duermevela, quién sabe, se me ha ocurrido una idea.

Me acerco vacilante a la librería calzado sólo con los calcetines de lana y saco un atlas de 1952. Regreso a la ventana y busco un mapa del sur de Noruega. Estoy

barruntando una idea. En el sofá, Terje ronca ligeramente.

Busca «donde sale el sol».

En el este.

«La fuerza de la cruz.»

Urnes, Flesberg, Lom.

Señalo cada lugar en el mapa con un bolígrafo.

El cuarto punto tiene que estar al este, donde sale el sol. Miro el mapa y se me escapa un jadeo.

«La fuerza de la cruz.»

Busca «donde sale el sol».

¡Ringebu!

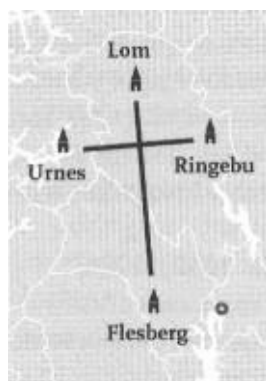
Se me entrecorta la respiración. A lo largo de un período de un siglo, los custodios construyeron cuatro iglesias.

Urnes, Flesberg, Lom (Garmo), Ringebu.

Si unes los cuatro puntos con líneas, aparece una cruz.

La cruz cristiana. Crux ordinaria.

«La fuerza de la cruz.»



10

A la mañana siguiente cojo el barco para Oslo.

Ya he llamado, y despertado, al párroco de la iglesia medieval de Ringebu. Una vez que ha conseguido desembarazarse del sueño, librarse de la irritación que refleja su voz y comprender que ando buscando todo un tesoro arqueológico que puede encontrarse en su iglesia, se ha transformado en mi leal servidor.

En el puerto, cojo un taxi hasta la universidad para recoger el equipo necesario. Con la meticulosidad del paranoico, le pido al taxista que me lleve desde la universidad hasta el aparcamiento dando todos los rodeos que se me ocurren y pasando por todos los callejones que conozco. A la larga este coche alquilado me va a salir muy caro.

Una por una voy comprobando las entradas al aparcamiento. Han abandonado la vigilancia, cosa que en sí misma resulta sospechosa.

Cojo el ascensor hasta la planta P2. Antes de atreverme a entrar en el aparcamiento, atasco la puerta del ascensor con la bolsa con el equipo: así me aseguro una retirada rápida. Echo un vistazo. No veo a nadie. No hay nadie esperando escondido tras una columna, ni nadie en el interior de alguno de los coches aparcados, camuflado detrás de un periódico.

La planta está vacía.

Muy sospechoso.

Cojo la bolsa y camino sigilosamente sin despegarme de la pared. Me siento como el personaje de unos dibujos animados. Me voy acercando al Bola.

No veo a nadie.

Me he traído una linterna y unos guantes de trabajo. Sistemática y meticulosamente miro detrás de los parachoques, debajo de los guardabarros y bajo la carrocería.

Encuentro el emisor GPS debajo del guardabarros delantero izquierdo. Tiene el tamaño de una caja de cerillas y está tan bien agarrado que tengo que usar todas mis fuerzas para desprenderlo. Han colocado cinta aislante negra sobre la bombilla intermitente roja.

Listillos.

Pero no me conformo con eso.

El otro emisor GPS está enganchado a una bomba en el motor.

Satisfecho conmigo mismo, pego los dos emisores GPS a un Mercedes gris metalizado y a un Peugeot azul que están aparcados junto al Bola.

Luego pago una fortuna para que se abra el vado y me dirijo a Ringebu, en Oppland.

11

La gran iglesia de madera medieval, con su torre roja, se yergue majestuosa en lo alto de la colina que resguarda Ringebu, cerca de un lugar de culto pagano y de un antiguo lugar donde se celebraban asambleas.

En el momento en que aparco el Bola, viene a mi encuentro el párroco, que debía de estarme esperando. Nos estrechamos las manos. Me disculpo por haberle despertado tan pronto y él me confiesa que hace décadas que no le despiertan con noticias tan emocionantes.

El párroco Sigmund Skarnes es un hombre sano y entrañable de unos sesenta años. Me conduce entusiasmado hacia el interior de la iglesia y luego me la muestra. La iglesia medieval de Ringebu fue construida hacia 1220 y constituye un testimonio de lo vacilantemente que abandonaron los noruegos la fe de asa, su antigua religión vikinga, y lo que tardaron en acoger la salvación de Cristo. Bajo el techo, aún encontramos los restos de los antiguos dioses nórdicos, pintados en lo alto, por

encima de las columnas.

Uno de los objetos más antiguos que tienen proviene de una iglesia aún más antigua que sobrevivió milagrosamente a la caza de imágenes de santos de la Reforma: se trata de una figura de san Lorenzo. La estilizada talla en madera, que está colocada a la izquierda de la entrada del coro y sostiene una Biblia roja, resulta tan femenina que al principio la tomo por la representación de una mujer.

También la pila bautismal de esteatita gris ha sobrevivido desde tiempos antiguos. Un círculo de piedra más oscura cubre la parte superior de la pila.

Cuando Sigmund Skarnes da por concluida su visita guiada, le pido permiso para seguir visitando la iglesia por mi cuenta y disfrutar de la majestuosidad del templo. Le cuento vagamente que estoy buscando un mensaje oculto que debieron de dejar los constructores de la iglesia. Skarnes se retira para preparar su sermón del domingo.

Recojo la bolsa con el equipo del coche. La cámara digital, el ordenador portátil, una lupa y una potente linterna. Lenta y metódicamente reviso la iglesia. Inspecciono la figura de san Lorenzo con especial detenimiento: resultaría natural emplear un objeto como ése para ocultar pistas y signos. Pero no descubro nada. Busco en la propia figura y en la columna a la que está agarrada. Estudio la Biblia roja. De hecho, en el último mensaje mencionaba la Biblia.

Sigmund Skarnes se asoma para comprobar que toda va bien.

—Veo que te interesa san Lars, ¿no?

—Es una bella estatua. —Al mismo tiempo que lo digo, asimilo sus palabras—. ¿Cómo le has llamado?

—Bueno, en realidad se llama san Lorenzo. Fue maestro de tributos y diácono en Roma en el siglo III. Según la leyenda, lo quemaron vivo cuando repartió los impuestos de la iglesia entre los pobres. ¡Esas cosas pasan! Se dice que su cráneo aún está en el Vaticano.

—¿Has dicho Lars?

—Por esta zona lo llamamos así, san Lars.

«Hojea la Biblia de Lars donde sale el sol.»

¡El texto de Garmo hace referencia a san Lorenzo!

Cuando el párroco se retira a la sacristía para seguir preparando su sermón dominical, me pongo a dar vueltas en torno a san Lars. Fotografío la figura con la cámara digital, con flash y sin él, con diferentes iluminaciones. Hago primeros planos de la cara, la túnica, la tela roja que cuelga de su mano izquierda y la Biblia.

«Hojea la Biblia de Lars...»

En un rincón oscuro de la iglesia, cargo las fotografías en el ordenador portátil. Traslado las fotografías al Photo Manipulator Pro y empiezo a tratar los motivos. El programa informático me permite transformar el negativo en positivo, cambiar el tamaño, el número de píxeles y los colores, y retorcer la perspectiva y la iluminación.

Los arqueólogos y los conservadores de arte emplean el programa para eliminar filtros de color y poder ver las pinceladas originales bajo las capas de pintura de las restauraciones.

Las fotografías de la Biblia son una cámara del tesoro digital.

Bajo ocho capas de diferentes tipos de pintura, vislumbro el contorno de unos signos que están tan desdibujados que debían de resultar invisibles a simple vista. No sé qué tipo de tinta han utilizado —puede haber sido cualquier cosa desde miel destilada o zumo de cebolla, hasta vinagre u orín tratado—, pero el resultado es un texto invisible sobre el que se ha pintado más tarde. Para que las letras volvieran a ser visibles tenían o bien que calentar el texto o bien darle una capa de algún líquido que lo sacara a la luz (por ejemplo, extracto de lombarda con algún producto químico añadido para tornar visible las letras de vinagre). Pero, en nuestros tiempos, también se puede manipular con la ayuda de un programa informático avanzado.

—¿Qué tal vas? —me grita el párroco desde la puerta de la sacristía.

—Creo que esto va a llevar su tiempo.

No quisiera mentirle a un sacerdote en la casa del Señor, pero tampoco es que sea una gran mentira. No veo ninguna razón para contarle que acabo de encontrar una ankh, una ty y una cruz, seguidas de un breve texto.

12

Vuelvo a la pensión en la que me alojo en el pueblo. La habitación es sencilla, pero yo tampoco soy muy exigente. Alguien ha movido un poco algunas de mis cosas. No mucho, pero lo suficiente como para que lo note. Me pregunto si Hassan sabe que estoy aquí, pero reprimo ese pensamiento.

Empleo el resto de la noche en descifrar el texto codificado que estaba oculto bajo las capas de pintura. Una vez has descubierto la técnica del maestro de códigos —trasladar los signos un número determinado de puestos y luego introducir signos arbitrarios para dejar pistas falsas—, el descifrado es más una cuestión de tiempo y paciencia que de ingenio.

A las 23.27 termino de descifrar el texto:

Del mismo modo que María llevó a Jesús en su seno, el vientre alberga el cofre.  
¡Loado sea Tomás!

Permanezco largo rato callado.

No consigo retener una pequeña risa.

Los antiguos custodios han escondido su mensaje dentro de la figura que indica el camino.

13



El sol incipiente brilla en el pálido cielo de la mañana. El párroco Sigmund Skarnes sonrío amablemente cuando sale a mi encuentro por el sendero. Dirige una mirada de preocupación simulada a la caja de herramientas y todo el equipo que tengo a mis pies:

—¿Tienes pensado desmontarme la iglesia?

—¡He averiguado dónde está el mensaje!

Me mira expectante y emocionado.

—Está dentro del san Lorenzo —le explico.

—¿Estás seguro? ¿Dentro de la talla? Por lo que yo sé, no está hueca.

Abrimos la puerta de la iglesia y encendemos la luz. La sala está fría y húmeda. La luz entra oblicuamente a través de las ventanas en forma de cruz, en lo alto de las paredes. Skarnes se estremece un poco. Mientras va encendiendo la luz del altar y las velas de los altos candelabros de hierro, cojo mi caja de herramientas y el equipo y los dejo en el suelo, a los pies de san Lorenzo. Cinceles, destornilladores, martillo, una lata de aguarrás, linterna, cuchillo y una fina sierra.

Compruebo con la linterna cómo está enganchada la figura a la columna de madera. Las cosas antiguas son frágiles. No quisiera estropear nada.

Dedico cerca de una hora a mis investigaciones. Con el aguarrás voy eliminando delicadamente la pintura y el pegamento entre la figura y la columna.

A mis espaldas, en voz baja, como si no quisiera molestar, el párroco habla con una sacristana sobre una boda que se va a celebrar próximamente.

De pronto, una ráfaga de aire recorre el suelo. Alguien ha abierto la puerta de la iglesia y entra en el templo.

—Bienvenidos —dice Sigmund Skarnes al tiempo que sale a su encuentro—. Desgraciadamente la iglesia no está hoy abierta al público.

Yo ilumino con la linterna la grieta que hay entre la estatua de madera y la columna.

Uno de los recién llegados dice algo.

Skarnes empieza a hablar en inglés y les pregunta:

—Where are you from?

Una voz grave responde:

—Far away!

Hassan.

Los pulmones se me vacían de aire, el corazón de sangre y los músculos de fuerza. Jadeo y me agarro a la columna de madera.

Entre las filas de bancos de la iglesia, veo a Hassan con cuatro hombres a los que no había visto antes.

—¿Bjørn? —El párroco frunce el ceño—. ¿Pasa algo? —Su mirada vaga entre Hassan y yo—. ¿Quiénes son?

Doy un vacilante paso hacia el altar.

—¡Bjørn! —me increpa Sigmund Skarnes con su voz de párroco; exige una explicación, aquí y ahora, una explicación que le resulte convincente.

Uno de los hombres de Hassan arrastra a la sacristana hacia el banco.

Ella se resiste.

—¡Eh, un momento! —protesta indignada, y recibe un golpe en la cara.

No ha sido muy fuerte, pero se calla. Una gota de sangre emana de su nariz y se aferra unos instantes a su labio superior antes de caer sobre la blusa blanca en la que lleva sujeta la tarjeta negra con su nombre. La obligan a sentarse en el banco.

El párroco mira confundido y desesperado a Hassan.

—Pero ¿qué están haciendo? —pregunta al aire.

Uno de los hombres de Hassan se enciende un cigarrillo. Sigmund Skarnes está a punto de protestar —con su voz de prédica pretende decir que está terminantemente prohibido fumar en la iglesia, que hay riesgo de incendio, por Dios, está claro—, pero enseguida se da cuenta de que nada de lo que diga un párroco rural conseguirá convencer a ese hombre de que apague su cigarrillo.

Los pasos de Hassan resuenan en la iglesia cuando se acerca hacia mí. Va empujando al párroco por delante de sí. Sigo cada paso con la mirada. Se para a un par de metros de distancia.

—¿Dónde están los rollos de Thingvellir?

Tiene la voz llena de arenilla, pero el tono no es amenazador. Está planteando una pregunta y espera una respuesta. Está acostumbrado a que la gente lo obedezca.

—Yo no los tengo.

—¡Pero me puedes decir dónde están!

—En Islandia, pero ya no sé dónde están.

—¿Ah, no? ¿Y cómo tienes el meñique?

El tono de su voz me hace pensar en el gruñido que creo que deben de emitir los inmortales en las catacumbas.

Intento ocultar que me estremezco. No consigo tragar saliva. Uno de los secuaces se ríe, aunque no sé si de la pregunta de Hassan o de mi reacción.

Hassan me coge la mano izquierda, delicada y fraternalmente. Hace un par de semanas que me he quitado el cabestrillo del meñique. Inesperadamente vuelve a soltarme.

Dos de sus hombres me amarran las muñecas a la columna que hay junto al coro.

Se me ablandan las rodillas.

—Bjørn, ¿qué te van a hacer? —pregunta muy asustado el párroco.

No soy capaz de responderle.

Hassan mira con curiosidad la figura de san Lorenzo.

—¿Contiene otra copia?

¿Otra copia? Entonces caigo en la cuenta de que piensa que la talla en madera contiene otra copia de los rollos de Thingvellir.

La idea ni siquiera se me había ocurrido.

—No lo creo.

—¿Dónde están los rollos de Thingvellir?

Respiro pesadamente. El olor del aftershave de Hassan se mezcla con el aroma de la madera y la brea. En el exterior, en un universo distinto, suena el pitido de un tren que pasa por el fondo del valle.

—Tú tienes diez dedos —constata Hassan.

Involuntariamente le echo una mirada a mis pálidas manos. Tengo las uñas hechas una porquería, llevo mordíendome las desde que era un chiquillo. Cierro los puños en un movimiento reflejo de protección.

—Y yo tengo todo el tiempo del mundo —añade—. Así que, ¿dónde están?

—Los rollos están a buen recaudo. I'm sorry. No se pueden robar.

Intento que suene como la comunicación objetiva de un dato, una llana constatación de un hecho desafortunado, pero mi voz es la de un cobarde atemorizado y suplicante.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Hace un gesto con la cabeza a dos de sus hombres. «Ahora va a pasar», pienso. Los pulmones me han dejado de funcionar. Como un agotado corredor de maratón, pugno por recuperar el aliento. Estoy a punto de desmayarme. «Sería lo mejor. Desconectarme —pienso—. Apagar el interruptor y sacar el enchufe.»

Me imagino cómo van a romperme uno a uno todos los dedos. Primero el meñique, luego el anular, después el corazón, el índice y el pulgar.

Luego seguirán con la mano derecha.

El miedo me está provocando náuseas. «Que me desmaye, por favor —pienso—. Me importa un bledo la humillación. Que pierda la consciencia y me despierte cuando haya pasado el peligro y Hassan se haya metido la iglesia medieval de Ringebu en el bolsillo y se haya largado.»

Los hombres se colocan ante la estatua de san Lorenzo y la estudian. Yo niego con la cabeza en forma de advertencia.

Hassan sacude la figura. Otro de ellos coge un cincel de la caja de herramientas.

—¡Espera un momento! —exclama el párroco.

Al igual que yo, acaba de entender lo que tienen pensado hacer.

Uno de los árabes introduce el cincel entre san Lorenzo y la columna y empieza a hacer palanca.

Sigmund Skarnes da dos o tres pasos hacia el hombre que está a punto de

destrozar una pieza única de ochocientos años de antigüedad.

Hassan le golpea, rápidamente y por sorpresa. Su puño alcanza al párroco en la sien. El golpe es tan fuerte que le hace girar sobre sí mismo antes de caer y golpearse la cabeza contra una de las filas de bancos. Su cráneo choca con el borde de madera, algo cruje. Caer al suelo y queda tendido, sin vida.

Sin que les afecte lo más mínimo, los demás consiguen desprender el san Lorenzo. La madera se astilla. Oigo un mudo chillido de la figura con mi oído interno. El más pequeño de los secuaces le tiende la talla a Hassan, que la sostiene ante sí, en el aire, como un trofeo.

«Ahora me toca a mí —pienso—, me van a partir los dedos, uno a uno.»

Pero son más retorcidos.

Uno de ellos lleva la lata de aguarrás a la pila bautismal de novecientos años de antigüedad y la llena. Otro de ellos arrastra hasta allí a la vociferante sacristana.

—Nos vas a obligar a bautizarla —dice Hassan.

¿Bautizarla?

Uno de los verdugos introduce los dedos en la cabellera de la sacristana y le mete la cara en el aguarrás. Chillando y gorgoreando, se resiste.

—¿Dónde están los rollos de Thingvellir? —pregunta Hassan de nuevo.

Horrorizado, caigo en la cuenta de que la están sometiendo a la misma tortura que le quitó la vida al clérigo Magnus en la poza de Snorre. Sólo que es aún peor. En la poza había agua del manantial. Si a la sacristana le entra aguarrás en los pulmones, puede contraer un pulmonía química mortal. A no ser que la ahoguen antes.

—¡Esperad! —les grito—. Os voy a decir dónde...

Con el pelo goteando, la sacristana agarra aterrorizada la pila y la vuelca.

Un chaparrón de aguarrás cae sobre las velas encendidas y alcanza al hombre que está fumando, que se prende como una antorcha.

Mi corazón pega un respingo.

El hombre en llamas echa a correr por el pasillo central emitiendo un espantoso chillido, luego se desploma y se hace un ovillo.

Hassan y los otros tres arrojan sobre él sus chaquetas en un desesperado intento de apagar el fuego, mientras él aúlla de pánico y dolor.

Yo grito pidiendo ayuda. A nuestro alrededor, las llamas se extienden por el suelo, por la alfombra y por las columnas. El fuego está empezando a hacer mella en la madera seca.

Mis manos siguen amarradas al pilar.

En ese momento se dispara la alarma contra incendios y el sistema automático de extinción.

Hassan se endereza. Me mira, como si la desgracia fuera culpa mía. Lleva a san Lorenzo bajo el brazo.

Desesperado, empiezo a tirar de la cinta aislante con la que me han atado.

El agua de los extintores cae sobre Hassan.

Da la impresión de que está considerando la posibilidad de sacar la pistola y tomar venganza en este mismo instante, o tal vez piense que es mejor dejarme en manos de las llamas y la dolorosa muerte del incendio.

La alarma es ensordecedora. Uno de los bandidos le grita algo a Hassan. Él responde y echan a correr hacia la puerta. Los hombres se llevan a su compañero herido por las llamas.

—¡Socorro! —grito estridentemente.

A mi alrededor las llamas y el agua libran una batalla por el poder. Las llamas se han apoderado de la fila de bancos donde cayó la mayoría del aguarrás. El fuego chilla bajo la nube de agua de los extintores. Cada vez que tomo aire, el humo me hace toser.

Aún llorando, hipando y tosiendo, la sacristana corta la cinta aislante que me sujeta las muñecas.

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? —solloza.

Agarramos al párroco inconsciente y arrastramos su pesado cuerpo por el pasillo central, lo sacamos de la iglesia y lo bajamos por las escaleras de piedra. A una distancia prudencial de la iglesia en llamas, lo depositamos sobre la hierba seca entre las tumbas. El humo sale a raudales por la puerta principal.

Un Mercedes GL negro, de tracción en las cuatro ruedas, sale disparado. En la ventanilla trasera, entre el hombre herido en el incendio y Hassan, veo la figura de san Lorenzo.

El párroco ha dejado de respirar.

Tiene los ojos medio abiertos y mira fijamente la eternidad a cuya comprensión ha consagrado su vida. Finos regueros de sangre le salen de la nariz y los oídos.

La sacristana y yo intentamos desesperadamente reanimarlo, forzar sus pulmones a volver a respirar, y le golpeamos el pecho para que el corazón vuelva a latir.

Pero no lo conseguimos.

La cara de la sacristana se descompone.

Con las yemas de los dedos cierro los ojos del párroco.

Por debajo de la atronadora alarma distinguimos las sirenas de los coches de bomberos que se dirigen hacia aquí desde el pueblo.

—Lo siento —susurro inaudiblemente, y rompo a llorar calladamente.

# La misión

Inglaterra

1

Algunas veces, involuntariamente y sin previo aviso, te vuelven a atrapar las experiencias del pasado.

Cual fantasmas, se visten de carne y hueso para resurgir iguales a las que has intentado olvidar.

Se dice que nunca se puede huir del propio pasado. Puedes intentar olvidarlo, puedes tratar de esconderte, pero siempre te encontrará. Siempre.

2

Como un templo griego o un palacio imperial de la antigua Roma, el cuartel general cubierto de mármol de la Society of International Sciences se yergue en el honorable Whitehall de Westminster, en el corazón de Londres. Unas anchas escalinatas de granito color ámbar conducen a una puerta doble de haya rojo incendiario, oculta tras siete enormes columnas.

La SIS es una fundación que se estableció en 1900 para coordinar toda la investigación en un banco de conocimiento común. Es una especie de CIA de la investigación científica. Mantienen relaciones con todas las universidades y círculos de investigación del mundo.

La recepción de la SIS parece un museo para invitados especiales. Todo el mundo habla en voz baja. Sobre la baranda de reluciente caoba penden enormes óleos con imágenes de la Antigüedad y la Edad Media. Druidas en Stonehenge, Moisés dividiendo las aguas, el asesinato del César, la crucifixión de Jesús, María Magdalena amamantando a un bebé, los templarios en el Templo de Salomón y los caballeros del rey Arturo que alzan el Santo Grial bajo la luna llena.

Diane y el profesor Llyleworth me están esperando tras un mostrador de meranti rojo oscuro.

—Bjørn —dice Diane calladamente. Me da un breve abrazo—. Ha pasado mucho tiempo.

Hace algunos años fuimos novios, o tal vez sea «amantes» la palabra que estoy buscando. Durante algunas semanas de felicidad pensé que por fin había encontrado a la mujer de mi vida. Recuerdo la noche que pasamos en su apartamento del rascacielos de Londres y nuestro dulce idilio veraniego en la casa de campo de la abuela, en el fiordo de Oslo. De pronto me sacó de su vida con un chasquido de

dedos, como a un molesto moscón. Me he percatado inmediatamente del lujoso anillo de oro que lleva en el meñique izquierdo. Ninguno de los dos menciona el hecho de que hace algún tiempo me susurrara Bjørn al oído mientras me acariciaba la piel y el alma con sus largas y afiladas uñas de color púrpura.

El profesor Llyleworth me tiende la mano.

—Me alegro de volver a verte —dice formalmente, machacándome la mano al estrecharla.

Aquello fue una historia que he intentado dejar atrás. Habíamos encontrado un cofre de oro en las ruinas de un octógono en el monasterio sanjuanista de Værne. El cofre de los secretos sagrados. El profesor Llyleworth fue enviado por la SIS para excavar y confiscar el cofre de oro, además de para ponerme zancadillas. Llyleworth se ríe forzosamente cuando le recuerdo cómo le quité el cofre de oro en nombre de las autoridades de patrimonio cultural noruego. En aquellos momentos, Diane era una servicial secretaria de la SIS con muy buenas intenciones. Más tarde resultó ser la hija de Michael MacMullin, el gran maestro de la atávica orden que me persiguió mientras yo intentaba proteger el valioso contenido del cofre. Diane, el profesor y yo nos fuimos enredando en una trama cada vez más tensa de desconfianza recíproca. Cuando acabó todo, hubo cierto revuelo. El cofre contenía un evangelio desconocido, pero consiguieron ocultar incluso eso.

Yo me derrumbé en un pantano de depresión y paranoias. Volvieron a enviarme a la clínica para los nervios, donde me encerré en mi cascarón y me consagré a una existencia de oscuridad y autocompasión.

Al cabo de algunos meses me cepillé el polvo de la ropa y del alma y retorné vacilante a la realidad.

### 3

Fue al profesor Llyleworth a quien llamé cuando, hace varias semanas, ayudé a Thrainn a ocultar los rollos de Thingvellir. La SIS mandó un avión a Islandia y ahora los traductores y científicos de Thrainn colaboran con los especialistas de la SIS en una safehouse secreta en algún lugar de Londres. No sé dónde. Es lo más seguro.

El profesor Llyleworth me localizó esa misma tarde llamando a la policía local de Ringebu. El incendio en la iglesia ya había sido sofocado. El sistema de extinción y los bomberos consiguieron que el conato de incendio no causara daños irreparables.

—¿Cómo sabe la SIS dónde estoy? —pregunté.

—Bjørn —dijo el profesor—, nosotros siempre sabemos.

—¿Qué queréis? —pregunté.

—Tenemos que hablar —dijo el profesor.

—¿Por qué? —pregunté.

—Lo discutiremos cuando llegues —dijo.

—¿Cuándo llegue? —pregunté.

—Un avión te irá a buscar al aeropuerto Gardermoen de Oslo —dijo el profesor. Así trabaja la SIS.

Cuando acabé con las formalidades en la comisaría de Ringebu, volví en coche a Oslo. Una patrulla de la policía me acompañó a casa, donde me duché y empaqueté el pasaporte y la ropa en una maleta. Cogí la tabla rúnica de la iglesia de Urnes y la metí en una funda de terciopelo. Necesitaba que me ayudaran a datarla.

Ragnhild me llevó al aeropuerto. Por el camino le conté todo lo que había pasado. Le pareció una buena idea que me fuera unos días al extranjero.

Volé de Gardermoen a Londres en el Gulfstream de la SIS. Cuando aterrizamos era de noche. Una limusina me llevó de Heathrow hasta Whitehall.

4

—¿Qué consiguieron llevarse de Ringebu? —pregunta el profesor Llyleworth.

—Una talla de madera de san Lorenzo.

Tras la recepción, han colocado en una sala de reuniones tres cómodas sillas ante una pantalla que Diane controla con un mando a distancia.

—¿Podéis contarme qué son los rollos de Thingvellir? —pregunto.

El profesor Llyleworth junta las manos:

—Una copia de un manuscrito bíblico.

—¿Qué hace que sea tan singular?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar.

—¿Cómo acabó en manos de Snorre en Islandia?

—No lo sabemos —dice Diane.

—Me cuesta creerlo.

—Tenemos algunas hipótesis —dice el profesor Llyleworth.

—¡Adelante!

—Será mejor que empecemos por el principio.

Un buen lugar para empezar...

Diane enciende el proyector del techo. Un retrato aparece sobre la pantalla, en una cascada de luz.

—Stuart Dunhill —dice Diane—. Un destacado arqueólogo de la década de los setenta.

Continúa el profesor Llyleworth:

—En 1977 encontró una cámara mortuoria, desconocida hasta ese momento, en los peñascos tras el templo de Amón Ra, en las proximidades de Luxor, la antigua Tebas de Egipto. La entrada a la cámara estaba cerrada con un muro, camuflado y oculto tras un altar.

En la pantalla, el retrato es sustituido por una pintura egipcia rodeada de



jeroglíficos.

—La fotografía está tomada en la cámara que encontró Stuart Dunhill —dice Diane.

—Las decoraciones se remontan aproximadamente al año 1015 —dice el profesor Llyleworth.

—En aquella época los egipcios ya no escribían con jeroglíficos —les digo—. Escribían en copto o en árabe. O incluso en griego.

—Correcto —dice el profesor Llyleworth—. Pero aquí se trataba de textos sagrados, no destinados a ojos humanos. Era un rezo a los dioses. En tales contextos, al parecer, los jeroglíficos tienen más fuerza. —Intuyo una sonrisa—. Por eso escribieron con los signos antiguos.

—La cámara mortuoria —dice Diane mostrando una serie de fotografías de la cripta— es miles de años más antigua. En realidad, el sepulcro está compuesto por tres cámaras. Una cámara exterior que al parecer servía exclusivamente para camuflar la cámara interior. Pero, y esto es lo más curioso, detrás de la oculta cámara interior, había aún otra cámara mortuoria, todavía mejor camuflada que la exterior y la media.

—¿Quién estaba enterrado allí?

—No lo sabemos —responde el profesor—. Los jeroglíficos, y ahora estamos hablando de textos de varios miles de años de antigüedad, hablaban del difunto como El Caído, El Condenado o El Divino, alternativamente.

—Da la impresión —dice Diane— de que la momia era de estirpe real, condenado por su contemporaneidad, pero adorado por la posteridad. —Va haciendo aparecer imágenes de estatuas y relieves—. Los jeroglíficos más modernos son, por tanto, dos mil quinientos años más recientes que los más antiguos.

—¿Qué dicen?

Diane hace un zoom sobre los jeroglíficos.

—Nos llevó cierto tiempo interpretarlos. El problema es que no parecen tener mucho sentido.

El profesor dice:

—La cámara mortuoria la descubrió Stuart Dunhill en 1977, pero, dado que ladrones de tumbas se habían llevado ya el tesoro y la momia, el hallazgo no despertó gran interés internacional.

—La cámara se encuentra a cierta altura, en los peñascos junto al Nilo, al norte del Valle de los Reyes. —Diane muestra una fotografía tomada a orillas del Nilo. Bajo el cielo azul, veo los peñascos dorados y, sobre un llano, aparece un templo-palacio—. Hace mil años, salía un canal del Nilo y pasaba por el templo —dice.

—Lo curioso son los incomprensibles mensajes de los jeroglíficos —dice el profesor Llyleworth—. Informan de que el sepulcro fue atacado unos mil años después del nacimiento de Cristo, según el calendario egipcio. Fue atacado, y ahora

cito literalmente las inscripciones de la pared, «por los bárbaros de las tierras salvajes del norte».

—¿Te recuerda a algo? —pregunta Diane.

—¿Vikingos?

—Ésa fue la conclusión que sacó Stuart Dunhill —dice el profesor Llyleworth—. Desgraciadamente, no sólo tuvo que enfrentarse a duras críticas, sino que fue incluso ridiculizado, desacreditado y desprestigiado. El establishment de los setenta lo destrozó como persona y como profesional.

—Naturalmente sabemos que no hay pruebas de que los vikingos remontaran el Nilo —dice Diane—. Ni siquiera Snorre (que realmente tenía mucha imaginación cuando quería adornar las sagas de los reyes) cuenta nada sobre ninguna expedición vikinga a Egipto. Uno pensaría que el arqueólogo que encuentra una cámara mortuoria como ésta tendrá que ser admirado y respetado, pero para Dunhill ese descubrimiento fue el principio del fin. En lugar de anunciar el hallazgo en una revista especializada y documentar sus tesis de un modo que se pudiera comprobar a posteriori, decidió vender su historia al National Geographic Magazine. Con grandes aspavientos anunció que los vikingos noruegos habían invadido Egipto.

—Stuart lo hizo todo mal —dice el profesor Llyleworth—. Creyó que sería aclamado como el Howard Carter de nuestros tiempos, pero sacó demasiadas conclusiones precipitadas basándose en un material algo especulativo. Los arqueólogos que estudiaron más tarde los jeroglíficos llegaron a conclusiones muy distintas a las suyas. Eso de «los bárbaros de las tierras salvajes del norte» lo interpretaron como los soldados del emperador de Bizancio.

—La decepción lo llevó a buscar consuelo en el alcohol —dice Diane—. Empezó a ir cuesta abajo.

—¿Está muerto?

—Ésa es una cuestión de definición.

—Bebe —dice el profesor Llyleworth—. Desde 1979 vive y, hasta cierto punto, trabaja en el Instituto Schimmer.

—Paradójicamente, durante los últimos veinticinco años han aparecido constantemente indicios que tornan más plausible, y hasta cierto punto confirman, la tesis de Stuart de que los vikingos remontaron el Nilo. Tus propios hallazgos confirman la hipótesis —añade Diane mostrando una imagen de la cámara mortuoria del monasterio de Lyse.

Las fotografías me producen escalofríos. No tenía ni idea de que la SIS tuviera representantes entre los investigadores que estuvieron presentes en la cámara mortuoria, pero evidentemente también estaban allí. La SIS está en todas partes.

—¿Quién es responsable de los asesinatos del clérigo Magnus y del párroco de Ringebu? —pregunto.

—No lo sabemos, pero tenemos nuestras sospechas —dice el profesor Llyleworth.

—Tras el hallazgo de la cámara mortuoria en 1977, corrieron rumores sobre lo que revelaban las inscripciones de sus muros —dice Diane—. Muchos coleccionistas internacionales lucharon por hacerse con la mayor cantidad posible de información, cosas como copias exactas de los textos o reproducciones de las paredes.

—Cuando dice «lucharon» quiere decir «compraron» —apostilla el profesor Llyleworth—. Por sumas formidables.

—Uno de los coleccionistas más devotos que aparecieron en aquel momento era un jeque desconocido. Un misterioso multimillonario. El jeque Ibrahim al-Jamil ibn Zakiyi ibn Abdulaziz al-Filastini. No conozco a nadie que lo haya visto nunca. Ni siquiera tenemos ninguna fotografía de él. Tiene una de las colecciones privadas de reliquias de la Antigüedad más importantes del mundo. Muchos piensan que tiene en su poder una versión completa del Codex Sinaiticus, la colección de manuscritos de la Biblia griega. Se trata de una versión de la Biblia dispersa a los cuatro vientos: hay 347 páginas en el Museo Británico, doce hojas en una biblioteca universitaria de Leipzig y tres hojas en la biblioteca nacional rusa de San Petersburgo.

—Y probablemente una copia completa y no deteriorada esté en manos del jeque Ibrahim —dice el profesor Llyleworth.

—El jeque ha contratado a coleccionistas, anticuarios, bibliotecarios e investigadores de todo el mundo para que le informen sobre cualquier noticia que pueda vincularse con una expedición vikinga a Egipto —dice Diane—. ¿Por qué? No lo sabemos. ¿Son los hombres del jeque Ibrahim quienes están detrás de los asesinatos de Reikiavik y Ringebu? Tampoco lo sabemos.

—Pero no es descabellado pensarlo —dice el profesor Llyleworth—. Sospechamos que la organización del jeque fue responsable de un asesinato en la década de 1980. De ese modo se hizo con una copia alejandrina contemporánea del Codex Vaticanus, que se considera uno de los manuscritos bíblicos más antiguos que se conservan.

—¿Una copia? No tenía la menor idea de que hubiera una copia.

—Son muchas las cosas que no sabemos los investigadores.

—¿Conoces las teorías sobre los universos paralelos? —dice Diane.

La miro con los ojos de par en par.

Se echa a reír.

—También hay dos mundos cuando se trata de los artefactos históricos. Uno de ellos es aquel en que nos movemos los investigadores, pero luego hay un mundo comercial de coleccionistas, ladrones, contrabandistas, mediadores y vendedores. Esa gente no tiene escrúpulos a la hora de asegurarse los objetos más valiosos: los manuscritos, los cuadros y las obras de arte, las primeras ediciones, los hallazgos

arqueológicos.

—¿Y el jeque es uno de esos hombres?

—Es el peor de todos.

—Es un personaje misterioso que trabaja por medio de una red de operadores, agentes y representantes —dice el profesor Llyleworth—. Él mismo es un eremita que se ha retirado a su palacio del desierto, donde cultiva su colección, su riqueza y su fe.

—Pero ¿cómo se enteró él de la existencia del pergamino del clérigo Magnus? ¿Y de mis hallazgos?

—Él lo sabe todo —dice Diane.

—Tiene recursos del calibre de los de un servicio de inteligencia —dice el profesor Llyleworth—. Y carece de escrúpulos.

—¿Por qué busca los rollos de Thingvellir tan desesperadamente?

—Las labores de traducción aún no han avanzado lo suficiente —responde Diane—. Pero suponemos que los rollos de Thingvellir son una copia hebrea y una traducción copta de un manuscrito original de la Biblia mucho más antiguo. Probablemente más antiguo que el Codex Vaticanus, sin duda más antiguo que la Septuaginta.

—¿Y para qué quiere el jeque el texto?

—Tal vez simplemente quiera tenerlo —propone Diane.

—Para poseerlo —añade el profesor Llyleworth.

La suposición no me parece nada plausible.

—Quizá contenga información nueva, conocimiento nuevo —insinúa el profesor.

—Realmente no lo sabemos, Bjørn —dice Diane.

Nunca aprendió a pronunciar mi nombre. Hubo un tiempo en que su acento me parecía encantador. Bjørn...

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Por qué me habéis pedido que venga?

Diane y Llyleworth agachan la mirada.

—La SIS quiere contratarte —dice Diane—. ¡Te necesitamos!

Me mira a los ojos. We need you...

Cuando la SIS encontró el cofre de los secretos sagrados, yo era lo último que necesitaban. Era el inspector noruego. Un pálido y testarudo pain in the ass para los impolutos británicos. Iban por el cofre de oro con el manuscrito milenario y yo entorpecía su camino. No quiero excluir que mi ilimitada testarudez les impresionara. Si eres lo suficientemente testarudo, acabas encontrando la solución que no se le ha ocurrido a nadie. Me he granjeado cierto renombre en los círculos académicos. En los congresos y los seminarios, los investigadores extranjeros me saludan como si me reconocieran. Bjørn Beltø. El arqueólogo noruego. El albino que doblegó al mismísimo Michael MacMullin. Pero todo eso es otra historia.

—Te conocemos, Bjørn —dice Diane—. Eres tenaz, decidido, valiente y testarudo.

Además de, como bien sabe ella, fácil de engañar, ingenuo y crédulo.

—El dinero no es problema —dice el profesor Llyleworth—. Se te concederá un presupuesto ilimitado. Te ingresaríamos en tu cuenta todos los medios que pudieras necesitar. Además de unos honorarios holgadamente generosos.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Empieza por Stuart Dunhill —dice Diane—. Ve al Instituto Schimmer y habla con él. Luego puedes seguir en Egipto. Puedes viajar a donde quieras.

—Pero ¿qué es lo que queréis que haga?

—Averigua lo que pasó aquella vez en Egipto —dice el profesor Llyleworth.

—Averigúalo antes que el jeque Ibrahim —dice Diane.

# El investigador caído

Oriente Próximo

1

Stuart Dunhill tiene la piel macilenta y la mirada acuosa y evasiva de los hombres que duermen demasiado y se quedan todo el día en casa bebiendo, esperando que llegue la noche.

Está sentado en una silla en el último rincón de la biblioteca del Instituto Schimmer, como si hubiera encontrado el punto del universo más alejado de las incomodidades y los pesados. En el regazo tiene un ejemplar de *The Times* que ni siquiera ha abierto.

En algún momento debió de ser un hombre guapo y distinguido. Tiene el pelo canoso y lo lleva peinado hacia atrás. Sus facciones son limpias y armónicas. Me hace pensar en un aristócrata caído que ha perdido toda la herencia en la ruleta y ahora vive de la caridad con algún compañero de juergas. Primero me echa una mirada rápida. Me resulta ligeramente familiar, como si alguna vez nos hubiéramos ido juntos de fiesta y nos hubiéramos emborrachado hasta tal punto que nos olvidamos el uno al otro inmediatamente después.

Me siento en la silla libre que hay a su lado. No digo ni una palabra. Respira con dificultad. Mi simple presencia le inquieta.

—Sé quién eres —dice, con una voz levemente gangosa.

Estoy demasiado perplejo como para contestar.

—Y sé por qué has venido.

Sin mediar palabra, le tiendo la mano. La mía apenas es más pálida que la suya. Me la estrecha con sorprendente firmeza.

—Te pido disculpas por estar bebido... Bjørn Beltø. —Pronuncia mi nombre casi a la perfección—. El mismísimo Bjørn Beltø. El arqueólogo que encontró el cofre de los secretos sagrados.

—Fue la SIS la que encontró el cofre. Mi misión consistía en protegerlo.

—Y lo hiciste.

—Estaba haciendo mi trabajo.

—Y ahora... El códice de Snorre. Los rollos de Thingvellir. Un sepulcro bajo el monasterio de Lyse... ¿Te atreves a correr el riesgo de acompañarme al bar?

—Será un placer.

2

The Schimmer Institute está situado, como adormilado, en el fondo de un valle en un inhóspito desierto de piedras, rodeado de olivares e higueras. La carretera que conduce hasta allí desde la civilización es una línea de asfalto recta y abrasadora que se extiende de horizonte en horizonte. Los montes que rodean el edificio están cubiertos de adelfas, arbustos de incienso y sándalos. Hace setecientos años unos monjes construyeron un monasterio en este oasis de paz y, a principios de la década de los setenta, el torrado monasterio fue ampliado con varios miles de metros cuadrados de aluminio, cristal y espejos. Bibliotecas, archivos, salas de conferencias e investigación, y un ala que hace las veces de hotel. Entre semejante y monstruosa mezcla de lo nuevo y lo viejo, colaboran teólogos y filólogos, lingüistas y paleógrafos, etnólogos, historiadores y arqueólogos. Todos y cada uno de ellos se encuentran entre los expertos más destacados del mundo en sus peculiares campos. En sus archivos, el instituto tiene pergaminos, papiros y documentos que se remontan a la era precristiana. Algunos se dedican a la restauración de los documentos del pasado, otros los traducen y otros los interpretan.

Otros se quedan bebiendo en el bar.

—Lo que diferencia a un arqueólogo eminente de los mediocres —dice Stuart Dunhill contemplándome a través de un vaso de gin-tonic— es la capacidad de ver patrones lógicos allí donde los demás no ven más que caos. Un buen arqueólogo es un detective. Consigue penetrar el ánimo, el modo de pensar, de aquellos a quienes está investigando. Tenemos que entender cómo pensaban esas personas cuyas huellas estamos buscando. Tú tienes esa capacidad. —Se inclina hacia delante y amortigua la voz—: ¿Por qué crees que los hombres del jeque te dejan seguir buscando? Te voy a decir por qué. ¡Saben que es más probable que encuentres tú lo que están buscando que ellos! Eres un eminente arqueólogo. ¡Tienes olfato! Tienes una cualidad única, Bjørn: eres metódico, obstinado y talentoso. Por eso consigues cumplir las misiones que te propones.

—¿Cómo sabes tú quiénes son?

—¿Que trabajan para el jeque? Es evidente. Es la única persona lo suficientemente loca y lo suficientemente rica como para organizar una operación como ésta.

3

Cuando nos volvemos a encontrar más tarde, esa misma noche, Stuart Dunhill me habla de su infancia en un hogar de clase alta de Windsor. Me confiesa su fascinación por la historia antigua y que fue la búsqueda de huellas de los tiempos de Moisés lo que lo condujo hasta la cámara mortuoria de Luxor en 1977. Las burlas de sus colegas lo destrozaron cuando publicó sus teorías sobre las expediciones vikingas a Egipto en el National Geographic Magazine.

—Pero me lo gané yo solito —dice desde las profundidades de su noveno o décimo gin-tonic.

—¿Qué pasó?

—Fui tonto. Estaba tan enardecido por mis hallazgos que quise compartirlos inmediatamente con todo el mundo. Me parecía que no tenía tiempo que perder. Era joven y no me importaba que la ciencia tuviera sus métodos, sus tradiciones. Ha de ser así. Ahora lo veo. Tendría que haber publicado mis hallazgos en revistas reconocidas. Tendría que haber documentado, razonado y expuesto todo mi material de modo que mis colegas pudieran examinarlo hasta el último detalle. Al fin y al cabo estaba lanzando una teoría nueva. Vikingos en Egipto... Tenía una serie de indicios fiables, pero precisaban una interpretación bien predispuesta. Para poder ganarse a los expertos, no basta con argumentar convincentemente contra el conocimiento existente, sino que es necesario documentar la sostenibilidad de la hipótesis alternativa. Es difícil, difícil... Convencer a todo un campo de la investigación de una nueva teoría lleva muchos años. Aunque tengas razón.

—¿Qué dijeron los expertos?

—Cuando amainaron las carcajadas, argumentaron correcta y fundamentadamente contra mis teorías. Decían que yo interpretaba los jeroglíficos de un modo demasiado literal. Opinaban que «las salvajes tierras del norte» representaban el Imperio bizantino, que reflorece en constante conflicto con Egipto. Sostenían que la denominación «bárbaro» significaba «no-egipcio». Decían que la mayoría de los europeos son «pálidos y de piel clara» en comparación con los egipcios y que las «cabelleras hasta los hombros y barbas» estaban de moda en gran parte de Europa. Catedráticos desde Egipto hasta Londres documentaron que los egipcios habían dibujado naves estilizadas inspiradas en las representaciones de las naves comerciales y de guerra de los fenicios. Consiguieron encontrar respuestas alternativas hasta para mis interpretaciones más evidentes. Nadie creyó en mis teorías.

—¿Cómo acabaste aquí?

—Primero me entregué a la bebida. Afortunadamente la SIS consiguió encontrarme y me ayudaron a controlarla. Financian mi investigación... —eleva su gin-tonic— aquí en el instituto.

—¿La SIS? —exclamo.

Ni el profesor Llyleworth ni Diane me han contado que Stuart fuera empleado suyo. Típico de ellos. Nunca te cuentan más que lo imprescindible.

—¿Conoces a Diane?

Digo que conozco a Diane.

—Una buena chica. Se ha hecho cargo de mí los últimos años.

—I see...



—¿Tal vez creas que me he dedicado a vagar y a beber?

—No, no.

—No me cuentes historias, te lo veo. Pero la verdad es que también he investigado. Una parte considerable de lo que sabe la SIS sobre estos asuntos me la debe a mí.

—¿Como qué?

—He rastreado documentos y cartas, tanto conocidos como olvidados. Llevo treinta años investigando sobre estas cosas.

—¿Estas cosas?

—Hace más de diez años que sabemos de la existencia de los documentos que ahora se conocen como el código de Snorre y los rollos de Thingvellir. Sólo que no sabíamos dónde estaban. No hasta que tu amigo, el clérigo Magnus, encontró el código por casualidad.

—Creía que las dos cosas eran desconocidas para los historiadores.

—Para la mayoría de los historiadores, sí. Hemos trabajado con discreción. En el proyecto han estado implicados arqueólogos, historiadores, lingüistas y egiptólogos. Hemos estudiado documentos que el Vaticano ha puesto a disposición del público en las últimas décadas. Hemos tenido acceso a textos conservados en museos y archivos egipcios. Hemos buscado en archivos nórdicos, en Noruega y en Islandia. Pero nunca hemos revelado lo que estábamos buscando.

—¿Podría ver algo de lo que has encontrado?

—Por supuesto. Mañana. Porque ahora, querido Bjørn, estoy como una cuba.

Tengo guardada la tabla rúnica de Urnes en la funda de terciopelo, en mi habitación. Los cuatro pelos que coloqué en la funda al cerrarla siguen en su sitio. Mañana entregaré la tabla al departamento técnico.

Me quedo viendo la televisión en mi habitación. Intento reprimir el pensamiento de que seguramente estén también aquí. Mis perseguidores. Hassan y sus hombres. Son invisibles. Me observan por medio de una cámara microscópica que no detecto. Escucharán mi respiración cuando me vaya a dormir.

4

En el sótano, bajo la biblioteca del Instituto Schimmer, está el archivo. No es ni oscuro ni polvoriento: al contrario, está impecable e iluminado. En largas filas de armarios metálicos sobre ruedas, se conservan documentos que traen a la memoria la antigua biblioteca de Alejandría.

El archivo del Instituto Schimmer alberga tablas de barro milenarias con escritura cuneiforme, escritos en papiro, tiosos pergaminos y manuscritos sobre amarillentos papeles de tina. Aquí puedes encontrar fragmentos de textos bíblicos originales u órdenes firmadas por emperadores como Tiberio, Vespasiano, Adriano y César.

Puedes tropezarte con textos en papiro que posiblemente fueron leídos por Cleopatra e informes político— militares de la provincia romana de Judea sobre una incipiente revuelta judía liderada por un agitador llamado Jesús. Hay aquí manuscritos del historiador romano Flavio Josefo e incluso el original de la primera carta de Pablo a los corintios.

A mi alrededor pululan investigadores que parecen una versión adulta de aquellos que siempre se sentaban en los pupitres más cercanos a la pizarra y en las sillas pegadas a la pared en las fiestas del colegio. Hombres pequeños con poco pelo y gafas redondas. Mujeres altas y flacas con el pelo recogido en una coleta y miradas enfrascadas en los más sutiles razonamientos de la metafísica. En un rincón está un viejo que ha consagrado su vida a documentar que una olvidada tribu judía mantenía relaciones cercanas con un grupo gnóstico que todo el mundo creía que había sido masacrado cien años antes. Talentosas jóvenes con chales, estuches y becas de las instituciones de enseñanza más destacadas de sus países de origen buscan las últimas noticias sobre la persecución de los cátaros. Abundan los teólogos cristianos, que trabajan codo con codo con judíos ortodoxos y musulmanes. Y hay investigadores como Stuart y como yo.

El alcohólico y el albino.

Nos hemos sentado en una mesa junto a un acuario con peces de todos los colores que nos miran con la boca medio abierta. Así me siento yo también de vez en cuando.

Stuart Dunhill ha cogido una pila de cajas chatas de cartón y un rollo con asas en ambos extremos. Lo despliega sobre una gran mesa.

—¡La Tora! La denominación judía del Pentateuco, los cinco libros del Antiguo Testamento atribuidos a Moisés. Ésta es una copia de cuatrocientos años de antigüedad. Originalmente los textos se escribían en rollos como éste, que podían llegar a tener varios metros de largo. Hasta más tarde no se les ocurrió que los libros eran más manejables y más fáciles de producir. El Antiguo Testamento originalmente fue una colección hebraica de leyes y textos religiosos e históricos que fueron reunidos en un canon hace alrededor de dos mil quinientos años. La versión más antigua que se conserva del Antiguo Testamento se denomina la Septuaginta. Se trata de una traducción greco-alejandrina de la Biblia, de más de dos mil quinientos años de antigüedad, que fue reunida por letrados judíos grecoparlantes.

—¿El original existe?

—La Septuaginta se encuentra en el Vaticano, pero muchos de los textos originales del Antiguo Testamento se han perdido, y, con ellos, hemos perdido también la posibilidad de controlar, corroborar y desmentir su contenido, al igual que de datar importantes acontecimientos bíblicos.

Abre una caja y saca una copia y una traducción de un pergamino copto.

—Encontramos esta carta cuando nos permitieron acceder a unas cajas

polvorientas del Vaticano. En realidad estábamos buscando una copia de la Septuaginta que al parecer existía en tiempos del papa Inocencio III. El Instituto Schimmer había recibido el encargo de la comisión de cardenales del Papa, pero lo que encontramos fue esta carta. Fue enviada desde Ruán al califa fatimí de Egipto en el año 1013. Los fatimíes eran una dinastía musulmana que reinó sobre el norte de África desde el siglo X hasta el año 1171. Pero la carta nunca llegó a su destino. Los servicios de inteligencia del Papa la confiscaron —me tiende una hoja de la caja—. Aquí tienes una traducción al inglés.

Para Su Alteza, el califa Al-Hakim bi-Amr Allah,

Soberano por la gracia de Dios, califa absoluto de Egipto.

Con el más humilde respeto, yo, el sumo sacerdote Asim, gran visir del culto de Amón Ra, envío estas palabras desde mi cautiverio en el extranjero. Por fe en Alá y por lealtad a mi misión en la vida, estoy con el divino y lo custodio a Él y Sus tesoros con mis pobres recursos. Desconozco adonde me conducirá este viaje. Escribo estas palabras en el scriptorium de un cierto duque Ricardo II, en la ciudad de Ruán, en el ducado de Normandía, en Francia. Aquí descansamos antes de proseguir viaje hacia la barbarie allende la civilización y espero que mis palabras lleguen a Su Alteza Soberano por la gracia de Dios, califa absoluto de Egipto, califa Al-Hakim bi-Amr Allah, de modo que pueda acudir a socorrer a el divino.

Sea saludado,

Asim,

gran visir del culto de Amón Ra

—¡Asim! —exclamo, el nombre que encontré en el texto de la iglesia medieval de Garmo.

—El receptor, el califa Al-Hakim bi-Amr Allah, gobernaba en aquel momento en Egipto. Todo un personaje —dice Stuart—. Fue por puro miedo que Asim se refirió sólo a Alá y no a todos los demás dioses a los que adoraba. El califa era considerado un loco, no sin motivos. Entre otras cosas prohibió a los egipcios comer uvas y jugar al ajedrez. Se había propuesto destruir el mayor número de iglesias posibles en el mundo y fue él quien destruyó la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén. 1013 fue un año crítico para él. No sólo porque los vikingos invadieran su país, sino porque aquella humillación tuvo lugar al mismo tiempo que culminaba su persecución de los cristianos. —¿Sobre qué habla el tal Asim en la carta? —Asim estaba cautivo en manos de los vikingos, pero evidentemente esto no puedo decirlo oficialmente.

Me tiende otra traducción:

[...] Seguimos camino hasta el fin del mundo, al gélido frío del reino de la muerte. Partimos del reino del sol y las fértiles riberas del Nilo y llegamos a las estériles costas de piedra de la tierra de la nieve. Abandonamos la protección de Amón Ra, dejamos atrás el cálido aliento de Osiris y nos sometimos a los dioses de los bárbaros.

¡Oh, dioses de los antepasados, concededme fuerza! Cuando de niño las pesadillas de la noche me mostraban las puertas del reino de la muerte, siempre me imaginaba un paisaje tan frío, estéril y salvaje como éste, más allá de la bruma y la niebla de la muerte. Durante varios días navegamos[...].

—Suponemos que esto es una copia de un fragmento de un manuscrito que probablemente escribió Asim. La copia del fragmento se encontró, por avatares de la vida, en una pila de cartas y manuscritos que dejó la familia de Cristóbal Colón. —Eleva las manos en el aire—: Y no te molestes en preguntarme, porque no tengo la menor idea.

Va colocando sobre la mesa nuevos pergaminos y copias de manuscritos, entre otras cosas una copia de la Saga de la Santa Cruz de Snorre. Leo traducciones inglesas de empalmeados documentos sobre la competición entre el Vaticano, los templarios y los sanjuanistas para hacerse con un objeto sagrado. Leo sobre expediciones papales a Noruega en los siglos XII y XIII y pienso en las palabras de la tabla de la pared de la iglesia de Garmo: «La guardia del Papa de Roma, los sanjuanistas de Varna y los templarios de Jerusalén se han confabulado. Oculta está la sagrada cámara mortuoria tal y como indicó Asim.»

—Y entonces, ¿qué podemos concluir de todo esto? —¿No te parece evidente? —¿Que los vikingos viajaron a Egipto? —Más aún, que llegaron hasta el templo del culto de Amón Ra, saquearon una cámara mortuoria y secuestraron a un visir, al que luego se llevaron a Noruega.

—¿Sin que nadie haya oído una sola palabra sobre el asunto?

—En el curso del tiempo han pasado muchas cosas que desconocemos.

—¿Una expedición vikinga por el Nilo? ¡La habrían mencionado en todas partes, desde las sagas de los reyes de Snorre hasta los anales egipcios!

Stuart Dunhill alza la cabeza:

—No necesariamente. Si el rey Olav decidió que la expedición por el Nilo debía mantenerse en secreto, ni los poetas skald ni Snorre habrían tenido fuentes a las que atenerse. Recuerda que Snorre vivió varios siglos después de los sucesos que relató. La época de los vikingos fue la era de los trovadores: se ponían muy pocas cosas por escrito. Snorre se atuvo a transmisiones orales y a fuentes escritas de diversa fiabilidad. A partir de estos escasos materiales, Snorre escribió mezclando la realidad con la ficción.

—¿Cómo pudieron mantener algo así en secreto? ¿Una flota de guerra en el Nilo?

—Los vikingos normales no dejaban nada escrito. No escribían cartas. A veces contaban sus aventuras en las posadas o en Navidad, en torno al fuego, tal vez algún poeta local componía un emocionante relato sobre sus proezas, pero de eso a los libros de historia queda todavía un buen trecho. Recuerda que los vikingos no mantenían relaciones con Egipto. Tal vez no fuera para ellos más que un país exótico

y caluroso muy alejado de su tierra, como la Tierra de los Judíos o Bizancio. El Nilo era un río como otro cualquiera, como el Sena o el Volga. Hasta el siglo XIX no despertó en Occidente la fascinación por el Egipto de la Antigüedad. A los vikingos no les interesaba una mierda.

—Pero ¿a pesar de eso estuvieron en Egipto?

—Algunas expediciones vikingas seguían la ruta comercial que recorría la costa del norte de África, desde Gibraltar hasta Alejandría, en Egipto. Otra importante ruta comercial pasaba por Bizancio y seguía hacia el sur, a Jerusalén y luego a África. Piensa en los saqueos de Harald Hardråde —Harald el Despiadado— en el norte de África. Muchos vikingos visitaron Egipto, de eso no cabe duda, pero se los tomaba por militares bizantinos o por comerciantes del norte. Se sabe que los vikingos comerciaron con los árabes. En los centros de comercio noruegos y en las tumbas vikingas se han encontrado grandes cantidades de monedas árabes. Los halcones blancos que se cazaban en Groenlandia, por ejemplo, eran muy populares entre los jeques árabes.

—¿Qué dicen las fuentes egipcias? ¿Un ataque vikingo a Luxor?

—Nunca atacaron Luxor. El templo del culto a Amón Ra estaba al norte de Luxor, en la orilla de los muertos del río, e, incluso para la población local, se trataba de un templo rodeado de misterios e historias de miedo. Un ataque militar a este templo tenía mucha menos importancia que si hubieran seguido hacia el sur y atacado el templo de Karnak o el monumento funerario de Hatshepsut.

—Para el ejército tiene que haber sido una dolorosa derrota.

—La humillación fue total. Los vikingos encontraron mayor resistencia en el norte, en las guarniciones de las ciudades gemelas Fustat y al-Qahira, lo que hoy es El Cairo. Para el califa loco Al-Hakim bi-Amr Allah, la derrota debió de ser tan humillante que probablemente ordenó que no se mencionara nunca. Los egipcios siempre han eliminado de la historia los sucesos desagradables y a los gobernantes poco populares. En todo momento, quienes estaban en el poder manipularon la escritura de la historia. El nombre de los reyes que caían en desgracia, incluso de los más respetados, era borrado, lo hacían desaparecer. Se destruía todo aquello que pudiera recordarlos. Se arrasaban templos y estatuas, o se transferían a otros soberanos. El mejor ejemplo es el mayor profeta de la Biblia.

—¿Moisés?

—Si la descripción de Moisés que aparece en la Biblia es correcta, debió de tener muchísima influencia sobre su tiempo. A los egipcios no pudo resultarles indiferente, ya le consideraran profeta, hechicero, libertador, agitador o traidor. Pero ¿cómo habla de él su tiempo o la posteridad?

—No lo mencionan.

—Exacto. Moisés fue borrado de la historia.

—¿Qué concluyes tú de eso?

—O bien no existió nunca o bien cayó en desgracia entre sus coetáneos.

—¿Adónde conducen todas estas premisas e hipótesis?

—¿Qué podía tener tanta importancia como para que el sumo sacerdote Asim, que había consagrado su vida a la protección de un objeto sagrado, escribiera una carta al califa de su país?

—¿Una astilla de la cruz de Jesús, por ejemplo? —le digo en broma.

—O algo aún más sagrado.

—¿Más sagrado? —Entonces lo entiendo—. ¡Por favor, Stuart, no me vengas con otro mito del Santo Grial!

Para mi sorpresa, se echa a reír.

—¿El Grial? Bjørn, Bjørn, Bjørn... El Santo Grial es un mito de la Edad Media. No, hombre, piensa. La secta de Asim tenía una misión sagrada: proteger una cámara mortuoria y su contenido. Los tesoros, la momia y los escritos. Todo lo que hubiera en la cámara. Asim, según las fuentes egipcias, fue sumo sacerdote desde el año 999 hasta que desapareció de la historia catorce años más tarde. Era un sumo sacerdote culto y respetado, que dominaba varias lenguas y ciencias. Era astrólogo y adivino, mago e interpretador de sueños. Ya en aquel momento el culto de Amón Ra era una religión de dos mil años de antigüedad en la que, con el tiempo, la doctrina de los dioses egipcios se había ido entretejiendo con la fe mosaica, el cristianismo y el islam. Pero, aunque tenían muchos dioses, en el siglo XI, la secta seguía adorando principalmente a los viejos dioses egipcios. Yahvé no era más que uno entre muchos otros. Los sacerdotes se pasaban toda la vida en un templo-palacio que ocultaba la entrada a la cámara mortuoria. Como he dicho, en ese momento el califa de Egipto era Al-Hakim bi-Amr Allah. En 1021 desapareció misteriosamente, pero la secta medio musulmana de los drusos aún adora a Al-Hakim bi-Amr Allah como su mahdi, que retornará como libertador del mundo y del islam. —Dunhill hace una pausa antes de continuar—: ¿Qué te dice todo esto?

—No gran cosa.

—Voy a confesarte una cosa. ¿Sabes qué estaba yo buscando cuando encontré la cámara mortuoria en 1977?

Niego con la cabeza.

—Estaba buscando algo de un valor religioso inconcebible, algo que estaba escondido con una momia y valiosos tesoros. —Cierra los ojos—. Algo que los vikingos también usurparon, sin darse cuenta, simplemente porque estaba junto a todo el oro y las piedras preciosas.

—¿Qué era?

—Probablemente algo que arroje una nueva luz sobre la historia bíblica. Si hacemos caso de los escritos judíos, como la Mishná, se ocultó un objeto sagrado en

una cámara mortuoria precisamente en «un desértico valle bajo la espalda de un monte». Como el Valle de los Reyes...

—¿No podrías contarme lo que estabas buscando?

—Bjørn, no vayas a reírte tú también de mí.

—No me río.

—¡Me gusta jugar con la idea de que los vikingos robaron el Arca de la Alianza!

Su mirada se humedece.

Lo que faltaba. El Arca de la Alianza. Todo el que ha soñado con encontrar el Arca de la Alianza hace mucho que se ha entregado a la bebida y la locura.

El Arca de la Alianza era un objeto sagrado transportable. La Biblia lo describe como un cofre de dos metros y medio de largo, cubierto de oro por dentro y por fuera, y adornado con dos querubines. Era transportado por los servidores del templo por medio de dos varas de madera que atravesaban una serie de aros de oro. El cofre contenía, entre otras cosas, las tablas de piedra con los Diez Mandamientos y acompañó al tabernáculo durante el éxodo por el desierto. Más tarde el arca fue trasladada al templo de Salomón en Jerusalén, pero desapareció de la historia cuando el templo fue destruido en el año 586 antes de Cristo. Algunos creen que Nabucodonosor robó el arca, otros que fue escondida bajo el templo de Salomón y que era esa arca —y no el Santo Grial— lo que protegían los templarios con su vida. Hay quien está convencido de que el Arca de la Alianza fue trasladada a Etiopía, donde se encontraría hoy por hoy.

Algunos, como Stuart, piensan que el arca fue escondida en el Valle de los Reyes o en sus proximidades.

Y los más escépticos creemos que nunca existió.

5

El bar del Instituto Schimmer parece robado del Waldorf-Astoria. El pianista toca un popurrí de los grandes éxitos de Elton John. Stuart Dunhill ha pedido que nos traigan dos gin-tonics helados. Brindamos. Nos pasamos un par de horas discutiendo las antiguas leyendas egipcias sobre los dioses y la mitología precristiana y, una vez achispados, nos apetece salir a tomar un poco de aire fresco.

En el silencio del desierto, las notas del pianista resuenan en mi cabeza como un eco musical. Goodbye Yellow Brick Road... Hace fresco y está oscuro. Atravesamos el aparcamiento asfaltado y ascendemos entre las higueras y los olivos. Recuerdo la última vez que estuve aquí, cuando la luna brillaba en la hojarasca como una linterna de papel japonesa. Ahora la luna y las estrellas están ocultas tras una fina capa de nubes y, entre los árboles arañados por las garras de los siglos, la voz de Stuart suena frágil.

—Apenas percibimos el contorno de un enigma histórico. Han sido muchos los que, cada uno por su lado, han tenido acceso a una pequeña parte del misterio. Los templarios, los sanjuanistas, los cruzados, el Vaticano. Todas esas misteriosas órdenes, hermandades y organizaciones sobre las que nos encanta escuchar historias. ¿Qué sabían ellos? ¿Qué ocultaban? ¿Qué se esforzaban por encontrar? Probablemente cada uno sabía una pequeña parte de la verdad, pero al parecer les bastaba con eso.

—¿Encontraron alguna vez lo que buscaban?

Stuart Dunhill cierra los ojos antes de contestar:

—Dudo que tuvieran la menor idea de lo que estaban buscando. Cada uno administraba una pequeña porción de la verdad. Sólo reuniendo todos estos conocimientos fragmentarios se podría empezar a entrever la totalidad. Y ése ha sido el problema.

Todo el mundo se ha aferrado a su pequeña pieza. Nadie la ha compartido.

Contemplamos la oscuridad en el silencio y pensamos las mismas cosas.

—Basta ya de yo y lo mío —dice Stuart—, ¿y tú qué? Cuéntame lo que has encontrado en Noruega.

Le cuento toda la historia. Empiezo por el asesinato del clérigo Magnus y el códice de Snorre robado. Le hablo de los rollos de Thingvellir de la gruta en Islandia, de Hassan y sus hombres, que me persiguen y que probablemente trabajen para el jeque Ibrahim, del código de runas del clérigo Magnus que me condujo a una dirección de correo electrónico donde había una copia del documento robado. Le hablo sobre los códigos ocultos en el texto de Snorre y de cómo conseguí descifrarlos gracias a una buena dosis de imaginación y buenos amigos, de cómo trabajamos Øyvind y yo para encontrar la cámara funeraria bajo el monasterio de Lyse, de la piedra rúnica que tengo en mi poder, de mi escondite, del código de la piedra rúnica que me condujo hasta la iglesia de Urnes y de allí hasta Flesberg, Lom, Garmo y Ringebu. En el bolsillo llevo una copia de los textos que he conseguido descifrar hasta ahora. Se la enseño. Lo lee bajo la pálida luz que emite el Instituto y, por su respiración, me doy cuenta de hasta qué punto le altera lo que lee. Le hablo del asesinato del párroco de la iglesia de Ringebu, de la talla de madera que robaron y de mi viaje a la SIS y al Instituto Schimmer.

—Menuda historia —dice—. Y ese manuscrito que encontrasteis en Islandia, los rollos de Thingvellir, estarán en buenas manos, ¿no?

—Por supuesto.

—¿En Noruega? ¿En Islandia?

—Estamos intentando traducirlos.

—¿Cuentas con el apoyo de gente cualificada?

—Con los mejores.



—En sentido estricto, los mejores se encuentran aquí en el Instituto Schimmer.

—Está bien. ¡Con los segundos mejores!

—Realmente deberías traer aquí el pergamino. Para su conservación, tratamiento y traducción.

—Se están ocupando muy bien de él. Por ahora no sé si es seguro traerlo aquí. No me sorprendería que el jeque fuera el dueño del Instituto Schimmer. Fue aquí donde llamó el clérigo Magnus cuando encontró el códice.

Stuart Dunhill se queda un momento callado antes de retomar el hilo:

—Tú y tus amigos habéis llegado más lejos que ningún otro. Habéis descubierto códigos allí donde los demás sólo vieron texto. ¡Y además habéis conseguido descifrar los códigos!

—Pero no hemos encontrado la cámara mortuoria más importante y, además, hemos perdido el último hilo conductor. Se hallaba en la talla de san Lorenzo.

En la oscuridad intuyo la vaga sonrisa de Stuart Dunhill.

—Estás compitiendo con los investigadores más destacados del mundo y con un multimillonario, pero tienes un olfato, una intuición y una endemoniada tenacidad de la que carecen todos los demás. Te admiro, Bjørn. De verdad. Te admiro.

Se me acaloran las mejillas.

Stuart dice:

—Si alguna vez se llega a encontrar esa cámara, y a resolver el enigma, serás tú quien lo haga. Y no soy el único que lo piensa.

6

Me paso todo el día siguiente en el archivo del Instituto Schimmer, donde cojo prestadas varias cajas de documentos, pergaminos, rollos y pedazos de papiros. El archivero registra concienzudamente todo lo que me llevo al escritorio.

Con la delicadeza de un cirujano, paso las hojas de los textos y busco hacia atrás en la historia. Encuentro un astuto tratado del siglo XIX que saca paralelismos entre el misterioso manuscrito Voynich del siglo XVI —un documento de 272 páginas escrito en caracteres desconocidos y en un lenguaje codificado incomprensible— y otro manuscrito igualmente críptico, de Leonardo da Vinci, que se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Encuentro cartas, relatos y credenciales, certificados y anexos, indicaciones, tratados y anotaciones, escrituras y circulares. Anejo a la mayoría de los documentos hay una traducción al inglés. Me he traído unos guantes de seda y, cada poco tiempo, alguno de los conservadores se acerca a mi mesa para comprobar que no estoy haciendo cartón piedra con sus insustituibles tesoros.

Pero no encuentro nada que indique que alguien —más allá del sumo sacerdote Asim— haya escrito algo que pueda confirmar que los vikingos saquearon Egipto en

1013. Y si tal documentación se hubiera escrito, probablemente Stuart la habría encontrado hace años.

7

Stuart Dunhill y yo hemos acordado cenar juntos sobre las seis. Mientras le espero, me acerco al departamento técnico del Instituto Schimmer para averiguar si han descubierto algo sobre la tabla rúnica. Qué antigüedad tiene, el tipo de madera de la que está hecha y si contiene algo en su interior.

El departamento técnico se encuentra en un ala separada, construida en 1985, con todo tipo de herramientas y equipos especializados. Aquí hacen de todo, desde datar artefactos con la técnica C-14 hasta restaurar objetos y recomponer documentos que les llegan hechos pedazos. Los investigadores, con batas blancas y monos de trabajo, algunos con mascarillas y gafas de seguridad, se inclinan sobre sus bancos de trabajo y sus máquinas.

Una trabajadora vestida con un mono de plástico verde me conduce hasta el «Departamento Histórico-Técnico de Artefactos de Madera, Papel y Papiro». Me asomo a un taller donde dos investigadores judíos con kipá trabajan con una Tora extendida sobre una mesa de aluminio de varios metros de largo. En el siguiente taller, un grupo de investigadores están restaurando un elaborado ataúd. Luego abro la puerta de un trastero y después la de un despacho donde una indignada mujer con la mesa llena de archivadores y papeles me pregunta si no tengo por costumbre llamar a las puertas.

El tercer taller está vacío.

Si no contamos a Lars.

A san Lorenzo.

La talla de madera que robaron en la iglesia medieval de Ringebu.

San Lorenzo está amarrado a un banco de carpintero con correas y gatos, como si quisieran impedir que echara a correr por el desierto.

Me quedo helado, y no sólo por el aire acondicionado: no concibo qué hace la talla aquí, en el Instituto Schimmer. El jeque Ibrahim debe de tener el instituto bajo su control, lo que significa que en el mejor de los casos me están vigilando y, en el peor, corro peligro de muerte.

Me quedo unos segundos en la puerta mirando fijamente a san Lorenzo antes de entrar vacilante en el taller. La talla tiene un aspecto extraño sobre la mesa de trabajo, rodeado de sierras eléctricas, berbiqués y taladros. A pesar del arsenal de amenazadoras herramientas, es evidente que tratan la escultura de madera con delicadeza. Bajo las correas y los gatos han puesto trozos de fieltro para protegerla. Las hojas de las sierras y las brocas del taladro son del tipo más fino y delgado.

En la pared cuelga una radiografía. Asombrado, me quedo estudiándola, porque

en el interior de san Lorenzo no parece haber ninguna cavidad que pueda contener un mensaje. Da la impresión de que los investigadores detuvieron el trabajo y dejaron a un lado las herramientas cuando vieron la radiografía.

San Lorenzo está hecho de madera maciza.

No tiene nada dentro.

Sorprendido, vuelvo a mirar la radiografía y la escultura. El texto de la Biblia no daba lugar a equívocos. «Del mismo modo que María llevó a Jesús en su seno, el vientre alberga el cofre. ¡Loado sea Tomás!»

Entonces ¿por qué no hay nada dentro?

En lo alto, bajo la pared, descubro una cámara de vigilancia. ¿Estará alguien mirando en este mismo instante la cara boquiabierta del albino miope Bjørn?

Salgo del taller, cierro la puerta y me quedo parado un instante para sobreponerme. En ese momento aparecen dos investigadores, un hombre y una mujer.

Los dos se detienen.

—¿Sí? —dice la mujer.

—¿Te podemos ayudar? —dice el hombre.

Los técnicos prefieren que los académicos nos quedemos en la sala de lectura.

Con la boca seca, les digo que estoy buscando el taller donde están investigando la tabla rúnica de Noruega.

—¿La tabla rúnica? Taller 14.

Les doy las gracias y prosigo pasillo abajo.

La tabla rúnica está metida en una bolsa de plástico, en un armario de cristal de un taller vacío señalizado como Woodwork Laboratory XIV. Rompo el cristal con el codo y me meto la tabla rúnica en el bolsillo.

En lo alto de la pared parpadea la bombilla roja de una cámara de vigilancia.

Con la respiración entrecortada, regreso por el mismo camino que llegué. La alarma se va a disparar en cualquier momento. Una de las sirenas empezará a aullar y una voz gritará por los altavoces: «¡Detengan al ladrón!»

Pero no pasa nada.

Cada vez que me cruzo con alguien ralentizo la velocidad. Miro atrás cuando salgo por las puertas dobles del departamento técnico, luego atravieso medio corriendo el ala de conferencias y salgo al gran vestíbulo abierto de la recepción.

Me imagino a Hassan y a un pelotón arrodillado apuntándome al pecho con sus rifles.

Pero nadie se fija en mí. La vida en recepción sigue su curso. Unos miran la televisión, otros charlan, algunos hablan por teléfono, otros leen el periódico.

Nadie levanta la vista.

Nadie grita: «¡Ahí está!»

Stuart Dunhill vive en una suite en el ala de alojamiento. Llamo contundentemente a la puerta. Al abrir alza las cejas sorprendido:

—¿Ya?

Se está preparando para la cena: tiene la cara cubierta de espuma de afeitarse y lleva la camisa blanca abierta.

Me abro paso y cierro la puerta.

—Están aquí.

—¿Quién está dónde?

—El jeque. Hassan. Yo qué sé. ¡He visto el san Lorenzo! En uno de los talleres.

—¿San qué?

—¡San Lorenzo! ¡La talla de madera!

—¿Aquí?

—¡Vengo ahora mismo de los talleres! Estaba buscando la tabla rúnica.

—¿Has preguntado a alguien si...?

—¿Estás loco? Está claro que el Instituto Schimmer forma parte del asunto.

—¿El instituto? Hombre, por favor... Éste es un instituto serio y respetable. Nunca robarían artefactos históricos. Y mucho menos matarían a alguien.

—Entonces ¿qué hace aquí el san Lorenzo?

—Seguramente hay una explicación natural. Lo mejor es que informemos a la dirección. Inmediatamente.

—¡No!

—Piensa. Tal vez se trata simplemente de un servidor desleal. Quizá les hayan engañado. Puede que alguien haya traído aquí la talla sin informar al instituto sobre su origen o el modo en que se ha conseguido.

—No me atrevo a confiar en ellos.

—Aquí trabajan cientos de investigadores. El instituto no se confabula con criminales. Tú mismo trajiste la tabla rúnica. El instituto no sería responsable si la hubieras robado de un museo.

—Tengo que largarme de aquí.

—Bjørn, ¡estás en medio del desierto!

—No me puedo quedar. Lo siento.

—Bjørn...

En ese mismo momento suena el teléfono. Stuart lo coge, escucha y luego cuelga. El auricular se ha llenado de espuma.

—¡Me voy contigo!

—¿Te vienes conmigo?

Saca una maleta de debajo de la cama.

—¿Stuart? ¿Qué está pasando?

Rápidamente traslada unos puñados de ropa interior, calcetines y camisas de la cómoda a la maleta.

—¿Quién ha llamado? ¿Qué han dicho?

Stuart se detiene.

—Era de la SIS.

—¿El profesor Llyleworth?

—Me han pedido que te cuide.

—¿Que me cuides?

—Haré lo que esté en mi mano.

—¿Ha pasado algo? ¿Sabe la SIS que he encontrado la talla?

—Lo dudo, pero el jeque Ibrahim sabe que estás aquí. La SIS se ha enterado de que los hombres del jeque están en camino. Se dirigen al instituto. Y en este caso no se trata de investigadores corruptos. —Stuart me mira—. Ha enviado a Hassan.

Antes de salir, introduzco mi móvil en un sobre forrado y lo dirijo a la dirección de mi oficina en la universidad. No sé si será mi tarjeta GSM o algún servidor desleal quien revela dónde me encuentro en todo momento.

En todo caso, Hassan no es ingenuo, no seguirá al coche de correos. Todo lo que puedo hacer para asegurarme cierta ventaja es esparcir una pizca de confusión en la red de espionaje de tecnología avanzada del jeque.

9

Atravesamos el desierto a toda velocidad en un Mitsubishi Outlander que no sé si Stuart ha cogido prestado o ha robado.

El cielo está oscuro y estrellado. El desierto parece infinito. Los faros delanteros iluminan dos hondonadas que con buena intención se pueden llamar un camino de carretas. La voz de mujer del navegador de satélite del salpicadero nos indica que giremos a la derecha después de three hundred yards. Da la impresión de que la mujer cree que estamos en una autopista.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—¡Nos largamos de aquí!

—¿Adónde?

—Puesto que ha tenido que acabar de este modo, me gustaría enseñarte de qué estoy hablando.

—¿Y eso qué significa?

—Nos vamos al único sitio donde tenemos algo que hacer.

—¿Y ése qué sitio es?

—Dios, ¡para lo listo que eres, eres muy lento!

—¿Adónde?

—¡A Egipto!

Hora tras hora, conducimos a través de la enorme oscuridad del desierto hasta que la noche se extingue por el horizonte.

Por el camino, Stuart me va hablando con el entusiasmo de un profesor que por fin ha conseguido un estudiante que no se le puede escapar, o tal vez sólo sea su manera de mantenerse despierto. Con una mano en el volante y la otra gesticulando en el aire, me habla de los patriarcas del Antiguo Testamento y de cómo afectó a su cultura tribal el surgimiento del estado egipcio.

—Los patriarcas eran un pueblo nómada de pastores —dice mirando fijamente el día incipiente—. Los judíos, los cristianos y los musulmanes, todos adoran al mismo patriarca: Abraham. Abraham tuvo un hijo con la criada Hagar, Ismael, que es uno de los grandes profetas de los musulmanes. Con su mujer Sara tuvo al hijo Isaac, uno de los antepasados de Moisés y los judíos. Al morir Abraham, Sara rechazó a su hijastro Ismael y de ese modo la raza semítica se dividió entre árabes y judíos. Y desde entonces se han estado peleando.

Mientras el sol va saliendo y la fuerte luz se extiende por el desértico paisaje, Stuart me habla de la fusión de las culturas tribales y las civilizaciones incipientes. Las ruedas van chocando contra las irregularidades del terreno.

—El Antiguo Testamento surgió en un tiempo en el que las tribus de la Antigüedad se estaban organizando en culturas estatales. Quienes escribieron el Antiguo Testamento tomaron gran parte de su material de las culturas que mejor funcionaban de la región, como la babilónica o la egipcia. Los textos de enseñanza egipcia fueron copiados directamente en los proverbios de Salomón. No hay más que ver la administración del rey David, con sus ministros y sus pomposos títulos: es claramente una copia de la jerarquía estatal egipcia.

Enciendo el ventilador de aire frío. El calor ha empezado a pegar contra el techo del coche. En el asiento trasero hay una bolsa térmica con botellas de agua. Cojo dos botellas y le doy una a Stuart. El agua está templada, pero aun así me bebo la mitad de la botella de un trago.

Stuart tiene problemas para abrir la botella.

—En la cultura de tribus de los patriarcas, los relatos eran centrales, las cosas se transmitían oralmente. En Egipto, en cambio, se había convertido en una costumbre poner las mejores historias por escrito. —Se lleva la botella a la boca y bebe con avidez. Luego eructa y murmura: «excuse me».

Por la ventanilla veo un desierto de piedra que continúa hasta el infinito.

—¿Estás cansado? —pregunto.

Pero no lo está.

—Cuando el arqueólogo británico Layard, a mediados del siglo XIX, encontró en

Irak las ruinas del palacio del rey asirio Asurnasirpal II, también descubrieron unas tablas con escritura cuneiforme de la ocupación asiria de Babilonia. En su relato de la creación (el precedente de lo que nosotros conocemos como Pentateuco), el primer ser humano, un hombre, fue creado en un jardín paradisiaco. Se creó a una mujer a partir de su costilla.

—Stuart carraspea y le pega otro trago al agua—. Más tarde el hombre y la mujer fueron expulsados del paraíso. Desobedecieron a su dios... —Se traga el resto del agua—. Incluso el diluvio universal tiene su origen en la mitología babilónica: la epopeya de Gilgamesh, de tres mil seiscientos años de antigüedad, habla de un dios que ordena a un hombre que se prepare para una inundación. El hombre se salva a sí mismo, a su familia y a un montón de especies de animales a bordo de un arca que encalla en una gran montaña.

Pongo el ventilador de aire frío al máximo.

—¿La torre de Babel? —continúa Stuart—. En Babilonia, el rey asirio Esarhaddon construyó una torre, en honor al dios Marduk, que debía llegar hasta el cielo. ¿Qué crees que pasó? Ganó la fuerza de la gravedad. La torre se derrumbó.

—Pero Stuart, ¿todo esto no confirma los relatos de la Biblia?

—Ésa es una manera de interpretarlo. También se puede ser más malo y decir que los creadores del Antiguo Testamento no tenían la imaginación suficiente como para inventar sus propias historias.

—En el Tanaj aparecen muchas cosas aparte de tus ejemplos.

Mis objeciones le están provocando:

—Grandes partes de los textos sagrados son un refrito de mitos y relatos de culturas aún más antiguas...

—¡Está bien!

—... Inteligentemente entretejidos con la creación de una nueva religión centrada en torno a un dios nuevo y todopoderoso.

Ninguno de los dos dice nada en un rato.

Al final el silencio le resulta a Stuart demasiado pesado:

—Incluso la historia de la vida de Moisés tiene un precedente. En los mitos babilónicos, el rey Sargón de Acad fue enviado río abajo en un barco de juncos cuando su madre intentó ocultarlo. Por suerte fue encontrado y adoptado. —Stuart hace tamborilear los dedos sobre el volante—. Así de original es el relato más importante del Antiguo Testamento.

Incluso en el infierno en llamas del desierto hay quien está a gusto: las larvas peludas y de muchos colores, los burros y la rosa de Jericó. Cuando el tiempo es húmedo, la rosa es verde y achatada, pero en cuanto se seca, se enrosca como un puño cerrado contra los elementos. Me reconozco en ella. Si la sequía dura, se desprende de sus raíces y rueda por el desierto hasta que el viento la lleva a un lugar

húmedo donde poder establecerse.

Muy pocos la encuentran bonita, pero a la mayoría les hace gracia.

Un poco como yo.

11

Más tarde llegamos a una ciudad fronteriza donde compramos un visado para Egipto. Cruzamos la frontera y nos dirigimos hacia el sur, por la península de Sinaí, a lo largo de la bahía de Aqaba, hasta Sharm el-Sheikh. Desde allí cogemos un ferry para atravesar el mar Rojo hasta Hurghada y seguimos en dirección al sur, hasta Port Safa, donde nos incorporamos a una caravana de turistas escoltada que atraviesa el desierto hasta llegar a Luxor.

Por el camino, Stuart me confiesa que tiene la esperanza de que nuestra investigación pueda relanzar la suya.

—¡Rehabilitación! ¡Llámalo como quieras! ¡Venganza! ¡Revancha! ¡Restitución profesional! No te imaginas lo que significaría para mí que, con tu ayuda, consiguiera demostrar que mi teoría es correcta. Que los vikingos estuvieron en Egipto.

Para mi espanto, le cae una lágrima por la mejilla. Incómodo, me quedo mirando por la ventanilla del coche.

—Creo que los rollos de Thingvellir contienen algo que confirma que tengo razón —dice Stuart—. Que he tenido razón durante todos estos años.

En la Tebas de la Antigüedad, una avenida empedrada unía el templo de Karnak con el de Luxor. Por aquí pasearon los faraones con sus polvorientas sandalias elaborando planes de guerra antes de volver al palacio para comerse unos dátiles y mancillar a sus hermanas.

A día de hoy, los dos grandes templos, con sus casas de dioses, sus obeliscos, sus esfinges y sus estatuas gigantes, arrojan grandes sombras sobre el terreno.

Nos alojamos en The Winter Palace, en la calle principal Corniche el Nile. Por el oeste, al otro lado del Nilo, el sol se está poniendo. La luz de la penumbra tiñe de rojo los peñascos cubiertos con templos y sepulcros dedicados a los faraones, las reinas y los príncipes muertos.

Un poco más exótico que llegar a Brandbu un día gris cualquiera.



# La ciudad olvidada

Egipto

1

El Valle de los Reyes dormita en un sueño eterno entre los peñascos de la orilla de los muertos del Nilo.

El *genius loci* de la eternidad —la peculiar atmósfera de un lugar— descansa sobre el estéril valle. En el Foro Romano de Roma y en la Acrópolis de Atenas se tiene la misma sensación de inmortalidad, de palpabilidad de la fugacidad del tiempo y el lento oleaje de la historia. Entre las gargantas, poderosos reyes descansaban en sus cámaras mortuorias: Ramsés, Seti, Thutmosis, Amenhotep, Tut Ankh Amón. En un período de quinientos años, se excavaron en la montaña más de sesenta tumbas.

Una ráfaga de viento atraviesa el desfiladero.

Junto con cientos de turistas más, Stuart y yo nos dirigimos al valle en un trencillo arrastrado por un quejumbroso tractor. El polvo de la arena se pega a la piel y los riscos se elevan hacia el cielo.

La cámara mortuoria que me quiere enseñar Stuart se encuentra en lo alto de una estrecha garganta. La entrada da hacia el norte y la cámara interior señala hacia el este. El patrón simbolizaba el mundo subterráneo.

Faltos de aliento, subimos unas escaleras estrechas y empinadas que conducen a la humilde entrada que, en su tiempo, estuvo perfectamente camuflada. Un guarda coge las entradas y nos permite entrar en el túnel. El aire es tan caliente que empiezo a tirarme del cuello de la camiseta.

—Una de las primeras cosas que hacía un rey era poner en marcha las obras de su cámara mortuoria —dice Stuart—. Cientos de trabajadores empleaban décadas en construir estas cámaras mortuorias. Primero se hacía el trabajo más burdo, picar la piedra. Luego se dejaba pasar a los decoradores y sus pinceles, y a los sacerdotes con sus bendiciones.

Al bajar las estrechas escaleras tenemos que andar de costado para dejar pasar a los turistas que se dirigen a la salida. Reprimo las aguijonadas de la claustrofobia. El aire es increíblemente denso. De hecho, en el momento en que los ladrones y los arqueólogos abrían las tumbas, el aire encerrado podía ser peligroso. El escritor de Sherlock Holmes, Arthur Conan Doyle, llegó a proponer la teoría de que esparcían esporas de hongos y mohos venenosos en las cámaras para castigar a los intrusos.

Inconscientemente, o tal vez no tanto, respiro por la nariz.

Paso a paso, retrocedemos cientos, incluso miles, de años en el tiempo. Para evitar el desgaste de los zapatos de millones de turistas, las autoridades han instalado

pasillos de madera sobre los que nos adentramos en la montaña en una larga fila india. Tengo dificultades para respirar, pero no quiero decirle nada a Stuart. No quisiera parecer melindroso.

El techo está pintado de azul con estrellas amarillas. La antesala está dominada por dos enormes columnas y decorada con las imágenes de 741 divinidades. Un tramo de escalera de varios pisos de altura conduce a una cámara mortuoria ovalada con dos columnas y cuatro cámaras laterales.

Escucho el murmullo entusiasmado de los turistas. Siendo tantos, ¿no deberíamos usar máscaras de oxígeno? Alguien me pega un empujón y acabo molestando a un turista que está fotografiando las decoraciones de las paredes. Le sonrío a modo de disculpa y tiro del estrecho cuello de la camiseta.

—¿Te pasa algo, Bjørn? —pregunta Stuart.

—Qué va —respondo con un jadeo.

Las paredes de la cámara mortuoria están decoradas como un rollo de papiro y contienen el texto del sagrado Libro del Amduat sobre el más allá. En las dos columnas rectangulares hay extractos de las letanías de Ra y un dibujo del difunto en compañía de una diosa. Fue ésta la cámara mortuoria donde, hace casi tres mil quinientos años, se dejó a la momia de Thutmosis III para que descansara. Era el sexto faraón de la decimoctava dinastía y está considerado como uno de los mayores reyes de Egipto. Gobernó durante medio siglo, hasta su muerte en torno al año 1425 antes de Cristo. La cámara mortuoria fue descubierta en 1898 por el egiptólogo francés Victor Loret. La momia de Thutmosis III había sido encontrada diecisiete años antes, amontonada junto a otras cincuenta momias, en la gruta de Deir el-Bahari, en los peñascos detrás del templo de Hatshepsut.

Cojo a Stuart del brazo.

—El aire no es muy bueno —le digo—, ¿hemos visto ya bastante?

2

Abandonamos el Valle de los Reyes y nos dirigimos en coche hacia el norte, a lo largo de los peñascos y el Nilo. Bajo la ventanilla e intento llenar los pulmones de aire con ávidas bocanadas. Stuart me pregunta si estoy intentando cazar moscas y yo le recuerdo que soy vegetariano.

Al poco toma el desvío que conduce a una majestuosa construcción en una pared de peñascos, detrás de un muro y una valla de alambre de espino.

—Éste es el templo-palacio del culto a Amón Ra —dice Stuart—. Hasta aquí navegaron los vikingos.

Abre una verja que no está candada y aparca el coche a la sombra de un árbol.

—Ahí abajo —me dice señalando en dirección a los peñascos y el Nilo—, hubo en su tiempo un canal lateral que los campesinos rellenaron de tierra. —Se vuelve

hacia el templo—. Y aquí regía el sumo sacerdote Asim.

Dos enormes estatuas de los dioses Amón Ra y Osiris custodian una amplia escalinata que conduce a la explanada que hay ante el templo. Nosotros subimos por el arenoso sendero que lleva al templo-palacio.

—La secta se denominaba a sí misma «Los humildes servidores de su divinidad, el dios Amón Ra, y custodios del pacto divino», pero se les conoce por el culto a Amón Ra. La secta se mantuvo viva hasta el siglo XIII, cuando hacía ya doscientos años que había desaparecido el objeto divino que tenían que custodiar, y que robaron los vikingos. Incluso los sacerdotes más testarudos debían de sentir que era una pérdida de tiempo custodiar algo que hacía tanto que se había perdido.

—¿El Arca de la Alianza?

—Eso habría estado bien —dice con sorprendente resignación—. Pero tal vez fuera algo completamente distinto.

Contemplamos las estatuas de piedra y el palacio. Intento imaginarme cómo era la vida en este lugar hace mil años, o dos mil, o tres mil.

Luego me vuelvo hacia el Nilo e intento imaginarme la flota vikinga.

—¿Verdad? —dice Stuart, el lector de mentes.

Ni el templo ni la cámara mortuoria están abiertas al público, pero Stuart tiene un permiso de paso de las autoridades egipcias y un billete de cincuenta libras que contenta al guarda que dormita junto a la verja. Entramos en el palacio y Stuart me enseña la sala del templo. Detrás de lo que en su momento había sido un altar, veo la irregular apertura que conduce a las cámaras mortuorias.

Inspiro profundamente antes de entrar.

En la oscuridad, tanto Stuart como yo encendemos las linternas. Tenemos que bajar por unas largas escaleras y recorrer un túnel antes de llegar a la primera cámara. Los haces de luz pasan por encima de frescos e inscripciones.

—Aquí fue donde encontré las pinturas y los jeroglíficos más recientes, los que describen el ataque de hace mil años —dice Stuart.

Me muestra los dibujos en las paredes.

Naves largas.

Hombres salvajes de largas melenas y barbas, con los ojos azules.

Espadas, hachas y escudos.

Cabezas de dragón.

—Vikingos... —murmuro.

—Eso mismo pensé yo. ¡Vikingos! ¡No soldados ni naves de la maldita Bizancio! Y esos cabrones se rieron de mí.

Seguimos bajando por otra escalera hasta la segunda cámara mortuoria. Estamos solos en el túnel y sé que puedo salir corriendo hacia el aire fresco, así que consigo mantener a raya la claustrofobia. A duras penas.

Al fondo de la segunda cámara mortuoria vemos los restos de lo que debía parecer la pared final. Atravesamos el agujero en la pared, bajamos por unas empinadas escaleras y seguimos por otro túnel.

Al fondo encontramos la última cámara.

Lo más sagrado de lo sagrado.

Cámaras vacías, vasijas vacías.

Un sarcófago vacío...

Aquí dentro, en la última cámara, pusieron a descansar a un soberano desterrado, a alguien a quien más tarde llamaron EL DIVINO.

¿Quién era? ¿Por qué lo escondieron tan concienzudamente?

¿Qué tesoros le acompañaban en la cámara?

¿Qué escritos?

¿Qué objetos sagrados?

¿Y por qué lo custodiaron durante dos mil quinientos años?

—Creemos —dice Stuart— que el texto que encontrasteis en la gruta de Thingvellir es una copia y una traducción del original que estaba aquí.

En la cámara mortuoria vacía, Stuart me muestra frescos, inscripciones y cartuchos cuyo significado no entiendo hasta que él me lo va explicando pacientemente. Al final empiezan a fallarnos las linternas y nos dirigimos hacia la salida.

El aire fresco es como una caricia.

Pasamos por delante del guarda, que se ha dormido, y regresamos callados y pensativos hacia el coche.

Antes de ponerlo en marcha, Stuart me dice que quiere llevarme a una ciudad que no existe para hablar con un hombre que tampoco existe.

3

La iglesia del monasterio copto del Descanso de San Marcos está construida en arenisca en torno a un frondoso jardín con agua corriente y alegres plantas. Tiene exactamente el mismo aspecto que debió de tener cuando los monjes colocaron la última piedra y se cepillaron la arena de las manos hace mil novecientos años.

Corona el techo un ankh dorado.

Stuart detiene el coche entre una nube de polvo que continúa su camino por el aparcamiento como una alocada y tenaz tormenta del desierto.

La iglesia del monasterio se encuentra en «La ciudad olvidada», en una hondonada en el desierto, a pocos kilómetros de Luxor. No encontrarás «La ciudad olvidada» en ningún mapa y sólo excepcionalmente en algún folleto turístico, en cuyo caso se menciona con curiosas expresiones como «las ruinas de un pueblo del desierto que se niega a morir». Oficialmente el pueblo no existe. Las autoridades

egipcias se niegan a reconocer su existencia desde el siglo XV. Todo surgió a causa de un conflicto entre los monjes, una tribu de beduinos y las autoridades centrales sobre la propiedad del manantial de agua que da vida al pueblo. Cuando, en 1481, las autoridades abandonaron la lucha contra los obstinados habitantes del desierto —al fin y al cabo el maldito pueblo y el monasterio se encontraban en el quinto pino, en un tórrido hoyo de calor, arena y dromedarios— eliminaron el pueblo de todos sus papeles y registros. Hasta el día de hoy a nadie se le ha ocurrido reintroducir el pueblo en la realidad. El carácter vengativo del poder en Egipto es longevo. El pueblo, que originalmente tenía un nombre que nadie recuerda ya, carece de colegio, de ayuntamiento, de policía, y de todo tipo de servicios médicos. A los niños que se crían allí los llevan en autobús hasta Qena y en el colegio los registran como si no tuvieran lugar de residencia. El médico del pueblo, en el mejor de los casos, puede considerarse un curandero. En raros casos de duda lleva a los enfermos al hospital, en el camión del pueblo, porque los médicos colegiados, como los denomina él despectivamente fumando su pipa de agua en el café, tienen mejores equipos que los suyos para llevar a cabo cirugía cerebral o trasplantes de córnea. Y, hasta cierto punto, porque padece de un triste temblor en las manos.

A las afueras de este oasis, de este puñado de casas de piedra y barro que no existen, olvidado por la administración local, las autoridades centrales y el resto del mundo, se encuentra el Descanso de San Marcos.

#### 4

La puerta del monasterio se abre.

Y sale un hombre que tiene pinta de haber vivido y trabajado en el Descanso de San Marcos desde que se construyó el monasterio. Su cara me recuerda a una pasa arrugada y reseca, y, en la cabeza, mira tú por dónde, lleva un turbante. Viene a nuestro encuentro calzando sandalias de rafia y nos estrecha la mano con una sonrisa sin dientes. Tiene tatuada una pequeña cruz en la parte baja del brazo derecho. Cuando dice su nombre en árabe, me parece que recita un montón de consonantes arbitrarias y, aunque Stuart me las repite varias veces en el coche, no consigo retenerlas. Así que lo llamo «el monje».

Nos invita a entrar en el monasterio del desierto y nos muestra los dormitorios, los refractarios, la sala de estudio, la iglesia y el cuidado jardín del atrio del monasterio. Para mi sorpresa habla inglés perfectamente. Estudió en Cambridge, donde más tarde impartió clases durante algunos años.

—A pesar de ser muy distintos —dice el monje con una distante ternura en la voz —, Stuart y yo tenemos una historia común. Yo era su tutor en egiptología en la Universidad de Cambridge.

Contemplo sorprendido su rostro abrasado y ventoso y me cuesta imaginarme al

monje como catedrático en Cambridge. Claro que a muchos les cuesta imaginarme a mí de profesor adjunto en la Universidad de Oslo.

Nos cuenta que el apóstol Marcos estableció el cristianismo copto en Egipto algunos años después de la crucifixión de Cristo. Los primeros cristianos organizados fueron los coptos. Los monjes del Descanso de San Marcos sostienen firmemente que el propio Marcos participó en la construcción de la iglesia del monasterio. La cabeza suprema de la iglesia copta sigue denominándose «Papa de Alejandría y Patriarca de la Sede Sagrada de San Marcos», y la iglesia copta temprana utilizaba el símbolo ankh, la cruz ansata, como cruz.

Cuando, en el siglo III, los cristianos egipcios fueron expulsados de las ciudades, huyeron al desierto y allí construyeron sus monasterios. Se fundaron varios cientos de monasterios por los pedregosos desiertos egipcios, en el interior de frágiles construcciones o sombreadas cuevas. Desde estos lugares, el movimiento de los monasterios se fue extendiendo por todo el mundo cristiano.

El monje me confiesa que la reliquia más sagrada de la iglesia descansa sobre un paño de seda roja en una cofre de oro: se trata de una espina de la corona de espinas de Jesús. Y, en un cofre de plata labrada, conservan ocho páginas que supuestamente son parte del texto original del Evangelio de San Marcos y un fragmento copto del Evangelio de San Juan.

5

—Dios ha muerto.

Sobre un banco de madera, sentados a la sombra de las arcadas en torno al jardín, bebemos agua fría en botellas de plástico.

El monje pega una patada al suelo y un gesto de dolor le cruza su cara.

—¿Muerto? —pregunto.

—Osiris —dice alzando un dedo en el aire—, Odín —añade alzando otro dedo—, Zeus, Ptah, Baco, Thor, Pan, Poseidón, Cupido, Ashtoreth. —Se le han terminado los dedos, pero eso no le impide seguir—: Belona, Isis, Júpiter, Anubis, Balder, Nebo, Loke, Amón Ra, Afrodita, Baal, Ahiyah, Froya, Hades, Muluhursang, Njord, Llaw Gyffes, Mu-ul-lil, Frigg, Venus, Sutekh, el supremo soberano del valle del Nilo. Podría seguir durante diez minutos más. ¿Qué caracteriza a todos estos dioses? Que rigieron las vidas de millones de personas temerosas de Dios. Estos nombres hacían temblar de miedo a los hombres y agachar respetuosamente la cabeza a las mujeres. Las masas los adoraron. Levantamos templos en su honor. Los siervos trabajaron como esclavos para construir edificios donde pudiéramos honrarlos. En su nombre surgieron y cayeron civilizaciones y se libraron numerosas guerras. Generaciones de sacerdotes y monjes dedicaron sus vidas a entenderlos, interpretarlos, hacer sacrificios en su nombre y adorarlos.

Una ráfaga de viento arrastra una bola de paja por el jardín.

—¿Y ahora? —pregunta—. Ya no creemos en ellos. Ahora están todos muertos. No todos han sido olvidados, pero ya nadie cree en ellos, nadie los adora. Si alguna vez existieron, pasan sus vidas divinas en tedioso olvido. En tanto que dioses están muertos.

La brisa que sopla por el jardín del templo suena como un suspiro.

—Yo creo —continúa el monje— que Dios también está muerto, el dios al que llamábamos Yahvé, Jehová, Elohim, el Señor. Tenía muchos nombres, del mismo modo que son muchos los signos de su muerte. Las profecías de la Biblia se han cumplido. Dios ha muerto. Nietzsche tenía razón.

—¿Cómo lo sabes?

Sonríe con tristeza y sin dientes.

—¡Mira a tu alrededor! ¿Te parece que el mundo da muestras de tener un dios vivo y activo? ¿Hay algo en nuestra existencia que indique que un Dios cariñoso nos cuida?

—No soy creyente.

—¿Cómo puedes vivir en esta tierra sin creer?

—¿Por qué tendría que creer en un dios?

—Jesús es el camino, la verdad y la vida.

—Palabras vacías. ¿Por qué tu fe es más verdadera que la de los budistas o los hinduistas? Los judíos y los cristianos, los musulmanes y los sijs, todos creen con la misma intensidad en su dios, su interpretación, su verdad. ¿Tienen todos razón? ¿No la tiene ninguno? Tu dios condena a los otros. Así que dime: ¿quién tiene razón? ¿Cuál de las religiones del mundo es más verdadera que las otras? ¿Y qué línea de fe cristiana agrada a tu dios y a Jesús? ¿Los católicos? ¿Los mormones? ¿Los testigos de Jehová? ¿Los protestantes? ¿Los baptistas? ¿Los pentecostales? ¿Los adventistas?

—Bjørn...

—Las elecciones de Dios son inescrutables.

—Las elecciones de Dios son completamente irracionales. Que los israelitas creyeran en él hace dos mil o tres mil años, puedo entenderlo. Que las personas sigan aún aferradas a esta superstición me resulta inconcebible.

—Así habla el ignorante.

—Tú mismo dices que el corazón de tu dios ha dejado de latir.

—Un dios muere con lentitud, Bjørn. No muere de un día para otro. Basándonos en diversas interpretaciones de la Biblia, signos, profecías y rezos, nuestra conclusión (que se podría admitir que es una suposición) es que Dios empezó a agonizar en algún momento del siglo xii y que murió a finales del siglo xix. Dios lleva muerto más de cien años. No conseguimos asumirlo.

—Tú eres monje. ¿A quién adoras tú, si tu dios ha muerto?

—¿Dejas de amar a tu padre y a tu madre cuando mueren? Adoramos el recuerdo de Dios, de Jesús, de los valores que representaron y nos enseñaron.

—Y entonces ¿qué quiere decir todo esto, si es que tienes razón? ¿Quién lo ha sustituido? ¿Hay otros dioses a la espera de tomar el relevo allí donde Dios se retiró?

—No lo sabemos. Aún no. Los gnósticos (la secta cristiana que fue tildada de herética por los padres de la Iglesia católica que salieron triunfantes de las disputas sobre la doctrina) nunca aceptaron que nuestro Dios fuera todopoderoso y único. Al contrario, muchos pensaban que Yahvé era un dios menor con delirios de grandeza cuya creación, la tierra y los seres humanos, probaba su inutilidad. Por encima de Yahvé y los demás dioses menores y rivales, regía una divinidad más poderosa, el verdadero Dios, que estaba muy por encima de las trivialidades de esta tierra. Ni los rabinos judíos ni los padres de la iglesia cristiana podían aceptar tal doctrina. Al fin y al cabo el dios del Antiguo Testamento nos había ordenado adorarlo a él y a nadie más. Mmm. Pero ¿y si los gnósticos hubieran tenido razón? ¿Qué pasaría si el Yahvé del Antiguo Testamento no fuera más que un dios con hambre de poder, un aeon que estaba históricamente preocupado por bagatelas como, por ejemplo, el modo en que los hombres teníamos que adorarlo? ¿Y si Yahvé no fuera más que un dios entre muchos otros? ¿Qué pasaría si existiera una fuerza creadora, un Dios verdadero que no ha conseguido aprehender ninguna religión con su espejismo sagrado? Pueden pasar cientos de años antes de que el nuevo dios adquiriera la fuerza necesaria como para aparecerse ante nosotros los hombres y escoger nuevos profetas a los que pueda escuchar y adorar la humanidad. Tú eres hijo de la falta de Dios, de la secularidad, de la indiferencia hacia la eternidad y todo lo sagrado. Visto así, tu ateísmo es el resultado de la ausencia de Dios en la existencia.

Nos quedamos un rato callados en la sombra del desierto. Una vez nos hemos bebido el agua y hemos eructado discretamente en la palma de la mano, el monje nos conduce a un fresco sótano de tierra bajo el monasterio. Atravesamos varias cámaras antes de llegar a una puerta de hierro que conduce a una habitación iluminada por vacilantes tubos de neón.

El monje abre un armario de metal y saca un cajón repleto de monedas. Me tiende un puñado. Les echo un vistazo. Sorprendido constato que son monedas de plata con un sello real noruego que no conozco.

—¿Cómo ha llegado esto hasta aquí?

—Las hicieron aquí.

—Estudié algo de numismática en la universidad. Por lo que recuerdo, Olav Tryggvason mandó fabricar las primeras monedas noruegas en torno al año 995. En las monedas ponía ONLAF REX NORMannorum, que significa «Olav rey de los noruegos». En una cara aparecía un retrato del rey con cetro, en la otra, una cruz con



las letras CRVX, «cruz» en latín. Se cree que quien fabricó las monedas venía de Inglaterra.

—Los comerciantes de los países nórdicos también fabricaron monedas aquí en Egipto, más exactamente en el pueblo de Misr, al sur de Alejandría, junto a la orilla del Nilo.

—Los arqueólogos han creído que las monedas árabes que se han encontrado en Noruega llegaron hasta allí con los comerciantes que habían viajado al Imperio bizantino. Además, las monedas árabes se usaban con frecuencia como divisa internacional. No sabía que los vikingos fabricaran moneda aquí.

—Durante un breve período.

—Hay más —dice Stuart dándole al monje un codazo mientras señala con la cabeza un armario aún más sólido—. A cambio tengo la esperanza de que me muestres los rollos de Thingvellir.

—Pronto...

El monje abre el armario y saca un cofre de madera. Dentro hay un collar de oro. Me tiende la cadena, que es muy pesada. El colgante representa una ty.

—Una joya vikinga —dice Stuart—. ¿Adivinas dónde la hallaron?

No se me ocurre.

—Este collar lo encontraron en el sarcófago vacío de la última cámara del templo del culto a Amón Ra —dice el monje.

## 6

Aquella noche, justo después de cenar, llamo a la SIS desde una cabina telefónica situada a varias manzanas del hotel para hablar con el profesor Llyleworth.

La conexión es malísima y el ruido de la calle me impide mantener una conversación, pero consigo contarle que logré escapar del Instituto Schimmer y que estoy más o menos entero. Sus preguntas desaparecen en la cacofonía de las motocicletas, los autobuses, los verduleros que ofrecen sus sandías y los rezos desacompañados de los muecines que cantan desde los minarettes.

Camino de vuelta, me pierdo por un laberinto de bazares y pequeñas tiendas donde, por una serie de malentendidos culturales y lingüísticos, consiguen encasquetarme una considerable colección de escarabajos de piedra, figuras de gato, relieves de momias, Anubises fundidos y sarcófagos en miniatura, además de un cartel de papiro con la esfinge al atardecer y la esencia de perfume Nubian Nights, que al parecer resulta irresistible a las mujeres hermosas.

Delante del hotel descubro al turista que hacía fotografías en la cámara mortuoria de Thutmosis. Está buscando a alguien, tal vez a su bella esposa que lleva una tarjeta de crédito que no tiene miedo de usar. Al verme, sonrío algo turbado. O bien porque me reconoce sin saber exactamente de qué, o bien porque pretendía que no lo viera.

A la mañana siguiente, temprano, Stuart y yo recorreremos paseando las pocas manzanas que separan el hotel del Museo de Luxor.

Stuart llamó al museo ayer por la noche y concertó una cita con el director, un colega al que ya conocía y con el que ha mantenido contacto a lo largo de los años.

Por el camino, Stuart vuelve a intentar convencerme de que le enseñe los rollos de Thingvellir. Le digo que, como comprenderá, no los llevo encima.

—Pero sabrás dónde están, ¿no? —replica—. ¿No podríamos viajar hasta allí?

Aunque entiendo que su interés profesional es difícil de controlar, la lata que me está dando empieza a ponerme nervioso.

El director del museo parece un gorila de buen talante. Tiene la barba tupida y las cejas espesas, y el pelo le asoma por encima del cuello de la camisa.

—¡Stuart! —exclama y abraza a su viejo colega. Se miran el uno al otro entre risas e incredulidad, como dos compañeros de guerra que han salido con vida de las trincheras.

—Fue mi ayudante cuando excavé la cámara mortuoria de Amón Ra —explica Stuart.

—¿Ayudante? —se ríe el director—. ¡Era tu esclavo!

El museo está ya medio lleno. Miro a mi alrededor buscando al turista que hacía fotografías en la cámara mortuoria, pero no está. Evidentemente lo han sustituido por otro.

—Lo que conoce muy poca gente (y le importa a casi nadie) es la colección de textos en papiro, pergaminos y papel que guardamos en nuestro sótano —dice el director. Para Stuart, añade—: Ahí tengo los documentos.

Stuart me guiña un ojo.

—¿Los documentos? —pregunto.

En ese momento pasamos por delante de una vitrina de cristal con una figura que me hace parar en seco.

La escultura de madera tiene unos cuarenta centímetros de alto y representa a un hombre o un dios que se atusa sus largas barbas con ambas manos. Según el cartel de la vitrina, la estatua, de tres mil quinientos años de antigüedad, originalmente estaba cubierta de brea negra, el color del dios Osiris, y fue encontrada en una tumba en el Valle de los Reyes. La figura se parece muchísimo a la que aparecía en la fotografía que Thrainn tenía en su despacho en Reikiavik —la figura de bronce de mil años de antigüedad que se encontró junto a Eyjafjörður, en el norte de Islandia, en 1815—. ¿De dónde venía la figura de Eyjafjörður? ¿Provenía de Egipto? Y si fue un vikingo quien esculpió la escultura en el siglo XI, ¿se inspiró en algo que vio aquí en Egipto? ¿Pudo haber viajado en alguna de las naves de Olav?

Me apresuro a seguir a Stuart y al director del museo escaleras abajo.

—Según la leyenda, al sumo sacerdote del culto a Amón Ra, Asim, se lo llevaron los dioses del cielo una mañana de 1013 —dice el director del museo con una risotada haciéndole un gesto a Stuart—. ¿A qué viene este renovado interés por Asim? ¿Después de treinta años?

—Estamos trabajando con una teoría. Hemos encontrado unos fragmentos de manuscritos que pueden provenir de él.

—¿Fragmentos de manuscritos? ¿De Asim? ¡Qué emocionante! ¡Me interesaría muchísimo verlos! —Te enviaré unas copias. —Gracias, amigo mío. Te lo agradezco. El director nos abre la puerta del sótano y apaga la alarma. De un armario de acero saca dos láminas DIN A4. Una de ellas es la traducción al egipcio y al inglés del texto original que estaba escrito en papiro. La otra muestra una fotografía del documento original, que se encuentra en el museo de El Cairo.

—Este documento lo escribió nuestro amigo mister Asim. Es un fragmento de la descripción del entierro de un faraón: es más un reportaje periodístico que un himno religioso, y está basado en una copia en papiro del Reino Nuevo, además de en jeroglíficos y frescos. Desgraciadamente faltan el comienzo y el final.

[...] desde el amanecer la gente se congregaba a lo largo de la ruta del cortejo fúnebre hasta el río. La muchedumbre recitaba una loa en honor a Amón Ra. Al otro lado del Nilo, en la orilla de los muertos, la cámara mortuoria estaba acabada desde hacía casi una década. Sólo los enterradores sabían dónde. El faraón llevaba ya setenta días muerto. Osiris le estaba esperando. Los plañideros profesionales gemían y arrojaban polvo sobre sí mismos y sobre los espectadores, al tiempo que agitaban los brazos. Los danzantes Mu, ataviados con taparrabos y sombreros de plumas, se movían al ritmo de los tambores. Junto a la orilla del río, a los pies del palacio, aguardaba el barco fúnebre con la momia en el ataúd de oro. Un suspiro recorrió la muchedumbre cuando el barco de los familiares, desconsolados y sollozantes, dejó el muelle. Inmediatamente después salió el barco fúnebre. Un techo ornamentado y sostenido por cuatro columnas talladas protegía el cofre cubierto de oro. Remeros en pie hacían avanzar la nave. Por último el séquito de barcos con los sacerdotes, los oficiales, los cortesanos, los representantes oficiales, los bailarines y los criados que portaban todos los tesoros. Los objetos de valor serían depositados en la tumba para acompañar al difunto en su viaje al más allá, donde seguiría viviendo en forma de dios. La muchedumbre bajó en dirección al río y se congregó delante de las filas de guardianes para contemplar como los barcos cruzaban el río. Sólo a los más allegados se les permitía cruzar al lado de los muertos con el cortejo. El último lugar de descanso de los reyes era secreto. En la orilla oeste, pasaron el ataúd a una andas, también con forma de barco, que a su vez fue colocada sobre un deslizador. Los funcionarios del palacio tenían el honor de arrastrar el deslizador con el faraón, y

detrás iba otro deslizador con las vasijas que contenían los órganos internos del rey. Los más cercanos al difunto caminaban junto al féretro. Detrás del segundo deslizador iban los criados con los tesoros que el faraón llevaría consigo a su nueva existencia, además del Libro de los Muertos con las formulaciones mágicas y las indicaciones que orientarían al muerto en su viaje a través del mundo subterráneo. A causa del calor y el peso, los carros fueron arrastrados lentamente por la llanura y la colina hasta alcanzar la cámara mortuoria. El monótono sonido de los tambores resonaba contra los peñascos [...].

—No hay más —dice el director del museo cuando ve que mi mirada ha llegado al final.

Luego se vuelve hacia Stuart:

—El otro documento es una carta del siglo XIV que el visir egipcio escribió al prefecto de los archivos del Vaticano.

Coloca ante nosotros un documento envuelto en plástico blanco.

—Al parecer el visir había inquirido al Vaticano sobre la existencia de alguna carta o documento de Asim. El visir debía de tener buenos contactos porque el prefecto del Vaticano (que normalmente ignoraría cualquier intento de conocer lo que al fin y al cabo son los archivos del Papa, sobre todo si provenía del visir de un país musulmán) le envió una detallada respuesta. Intento entender el texto en latín.

—A grandes rasgos, el prefecto intenta confirmar la existencia de tres documentos escritos por Asim —dice el director—. El documento más antiguo es una carta del sumo sacerdote a «Su Alteza, el califa Al-Hakim bi-Amr Allah, Regente de la piedad de Dios, califa absoluto de Egipto...».

—La copia que tenemos en el instituto —apostilla Stuart.

—El otro documento es una copia de un original desconocido que describe el ataque al templo y la cámara mortuoria por parte de hombres salvajes y paganos, y el tercero es la copia de un fragmento de una carta de viaje (procedente probablemente del mismo texto que el anterior) que describe un viaje al «puesto avanzado de la civilización».

Stuart se vuelve hacia mí con una sonrisa en los labios.

—El puesto avanzado de la civilización...

—Tiene que referirse a Noruega.

—Salvajes paganos... —A Stuart se le endulza la voz—. No hablarían así de los soldados bizantinos. ¡Estaba describiendo a los vikingos!

—Eso significa que en los archivos del Vaticano hay tres documentos de Asim.

—Pues entonces —dice Stuart— ¡tendremos que ir a buscarlos!

# El librero de viejo

Italia

1

A tiro de piedra de las aglomeraciones de turistas de Piazza Navona, en un estrecho callejón empedrado que sale de la adormilada calle aledaña de una arteria principal llena de tráfico, entre un taller de marcos y un modista, se encuentra una tienda de libros antiguos que, según el cartel que cuelga sobre la ventana, se llama simple y llanamente Libros de viejo y ocasión. El mapa de Roma indica erróneamente que el callejón, que gira tanto que no se puede ver de un extremo al otro, es una calle sin salida. En realidad la población local utiliza el pasaje como atajo para llegar a la Via del Governo Vecchio, mientras que los turistas despistados piensan que se han adentrado en el pasado. Las tiendas del recóndito callejón tienen aspecto de no haber recibido apenas visitas desde los tiempos del emperador Nerón y da la impresión de que, de algún modo extraño, se ha detenido el tiempo. Los polvorientos libros que están expuestos en el escaparate de la tienda son best sellers del pasado, olvidados hace ya mucho tiempo. Por la noche, con la corriente del aire acondicionado, las páginas de piel de los fantasmagóricos libros se mueven. Frente a la puerta de entrada, en la que, sobre una hoja amarillenta, los horarios de apertura aparecen escritos con una caligrafía elaborada y una tinta empalidecida, se hallan los tristes restos de una bicicleta negra de caballero, amarrados a un pedazo de tubería.

Stuart Dunhill se recoloca la gabardina.

—¿Entramos?

Durante el camino desde el hotel me ha hablado del hombre al que vamos a ver. Luigi Fiacchini es una leyenda en el mercado negro de libros antiguos. Conoce a todo el que desempeña algún papel en el gremio: libreros, bibliotecarios, editores y coleccionistas. Se codea con los honrados y decentes, al igual que con los timadores: bibliófilos y bibliófilas de Milán y Florencia, Viena y París, Hamburgo y Londres, San Petersburgo y Moscú, Oslo y Estocolmo, Copenhague, Helsinki y Reikiavik, Nueva York y San Francisco, Hong Kong y Singapur, Buenos Aires, Santiago y Río de Janeiro, Sidney y Ciudad del Cabo. Desde su base en Roma, Luigi Fiacchini ha mediado en la venta de varios de los libros y colecciones de libros más caros del mundo. Fue el intermediario cuando el Opus Dei compró una copia del siglo V del Evangelio según San Lucas y los rumores dicen que fue Luigi quien localizó el manuscrito de la obra perdida *Love's Labour's Won* escrito por Shakespeare y por el que se dice que un coleccionista de los Emiratos desembolsó cincuenta millones de dólares. Fue también responsable de la venta, por 2,8 millones de libras, de las

cuarenta primeras ediciones existentes de las obras completas de Shakespeare, impresas siete años después de la muerte del maestro. Stuart ha oído decir también que Luigi estaba implicado en la subasta que Sotherby's de Londres realizó del primer atlas impreso del mundo, un documento de 1477 basado en los trabajos del siglo ii del geógrafo Claudio Ptolomeo y por el que se pagaron 26,5 millones de coronas noruegas.

Al entrar nos cruzamos con un hombre. Nuestras miradas se encuentran durante la décima parte de un segundo y tengo la sensación de haberlo visto antes en alguna parte; sin embargo, nada indica que él me reconozca, y lo olvido en el momento en que la estridente campanilla de la puerta anuncia nuestra llegada.

La humilde fachada de la tienda de libros antiguos —un escaparate y una puerta— me ha hecho creer que se trataba de un local diminuto, pero la tienda es enorme. Primero se entra a una estrecha sección con un mostrador y una anticuada caja registradora, y las paredes cubiertas de libros de arriba abajo. Más hacia el interior, la tienda se amplía: parece una biblioteca. Miles de libros colman el laberinto de estantes, mostradores, baúles, mesas y estanterías. El aire está saturado del extraño olor a libros: papel y polvo de papel, encuadernación, cola y una pizca del sudor de los protagonistas que libran sus batallas entre las cubiertas del libro.

Stuart me da un codazo.

Me he imaginado a Luigi Fiacchini como un aristócrata italiano, alto y distinguido, con el pelo canoso y sabiduría en la mirada. La criatura que nos da la espalda y que, tras murmurar «Un momento, un momento» mientras coloca unos libros, se gira con una serie de movimientos espasmódicos para ver quién ha venido a interrumpirlo, es baja y de espalda encorvada, tiene poco pelo y unos ojos turbios que miran en direcciones distintas. Lo único que le falta es una joroba, una piel con escamas y una lengua muy larga.

—¡Stuart! —exclama.

—¡Luigi! —responde Stuart.

Se estrechan las manos con tal intensidad que da la impresión de que ambos están poniendo todo su empeño en reprimir su deseo de abrazarse.

Stuart me presenta. Luigi me contempla con la curiosidad ilimitada que sólo se puede permitir una criatura deforme que se encuentra con otra.

—Mister Beltø! Causaste bastante revuelo en mis círculos cuando confiscaste el cofre de los secretos sagrados. Es una pena que no sacaras el cofre al mercado. ¡Te habrías hecho multimillonario!

Su risa suena al viento que agita las páginas de los libros, como si la risa fuera un efecto auditivo y no la manifestación de la alegría del ánimo.

Es mucho más bajo que yo y tiene uno de los ojos cubierto por una película gris.

—Estoy ciego del ojo izquierdo. Pero, al igual que el trol, ¡tanto mejor veo con el

otro!

Luigi se agarró de joven a un puro medio encendido que desde entonces se niega a soltar. Sostiene que, en línea oblicua, proviene de Leonardo da Vinci, pero a mí me parece que podría parecer el descendiente perdido de algún moro español que pasó un buen rato con una burra.

—Un momento, caballeros —nos dice, y tras salir disparado hacia la puerta, la cierra con llave y baja una cortina.

Con la pasión de un gran amante, nos muestra la tienda, que está organizada conforme a un patrón temático que no consigo captar del todo. Nos enseña ediciones raras: una versión de *Le Avventure di Pinocchio* con la firma del autor, Carlo Collodi; una impresión ilustrada del siglo XVIII de *La Divina Commedia* de Dante Alighieri, una primera edición de *Il Principe* de Maquiavelo y unas pruebas de imprenta de 1979 de *Il Nome della rosa* de Umberto Eco, con las correcciones del autor.

Luigi extiende las manos y le pega una bocanada a su puro:

—Aquí tengo varios miles de los libros mejor escritos del mundo y todos y cada uno de ellos suplican ser releídos.

En la segunda planta, subiendo por unas escaleras de caracol que están bloqueadas por una fina cadena de hierro y un cartel donde pone «Riservato», está el apartamento de Luigi.

No se diferencia llamativamente de la tienda. Hay libros por todas partes. En medio de la habitación ha despejado un hueco para unos sofás de piel y una mesa baja con montones de periódicos y revistas italianas.

Saca un termo con café de la cocina.

—Como te he dicho por teléfono —le dice a Stuart mientras sirve el café—, las copias de los fragmentos de los manuscritos de Asim sobre el viaje al país del norte han estado muy disputadas en el mercado de los coleccionistas desde el siglo XIX. No sabemos de dónde salen estas copias, pero algunas de ellas han acabado en el archivo del Vaticano. Las copias son fragmentos incompletos, pero parece evidente que todas proceden de un texto común que probablemente se haya perdido.

—¿Estás insinuando que todo lo que tienen en el Vaticano ya debe de estar en circulación? —inquiero.

—En absoluto. El archivo del Vaticano es infinito. Todo depende de cómo busques y de las referencias que te ayuden a seguir buscando. A pesar de que los investigadores y los coleccionistas han inspeccionado el archivo con todo detalle, ninguno ha sabido exactamente qué estaban buscando. Si se te pasa un solo documento, pierdes el hilo conductor que te conduciría hasta tu meta. Además, hasta ahora... —y vuelve a mirarme—, la información fragmentaria no había empezado a adquirir sentido.

—¿Qué podemos esperar encontrar?

—Uno de los fragmentos trata sobre un ataque al templo de Asim. Otro es una especie de carta de viaje que describe la navegación al fin del mundo.

—Puesto avanzado —corrige Stuart.

—Puesto avanzado, por supuesto. Ya en el siglo XII, el Vaticano consiguió ubicar este puesto avanzado (Noruega), pero el problema es que nadie sabía exactamente dónde en Noruega. —Me mira con una interrogación en los ojos y yo me encojo de hombros—. Otro problema ha sido identificar los documentos que realmente están vinculados con el asunto.

—La mayor parte de ellos parecen estar marcados.

—¿Marcados? ¿Cómo?

—Con tres símbolos: un ankh egipcio, el signo rúnico ty y una cruz.

La mirada de Luigi se me pierde.

—Oh cazzo... —exclama. Luego vuelve a concentrarse—: Creo que alguien habría encontrado hace ya mucho tiempo la carta de viaje de Asim, si el manuscrito hubiera estado realmente alguna vez en los archivos del Vaticano.

—No necesitamos necesariamente una versión completa —dice Stuart—. Toda pista, por pequeña y breve que sea, puede sernos de gran ayuda.

—¿Y esperáis encontrarla en el Archivum Secretum Apostolicum Vaticanum? ¿En el archivo secreto del Vaticano?

—Si nos dejan entrar.

—El archivo no es tan secreto como hace creer su nombre. Algunos piensan que la palabra secretum hace referencia a «separado» y no a «secreto». Ya en 1881 se abrió el archivo a visitas restringidas. Es cierto que hay que solicitar permiso para entrar, pero hoy en día visitan el archivo unos mil quinientos investigadores al año.

—Una misión imposible. Tanto conseguir entrar como buscar algo.

—Bueno, no está tan claro. Varios de los archiveros pertenecen, digamos, a mi gremio bibliófilo. Me deben algunos favores. Voy a conseguir un pase y un archivero con dedicación que sabe dónde están las cosas.

Agradecido, le estrecho la mano.

—No se puede decir que el llamativo hallazgo que hizo Stuart en 1977 contribuyera a calmar el interés por los manuscritos y los mapas de Asim —dice Luigi—. Pero con la arrogancia que los caracteriza, los círculos científicos dejaron el asunto en manos de ambientes más privados.

—Se refiere a coleccionistas ilegales —dice Stuart.

—¿Has dicho mapas?

—Sí, ¿no sabías tú eso? Al parecer existe al menos un mapa. Asim lo envió a Egipto explicando dónde están escondidos la momia y los tesoros. Es posible que haya una versión en los archivos del Vaticano, eso no lo sé, pero en todo caso no ha ayudado mucho a ninguno de los cazadores de tesoros.



—¿Entonces también comercias con mapas?

—¡Desde luego que sí! Espera, espera.

Emocionado, sale corriendo por las escaleras de caracol y vuelve con las manos llenas de rollos de papel y portafolios que deja con cuidado sobre la mesa que tenemos delante.

—Muchas veces los mapas son tan valiosos como los documentos escritos a mano. ¡Se trata de la comprensión del mundo! Del honor de los grandes descubridores: Marco Polo, Cristóbal Colón, Vasco de Gama, Hudson, Nansen, Amundsen, Heyerdahl.

Despliega una hoja:

—Esta es una copia facsímil del mapamundi de Mercator de 1569. Podéis reconocer Escandinavia, el extremo norte de Escocia, Islandia y partes de Groenlandia, pero mucho es pura fantasía. Mercator se basó en el testimonio que dejó un monje marinerero que, en el siglo XIV, escribió un libro llamado *Inventio Fortunata*. Desgraciadamente se ha perdido. Vinland fue descrita por primera vez, en fuentes escritas conocidas, por el geógrafo e historiador Adam de Bremen en el libro *Descriptio insularum Aquilonis*, en torno al año 1075. Es decir, había pasado ya un buen tiempo desde que Leiv Eiriksson avistó Vinland. El mapa del papa Urbano, de 1367, insinúa que existen algunas grandes islas, la costa americana, muy al oeste del océano Atlántico. El controvertido mapa de Vinland, *Mappa Mundi*, probablemente sea un mapa de América. El pergamino está datado como del siglo XV, pero los científicos no se ponen de acuerdo sobre la antigüedad de la tinta. En la colección de sir Thomas Philip hay un mapa de 1424 que muestra detalles de la costa este de América, y en el que aparecen incluso Georgia y Florida.

—Lo que faltaba —jadeo—. ¡América! Será mejor que nos atengamos a nuestro propio continente.

—Como quieras.

Pruebo el café, que está fortísimo, y le pregunto a Luigi si no le preocupan los ladrones de tiendas.

—Al fin y al cabo —digo—, un ladrón reuniría aquí en la librería cosas más valiosas que si robara un banco.

—¡Cierto, cierto! —Luigi se acerca a la barandilla de las escaleras. En una talla de la columna hay un botón incrustado—. Tengo quince interruptores de éstos esparcidos por la tienda. La alarma conecta directamente con la policía. Tardan un par de minutos en llegar. En los libros más valiosos he escondido sensores electrónicos que hacen saltar una alarma en caso de que el ladrón se acerque a la puerta. —Golpea el cristal que da al callejón—. Cristales blindados. No se rompen ni con un martillo. Si quieres atravesar esta ventana, necesitas explosivos.

—Por lo que tengo entendido —dice Stuart tentativamente—, has estado en

contacto con el jeque Ibrahim, ¿no es así?

Luigi alza la mirada como un animal que percibe el peligro.

—Todo aquel que tenga cierto peso en el mundo internacional de los libros y manuscritos antiguos ha estado en contacto con el jeque Ibrahim.

—¿Lo conoces bien?

—Nadie que diga que conoce bien al jeque lo conoce.

—¿Le has comprado o vendido algo?

Luigi me estudia con su único ojo.

—En mi profesión la discreción es la clave del éxito. Desvelar algo sobre los clientes, ya sean vendedores o compradores, sería una indiscreción.

—Lo que queremos saber es por qué el jeque Ibrahim se ha interesado por el sumo sacerdote Asim y el tesoro que robaron los vikingos —dice Stuart—. ¿Es el propio tesoro lo que está buscando? ¿Es la momia? ¿O son los escritos que se guardaban en las vasijas?

—El jeque siempre ha estado interesado en los objetos antiguos y en los manuscritos.

—Pero ¿cómo ha llegado a conocer la historia sobre Olav el Santo y Snorre?

—Tal vez leyera el National Geographic en 1977...

—¿Nos puedes ayudar en alguna dirección? —pregunta Stuart.

—Lo investigaré un poco.

Stuart me guiña un ojo. Tengo la impresión de que, en el lenguaje de Luigi, «lo investigaré un poco» significa «lo averiguaré».

—No vayáis a pensar que os lo hago como favor —añade con intensidad, como si hubiera visto nuestras sonrisas de autocomplacencia y quisiera bajarnos un poco los humos.

—Por supuesto que no —dice Stuart—. No se me pasaría por lo cabeza pensar que no quieres nada a cambio.

—Amico —se ríe—. Tú me conoces. Mis motivos, y lo digo abiertamente, son exclusivamente egoístas. Me parece poco probable que la caza del tesoro del jeque Ibrahim sea una torpe acción de búsqueda de un estúpido documento escrito por unos monjes en el siglo XV. El jeque Ibrahim intuye grandes cantidades de dinero. Y si están en juego grandes cantidades de dinero, no tengo nada en contra de sumarme a la danza en torno a la vaca de oro.

La sala de lectura del Archivum Secretum Apostolicum Vaticanum es larga y estrecha, y tiene en el techo una bóveda decorada con frescos, como la de una iglesia. En medio de la habitación se encuentran las mesas de lectura, con espacio para dos o tres investigadores: hay tantas que abandono el intento de contarlas. La pared interior

está cubierta por libros que se extienden por una altura de dos plantas.

Un recepcionista nos conduce a través de varias estancias y salas con las paredes cubiertas de paneles hasta la altura del pecho, pinturas en los techos y librerías de madera oscura. A nuestro alrededor, investigadores con pinta de pasar muchas noches en vela están sumergidos en las nubes del polvo local.

Tomaso Rossellini es un hombre pequeño y rechoncho. Sus ojos marrones nos miran con curiosidad tras unas gafas cuadradas de montura dorada. Nos espera delante de su despacho.

—¿Así que sois amigos de Luigi? —dice en tono conspiratorio mientras nos estrecha la mano. La insinuación de una sonrisa tira de la comisura de sus labios.

—¿Y quién no lo es? —responde Stuart animado provocando en Tomaso una risa completamente silenciosa. Tienes que pasar varias décadas trabajando de bibliotecario o archivero para perfeccionar una risa inaudible. Probamos con algunas frases de cortesía sobre el lugar y le hacemos saber lo agradecidos que estamos por tomarse el tiempo de ayudarnos, pero nos detiene con un gesto de impaciencia—: Luigi me ha dicho que estáis buscando documentos y cartas relacionados con cierto sumo sacerdote egipcio, Asim, del culto a Amón Ra, vinculado con el santo noruego Olav. ¿Me permitiríais, por mera curiosidad, preguntar por qué?

—Estamos intentando documentar que hubo contacto entre las antiguas culturas nórdicas y egipcia —se apresura a responder Stuart vagamente—. Creemos que la fe de åsa, la religión de los antiguos nórdicos, tiene tantas influencias de la enseñanza egipcia sobre los dioses, como de la mitología germánica y celta.

Tomaso nos mira mientras su disco duro emplea un nanosegundo o dos en elaborar, categorizar y archivar esta información. Probablemente no seamos los primeros investigadores que acudamos a él para demostrar una hipótesis imposible.

—He reunido una serie de referencias de archivo relacionadas con las personas, la temática y las materias vinculadas. Pero por causas naturales, ¡la falta de tiempo!, no he podido revisar personalmente el material. —Nos tiende tres hojas con referencias en letras y en números—. Las referencias más antiguas tienen novecientos cincuenta años, pero hay referencias cruzadas desde el siglo XII hasta principios del siglo XVI. —Nos explica qué cosas podremos localizar nosotros mismos y cuáles nos tendrán que ayudar los archiveros a encontrar. Las últimas son la gran mayoría—. Nuestro archivo abarca las colecciones de 264 papas desde el siglo V. Y no se trata sólo de material religioso, sino que se puede encontrar de todo, desde una carta de Miguel Ángel para recordar un pago hasta las cartas de amor de Enrique VIII. Pero hay que saber lo que se busca. ¡El archivo es enorme! Las estanterías, que están repletas, ocuparían ochenta y cinco kilómetros en línea. Tengo que advertiroslo: sólo una pequeña parte de los textos están traducidos. En el mejor de los casos están traducidos al latín.

—Yo manejo el latín, el griego, el copto, el hebreo, el arameo y el italiano antiguo —dice Stuart. Ante nuestras asombradas miradas, replica—: Fue parte de mi formación básica.

3

Tomaso nos conduce a la sala de lectura y después nos acompaña al archivo. Gran parte del material se almacena en los sótanos, donde las filas de estanterías se pierden en la eternidad. Después de que un conservador ha reunido diligentemente lo que le pedimos, nos llevamos de vuelta a la sala de lectura dos cajones de cartón con cajas, archivadores, protocolos y portafolios.

Luego nos acomodamos y empezamos la búsqueda.

Stuart y yo pasamos horas y horas encorvados sobre libros reventados y documentos a punto de desintegrarse, hojeando material que roza levemente el exterior del enigma.

En un texto encuentro una referencia cruzada a una carta dirigida al «maestre general Stephanus Scannabechi», con las palabras clave de «Noruega» y «Dollstein». Stuart hojea una bula que lanzó el papa Anastasio IV, poco antes de su muerte en 1154, en la que se decidía que Nidaros sería la sede del arzobispado de Oslo, Hamar, Bergen, Stavanger, las islas Órcadas, las Hébridas, las Feroe y Groenlandia.

Encontramos numerosas referencias al *Diplomatarium Norvegicum*, una obra de veintidós volúmenes con más de veinte mil cartas del medioevo noruego, algunas de las cuales se remontan al siglo XI.

En el revoltijo de información, leo una carta de noviembre de 1354 donde el rey Magnus nombra a Pal Knutsson comandante de una expedición oficial para reforzar el cristianismo en Groenlandia. Luego, en un documento de 1450, aparece una referencia al «ataque a los bárbaros de Groenlandia» y a «algunos de los salvajes que consiguieron huir».

En una pila de escritos sobre san Magnus, descubro una bula del papa Celestino III, que en 1197 declaró santo a Ragnvald Orknøyjarl, duque de las islas Órcadas.

Más sorprendente es la referencia a un pergamino de 1131 donde el caballero Clemens de Fieschi, en una carta al cardenal obispo Benedictus Secundus que a su vez se refiere a un informe previo, argumenta que el mismo Ragnvald debió de adelantársele y vaciar la gruta de tesoros.

¿Gruta? ¿Tesoros?

De Fieschi propone en la carta que el Vaticano establezca una alianza con una rama de la familia de Ragnvald que es desleal y se opone al duque.

La información me estimula por varios motivos.

Ragnvald Orknøyjarl es el mismo cruzado que, según Adelheid, buscó un tesoro en la gruta de Dollstein.

¿Llegaría a encontrar el tesoro?

¿Qué papel desempeñó?

¿Fue él uno de los custodios que salvó la momia, los textos y los tesoros de las garras del Vaticano, o era un cazador de tesoros?

En 1137 —pocos años después de que visitara Dollstein— Ragnvald puso en marcha la construcción de la catedral de San Magnus, en Kirkwall, en las islas Órcadas, para honrar a su tío Magnus, que había muerto martirizado. A principios del siglo XX, cuando la catedral se restauró, los obreros encontraron los esqueletos de Ragnvald y su tío Magnus escondidos dentro de los pilares del coro.

Según las crónicas, Ragnvald Orknøyjarl fue asesinado por sus propios parientes en 1158, en Caithness, Escocia, en una lucha por el poder. La carta de De'Fieschi insinúa que fue liquidado por unos traidores en nombre de una congregatio del Vaticano.

El asesinato de Ragnvald en 1158 me hace pensar en el destino de mi amigo el clérigo Magnus.

#### 4

Hora y media más tarde, Stuart encuentra un documento que nos deja a ambos sin respiración.

En el documento, que lleva el sello partido de la comisión de cardenales y una cinta de seda hecha jirones, se dice abiertamente que el Vaticano está informado de que «bárbaros del país de la nieve» han hecho una incursión en Egipto y se han llevado «una momia sagrada, textos en papiro invalorable y grandes tesoros».

—¿Se puede decir con mayor claridad? —Stuart tiene lágrimas en los ojos. En estos momentos creo que la esperanza de ser rehabilitado es más importante para él que la cámara mortuoria y el saqueo vikingo.

Según el documento, dos emisarios egipcios —el califa al-Mustarshid y un sumo sacerdote sin nombre— habían acudido al Vaticano para presentar su caso. La visita coincidió con la traducción de la carta en copto del egipcio Asim, que en ese momento llevaba más de un siglo acumulando polvo en los archivos del Vaticano.

El mensaje de los egipcios y la carta copta debieron de impresionar al Papa. Ese mismo año se envió a Noruega una primera delegación, por orden del papa Inocencio II y bajo el mando de Clemens de'Fieschi.

Junto al documento encontramos una carta que se envió por mensajero al maestre general Scannabechi del Vaticano —tiene que ser la carta de la que antes encontramos una referencia—; Clemens de'Fieschi, sin humildad alguna, firma su informe como «Escudero del Señor»:

*Para su Alteza Serenísima  
Maestre General Stephanus Scannabecchi  
Santa Sede; Curia Romana  
Vaticano.*

*Mi señor:*

*El cardenal obispo Benedictus Secundus, en nombre del Santo Padre, me ordenó dirigir a un grupo de hombres letrados y armados que se encaminaban a Noruega, al norte de la civilización, para intentar rastrear un manuscrito sagrado en papiro. Entre mis hombres había representantes del Vaticano, de la Orden del Temple, de la Orden de Malta y algunos hombres de confianza del califa de Egipto. El califa envió a sus hombres para que recobraran una momia (embalsamada según la costumbre pagana egipcia) y el resto del contenido de la cámara mortuoria de la momia, al parecer oro, piedras preciosas y obras de arte.*

*Desgraciadamente todo indica que los noruegos sabían de nuestra expedición, aunque no he logrado averiguar cómo. Indirectamente pueden haber sido alertados por los emisarios sanjuanistas o por los exploradores que envió por delante el cardenal obispo Secundus a fin de que nos ayudaran a encontrar pistas, o tal vez por individuos de lengua suelta de los monasterios y albergues en los que nos fuimos alojando por el camino y que pueden haber transmitido información sobre nuestras inquisiciones y conversaciones.*

*Siguiendo el consejo que nos dieron en un pueblo de Dinamarca llamado Domus Mercatorum, o Kaupmannahafn, donde conocimos a varios comerciantes y cazadores que habían viajado mucho por Noruega, navegamos hasta Ásló, el pueblo situado sobre la llanura de los dioses, al abrigo del monte, desde donde se podía seguir a caballo hacia el oeste, primero a través de fértiles valles y después cruzando poderosas cadenas montañosas; esto se nos recomendó frente a navegar en dirección al norte por la peligrosa y salvaje costa pedregosa, donde podían surgir de la nada olas del tamaño de una casa y donde un monstruo marino llamado hafgufa <sup>[5]</sup> podía hundir grandes naves.*

*A nuestra llegada a Noruega, sin embargo, nos sorprendió un severo invierno, que trajo consigo enormes cantidades de nieve y gélido frío, que nos forzó a pasar seis meses en un monasterio noruego esperando a que se retirara la nieve. Dos de nuestros hombres perdieron la vida como consecuencia de las enfermedades provocadas por el frío.*

*A partir de los mapas y descripciones de un siglo de antigüedad del egipcio Asim, sumo sacerdote del culto de Amón Ra, creímos poder localizar la ubicación de una gruta que llevaba el nombre de Dollstein en una isla en la costa del noroeste. La localización casa bien con las descripciones de Asim.*

*Por consideración al valioso tiempo de mi lector, no me explayaré sobre lo que*

nos encontramos en los bosques tupidos y oscuros que conducían a las elevadas lagunas que debíamos forzar para encontrar nuestro destino definitivo. Me conformaré con comunicar que nos topamos con varias tribus hostiles de hombres salvajes, trolls y monstruos, y que, en los enfrentamientos con ellos, nuestro grupo perdió a cinco valerosos soldados.

Llegamos a la isla de Doll por la tarde y montamos el campamento sobre una llanura donde hicimos una fogata y asamos unas cuantas aves. Venía con nosotros un lugareño que nos prometió ayudarnos a cambio de una moneda y de la bendición del Santo Padre. Desde el campamento podíamos ver Dollstein sobre el extremo del cabo, en el flanco oeste de la isla junto al fiordo.

Al amanecer de la mañana siguiente, galopamos a lo largo del lago hasta llegar a la montaña, donde amarramos los caballos y dejamos a dos hombres de guardia.

La montaña era escarpada, irregular y resbaladiza. Al cabo de unos doscientos pasos cuesta arriba, frente al mar abierto, está la entrada de la cueva, que recuerda a un agujero que conduce directamente al infierno. Un túnel empinado, estrecho y resbaladizo conduce hacia las profundidades.

Tuvimos que iluminar nuestro camino con antorchas y trepar con cuidado por los deslizantes bloques de piedra. El aire estaba helado. Finalmente llegamos a una gran sala, desde donde seguimos avanzando por angostos pasajes y por encima de altos muros. De este modo encontramos hasta cinco cuevas, una detrás de otra. En total, la gruta tenía muchos cientos de pasos de profundidad, pero los lugareños sostienen que el conjunto de las grutas se extiende bajo el mar hasta llegar a Escocia. Muchas leyendas hablan de un gran tesoro que se encontraría dentro de la gruta. A lo largo de la costa corría el rumor de que Ragnvald, conde de las Órcadas, había estado en la isla hacía dos años buscando un tesoro.

Nos adentramos en la gruta tanto como nos fue posible. Su Alteza Serenísima, maestre general Scannabecchi, me pesa comunicar a Su Excelencia que la gruta, a pesar de nuestra minuciosa inspección, resultó estar vacía.

Con humilde respeto,

Clemens de'Fieschi, escudero del Señor

Veinticinco años después de la primera expedición malograda, el papa Adriano IV —que visitó Noruega y Hamar en 1153-1154 cuando aún se llamaba Nicholas Breakspear— designó una comisión para que estudiara el misterio. El documento hace entender que la misión de Breakspear en Noruega guardaba relación con la caza del tesoro. El papa Alejandro III envió un nuevo grupo de soldados hacia el norte

alrededor de 1180, coincidiendo con la construcción de la iglesia medieval de Flesberg.

Cincuenta años más tarde, en 1230, partió otro grupo enviado por el papa Gregorio IX.

1230... Recuerdo el texto de la iglesia de Garmo: «La guardia del Papa de Roma, los sanjuanistas de Varna y los templarios de Jerusalén se han confabulado. Oculta está la sagrada cámara mortuoria tal y como indicó Asim.»

En un portafolios catalogado con los números romanos LXVII está la carta cuya copia me enseñó Stuart en el Instituto Schimmer —la carta que consiguió enviar el sumo sacerdote Asim desde Ruán, que iba dirigida al califa de Egipto, pero que no pasó del Vaticano.

Con los dedos temblorosos por la emoción seguimos hojeando los montones de papeles y pergaminos que los severos monjes y pulcros archiveros del pasado han rodeado de un tejido de frágiles y veladas referencias.

## 6

Hacia el final del segundo día, cuando la luz dorada del sol de la tarde entra oblicuamente por las altas y profundas ventanas, encuentro un portafolios de piel. Aunque al abrir el dossier no comprendo una sola palabra, entiendo intuitivamente que he encontrado dos breves fragmentos de la historia de Asim, como se insinuaba en la carta que encontramos en Egipto.

—Copto —dice Stuart. Junto al texto hay una traducción al latín y, con los dos documentos, Stuart lee el texto en voz alta:

Sagrado Osiris, ¡apestan! Como sucias bestias, como cochinos con los intestinos enfermos y tejones gangrenados, apestan el aire con el olor de sus cuerpos: los rancios olores del sudor, de eructos pestilentes, de gases intestinales fermentados, de pies encerrados y de órganos sexuales no aseados; de sus ropas emana el hedor de los restos de orín y excrementos viejos, de sudor, sangre y [...].

[...] no tienen miedo y son crueles y brutales. Luchan con salvajismo contra cualquier enemigo. Incluso heridos de muerte o con miembros cortados, continúan luchando. Los hombres valientes que mueren en la batalla son conducidos por las valquirias a un paraíso que llaman Valhalla, donde los caídos se convierten en einherjer y pueden luchar, comer y beber eternamente [...].

## 7

Animado y confuso por el hallazgo de los viejísimos textos, vagabundeo por las calles de Roma. Stuart se ha quedado en el Vaticano para hacer copias.

El sol está templado. Las vespas avanzan en zigzag entre los coches que embisten



contra los atascos de la tarde. A lo lejos tañen las campanas de una iglesia, claras y limpias, y reciben respuesta de otras. En las terrazas de las cafeterías, los turistas y los romanos beben diminutos cafés en torno a diminutas mesas. En la Piazza Venezia atravieso una bandada de palomas que se abre y se cierra como una cremallera.

El corazón no se me quiere calmar. ¿Es posible que el tesoro de Asim siga en la gruta de Dollstein, tal y como dijo Adelheid? ¿O se lo llevó Ragnvald Orknøyjarl y lo escondió en la catedral de San Magnus?

En la calle paralela, al otro lado de la plaza, un coche de policía se abre paso con ayuda de la sirena. En algún lugar pita un coche. Un autobús regurgita turistas.

Recuerdo la primera vez que estuve en Roma. Me llevó más de una hora encontrar la Roca Tarpeya. Pasé un montón de horas en el Coliseum imaginándome el rumor de las masas y aguanté el calor de las ruinas del Forum Romanum. Una cálida noche de terciopelo paseé solo entre las parejas de enamorados de los restaurantes de Trastevere.

Tengo que pararme en seco cuando una vespa sale disparada de un portal y es absorbida por el tráfico. Una paloma indignada, que ha encontrado un pedazo de pan, se niega a apartarse. Sin prestar atención doy un paso hacia la calzada, pero alguien me coge del brazo y me trae de vuelta en el momento en que un Alfa Romeo pega un frenazo y me pita. Me vuelvo para darle las gracias al desconocido que me ha salvado de morir atropellado, pero ya me ha dado la espalda y se aleja medio corriendo en dirección contraria.

Desde una cabina de teléfono llamo a Ragnhild, de la policía de Oslo, para averiguar si hay algo nuevo.

—Ahí estás —me dice como si fuera un criminal a la fuga. Me cuenta que han encontrado el escondite de Hassan en Oslo. Una inmobiliaria les había vendido un piso en Frogner. Cuando la policía entró en el piso encontraron armas y equipo de vigilancia, pero no había un alma.

Mis pensamientos son un caos. Camino de vuelta al hotel sobre el alto de Quirinal.

## 8

En la recepción del hotel me aguarda una invitación, escrita en una bella caligrafía sobre un grueso papel de tina, para una reunión del club de caballeros bibliófilos de Luigi que se celebra esa misma tarde a las 20.00 horas.

Cojo el ascensor hasta la quinta planta.

Alguien ha estado en mi cuarto.

La habitación sigue exactamente tal y como la dejamos la limpiadora y yo. La cama está hecha. La papelera, vacía. Pero los diminutos fragmentos de hilo que dejé en las cremalleras del neceser y entre la pila de libros y papeles de la mesa han

desaparecido.

Alguien ha estado buscando algo que no ha encontrado.

¿Hassan? ¿Sabe que estoy en Roma? ¿Por qué no me ha cogido?

Me coloco en la ventana con vistas sobre el mosaico de tejados y cúpulas de iglesias de la gran ciudad. A través de la bruma, al otro lado del Tíber, vislumbro la basílica de San Pedro. Abajo en la calle, vis a vis con la entrada del hotel y detrás de un ejemplar del Corriere della Sera, hay un hombre apoyado en una farola. En realidad no tiene nada de especial, tal vez por eso despierte mis sospechas.

# La Biblia de Satán

## 1

El club de caballeros de Luigi se encuentra tras unas puertas de caoba en la tercera planta de un respetable edificio de Via Condotti, muy cerca de la escalinata de España, en un barrio que parece pensar que aún sigue en el pasado, aunque no acaba de decidirse por el estilo de época que quiere tener. Uno de los hermanos de la logia, o un lacayo, la verdad es que no acabo de distinguirlos, nos ha dejado pasar y luego ha desaparecido. Veinte o treinta hombres con trajes oscuros están congregados en el salón. La mayoría bebe coñac. El humo de los cigarros es tan denso que me lloran los ojos.

—¡Bjørn! ¡Stuart!

Luigi surge de un círculo de caballeros, deja su copa de coñac sobre el estante de un espejo y el puro en un cenicero, y aplaude enérgicamente con las manos.

—Caballeros —grita—, permítanme presentarles a Bjørn Beltø. Todos sabéis cómo actuó para salvar el cofre de los secretos sagrados.

Aplausos sueltos.

—Y Stuart Dunhill. ¡El arqueólogo que demostró la visita de los vikingos a Tebas!

Stuart hace una leve reverencia.

Luigi nos va presentando a los hermanos de la logia mientras nosotros estrechamos la mano de todos y cada uno de ellos. Uno de los miembros de la asociación bibliófila es Tomaso, del archivo secreto del Vaticano. Otro es el propietario de la mayor cadena de librerías de Italia. Varios tienen librerías de viejo, como Luigi, y otros son bibliotecarios, aunque también hay varios escritores y un editor de Bombiani, además de un puñado de hombres cuya ocupación se mantiene bajo un velo de discreción. Los nombres que me susurran se evaporan inmediatamente de mi miserable memoria.

Uno de los hombres me estrecha la mano durante más tiempo de lo habitual.

—Bjørn Beltø... Así que eres tú.

Debe de tener unos sesenta o setenta años. Aún es un hombre guapo: alto, de rasgos limpios, y el pelo largo y peinado hacia atrás.

En el momento en que me suelta la mano, me la coge un hombre gordo sin pelo que murmura que es mi ammiratore.

—En una carta a mis hermanos me he permitido mencionar la misión que os traéis entre manos —dice Luigi—, y estoy orgulloso de que nuestra humilde red haya encontrado algo que os pueda ayudar a seguir. Y esperamos —añade— que a cambio

vosotros también nos podáis ayudar.

Su voz ha adquirido un tono ceremonioso. El grupo de caballeros canosos y elegantemente vestidos brinda por sí mismo.

—Permitidme que os presente al club. Tú, y todos los que conocen la existencia de nuestra exclusiva hermandad, sabéis que somos un club de caballeros bibliófilos. Cosa que somos, naturalmente. Pero el club se fundó en 1922 con un objetivo especial y oculto.

—¿Oculto?

—Creo que la mayoría de la gente lo consideraría así.

—¿Por qué?

Luigi alza su copa de coñac.

—Te lo diré sin ambages: estamos buscando la Biblia perdida de Satán.

Se hace tal silencio en la sala que los lejanos sonidos de la ciudad penetran a través de las ventanas. Una cuña de angustia se abre paso en mi pecho.

—¿Sois satanistas?

La habitación entera explota en una carcajada.

Luigi me da unas palmaditas en el hombro.

—No, no, no, amigo mío. No somos satanistas. No adoramos a Satán. Nuestro interés es puramente académico. Nos interesa el papel y la función de Satán en la Biblia y en la mitología cristiana y judía.

—¿El papel de Satán?

—Sabemos que existe una Biblia perdida (aunque sería más preciso decir una colección de textos) que procede de la era precristiana. Estos manuscritos cuentan la historia de la vida y la visión del diablo, formulada por sus seguidores, del mismo modo que la Biblia habla de la vida y leyes de los profetas y Jesús.

—Caramba.

—La razón por la cual te desvelamos nuestro secreto es que creemos y esperamos que el manuscrito que tienes en tu poder sea la Biblia de Satán.

Rumio el nombre. La Biblia de Satán suena a una maldición pagana.

—¿Cómo se os ha ocurrido tal cosa?

—Deducciones, suposiciones, adivinanzas. Una versión de la Biblia satánica se trasladó quinientos años antes de Cristo desde Mesopotamia a Egipto, donde acompañó a un hombre santo a la tumba. Éste puede haber sido el manuscrito que se llevaron tus antepasados los vikingos.

—¿Y entonces la momia es el mismísimo diablo?

De nuevo una oleada de alegre risa recorre la sala.

—¿Qué os hace creer que estos escritos satánicos estaban en la cámara mortuoria de la secta de Amón Ra? —pregunto.

—Lo que me hizo pensar en ello fueron los tres símbolos que mencionaste: ankh,

ty y cruz. Recordé que ya me había topado con esa combinación de signos en una ocasión, pero no recordaba dónde ni cuándo. Así que pregunté a mis hermanos.

Uno de los hombres de más edad, Marcello Castiglione, da un paso hacia el exterior del círculo de caballeros y se saca un papel del bolsillo de la chaqueta.

—Ésta es una copia fotostática de un diario que escribió Bartolomé Colón, el hermano de Cristóbal, durante un viaje al mar del Caribe —dice Marcello Castiglione en un inglés burdo, pero preciso.

Me pasa la hoja, que está escrita con una cuidada caligrafía llena de lazos y adornos.

—No creo que entiendas gran cosa de lo que pone, pero me gustaría dirigir tu atención hacia esto... —me dice señalando más o menos la mitad de la hoja.



—¿Cómo? —digo.

Por sus sonrisas deduzco que se están divirtiendo a costa de mi asombro boquiabierto.

—¿Dices que esto lo escribió el hermano de Cristóbal Colón?

Marcello Castiglione asiente con solemnidad.

—¡Increíble! —exclama Stuart—. ¡Esto es completamente nuevo! ¡Bartolomé Colón!

—¿Por qué dibujó Colón estos símbolos?

—Nadie lo sabe —responde Luigi—. Denominaba esta combinación de signos el «Símbolo de los custodios».

—Bartolomé Colón hace referencia en su diario a una carta sellada que se le pidió que trajera de vuelta a Europa —dice Marcello Castiglione—. No dice ni una palabra sobre quién le entregó la carta en una isla caribeña recién descubierta, pero sí desvela a quién va dirigido el sobre.

Hace una pausa teatral:

—«Arzobispo Erik Valkendorf de Nidaros en el reino de Noruega.»

Reprimo un respingo.

—Por otras fuentes —dice Luigi—, sabemos que Colón efectivamente trajo consigo la carta hasta Europa, primero a Lisboa y al Vale do Paraíso, en Portugal, más tarde a España. Le entregó la carta a un obispo español que no estaba demasiado interesado en jugar a los carteros, ni siquiera por un colega arzobispo noruego. El desconfiado obispo debió de romper el sello y abrir la carta y, asustado por el

contenido, probablemente se la entregó a un representante de la Inquisición española, que estaba bajo el control del rey y no del Vaticano. A pesar de ello, la carta se menciona en el archivo del Vaticano en 1503, es decir, bajo el papa Julio II. Cincuenta años más tarde, la inquisición del Papa llevaba el nombre de «La Santa Congregación Universal y Romana de la Inquisición». Esta congregación de curas letrados clasificó la carta como un escrito de magia secreta, un escrito de brujería y, por tanto, herético.

—La Inquisición, en una forma más suave y piadosa, sigue existiendo en el día de hoy —añade Tomaso—. Ahora lleva el nombre de «Congregación para la Doctrina de la Fe» y forma parte de la administración central de la Iglesia católica.

—Nos preguntamos —dice Marcello Castiglione— qué pondría en la carta como para que no sólo asustara al obispo y lo disuadiera de entregársela a su justo destinatario, sino para que llegara incluso hasta la Inquisición.

—¿Existe la carta?

—Sí. O no. Es decir: quizá. Pero no sabemos dónde está —concede Luigi.

—Al parecer fue robada del archivo del Vaticano entre 1820 y 1825 —explica Marcello Castiglione.

—Las sospechas recayeron sobre un rico teólogo judío asentado en Praga —dice Luigi—. Había dedicado su vida a reunir escritos religiosos y estaba fascinado por el material acerca de Satán. Sospechamos que sobornó a un funcionario del archivo del Vaticano para que robara precisamente este documento. Aunque resulta incomprensible por qué un documento del Caribe del siglo XVI, aparentemente incomprensible y dirigido a un arzobispo noruego, le interesaba a un coleccionista que estaba especializado en manuscritos y documentos de Oriente Próximo.

—¿Qué pasó con su colección?

—Antes de que muriera en 1842, lo donó todo (cuatro mil seiscientas cartas, documentos y manuscritos) a una fundación administrada por su hijo Jakob. En 1934 todo fue confiscado por el famoso industrial nazi Maximilian von Lewinski. Pero nadie sabe qué pasó después con la colección. Muchos temen que se perdiera cuando la residencia de Lewinski en Dresde fue bombardeada y dejada en ruinas en 1945.

—La Biblia de Satán... —murmuro, aún sin comprender.

Marcello Castiglione adopta la postura de un cura que habla con una congregación de escépticos.

—Las diferentes líneas de fe tienen concepciones bastante distintas de Satán. El nombre Satán es hebreo y significa «opositor» o «acusador». Satán era el apreciado arcángel a quien Dios expulsó del cielo, el ángel caído Lucifer.

—No es más que una herramienta de Jesús —dice Luigi—, como lo fue Judas. Algunos consideran al demonio como el representante simbólico de la maldad. Para otros es una figura física y animal con cuernos y garras.

—Algunos, como los judíos, creen que se rodea de abundantes demonios —dice Marcello Castiglione. Su voz y su entonación levemente tentadora me hacen pensar en la de un predicador de alguna capilla rural—. Los judíos tienen dos clases de demonios: los peludos y del tipo del sátiro, los se'irimer, y los del tipo serpiente, los shedimer. En la tradición cristiana los demonios no son tan físicos. Normalmente se piensa en ellos como malos espíritus. En el siglo XVI, Johann Weyer (el escritor del catálogo de demonios *Pseudomonarchia Daemonum*) calculó que el número de demonios en el infierno era de 7.405.926, y estaban repartidos en 1.111 legiones, cada una de ellas con 6.666 miembros.

Luigi vuelve a tomar la palabra:

—El jefe de todos los demonios, Satán, siempre ha sido una figura muy controvertida. ¿Quién es, en realidad? Satán no ocupa un lugar central en la Biblia. Los mormones, en cambio, en su libro sagrado *Perla de gran precio*, reproducen un encuentro entre Moisés, Dios y Satán. Según los mormones, este capítulo formó parte en su momento de la Biblia.

—Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, Satán no es más que una herramienta del Señor para poner a prueba a los seres humanos —dice Marcello Castiglione.

—Cuando en 1947 aparecieron versiones desconocidas del primer y del segundo libro de Moisés entre los manuscritos del mar Muerto, los teólogos leyeron que «El día que el Señor cree la luz, creará también ángeles claros y oscuros» —dice Luigi.

—¿Lo entiendes? —pregunta Marcello Castiglione—. Dios creó a los ángeles de la maldad. Vete tú a saber por qué.

—Nuestra concepción de Satán ha ido variando con nuestra imagen de Dios. En el Antiguo Testamento de los judíos, Dios era severo y castigador —dice Luigi—. En el tiempo que transcurrió hasta el nacimiento de Jesús, cambió esta imagen de Dios. Dios se hizo piadoso. Muchos opinan que el Dios que aparece en el Nuevo Testamento es más suave. El perdón y la tolerancia tienen más cabida.

—Al mismo tiempo se transformó la imagen que tenía la gente de Satán —continúa Marcello Castiglione—. Se convirtió en un antidiós, exactamente lo contrario del Señor.

—Pero, aun así, Satán no gobernaba ningún reino propio —dice Luigi—. El infierno no es de Satán. En la Biblia se dice que Satán y sus ángeles fueron enviados a este mar de llamas cuando fueron expulsados del cielo. Así que el infierno existía antes de Satán. Sólo más tarde se le metió a la gente en la cabeza que Satán gobernaba sobre el infierno.

—Nuestra imagen de Satán, como una criatura medio animal con cuernos y garras, no procede de la Biblia —dice Marcello Castiglione—. Se creó en la Edad Media.

—¿Por qué?

—¡Porque nadie le temía! —Marcello Castiglione se echa a reír—. Satán no asustaba a nadie. Y la Iglesia necesitaba un demonio horrendo para manejar a las masas. Aún siguen necesitando algún espantoso monstruo.

—Uno de quienes contribuyeron en la campaña fue un monje del monasterio de Saint-Germain, situado junto a Auxerre, en Francia —dice Luigi—. En el siglo XI, Rodulfus Glaber describió a Satán como un hombre pequeño de cara atormentada, con una protuberancia por boca, perilla de chivo y orejas puntiagudas y peludas. Tenía los dientes como los colmillos de un perro, la cabeza afilada y joroba.

—Empezaron a surgir un montón de testigos —cuenta Marcello Castiglione—. El aspecto de Satán se fue volviendo cada vez más animal y menos humano. Le pusieron cuernos, pezuñas y alas. Por cierto, ¿sabes por qué los ángeles tienen alas? Los artistas les pusieron alas para explicar a la gente cómo bajaban desde el cielo a la tierra.

—¡Imagínate que realmente encontráramos la Biblia de Satán! —dice Luigi con la mirada soñadora—. Imagínate que el relato sobre Lucifer mostrara la verdadera esencia del demonio. El arcángel que se atrevió a cuestionar el modo en que trataba Dios a los hombres. El ángel que se sublevó contra Dios.

—¿Por qué pensáis que es precisamente esa «Biblia» la que encontramos en Islandia?

—Deducción —dice Marcello Castiglione.

—Y un signo matemático —añade Luigi.

—¿Matemático?

—El modo en que Colón colocó los tres signos, ankh, ty y cruz, en un esquema de nueve signos, no fue casual.

En una hoja, Marcello escribe:

Ankh. Ty. Cruz.

Ty. Cruz. Ankh.

Cruz. Ankh. Ty.

—Sustituimos cada símbolo con un valor numérico —dice Marcello Castiglione—. El número 1 representa la unidad divina en varias de las religiones del mundo. El número 2 representa la dualidad de la existencia. Hombre y mujer. Yin y Yang. Vida y muerte. Y el número 3 tiene tantas dimensiones religiosas (todo desde la Trinidad hasta los tres Reyes Magos que le entregaron regalos a Jesús) que no podemos nombrarlas todas. 1, 2 y 3 son nuestros números fundamentales. Y luego hacemos lo siguiente: transformamos la combinación de símbolos de Bartolomé en una combinación de números. Ankh es 1, ty equivale a 2 y la cruz equivale a 3. Luego, en lugar de escribirlo con números, lo escribimos todo con palabras.

1 2 3



1 3 1

1 1 2

—¿Debo deducir de estos números una conexión con Satán? —pregunto.

—¡Deduce! —dice Marcello Castiglione—. En la Biblia encontramos la relación en el manuscrito original griego del Apocalipsis. En forma numérica se mencionaba como, en forma escrita, ó o. En letras latinas: hexakoisoi hexékonta hex.

—¿Cómo? ¿Y en nuestros números occidentales?

—Querrás decir nuestros número árabes —se ríe Luigi—. Muy sencillo. ¡Súmalos!

Marcello Castiglione vuelve a dibujar el esquema:

1 2 3 = 6

2 3 1 = 6

3 1 2 = 6

= 6 6 6

—¡666! —exclamo—. ¡El número de la bestia! —En horizontal y en vertical —dice Marcello Castiglione. —Incluso en números romanos se trata de un número mágico —dice Luigi, y se lo escribe en la palma de la mano.

DCLXVI

—Si usas cada uno de los signos de las series de números romanos entre 1 y 500 una vez te sale:

IVXLCD

»Que, si te fijas, es DCLXVI al revés.

—666. El número de la bestia del Apocalipsis —dice Marcello Castiglione.

—El número que representa al Anticristo —dice Luigi. «Y una parte de las indicaciones ocultas en el códice de Snorre de Islandia», pienso para mí mismo, pero no lo digo.

Es ya noche cerrada cuando salimos del club de caballeros y volvemos al hotel caminando en silencio.

Cuando por fin me duermo, me atormenta un terrorífico sueño del que no recuerdo nada al día siguiente. Las sábanas están empapadas en sudor.

2

Cuando me he duchado y afeitado, llamo a Thrainn y le pregunto si hay algo en el texto que indique que lo que están traduciendo sus colegas pueda ser —vacilo y carraspeo— la Biblia de Satán.

—¿La Biblia de Satán? —repite Thrainn con una risotada. Tras una larga pausa, como si me quisiera dar la oportunidad de contarle que estoy bromeando, responde —: Para decirte la verdad, no tenía la menor idea de que existiera una Biblia de Satán.

—Es una hipótesis...

—En todo caso, nada indica que el manuscrito contenga algo diabólico. —Se ríe brevemente—. Pero queda aún mucho trabajo. No podemos excluir nada hasta que el manuscrito está íntegramente traducido.

Después salgo a pasear por la mañana romana, silbando una melodía de *Les Misérables*. Bajo la leve llovizna, las aceras brillan como plata y la ciudad, pausada, aún mantiene el calor de los lechos.

Ayer por la noche, antes de que saliéramos del club de caballeros, Luigi me pidió que pasara por su librería de camino al Vaticano. Quería decirme algo, con total discreción.

Stuart se ha ido ya al archivo no-tan-secreto del Vaticano. Sus maneras de caballero británico, prudente y ligeramente bebido, han sido sustituidas por un entusiasmo despierto e inquieto. Sabe que dentro de poco seremos capaces de documentar la expedición de los vikingos a Egipto y que podrá escribir un sólido artículo comprobable a posteriori y publicarlo en una revista científica. «La venganza me pertenece», dice el Señor. «Mihi vindica, ego retribuam», dicit Dominus. Pero no creo que Stuart tenga nada en contra de machacar a sus detractores, en nombre de sí mismo y del Señor.

### 3

Las campanas tañen alegremente cuando llego a la librería.

—¡Un momento, un momento!

Luigi aparece apresuradamente y me da la bienvenida con un fuerte apretón de manos:

—¡Ven, amigo mío, ven! —Cierra la puerta y me invita a subir al segundo piso—. Anoche fue un placer. Espero que no te asustáramos.

El delicado dueto «*Je crois entendre encore*» de la ópera *Los pescadores de perlas* de Bizet suena en los altavoces. Se sienta en el sofá y se reclina con un suspiro de satisfacción.

—Hermoso, ¿verdad? —Pasa un rato hasta que caigo en la cuenta de que se refiere al dueto de la ópera. Su ojo sano se humedece—: Sólo la música y las mujeres pueden proporcionarte semejante bienestar.

Me imagino a las mujeres a las que Luigi puede atraer.

—¿Querías enseñarme algo? —pregunto.

Se vuelve hacia mí y tengo la sensación de que me mira intensamente con su ojo ciego.

—La última vez que hablamos preguntaste por el interés del jeque Ibrahim por Asim —dice como introducción—. He estado haciendo algunas averiguaciones. Al parecer, uno de los colaboradores de confianza del Vaticano vendió documentos

originales y copias durante la guerra. Probablemente el desleal servidor tenía la esperanza de ganar una pequeña fortuna, pero naturalmente lo cogieron y gran parte del material fue localizado y retornado al archivo. Sin embargo, copias no autorizadas del material siguieron circulando por los ambientes de coleccionistas e investigadores, y, con el paso del tiempo, estos documentos (o copias, para ser más precisos) se fueron compilando en una colección a la que se le dio el nombre de Papeles del Vaticano. La colección consistía en copias de ciertos fragmentos de textos de los Evangelios, algunos escritos gnósticos controvertidos y varias bulas papales sobre el dogma de fe, además de algunas colecciones de textos egipcios, sobre todo coptos, que probablemente incluían algunos de los documentos de Asim. Los Papeles del Vaticano adquirieron rápidamente un cierto renombre mítico entre los coleccionistas. La colección desapareció en los años cincuenta, pero volvió a aparecer en una subasta ilegal en Buenos Aires, en 1974, tres años antes de que tu amigo Stuart hiciera su llamativo descubrimiento en Egipto. Toda la colección se vendió por millón y medio de dólares. ¿Te imaginas quién fue el comprador?

—¿El jeque?

—Exacto. El jeque Ibrahim.

—¡Te lo agradezco, Luigi! —Me levanto para irme. Estoy impaciente por continuar la búsqueda en el archivo del Vaticano. Lo cierto es que la información sobre el jeque no ha sido una sorpresa.

—Pero hay más... —Luigi modera la voz—: Tras la reunión de ayer en el club, uno de los invitados me retuvo. Me confesó que tiene en su poder un fragmento de un documento, considerablemente deteriorado, pero en el que se pueden distinguir dos de los símbolos(ankh y ty) junto a un borde desgarrado. No sabe de qué trata el documento. Es un fragmento de una colección de textos que requisaron en Groenlandia unos emisarios del Vaticano en torno a 1450, y él lo compró en una subasta ilegal en Santiago, en 1987.

—¿Groenlandia?

—Groenlandia.

Luigi se acerca a una librería y coge una versión del *De Principatibus* de Nicolò di Bernardo dei Machiavelli, de 1532. Ha escondido el fragmento del documento en medio del libro.

—Mi contacto se pregunta si podrías estar interesado en comprarlo.

Tenía razón al decir que el fragmento está considerablemente estropeado, pero eso no me impide ver claramente un ankh y una ty. El papel está roto por donde debería haber la cruz.

—Se lo conoce como el fragmento Skálholt —dice Luigi.

El texto está escrito en antiguo nórdico y es perfectamente legible. Es una lista de los regalos que el obispo de Skálholt envió a la iglesia noruega en 1250.

—¿Cómo acabó esto en Groenlandia?

—No lo sabemos.

—Del fragmento se deduce que uno de los regalos del obispo eran dos tallas de madera. Un tallista islandés había tallado las dos figuras por encargo de Thordur kakali, el sobrino de Snorre.

En la lista se habla de las tallas como si se trataran de la de san Lorenzo Tomás y de la de san Lorenzo Dídimo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

Tomás era uno de los doce discípulos de Jesús. Se le conocía con el nombre de Judas Tomás Dídimo.

En arameo Tomás significa «gemelo», del mismo modo que Dídimo significa «gemelo» en griego.

Estoy sin habla.

¡Se hicieron dos tallas de san Lorenzo! En algún lugar hay una copia exacta del san Lorenzo de Ringebu. Todo quedó camuflado en los anales por el hecho de que a san Lorenzo se le dio el nombre de Tomás, ¡gemelo! El texto oculto bajo la pintura de la Biblia decía:

Del mismo modo que María llevó a Jesús en su seno, el vientre alberga el cofre. ¡Loado sea Tomás!

La última línea era un astuto mensaje para los custodios que indicaba que el cofre se ocultaba en el vientre del gemelo de la estatua.

—Mi contacto sugiere veinticinco mil euros —dice Luigi.

Mis pensamientos están en otra parte. Luigi malinterpreta mi silencio.

—Lo siento. Es la exigencia del vendedor. En nuestro gremio no somos investigadores ni idealistas que se ayudan los unos a los otros. Nosotros somos hombres de negocios. Mi colega piensa que tú, o aquel para quien trabajas, puede estar dispuesto a pagar ese precio. —Vacila—. Si no te interesa, le ofrecerá el documento al jeque Ibrahim. —Al ver mi mirada de asombro, añade—: Business.

No le desvelo que ya he leído e interpretado el texto. Pero le digo la verdad, que veinticinco mil euros es tanto dinero que quiero dar una vuelta a la manzana para hablarlo con mi jefe.

Luigi se enciende un grueso puro, como si ya estuviera celebrando la venta.

4

Abro la puerta de la tienda, plingelingeling, salgo al callejón y bajo a la Via del Governo Vecchio, donde encuentro una cabina de teléfonos. Primero llamo a Øyvind y le cuento apresuradamente las últimas noticias. Le pido que busque el doble de san Lorenzo:

—¡Busca por todas partes! ¡Iglesias, museos, palacios, granjas señoriales!

Luego marco el número del móvil del profesor Llyleworth. Lo coge después de tres tonos. Oigo que se disculpa y abandona una reunión.

—¡Bjørn! ¿Qué está pasando? ¿Por qué desapareciste del Instituto Schimmer? ¿Y qué narices haces en Egipto? Casi no entendí una palabra de lo que dijiste la última vez que llamaste.

—Estoy en Roma.

Le repito todo lo que intenté comunicarle a través de la cacofonía de ruidos de Luxor: que huimos del Instituto Schimmer cuando la SIS llamó a Stuart y le advirtió sobre los hombres del jeque Ibrahim, que viajamos a través del desierto hasta Egipto y que continuamos hasta Roma.

Pausa.

—¿Profesor?

—¿Está Stuart ahora contigo?

Hay algo en su voz.

—Está en el Vaticano buscando en los archivos. Yo estoy visitando a un librero de viejo que quiere veinticinco mil euros por un fragmento de un texto que dice que san Lorenzo tiene un doble, un gemelo. ¿Te parece...?

—Bjørn, escúchame. ¡Escúchame bien!

—¿Sí?

—La SIS no llamó a Stuart Dunhill.

Un autobús pasa traqueteando rodeado de una nube de diesel negro.

—Nunca hemos advertido a Stuart de que el jeque Ibrahim hubiera mandado hombres al Instituto Schimmer.

—Pero...

—Todo esto es nuevo para nosotros. No tenemos noticia de ningún movimiento del jeque o de sus hombres.

—Tal vez fue alguien...

—Diane y yo somos los únicos que tenemos contacto con Stuart. Nadie más. Y si Diane le hubiera llamado, me lo habría dicho.

Siento un escalofrío. Un viandante me da un empujón con un gruñido de irritación.

—¿Bjørn? ¿Sigues ahí? —Sí.

—¿Estás oyendo lo que te digo?

—Pero...

—¡Ni Diane ni yo hemos llamado a Stuart Dunhill!

—¿Por qué me ha mentado?

El profesor Llyleworth suspira.

—Tendríamos que habértelo advertido. Algunas personas en el Instituto Schimmer han tenido la sospecha de que Stuart Dunhill puede haber colaborado con

el jeque Ibrahim.

—¡Por Dios!

—La SIS nunca ha hecho caso de esos rumores. No fue nunca una sospecha fundada. No tenían pruebas contra él. ¡Ninguna! En el fondo no era más que una vaga sensación de que algo en él no encajaba. La SIS decidió apoyarlo. Pensamos que los rumores no eran más que reminiscencias de las habladurías de los setenta...

—... Y me enviasteis a sus brazos.

—Bjørn. Si hubiéramos sabido... —Se interrumpe—. Tienes que salir de Roma. Tan rápido como puedas. Si Stuart está colaborando con el jeque, puedes estar seguro de que Hassan y los demás merodean por ahí. En algún sitio. Aunque no los veas.

—Están aquí. Sé que están aquí.

—¡Sal de ahí!

—¿Por qué me dejan actuar por mi cuenta? ¿Por qué simula Stuart colaborar conmigo?

—Porque te están utilizando. Stuart debe de haberse ganado tu confianza para enterarse de todo lo que averigües. El y el jeque te están utilizando. ¡Sal de ahí, Bjørn! Coge el tren de alta velocidad para Milán y sal de ahí en avión. Seguro que los aeropuertos de Roma están vigilados.

—El fragmento del texto. Veinticinco mil euros. ¿Qué hago?

—¡Cómpralo! ¡Y lárgate de Roma! ¿Me oyes?

# El paciente (I)

1

La librería está vacía.

—¿Luigi?

No responde. Con impaciencia:

—¿Luigi?

Mi mirada recorre furtiva las filas de esbeltos lomos, del mismo modo que los hombres observan a las mujeres.

Un sonido.

—¿Luigi? ¿Estás arriba?

2

Luigi está sentado en el sofá de su apartamento. A primera vista da la impresión de que está dormitando. Tiene la cabeza un poco reclinada y el puro, que ha caído en su regazo, se ha apagado.

—¿Luigi?

Entonces descubro que la mitad trasera de su cabeza ha desaparecido.

El suelo de detrás del sofá está manchado con algo que en su momento fue Luigi.

Entre gemidos, doy un paso atrás.

El cuerpo humano pierde gran parte de su misticismo divino cuando, por diversos motivos, se agujerea. Cuando la herida producida por una bala pone al descubierto el cerebro, resulta difícil imaginarse que la masa azul grisácea ha contenido pensamientos sobre el universo, el amor a una mujer o la fascinación por «Je crois entendre encore».

En un plato sobre la mesa, junto a la retorcida obra maestra de Maquiavelo, el fragmento del documento ha quedado reducido a cenizas.

Me tiemblan las rodillas.

Hassan.

Hassan ha estado aquí.

Me puedo imaginar la escena. Los verdugos deben de haber entrado en la tienda, plingelingeling, justo después de que saliera para llamar. Probablemente Luigi habrá gritado «un momento» antes de salir a su encuentro. «Sì signori?» Entonces habrá visto las pistolas y ellos habrán cerrado la puerta con llave y le habrán obligado a subir por la escalera de caracol y a sentarse en el sofá. «¡Siéntate, maldito cuasimodo!» Hassan le habrá preguntado qué estaba buscando Bjørn Beltø, o tal vez

quisiera saber si el condenado Beltø había intentado venderle a Luigi los rollos de Thingvellir. Luigi habrá negado con la cabeza. Debe de haber adivinado cómo iba a acabar. Con frialdad y serenidad, debe de haberle pegado la última bocanada al puro antes de acercar la brasa al frágil documento que debe de haberse incendiado como un papel de fumar seco.

Luigi debe de haber intuido que el fragmento de Skálholt era importante y su último acto en esta tierra ha sido impedir que cayera en manos del jeque.

—Mister Beltø?

Me quedo helado. Me quedo tan tieso que es probable que un médico lo hubiera diagnosticado como parálisis. Tengo los pies inmersos en sendos cubos con plomo. Sé que debería darme la vuelta, pero soy incapaz. Tengo el cuerpo atrapado en hormigón armado con acero de secado rápido.

Finalmente la parálisis me libera. Temblando, me vuelvo hacia la voz.

Son dos. Están sentados en un diván semioculto tras una mesa de comedor cubierta de endeble pilas de libros.

Me han estado esperando.

No los había visto antes. Árabes. Ambos llevan trajes elegantes, ambos tienen la expresión de satisfacción de los hombres que saben que dominan la situación, ambos están cómodamente sentados.

Los mosqueteros del jeque.

—El jefe está perdiendo la paciencia —dice uno de ellos en un inglés macarrónico. The boss.

—Quiere el manuscrito —dice el otro.

—¡Ahora!

Me temo que me resulta completamente natural hacerme el tonto.

—¿El manuscrito?

—Los rollos de Thingvellir —dice el primero de los hombres.

—¿Cuánto estaba dispuesto a pagar Luigi Fiacchini?

—No lo entendéis...

—¿Dónde está?

En ese momento caigo en la cuenta de que sigo de pie junto a la barandilla con el botón de la alarma incrustado en la columna.

—¿Dónde?

Mi mano se desliza por la talla hasta que siento el botón bajo la yema del dedo.

—No lo tengo aquí —digo en el momento en que aprieto el botón de la alarma.

Creía que era una alarma silenciosa. Una de esas que alerta a la policía con toda discreción. Pero no. Ahora entiendo por qué Luigi no se atrevió a hacer saltar la alarma.

Una sirena empieza a aullar. Abajo, en el primer piso, algo hace un ruido



tremendo.

Los dos árabes se ponen en pie. Afortunadamente ninguno de los dos ha entendido que he sido yo quien ha hecho saltar la alarma.

—Hurry! —grita uno de ellos al tiempo que me empuja escaleras abajo. Demasiado rápido. Me empujan por delante de ellos, los pies y los escalones no van al mismo ritmo, los peldaños me tragan y no tardo en perder el equilibrio. En el mismo momento en que descubro que una reja ha bloqueado la puerta, caigo de bruces.

Intento agarrarme a algo, pero no reacciono a tiempo. Me recorre un latigazo de dolor en el momento en que mi pie choca con el suelo en mal ángulo.

Se me parte la pierna.

Chillo, de dolor, horror y miedo.

Con impaciencia, los árabes me agarran por la chaqueta y me arrastran, como si fuera un saco de patatas. Intento incorporarme con la pierna sana.

Veo negro.

Recupero la consciencia casi inmediatamente. Los árabes zarandean la reja que bloquea la puerta mientras discuten a voz en grito.

De pronto están delante de la puerta. Dos policías. Deben de haber aparcado arriba, en la calle: el callejón es demasiado estrecho para los coches y, a causa de la aullante alarma, ninguno hemos oído la sirena.

Nos miran sorprendidos. A mí, que estoy tirado en el suelo, y a los dos árabes, que han sacado sus pistolas.

Y luego vuelven a desaparecer.

Justo después se acalla la infernal alarma. Por contrapartida, Roma se ha llenado de sirenas.

Gimoteo. No puedo evitarlo.

### 3

Para el pintor y el impresor de libros, el negro es un color. Para el físico, en cambio, el negro representa la ausencia de color. Se dice que las personas también percibimos el dolor de modos distintos; que los hombres nunca soportarían los dolores del parto. Tiendo a estar de acuerdo. Apenas soportamos un resfriado.

Me duele la pierna. Tengo la sensación de que alguien me ha metido un témpano de hielo por el pie y lo ha empujado hasta la cadera. Me quejo como un niño pequeño. Me desmayo por breves y apaciguantes lapsos de tiempo, pero el dolor y las náuseas me obligan a despertarme.

En el exterior, vislumbro agentes de policía con uniforme de comando. Algunos nos estudian por medio de espejos oblicuos enganchados a largas varas. Los árabes discuten alterados. Me cogen por debajo de los brazos y de las piernas del pantalón y

me levantan. Los dolores son insoportables.

4

Cuando recupero la consciencia estoy tumbado sobre el sofá de piel de Luigi, en el apartamento. Un chacal hambriento me mordisquea la pierna.

Luigi ha desaparecido. Probablemente hayan llevado el cadáver al dormitorio.

Con consideración, me han colocado la pierna rota sobre una pila de cojines, así que debe de haber una pizca de decencia en sus cuerpos sin escrúpulos.

Suena el teléfono. Lo dejan sonar. Durante largo tiempo.

Al final uno de ellos se rinde:

—Na'am? —brama uno de ellos al aparato. Luego escucha—. Tenemos un rehén —grita en inglés—, ¡y exigimos libre acceso al aeropuerto Leonardo da Vinci! — Vuelve a escuchar. Se le oscurece la cara. En árabe invoca a una panda de malhumorados espíritus inflamados y cuelga el aparato.

Yo me sumerjo en la reconfortante niebla del desmayo.

5

Abro los ojos. Tengo la boca seca como una alpargata.

¿Cuánto tiempo habrá pasado? ¿Minutos? ¿Horas? Latigazos de dolor salen disparados desde el lugar de la rotura en la pierna.

—Agua —tartamudeo—. Water. Please.

Las miradas de los árabes son indiferentes. Ninguno de ellos hace el menor ademán de ir por agua.

Toso. La lengua se me queda pegada a la garganta.

—Please! I'm thirsty!

—Quiet!

—Water, please!

—Shut up!

6

Jadeo.

Voy a bordo de una nave que se mece pesadamente a través de las olas. Arriba y abajo, arriba y abajo... El mar es una enorme ola que nunca deja de moverse. Estoy cubierto por una manta de pestilente guata empapada y caliente. La boca me sabe a panceta rancia. Arriba y abajo, arriba y abajo... El dolor y las náuseas se van enlazando. Cada roce con la pierna me provoca arcadas. Los huesos se restriegan unos contra otros. La nave se mece. Algo me pincha y me corta en la pierna; me

pellizca, sierra y abrasa con una aguda intensidad que recula ante un dolor más profundo. La pierna se golpea y explota. Los hilos de los nervios están en llamas en la pantorrilla y el muslo. El pulso me late a golpes afilados y furiosos. Tengo el estómago hecho un nudo. Arriba y abajo, arriba y abajo...

Uno de los árabes habla por un móvil. Me imagino que debe de hablar con Hassan. Me alegra que no esté aquí. El no habría dejado que mi pierna descansara sobre mullidas almohadas. Al contrario, habría presionado sus manazas contra la rotura restregándolas con fuerza.

Me dan arcadas.

El árabe cuelga. Le dice algo al otro. Me miran. Justo después vuelve a sonar el móvil. Esta vez lo coge el otro. Está muy alterado. Breves y rabiosas exclamaciones sustituyen a las preguntas y los reproches. Creo. No entiendo ni una palabra.

Suena el teléfono fijo. La policía, pienso. Esta vez no lo cogen.

7

La pantorrilla se me ha hinchado. La hinchazón me tira del pantalón. Me late cada célula, cada fibra de músculo, cada hueso. Tengo sed. Sudo y tengo escalofríos.

Pienso: «Los celestiales generan tanto dolor, un dolor tan inconcebible, un dolor jodidamente incomprensible.»

Oscuridad.

Luz.

Oscuridad.

Me hundo en un sopor semiconsciente en el que lo único que significa algo es esto: el dolor.

¿Cuánto tiempo ha pasado? No lo sé, no tengo ninguna percepción del tiempo; los segundos, los minutos y las horas se entrelazan en un tejido carente de sentido.

En mi sopor, todo el oxígeno de la habitación desaparece. Soy un astronauta que flota por el espacio con las bombonas de oxígeno. Pugno por recuperar el agarre del cable que se empeña en escapárseme de las manos, y me voy alejando de la nave espacial.

Después: nada.

8

Recupero la consciencia por un peso que me aplasta contra el sofá. Abro los ojos. Intento tomar aire. Tengo la boca y la nariz llena de fina arena y mortero, y los pulmones aprisionados por dos tensos hilos de acero. La lengua y el paladar se pegan la una al otro.

Me dan arcadas. No sale nada. Sólo ruidos secos como de un soldado agonizante.

—Agua —gorgoteo—, agua, agua, agua.  
Pero o bien no me entienden, o bien no les importa.  
Tengo la boca abierta de par en par. Así me resulta más fácil respirar.  
Oscuridad. Luz. Oscuridad...

9

La oscuridad se astilla en ruidos.  
Voces.  
Intento abrir los ojos.  
El árabe habla por el teléfono móvil. Grita.  
Furioso.  
Encerrado.

10

Me han enrollado una toalla blanca en torno a la rotura de la pierna.  
Y lo han tensado con una percha.  
Me da vueltas la cabeza. Por un instante, veo que la toalla está empapada de sangre. «Rotura abierta», pienso. Justo después vuelvo a mirar la toalla. Ahora está blanca. No hay ni rastro de sangre.  
«Me lo habré imaginado», pienso aliviado, y me vuelvo a desmayar.

11

—¡Se va a morir! —grita el árabe.  
Abro los ojos.  
El árabe está hablando por el móvil y me está mirando.  
¿«Se va a morir»?  
Sus palabras —en árabe— me dan vueltas por la cabeza. No entiendo lo que dice.  
No sé árabe. ¿«Se va a morir»? Tengo que haberlo soñado.  
Uno no se puede morir por haberse roto una pierna, ¿no?  
Agua.  
Water. Please.  
Por favor.  
Agua.  
Pero no me dan nada.

12

Desde el exterior, el ruido de las sirenas me llega desde otra realidad.

Botas corriendo contra los adoquines. Sonidos de aviso electrónicos. Los gruñidos de los perros de la policía. Órdenes contundentes.

—Water. Please.

—Shut up! You just shut up!

# INTERLUDIO

## La historia de Bård (II)

Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por la conversión de un solo pecador que por noventa y nueve justos que no necesiten convertirse.

Evangelio según San Lucas

Conforme a tu dureza y a la impenitencia de tu corazón, vas atesorándote ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios.

Epístola de San Pablo a los romanos

Cuando el viento del oeste se soliviantaba, a veces apagaba la vela sobre el endeble pupitre que le habían dado los monjes. Una de las patas de la mesa era un poco más pequeña que las demás, o tal vez las otras cuatro fueran demasiado largas. No conseguía decidirse. Hacía algunas semanas había metido una cuña de madera bajo la pata más corta, pero alguno de los monjes debía de haberla quitado al barrer el suelo. El anciano tenía el codo apoyado en la mesa y la barbilla sobre la palma de la mano. Tenía los ojos entrecerrados. Ahí sentado, oía nítidamente las corales de la catedral de Ruán. Meciéndose lentamente, como el océano...

### EXTRACTO DE LA HISTORIA DE BÅRD

O como un campo de trigo noruego en la suave brisa del final de verano, la voz del cura ascendía y descendía. El eco quedaba flotando bajo la bóveda de la catedral. El sol entraba reluciente a través de una ventana, formando brillantes columnas oblicuas. El cura se quedó en silencio. Alguien tosió. Luego el coro empezó a cantar en la parte trasera de la iglesia. En su belleza, las suaves corales parecían sensibles. Ninguno de nosotros comprendía las palabras, pero, a pesar de eso, se dejaban entender. No lo puedo explicar. Inspiraba los extraños aromas del incienso, dulces y amargos al mismo tiempo. La clara voz de un chico colmaba la sala de la iglesia. Los tonos se abrían hueco en mi interior. Vi ante mí a un chiquillo al que le había cortado la cabeza de un solo y poderoso hachazo. La sangre salpicó el cielo. Los hombres que tenía a mi alrededor me vitorearon y se rieron. Pero ahora, en la iglesia de Ruán, me costaba sentirme orgulloso.

El rey Olav estaba sentado en silencio sobre el duro banco de madera. Durante largo rato permaneció con la cabeza agachada, apoyada contra las palmas de las manos. La noche anterior me había confesado que echaba de menos a su madre, sta; habían pasado ya muchos años desde la última vez que la había visto. ¿Estaría viva? ¿Habría tenido más hijos? Olav no era más que un mozuelo cuando se despidió de su madre con un abrazo para ir a saquear los mares como un vikingo. Ahora era un hombre hecho y derecho. Un rey. Por el camino, al volver de la iglesia, Olav iba cavilando. Parecía distante. Yo intenté comenzar una conversación, pero el rey me respondió con brevedad y sin interés. Sin mediar palabra subió directamente a su cuarto. Para pensar, como dijo. Yo permanecí en la entrada viéndole salir y me dirigí a la biblioteca del duque. Mi padre me enseñó a leer y escribir las runas, y muchos de los pergaminos de la colección del duque Ricardo eran nórdicos. Siempre me han gustado los poemas y los textos escritos.

Como de costumbre, el egipcio Asim estaba sentado en la biblioteca. Lo llamábamos el Sabio. Asim me inquietaba. Aunque en mi vida había librado batallas contra hombres más grandes y fuertes que él, entendía que el pequeño egipcio podía ser diez veces más peligroso. Tenía la sabiduría de muchos patriarcas y los poderes mágicos de un hechicero. Eso había quedado claro cuando lo fui conociendo a bordo del Águila del mar, durante nuestra travesía de Egipto a Ruán.

Asim alzó la vista. Estaba inclinado sobre el escritorio con una pluma en la mano. A su izquierda tenía un rollo de papel de escribir de ese material que llamaban papiro y, ante él, un pergamino nuevo y relucientemente blanco que estaba llenando de escritura.

—¿Tú ir a la iglesia? —me preguntó en su torpe noruego.

El aroma del incienso seguía adherido a mi ropa. Durante el breve período en que había sido nuestro prisionero, ya había aprendido nuestro idioma. En la nave había pasado también mucho tiempo con los pilotos y había aprendido mucho de navegación y de marinería. Conocía hasta el último detalle del cielo estrellado y había señalado la leiðarstjerna, la estrella Polar, que en su idioma se llamaba algo completamente distinto.

—Iglesia es bello templo —dijo Asim.

—¿Qué estás escribiendo? —le pregunté señalando el pergamino con la cabeza.

Asim me hizo un gesto para que me acercara y yo me senté vacilante en la banqueta junto a él. Entonces dijo:

—Con el permiso de tu rey, copio algunos textos que el Divino se llevó a tumba.

—¿Realmente entiendes esos extraños signos antiguos? —pregunté, y Asim se echo a reír.

—Yo hablar muchos idiomas —tartamudeó—. Con cinco años hablaba no sólo lengua de mi madre, sino también hebreo y arameo. Más tarde aprendí griego y latín

y muchas otras lenguas. ¡Y ahora aprender tu lengua! Joven —dijo Asim posando la mano sobre mi hombro—, sin lengua no eres nada. Con lenguas posees el mundo.

El arca con la momia estaba colocada en una capilla a las afueras de Ruán. Diez hombres de la guardia de Olav custodiaban la capilla día y noche. Muchos de los vikingos habían regresado a casa con las naves cargadas de tesoros; otros se habían asentado en los alrededores de Ruán con el rey. Cada mañana sin excepción, Asim recorría a pie el largo camino que separaba el palacio del duque de la capilla, para comprobar que todo estaba como debía. Los tesoros y riquezas de la cámara mortuoria seguían almacenados en las bodegas de las naves, que, ancladas junto al muelle del río, estaban fuertemente custodiadas. Ni siquiera los más avariciosos y temerarios de los ladrones de Normandía se habrían atrevido a robarnos nada; aunque hubieran sabido los tesoros que se escondían a bordo. El rey lo estaba manteniendo todo en secreto. El objeto sagrado albergaba tal fuerza y poder divino que nadie debía saber nada ni sobre nuestra expedición, ni sobre el botín que traíamos. No debía escribirse ningún poema sobre el asunto. Le recordé que a los hombres se les soltaba la lengua en las tabernas y en compañía de las mujeres, pero eso a Olav no le preocupaba.

—Los hombres siempre fanfarronearán —dijo el rey—, pero nadie cree a los marineros. Los poemas y las leyendas, no obstante, tienen más fuerza, viven más tiempo. Nadie tiene que saber dónde hemos estado ni lo que nos hemos llevado —dijo el rey. Y así fue.

Transcurrieron las semanas. El rey se pasaba horas y horas en compañía del duque Ricardo, que estaba bautizado y adoraba al Cristo Blanco. Olav también estaba empezando a buscar al nuevo dios. Para quienes estábamos cerca de él, fueron unos tiempos tristes. El orgulloso vikingo que había en él se fue encapsulando. El Olav que conocíamos del campo de batalla luchaba en vano por liberarse. El rey mantenía largas conversaciones con el duque, con el arzobispo y con los monjes del monasterio y las escuelas. Hablaban sobre el Dios todopoderoso y sobre su hijo Jesucristo, sobre la justicia cristiana y sobre el libro sagrado que se llamaba Biblia. Fue en aquella época cuando se despertó en mí el interés por la poesía skald. Mientras Olav se dejaba redimir por el duque, a mí me inspiraban Asim y su arte de contar relatos. Olav estaba tan absorto por su nueva fe que el Cristo Blanco hacía sombra a su devoción hacia su escudero y amigo. El rey Olav se dejó bautizar en nombre del Cristo Blanco. El obispo de Ricardo, el hermano Robert, le dio el sacramento al rey. Asim y yo presenciamos la ceremonia desde el primer banco de la iglesia. Olav quería que me bautizara con él, pero yo dudaba y dije que necesitaba más tiempo.

El día que dejamos Ruán, el rey Olav y el duque Ricardo permanecieron largo rato en el muelle, hablando y cogidos de las manos. Al final el rey se arrodilló y le besó la mano al duque. Los normandos se habían congregado a millares a lo largo del



Sena para ser testigos de la partida de la flota vikinga hacia el mar. El mar... No pude sino reírme al ver la cara de desamparo y mareo de Asim.

—Pero si esto no es mal tiempo —le dije—, no es más que un poco de brisa fresca para que las velas se desplieguen después de pasar este tiempo de asueto en tierra. —Si esto le parecía malo, tendría que haber probado a navegar por el mar noruego durante las tormentas del otoño.

La nave drakkar se precipitaba contra las olas con tal arrojo que la madera del barco gemía. El agua ascendía varios metros de altura y volvía a caer helada sobre nosotros y se escurría por la cabeza de dragón de proa. Los hombres vitoreaban felices: tuve que volver a sonreír. ¡Estaban encantados de retornar por fin a la mar! Aquel largo tiempo de oscuridad en Ruán había empezado a corroer los nervios de muchos además de los míos, pero aquí fuera, entre las olas y el viento, por fin sentíamos que estábamos vivos.

En Inglaterra nos pusimos al servicio del rey Etelredo y volvimos a unirnos a Torkjell Høye —Torkjell el Alto—. El rey Svein Tjugeskjegg —Svein el de Barba de Horquilla— y su ejército de daneses le había arrebatado el reino al rey Etelredo tras la masacre de los daneses que se habían asentado allí. Luchamos durante dos veranos en Inglaterra; luego Olav vendió una pequeña parte del botín, pagó generosamente a los hombres que se quedaron y les concedió permiso para volver a casa libremente. Algunos se asentaron en Inglaterra como hombres acaudalados, otros regresaron a casa con sus naves. Doscientos o trescientos de los guerreros más leales se quedaron como guardia del rey. Olav vendió el Águila del mar y compró dos naves comerciales. En otoño navegamos hacia el norte, con las dos naves repletas de oro, plata, piedras preciosas y los valiosos tesoros de Egipto. Después de lidiar durante un día entero con una terrible tormenta, sólo yo permanecía junto al rey en la proa. Esta vez oteábamos hacia el noreste. Las naves golpeaban contra el oleaje. Eran barcos más cortos y anchos que los drakkar y caían pesados sobre el agua. Noruega no tardaría en aparecer en el horizonte. Resultaba difícil de creer. Llevábamos muchos años haciendo el vikingo.

Olav había convencido a cuatro obispos para que lo acompañaran a Noruega y lo ayudaran con la cristianización: Grimkjel, Sigurd, Rudolf y Bernhard. Vinieron los cuatro para hablar con el rey.

—Señor rey —dijo el obispo Grimkjel haciendo una profunda reverencia y mirándome a mí de soslayo.

Pasaron unos instantes antes de que el rey entendiera la indirecta. Luego dijo:

—Obispo Grimkjel, Bård es mi hombre de confianza: todo lo que escuche yo, puede escucharlo también él.

—Como gustéis, señor —respondió el obispo, y contó que había estado conversando con Asim en la lengua que llamaban latín.

El obispo dijo que, en su tierra natal, Asim era sumo sacerdote. Olav dijo que ya lo sabía. El obispo contó luego que Asim sostenía que la momia era un dios durmiente.

—¿Un dios pagano? —quiso saber el rey, asustado, porque se le había metido en la cabeza seguir los diez mandamientos que le había enseñado el duque Ricardo.

El obispo Grimkjel alzó las manos en señal de disuasión.

—Al contrario, señor rey, Asim nos ha contado que su secta lleva dos mil quinientos años custodiando la momia y creemos que Asim no sabe exactamente quién es la momia.

—Pero ¿vosotros sí? —quiso saber el rey.

—Señor rey, creemos que sí.

Su melena rubia ondeó al viento.

—¿Y bien? ¿Quién es? —preguntó el rey Olav...

Era amigo de las sombras. En las templadas sombras del final del verano, solía envolverse en la capa de lana y hacerse invisible para los monjes que pasaban ajetreados por sus múltiples quehaceres. Podía permanecer largo, largo rato inmóvil —escondido de la luz— mientras sus pensamientos vagaban hacia los años de la juventud; aquellos tiempos sin preocupaciones junto al rey, cuando la muerte era una promesa y no una amenaza. Cuando el movimiento del sol ahuyentaba su santuario de sombras y la luz del sol atormentaba sus ojos como una lluvia de arena, se buscaba otra sombra o volvía a la celda del monasterio, donde se encorbaba sobre el rollo de pergamino y escuchaba las olas que rompían contra la playa de arena y los peñascos a los pies del monasterio.

# Tercera parte

## Viaje a Vinland

Por poco me alcanza la nariz, dijo el hombre, le habían dado en el ojo.

Snorre

Cuando yo muera, me colocaréis en la sepultura donde está enterrado el hombre de Dios, y pondréis mis huesos junto a los suyos.

Libro primero de los reyes

Para el rey de buen corazón se ha fabricado ya la dorada arca.

Poema Skald

## El paciente(II)

1

Crepúsculo.

Velos de luz atraviesan las cortinas del apartamento de Luigi.

El dolor es sordo y no se alivia nunca.

Con los ojos entreabiertos me contemplo la mano vibrante y temblorosa.

Los dos árabes están medio dormidos, uno de ellos junto a mí, en una silla, el otro en el diván.

A lo largo de la noche han hablado mucho por teléfono; por el móvil, en árabe, y por el teléfono fijo, en inglés.

El árabe del diván empieza a roncar.

Me duermo o me desmayo, no estoy seguro.

En el exterior, el día comienza en Roma.

2

La explosión es tan violenta que vuelca el sofá.

La onda expansiva provoca una tromba de fragmentos de cristal en el apartamento, pero el sofá me protege. Siento como si alguien me hubiera retorcido la pierna un par de veces.

La policía entra en el apartamento a través de la ventana reventada: tal vez hayan utilizado una escalera o unas cuerdas. Al estar postrado detrás del sofá en un semidelirio, no los veo, pero los oigo. «Polizia!», braman unas graves voces. Restallan una serie de disparos.

Yo no me muevo.

Uno de los árabes grita algo que no entiendo, pero por la entonación comprendo que se está rindiendo. La policía se abalanza sobre él y la pistola y su cabeza golpean el suelo. Los agentes de la policía vociferan y dan órdenes en italiano.

Al mismo tiempo, tres policías con equipo completo de comando asoman la cabeza por encima del borde del sofá volcado. Llevan cascos, la visera bajada, chalecos antibalas y metralletas con linterna. «Ostaggio!», grita uno de ellos. «Via libera!», grita otro. Uno de ellos se arrodilla junto a mí. «Dottore! —brama—. Inmediatamente!»

Abajo, en la primera planta, están reventando la puerta y arrancando las rejas. Oigo pasos que suben corriendo las escaleras de caracol. El apartamento de Luigi se llena: aún más policías, personal de ambulancias con chalecos rojos reflectantes y dos

médicos.

Los médicos me gritan en inglés. ¿Dónde me duele? ¿Qué me han hecho? ¿Cómo me llamo? ¿Cuándo nací? Cuando obtienen sus respuestas, me ponen una inyección de analgésico y líquido intravenoso.

Las garras del dolor empiezan a soltarme y los medicamentos me van envolviendo en una eufórica sensación de bienestar. En mi interior escucho «Je crois entendre encore» de Bizet.

Una vez han estabilizado la rotura y me han colocado sobre la camilla, consigo ver a los árabes.

Uno de ellos está de pie; me da la espalda y tiene las manos esposadas.

El otro yace muerto en un charco de sangre.

Tienen ciertas dificultades para bajar la camilla por las escaleras de caracol, y acaban alzándola por encima de la barandilla y bajándome con unas cuerdas. Una vez abajo, me sacan de la librería sobre un artefacto con ruedas y, al salir a la calle, veo aparcados todos los coches que han participado en la operación. Una bandada de palomas alza el vuelo. Una ráfaga de viento recorre el estrecho callejón. En las proximidades, tañe una campana con sus pesadas campanadas.

3

Me paso el día y la noche siguiente en el hospital, en un agradable adormecimiento narcótico. Los médicos me han escayolado la pierna, y la rotura, afortunadamente, no era tan grave como me habían hecho creer los dolores.

Dos policías armados hacen guardia en el pasillo del hospital.

Un enjambre de agentes bajitos, idénticos y sin sentido del humor van viniendo para interrogarme. Son exactamente iguales, se llaman exactamente igual y preguntan exactamente lo mismo. Da la impresión de que todos y cada uno de los departamentos de la policía y los servicios de inteligencia tienen que enviar a un inspector, que se presenta con un intérprete, una cámara de vídeo y una sorprendente falta de comprensión hacia que algo tan nimio como unos viejos pergaminos y unos documentos en papel puedan ser causa de asesinato.

Les cuento lo que sé.

4

Al día siguiente viene a visitarme el profesor Llyleworth. Con su abrigo y su sombrero, tiene el aspecto de un tío rico que ha hecho el largo viaje desde su finca de campo inglesa.

Al cabo de un par de horas le he puesto al día de todo lo que ha ocurrido desde que la SIS me mandó al Instituto Schimmer. Cuando menciono la colección

Lewinski, se le ilumina la cara: acaba de contratar a una señora que me puede ayudar. Laura Kocherhans es historiadora e investigadora, y se doctoró en Yale. Antes de que la SIS se la llevara a su cuartel general en Londres, donde Laura tiene el título de Chief Manuscript Researcher, estaba considerada como la mejor detective de manuscritos de la Library of the Congress en Washington, D.C.

Cuando el profesor Llyleworth se va, me quedo dormido, pero al cabo de un par de horas me despierta el teléfono móvil que me ha dejado.

La voz de Laura Kocherhans suena un poco nasal por el teléfono, al modo americano, con una suave resonancia que alberga algo vulnerable y digno de ser amado.

—Por supuesto que encontraremos la colección Lewinski —dice cuando llevamos un rato hablando.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—¡El problema de quienes no encuentran lo que buscan es que no buscan lo suficiente!

Una mujer conforme a mi corazón.

Laura me cuenta que hay diseminadas por el mundo miles de colecciones privadas que, aunque bastante poco conocidas entre los investigadores, contienen manuscritos de gran valor cultural e histórico.

—¿Cómo se busca una colección perdida?

—Del mismo modo en que buscas tú, supongo. Con tenacidad e imaginación. Y, si es necesario —añade con una dulce risa—, con sobornos.

—¿Por dónde empiezas?

—Dresde. Después el archivo estatal de Berlín.

Permanezco todavía unos días con la pierna en reposo.

Cuando me envían a casa, me voy con la pierna escayolada y dos muletas por las que me hacen pagar.

# La isla de los monjes

Noruega

1

Los bancos de niebla procedentes de mar abierto se deslizan sobre el desgarrado paisaje. En algún lugar en lo alto brilla el sol, pero resulta difícil de creer. A través de la niebla vislumbro la torre cuadrada de la iglesia, que asoma obstinada entre las ruinas del monasterio.

Firmemente agarrado a las muletas, me encuentro frente a los barracones provisionales que se han instalado entre el monasterio y el muelle. Han pasado ya unas semanas desde que me bajé cojeando del avión de Italia y la pierna ya se me está curando. La suspensión ha sido revocada, porque la comisión de investigación —con serias dudas y bajo presión política— ha resuelto que la infracción que cometí al excavar la cámara mortuoria del monasterio de Lyse sin permiso no me va a costar el puesto de trabajo.

Durante estas dos semanas hemos estado trabajando noche y día con toda discreción para dejar listos los preparativos de la excavación. Los habitantes del pueblo de Selje y los obreros locales que han montado los barracones creen que hemos venido a restaurar las ruinas de la iglesia de Albanus.

Arqueólogos, historiadores y geólogos noruegos, suecos, daneses, ingleses, franceses, italianos y alemanes deambulan apresurados entre las tiendas de campaña y los barracones. El Ministerio de Cultura y la SIS comparten los gastos. Somos casi un centenar de profesionales implicados.

No les he visto el pelo ni a Hassan ni a los hombres del jeque, pero eso no significa que no nos estén vigilando. Se dice que el simple batir de las alas de una mariposa puede desatar un huracán. En completa conformidad con el encantador postulado de la teoría del caos, encontramos la solución gracias al detalle sobre las dos estatuas que aparecía en el fragmento Skálholt, el que quemó Luigi antes de morir.

Øyvind encontró al gemelo Dídimos de san Lorenzo Tomás después de estudiar un puñado de archivos, registros y luminosos libros de láminas. La talla en madera lleva 725 años esperando pacientemente bajo las siluetas de los chapiteles y las cabezas de dragón de la iglesia de madera de Borgund, en Lærdal. En 1280, los parroquianos de Ringebu obsequiaron a la parroquia de Borgund con la talla que llevaba el nombre de Dídimos.

El frente de la talla estaba encajado a la parte trasera de la misma por medio de hendiduras y afianzado con ocho tacos de madera por debajo de la túnica y las

mangas. En la cavidad del vientre encontramos un cofre cubierto de runas.

*El custodio Eirik escondió el cofre en la iglesia de Urnes 100 veranos después de la muerte de Olav el Santo.*

*El custodio Bård trasladó el cofre a Flesberg 150 veranos después de la muerte de Olav el Santo.*

*El custodio Vegard trajo el cofre a Lom 200 veranos después de la muerte de Olav el Santo.*

*El custodio Sigurd escondió el cofre en el vientre de san Lorenzo Dídimo y trasladó la talla desde la iglesia de Ringebu a la de Borgund 250 veranos después de la muerte de Olav el Santo.*

Dentro del cofre había un documento codificado que Terje y Øyvind descifraron con ayuda de la copia de la rueda rúnica:

*El custodio Ragnvald escribió estas palabras secretas tal como ordenó Asim 5 veranos después de que el rey Olav avistara tierra.*

*Busca la cámara funeraria en la profundidad de la cueva donde tocaron tierra la virgen santa y los mártires y encontraron la salvación de Dios.*

*Allí descansa el cuerpo de EL DIVINO de eternidad en eternidad*

*El CUSTODIO Trym escribió estas palabras 25 veranos después de la muerte de Olav el Santo.*

*El sabio Asim descansa junto a san Olav a la vera de EL DIVINO y lo custodia para toda la eternidad.*

La cueva de Sunniva.

No la gruta de Dollstein, como había creído todo el mundo. La cámara mortuoria está al fondo de la cueva de Sunniva, en la isla Selja, en el pueblo de Selje, en la punta del fiordo Nordfjord, en Sogn og Fjordane, que fue la sede del obispado de Gulating hasta el 1170.

En la profundidad de la niebla suenan los quejumbrosos chillidos de pájaros, o al menos espero que sean chillidos de pájaros. A mi alrededor hay un zumbido de actividad y los avisos electrónicos suenan por los walkie-talkies. Hay varios policías estacionados en la isla; su cercanía me proporciona cierta tranquilidad, por si Hassan estuviera al acecho detrás de alguna piedra. Tras el asesinato del párroco de Ringebu y los sucesos de Roma, la policía ha concedido máxima prioridad al asunto. La policía islandesa, noruega e italiana colabora estrechamente por medio de la Interpol, y Ragnhild dirige el grupo de investigación noruego.

El monasterio, plantado sobre una llanura a los pies de una abrupta montaña, está



sumamente expuesto. En su momento, el monasterio de Selje recordaba a un castillo medieval, con muros y torres poderosas. Era un monasterio benedictino fundado en el siglo XII, pero, antes de eso, había habido allí un monasterio más pequeño, de madera. A cincuenta metros de altura, las ruinas de la iglesia de Sunniva se aferran a la pared de la montaña como un nido de águilas, y, justo encima, se abre la gruta con el santuario de Mikael.

La cueva de santa Sunniva...

Santa Sunniva, hija de un rey irlandés, huyó, a finales del siglo X, de un pretendiente que quería invadir tanto su vida como su patria. Sunniva, acompañada por un grupo de devotos —mujeres, hombres y niños—, fletó tres barcos, que, sin timón, remos, ni vela, navegaron a la deriva llevados por el viento y las corrientes marinas hasta llegar a Selja, donde los refugiados se asentaron en las grutas y cuevas que hay en la zona. Los paganos que adoraban ídolos en tierra firme, miraban a los extranjeros con desconfianza. Håkon Ladejarl —Håkon duque de Lade— envió a un grupo de hombres armados para entablar batalla con lo que creía que era un ejército enemigo. Sunniva y sus compatriotas huyeron a la cueva y rogaron a Dios que los salvara. El mito cuenta que, en lugar de detener a los agresores, Dios enterró a Sunniva bajo toneladas de piedra. En los años que siguieron, campesinos y marineros vieron luces extrañas que salían de la cueva. Cuando Olav Trygvasson y el obispo Sigurd acudieron a la isla de los milagros, encontraron el cuerpo de Sunniva en la cueva, rodeado de huesos, calaveras y esqueletos de dulce aroma. Años más tarde, Olav Haraldsson arribó precisamente en Selja, cuando retornó para cristianizar Noruega.

La cueva de Sunniva...

¿Se inventó el mito de Sunniva para ocultar que hay una cámara funeraria en el fondo de la cueva?

2

A mediodía se despeja la niebla.

En una de las barracas para directores, estudio las últimas fotografías que se han sacado en el lugar de las excavaciones. La cueva ha sufrido numerosos derrumbes y deslizamientos. Hemos sacado toneladas de piedras de detrás del altar que hay en la gruta y descubierto una pared vertical construida con piedras toscamente talladas, en medio de la cual hay un pórtico con forma de arco que se ha cerrado con piedras más pequeñas. El pórtico está sellado.

Mañana, a las once en punto, nos abriremos paso.

Oigo pasos que se acercan y dejo a un lado las fotografías. La puerta se abre. Una figura aparece a contraluz, enmarcada en un celestial haz de rayos: parece una diosa que ha descendido hasta nosotros los mortales para transmitirnos mensajes sobre la

vida eterna en el paraíso. Pero no es más que Astrid, que me trae un poco de pan con tomate y pepino.

—¿Nervioso? —pregunta.

Es catedrática en la Colección Oldsak y una de las más destacadas expertas en ruinas de monasterios noruegos.

Siento un cosquilleo por dentro.

### 3

La alarma ulula estridentemente.

De pronto me despierto y me incorporo en la cama de campaña. La extraña atmósfera de un sueño que no recuerdo sigue adherida a mi cuerpo. Busco a tientas las gafas y enciendo la luz. Son las dos y media.

Se oyen gritos y ladridos.

Me visto rápidamente, agarro las muletas y salgo cojeando a la noche. La alarma ha encendido automáticamente todas las luces exteriores, que, en la niebla de la noche, bañan el terreno en una luz lanosa. El aire está frío. Las olas rompen contra tierra.

Cojeando tan rápido como me permiten las muletas, llego a la barraca para directores, donde se han congregado varias personas que hablan de un altercado con dos de los guardas que se han contratado. Cuentan que uno de los guardas yace inconsciente en las empinadas y estrechas escaleras que conducen a la cueva.

Por fin alguien consigue desactivar la alarma.

En ese mismo momento, se enciende el motor atronador de un barco.

Durante la siguiente hora conseguimos adquirir cierta visión de conjunto, aunque seguimos sin comprender las razones de lo ocurrido.

Alguien se ha adentrado en la cueva. Los picos que han dejado indican que pensaban derribar el muro del pórtico para acceder a la cámara mortuoria que creemos que hay al otro lado.

Afortunadamente, y a causa de mi desconfianza, hemos mantenido en secreto los detalles sobre el sistema de alarma de los guardas, por eso han caído incautamente en una trampa sencilla: un rayo infrarrojo situado en lo alto de la reja de hierro de la entrada de la cueva.

Al guardián que subió corriendo a comprobar lo que ocurría lo dejaron inconsciente.

Se recupera confusamente mientras lo llevamos en brazos hasta la barraca, donde le limpiamos y vendamos la herida que tiene en la frente. Apenas recuerda que lo atacaron, y no sabe quién.

A la mañana siguiente faltan tres compañeros:

Michael Rennes-Leigh, de la School of Archaeology de la Universidad de

Oxford, Paul-Henri de Chenonceau, del Institut de Papyrologie de la Sorbona y Paolo Baigenti, de la Universidad de Roma.

No conocía mucho a ninguno de los tres: solían ir a su aire. En la tabla de tareas no hay nada que indique que se les hubiera perdido algo en la cueva, y mucho menos en plena noche, y con picos. Probablemente trabajen para el jeque.

Según la policía local, el barco en el que huyeron está amarrado en Selje y el coche alquilado ha desaparecido.

Cuando comprobamos las universidades a las que pertenecen, resulta que son todos becarios recién nombrados. Sus puestos de investigación están financiados por la misma fundación de Abu Dhabi, en los Emiratos Árabes Unidos.

4

A las once comienzan las labores de derribo del muro.

La cueva está húmeda y fría. Expectantes, hemos formado un semicírculo en torno a los musculosos que van a agujerear la pared. En el exterior, bajo la llovizna, aguardan los periodistas y los equipos de televisión.

El muro es grueso y sólido y no parece dispuesto a colaborar, pero con el tiempo consiguen soltar una piedra, y luego otra. Con una palanca vamos apartando las piedras aledañas hasta conseguir formar un agujero del tamaño suficiente. Alguien introduce una lámpara.

Cuando era pequeño y rompía el papel de los regalos de Navidad con mis deditos pálidos, siempre albergaba la ilusión de que aquel regalo fuera aún más magnífico y sorprendente que todos los que había recibido hasta entonces.

En el momento en que atravieso a gatas la apertura y alzo la linterna para iluminar la oscuridad sin fondo, obtengo por fin mi recompensa.

Astrid me pasa las muletas. A mis espaldas el silencio es absoluto. Me yergo, me sacudo el polvo de las rodillas y me quedo en pie sobre el rellano de una escalera, con dificultades para respirar.

Nada, absolutamente nada, nos ha preparado para lo que nos aguarda.

# La gruta

## 1

En la penumbra intuyo el tamaño de la gruta. Dos filas de columnas de granito gris arrojan sombras sobre las paredes y de las grietas de la pared de la montaña cuelgan barbas de musgo y raíces. Una leve corriente me acaricia la piel.

La oscuridad de los siglos es desgarrada por los vacilantes haces de luz de las linternas de quienes me siguen.

La cámara de la gruta está repleta de tesoros egipcios.

Bajo las capas de polvo de piedra y telas de araña, centellean valiosas reliquias. Baúles, vasijas, cofres, oro, plata y piedras preciosas. Candelabros, cuencos, candiles, ornamentos y cetros. Piedras de alhajas finamente labradas. Diamantes, rubíes, zafiros y esmeraldas.

En una cámara lateral, hay un montón de estatuas de dioses y faraones egipcios colocadas en formación, como si aguardaran algo con paciencia. Reconozco a varios de ellos: Anubis, Thutmosis, Amenofis, Ramsés, Horus, Akhenatón, Tot. Me siento abrumado; los ojos se me llenan de lágrimas.

Alguien me da unas palmaditas en el hombro. Al apoyar la mano sobre la columna de piedra que hay junto a las escaleras, me mordisqueo el labio inferior. La superficie pulida está congelada. Estoy tan conmovido que permanezco inmóvil, apoyándome sobre las muletas y mirando fijamente al frente. Detrás de mí, Astrid entra trepando a través del agujero en el muro.

—¡Dios santo! —exclama. Al igual que yo, se queda petrificada mirando la penumbra con la boca entreabierta.

La cámara mortuoria llevaba mil años oculta tras toneladas de piedras, detrás de un muro tan grueso que se confundía con la montaña.

## 2

Peldaño a peldaño voy bajando las escaleras, colocando con cuidado las muletas ante mí. Los demás me siguen con sus linternas y sus exclamaciones.

En el centro de la cámara pentagonal hay dos grandes pedruscos, dos zócalos labrados directamente en la montaña.

Uno de ellos está vacío.

Sobre el otro descansa el arca de Olav, el ataúd de Olav el Santo.

Sin mediar palabra, me vuelvo e intercambio miradas con Astrid, a quien le tiemblan ligeramente los labios.

Me acerco respetuosamente al ataúd. Un gran número de maniobras de distracción le han proporcionado mil años de paz. Me detengo. Sostengo las muletas con una mano, mientras con la otra cepillo delicadamente parte de la gruesa capa de polvo.

Entre unos cuantos levantamos la tapa que protege el arca de plata.

Las capas de polvo le dan al revestimiento de plata del ataúd de madera un aspecto completamente negro, pero, bajo la lámina de herrumbre, la plata está adornada con oro y piedras preciosas.

La silueta es exactamente la misma que he visto siempre en los libros de historia. El arca tiene dos metros de largo y un metro corto de alto y de ancho. La tapa tiene la forma del tejado de una casa y los extremos de las cumbreras acaban en dos cabezas de dragón.

Me quedo inmóvil admirando el arca de Olav.

Una vez la hayan limpiado y restaurado, será mundialmente famosa. Imágenes suyas aparecerán en las pantallas de televisión de EE.UU. y Australia, Japón y Burkina Faso. Aparecerá en la primera página del Newsweek y de El País. El arca de Olav, con los restos del rey vikingo santificado, es toda una sensación arqueológica.

Cada vez llegan más compañeros, y todos ellos hablan en voz baja, como si estuvieran en una iglesia.

—¡El Arca de la Alianza! —suspira una voz.

—¡Corta el rollo! —le espeta otro—. ¡Es el arca de Olav!

Algunos prorrumpen en risas nerviosas.

Mi mirada se desliza del arca de Olav al zócalo vacío que hay al lado.

¿El zócalo de la momia? ¿Dónde está el ataúd?

Me dirijo cojeando a una de las cámaras laterales, donde dos arcas más pequeñas descansan sobre un zócalo.

En la tapa de una de las arcas pone «Bárðr» —el modo en que se escribía Bård en noruego antiguo— escrito en runas; en la otra pone «Asim».

Asim...

Retrocedo un paso, impresionado.

Asim, el egipcio... El sumo sacerdote del culto a Amón Ra. Así que es cierto, es todo cierto. Las insinuaciones de Snorre, las teorías de Stuart, nuestras descabelladas suposiciones: todo lo que hemos intuido, sin saberlo con certeza.

Es todo cierto.

Poco después, corremos las tapas de piedra de los ataúdes. En ambas hay sendos esqueletos envueltos en vendajes putrefactos. Alguien intentó embalsamar y momificar los dos cadáveres.

Contra la pared de la cámara lateral, hay más vasijas repletas de joyas de oro, piedras preciosas y adornos.

Los focos inundan la cámara mortuoria con una luz blanca e intensa.

Hasta ahora no me he dado cuenta de que las paredes y el techo están decorados. Detrás de las capas de polvo intuyo inscripciones en jeroglíficos, runas y letras latinas. Veo pinturas empalidecidas de dioses egipcios, cristianos y vikingos, símbolos y figuras, en una extraña mezcla de mitología, astrología y religión.

En una cruz con forma de ankh, Jesús eleva la mirada hacia un todopoderoso Odín. La serpiente de Midgard se enrosca en torno a un globo terrestre en cuyo centro aparece un pentagrama. Amón Ra corona la entrada al mundo subterráneo, donde Satán descuella con todo su poderío. El árbol Yggdrasil arroja largas sombras sobre la pirámide de Keops. Moisés separa las espumosas aguas del mar con la espada de Mimung. Los ingeniosos decoradores entretejieron la fe de asa con el cristianismo, el judaísmo, la mitología egipcia y un toque de astrología.

Es posible leer algunas partes de los textos, que hablan sobre un dios durmiente, sobre los divinos Moisés y Olav, sobre el discurso de las estrellas y sobre un viaje al fin del mundo.

Durante más de una semana trabajo en la cámara mortuoria desde primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche.

Fotografiamos, filmamos y copiamos las decoraciones de las paredes. Medimos la cueva. La dibujamos desde diversas perspectivas. Registramos y marcamos cada artefacto, cada vasija, cada piedra.

Dichoso, me entrego en cuerpo y alma a la disciplina arqueológica, intentando olvidar que existen hombres que se llaman Hassan e Ibrahim al-Jamil ibn Zakiyi ibn Abdulaziz al-Filastini. La isla y la cueva están vigiladas durante las veinticuatro horas del día por la policía y una compañía de seguridad privada.

Investigadores, periodistas y equipos de televisión acuden de todo el mundo para visitar la cámara mortuoria y, cada tarde, les permitimos entrar por pequeños grupos. Puesto que tengo tendencia a pasar los domingos por la tarde en compañía del National Geographic Channel, estoy especialmente predispuesto a ayudar al equipo americano de este canal, que tiene pensado hacer un documental de una hora. La CNN retransmite en directo desde la entrada a la cueva. La RAI italiana planea hacer un programa que lleve por título El sepulcro en la cueva y mañana llegará el canal de televisión árabe Al-Yazira.

Una noche me llama Ragnhild, de la policía de Oslo. Ha recibido un informe de Islandia, donde uno de los hombres de Hassan ha sido detenido cuando forzaba una

vez más la casa de Thrainn. El criminal había alquilado una casa junto al lago de Raudavatn, en Reikiavik, por medio de una agencia inmobiliaria árabe-saudí en París.

Han llegado tres abogados de Londres para ayudar al gabinete jurídico más prestigioso de Islandia en su defensa.

Intento llamar a Thrainn, pero no coge el teléfono.

5

Trasladamos el arca de Olav en helicóptero desde Selja hasta Bergen. La camioneta que la lleva desde el aeropuerto de Flesland hasta el taller de la Universidad de Bergen va acompañada de una escolta policial.

Tardamos dos días en desmontar el arca.

Bajo el arca exterior, descubrimos el arca de plata que Magnus Olavsson, el hijo de Olav, le fabricó a su padre. Está adornada con numerosas piedras preciosas, y partes de la tapa y de las paredes están revestidas de oro. Algunas zonas tienen relieves de motivos religiosos. Las paredes y la tapa están ornamentadas con joyas y cristales de roca tallados.

Trabajosamente vamos soltando las presillas, las bisagras y los ganchos que sujetan la tapa con forma de tejado del arca de plata. Entre cuatro hombres levantamos delicadamente la tapa. Las cuatro paredes del arca de plata están amarradas las unas a las otras con bisagras.

En el interior se encuentra el ataúd de madera original.

La madera está cubierta de paños que se han podrido, pero el propio ataúd parece resistente y sólido. La tapa está clavada a la caja con sesenta y seis clavos de cobre.

Vamos extrayendo los clavos uno a uno, hasta que conseguimos mover y levantar la tapa.

El cuerpo de Olav el Santo está momificado.

La momia está parcialmente cubierta con un paño bordado. Yace con los brazos en cruz sobre el pecho. El rey sostiene un cetro de oro con las manos: uno de los extremos tiene la forma del ankh y el otro, la del signo rúnico ty. Algo por encima de la mitad, lo corta una vara.

Ankh, ty y cruz en uno.

Permanecemos varios minutos en silencio contemplando el cuerpo del rey santo. En el exterior se ha levantado el aire y los árboles tiemblan con las ráfagas de viento.

# La colección Lewinski

1

Llaman a la puerta del despacho.

Estoy de vuelta en Oslo. Llevo algunos días estudiando los informes de las diferentes instancias que trabajan en la investigación de la gruta y los restos mortales.

Lanzo una mirada de irritación a la puerta y me quedo inmóvil con la esperanza de que dejen de llamar.

Por miedo a los emisarios del Vaticano, los custodios retiraron la momia egipcia de la cueva en Selja —o tal vez de un escondite temporal en alguna iglesia— y la trasladaron a Islandia, donde estaba Snorre. Él fue el primero en custodiar allí la momia; luego la custodió Thordur kakali, pero no sabemos quién se hizo cargo de ella cuando el rey de Noruega reclamó a Thordur. ¿Por qué trasladaron el ataúd? ¿Adónde lo llevaron? ¿Y por qué dejaron los tesoros y el arca de Olav en la cueva?

Vuelven a llamar a la puerta. Esta vez más fuerte.

He encapsulado mi paranoia persecutoria en un capullo de indiferencia. He ganado. El jeque ha perdido. Sus legiones de asesinos, espías y perseguidores se han marchado a casa junto con Hassan, decepcionados y con las orejas gachas, humillados por un profesor adjunto noruego. Llevo días cultivando mi rencor hacia ellos con una autosatisfacción descarada.

—¿Bjørn? —La puerta se abre—. ¡Soy yo!

Thrainn.

Le abrazo algo más cordialmente de lo que un pobre profesor adjunto debería abrazar a un doctor en filosofía.

—He estado intentando llamarte —dice.

—Disculpa. Tengo el móvil apagado. No paraba de sonar. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He traído algo que puede ser de utilidad. Luego voy a ir a Selja para echarle un vistazo a la cueva. Estas cosas, en el mejor de los casos, sólo pasan una vez en la vida.

Debajo del brazo lleva una gran carpeta.

—¿La traducción del manuscrito bíblico?

Niega con la cabeza.

—Aún están trabajando en eso. Es todo muy confuso. El texto se corresponde, y al mismo tiempo no se corresponde, con las viejas versiones de la Biblia. No se descarta que el texto sea una versión pirata, que algún monje burlón haya hecho sus propios añadidos a una copia existente de un texto bíblico.



Abre la carpeta y saca unas grandes fotografías de un manuscrito.

—He hecho que me fotografíen las páginas más interesantes a una escala uno a uno. ¡Calidad fotográfica de primera! Se notan incluso las rugosidades de las uniones de la tinta.

—¿Qué es?

—El Libro de Flatey. Codex Flatöiensis. La más grande y bella de las colecciones de manuscritos islandeses. Tal vez sea el manuscrito medieval más importante de Islandia. Doscientas cincuenta páginas de la piel más fina, escritas a mano, iluminadas e ilustradas. En 1387, comenzó a escribir el texto...

—¡Thrainn! ¿Por qué te has traído esa copia?

—Porque el Codex Flatöiensis contiene más que el resto de los textos. Aquí están la mayoría de las sagas de los reyes, como las sagas de Olav Trygvasson y Olav el Santo, pero también contiene mucha información histórica. El Libro de Flatey contiene, por ejemplo, versiones alternativas de la saga sobre Olav el Santo. Antes los historiadores pensaban que la versión de Snorre era más precisa, pero ahora confían más en la del Libro de Flatey. Lo que te quería enseñar era esto... —Thrainn avanza entre las páginas—. Aquí —dice deteniéndose—. Grænlendingasagaen. La saga sobre los groenlandeses.

Hace tamborilear los dedos sobre la piel. En un margen, bellamente iluminado, aparecen tres símbolos: ankh, ty y cruz.

—Este texto del margen nunca ha aparecido en ninguna de las copias o traducciones del Libro de Flatey que se han hecho más tarde. Eso pasa con la mayoría de los manuscritos. Si vuelves al original, siempre encuentras algún texto olvidado u omitido.

—¿Qué pone?

—No gran cosa. Es evidente que no querían que lo entendiera cualquiera. En resumen, el texto del margen cuenta que los custodios llevaron el tesoro a Groenlandia en 1350, para que estuviera seguro.

Me quedo en silencio. El tesoro tiene que ser la momia y los rollos escritos.

¿Hay aún otra cámara mortuoria? ¿En Groenlandia?

Groenlandia fue colonizada a finales del siglo X por Eirik el Rojo, que se había fugado tras ser proscrito de Noruega e Islandia. Durante algunos siglos, la colonia noruega floreció en frágil armonía con los esquimales nativos, pero las relaciones se fueron deteriorando poco a poco. La última nave comercial noruega partió de Groenlandia en la primera mitad del siglo XV. Algunos creen que fueron capturados por piratas y vendidos como esclavos. Otros que navegaron hacia el sur, hasta las islas Canarias, y fundaron la tribu de los guanches, que eran altos, rubios y de ojos azules. Otros defienden que retornaron lenta y pausadamente a Noruega e Islandia. Otros piensan que se extinguieron. Y hay quien sostiene que siguieron camino hacia

el oeste, hasta Vinland...

—Esto podría explicar todas las demás referencias a Groenlandia que hemos encontrado —digo.

—Hay aquí una referencia a la peste negra. En la década de 1350, los islandeses estaban asustados por la peste que en aquellos tiempos acababa con la población de Noruega y Europa. La verdad es que la peste no llegó nunca a Islandia, pero te podrás imaginar el pánico que debieron de sentir.

—¡Así que los custodios se fueron a Groenlandia huyendo de la peste!

—Eso parece.

—¿Y ahora el resto del tesoro está allí?

—Qué va.

Thrainn saca algunas fotografías más.

—Aquí, en el Skálholtsbók islandés, del siglo XV, se ha añadido posteriormente un texto en el margen, donde se insinúa que el tesoro fue custodiado por un asentamiento nórdico en Groenlandia durante un siglo, esto es, hasta la década de 1450. Pero entonces hubo allí una masacre. En los asentamientos se han hallado restos arqueológicos de esqueletos, armas y equipos que indican que los agresores eran soldados del sur de Europa. Tal vez del Vaticano. Pero, ¡lee esto! —exclama señalando un párrafo—: Aquí dice claramente que hubo un grupo que se salvó del ataque y huyó en barcos hasta la tierra tras el horizonte. Es una formulación interesante, porque se repite en varios textos de esa época y siempre hace referencia a Vinland. La nueva tierra desconocida al oeste.

—¿En 1450?

—Colón no se topó con las islas caribeñas hasta cincuenta años más tarde.

—En el Vaticano encontré una referencia a unas incursiones bélicas que se realizaron en Groenlandia en 1450. Si mal no recuerdo, decía también algo sobre que algunos de los bárbaros consiguieron escapar: quizá fueron los custodios noruegos e islandeses. Cincuenta años más tarde, el hermano de Cristóbal Colón trajo a Europa una carta de un grupo desconocido de personas en la isla de La Española. Los custodios.

—¿Tienes la carta?

—La estamos buscando.

—Los mares entre Noruega, Escocia, Islandia y Groenlandia fueron visitados por varias expediciones del sur de Europa durante este período. Después de las expediciones de la década de 1360, en aquellas aguas se conocía bien a los hombres del Papa. De hecho, algo más de un siglo más tarde, también Cristóbal Colón viajó al norte, aunque como marinero raso. Probablemente fue aquí donde se le ocurrió la idea de viajar hacia la tierra del oeste.

—Así que se llevaron la momia de Islandia a Groenlandia, y, cien años más tarde,

fue trasladada a la colonia vikinga de Vinland.

—Eso parece.

2

A las 14.00 horas tengo cita con el médico para que me quite la escayola. Una vez liberada, siento la pierna como si fuera aire, pero tengo miedo de apoyarme sobre ella. Soy tan sensible al dolor... El médico dice que soy un timorato. No sé si me toma el pelo o si lo piensa de verdad.

Laura —la investigadora de la SIS que ha estado buscando la colección de Maximilian Lewinski— me llama esa misma tarde. A juzgar por su tono de voz, está muy alterada.

—Te llamo desde Berlín. ¡Del archivo estatal!

—¿Has encontrado algo?

—¡Creo que por fin he conseguido rastrear la colección!

—¡¿De veras?! ¿En Berlín?

—¡No! ¡No! Pero aquí es donde he encontrado el hilo conductor. He estado en Bonn, Stuttgart, París, Varsovia...

—¡Cuenta!

—Maximilian von Lewinski debía de tener tanto respeto por la colección que no se atrevía a correr ningún riesgo. Era un destacado oficial de la Wehrmacht y es probable que se diera cuenta de que iba a estallar la guerra. Así que pensé: si yo hubiera sido Maximilian von Lewinski, ¿qué habría hecho? ¿Qué habrías hecho tú, Bjørn?

—Habría puesto la colección a buen recaudo. La habría trasladado a un sitio seguro.

—¿Y cuál era el lugar más seguro que se te podría ocurrir en la década de 1930?

—No sé... ¿Algún país que no fuera a entrar en guerra?

—¿Así que estamos hablando de...?

—Muchos países...

—Pero ¿no hay uno que se destaca naturalmente en un contexto como éste?

—¿Estados Unidos?

—La dinastía Von Lewinski ya tenía contactos en Estados Unidos. El hermano de Maximilian, Uwe, emigró a Estados Unidos en 1924 y se estableció en Chicago, desde donde dirigía las compañías industriales americanas del imperio Lewinski: Lewinski Steel Corporation.

—¿Has encontrado alguna relación?

—You bet. La Alemania nazi era una sociedad profundamente regulada. Incluso las personas más destacadas de la sociedad, como Von Lewinski, tenían que pasar por la burocracia si querían sacar objetos valiosos del país. Y así es como he encontrado

una referencia a la colección. Me he pasado los últimos cuatro días en el Bundesarchiv, el archivo estatal alemán. En los registros de aduanas de 1935, que paradójicamente se han conservado porque fueron trasladados a unas cámaras acorazadas a prueba de bombas antes de que estallara la guerra, he encontrado una referencia a los documentos que aprobaron la salida de la colección de libros de Maximilian von Lewinski. Lo mandó todo fuera del país, junto con sus obras de arte y diversas reliquias familiares. ¡A Chicago!

—¿A su hermano?

—Maximilian envió sus obras de arte y su colección de libros a su hermano Uwe. Aunque el documento no dice nada específico sobre cartas y manuscritos históricos, apuesto a que Maximilian von Lewinski camufló la colección del judío en su rica biblioteca.

—¿Sin que nadie lo descubriera?

—No es tan raro. Unos cuantos miles de documentos tampoco ocupan gran cosa. Especialmente si están repartidos entre miles de libros empaquetados en sólidas cajas de madera rellenas de serrín y periódicos.

—¿Existe aún la colección?

—No sólo existe, sino que he averiguado dónde está. No te lo vas a creer.

—¿Dónde?

—Delante de nuestras narices.

—¿Dónde?

—Maximilian murió durante la guerra y su hermano Uwe nunca compartió su gusto por las obras de arte y los libros. La excepcional colección de Maximilian von Lewinski lleva más de sesenta años en casa de su hermano Uwe. ¡Sin desembalar! Al morir Maximilian, Uwe no se tomó la molestia de abrir siquiera las cajas. Simplemente las subió al desván. Uwe von Lewinski murió en 1962 y su hijo Albert murió en un accidente aéreo hace un año. No tenía hijos. Los herederos, una infinidad de sobrinos y primos, les echaron una rápida ojeada a esas cajas repletas de libros viejos y donaron la colección, agárrate, a la Biblioteca del Congreso. The Library of Congress!

Cuando colgamos, el aparato hace clic dos veces.

De pronto escucho la voz de Laura: «... Repletas de libros viejos y donaron...», antes de que vuelva el sonido de la línea.

# La caza

EE.UU.

1

Cuando llego a América, ya ha caído la noche.

Washington, D.C. es un mar infinito de luces. Las calles y los edificios centellean y relumbran. Por la ventanilla del avión distingo millones de luces de coches que dibujan líneas rojas y blancas que se van apagando como las estrellas fugaces.

Laura Kocherhans me espera en la sala de llegadas. No tenía la menor idea de lo bonita que era. En contrapartida, ella no parece preparada para encontrarse a un albino. A la mayoría de las mujeres les recuerdo a algo que ha pasado demasiado tiempo en remojo en la bañera, por eso nuestro primer encuentro resulta ser un caos, bastante torpe, de abrazos y muletas.

Fuera del aeropuerto, el bochorno de la noche huele a una mezcla de los gases de los coches, la llovizna y el perfume de Laura. Hacemos cola durante diez minutos para conseguir un taxi, que nos lleva al hotel por una autopista de ocho carriles con filas de señales verdes.

El hotel es un oasis en la noche.

Un botones lleva mi maleta desde la recepción a la habitación 3534, que está junto a la habitación en la que Laura ya se ha registrado.

Acordamos tomarnos una copa rápida en el bar del hotel en cuanto me haya duchado y haya deshecho la maleta. Laura me está esperando cuando salgo del ascensor. Está impresionante.

Con la parte del cerebro que por temporadas mantengo sellada y algo grumosa, pienso que es difícil que una mujer sea genéticamente más perfecta que ella. Apoyo las muletas contra la barra del bar y me encaramo a la banqueta que está junto a la suya. Más de uno nos mira con incredulidad. La bella y la bestia. Pido un gin-tonic, que es la única copa de cuyo nombre recuerdo. Laura está bebiendo algo rojo con una sombrilla de papel. Me cuenta que tenemos una cita a la mañana siguiente en la Biblioteca del Congreso.

Uno de los hombres del bar me mira fijamente. Probablemente sea porque se pregunta qué hace Laura con un miserable paliducho como yo, a no ser que sea un agente del jeque, enviado para vigilarme.

Carraspeo y le pregunto a Laura si ha tenido la sensación... bueno, de que la han estado siguiendo... mientras buscaba la colección Lewinski.

Se echa a reír.

—Desgraciadamente, mi vida no es tan dramática.

Su risa me produce un cosquilleo.

—¿No ha habido nadie a quien te hayas encontrado en varios sitios? ¿Nadie que te haya seguido con la mirada? Más de lo habitual —añado envalentonado.

—Desgraciadamente no. —Se echa a reír—. Bueno, la verdad es que sí. Había un especialista en TI en el archivo estatal de Berlín, pero no era mi tipo.

El hombre que no nos quita la vista de encima tiene pinta de árabe y no cabe duda de que debería afeitarse. Cuando cruzamos la mirada por cuarta vez, vacía la copa y se va.

A Laura y a mí no tardan en acabársenos los temas de conversación, así que cogemos el ascensor hasta el cuarto piso. Cuando avanzamos por el largo pasillo, jugueteo con la idea de que fuéramos una pareja que se dirige a la cama.

Entre la habitación 3532 y la 3534, Laura me desea las buenas noches y me da un abrazo.

Durante unos minutos me quedo mirando por la ventana de mi habitación. Luego me acuesto bajo la tensa sábana y me siento como una carta metida a presión en un sobre demasiado pequeño.

Pasan unas horas hasta que me duermo.

2

Cuando Laura trabajaba en The Library of the Congress, tenía un puesto de confianza en el departamento de libros y colecciones raras —Rare Books and Special Collections Division—. Una de sus funciones era ayudar a completar y catalogar la colección Kislak, que es una colección histórica de más de cuatro mil libros, mapas, documentos, cartas, fotografías y objetos de la historia de América.

En algunos países, las colecciones históricas son inaccesibles, pero en Estados Unidos es al revés. La Biblioteca del Congreso ofrece veintidós salas de lectura para investigadores, estudiantes e interesados.

Laura me ayuda a pasar el control de seguridad —donde durante unos tensos minutos consideran la posibilidad de que mis muletas sean potenciales armas letales — y a registrarme en el edificio James Madison.

Saluda constantemente a viejos colegas. Exclaman entusiasmados sus nombres y se abrazan y se miran de arriba abajo. Algunos me miran sorprendidos, como si se preguntaran qué se le ha ocurrido a Laura llevar allí. Laura me presenta a dos de los arqueólogos más conocidos de Europa y yo me siento como si me hubiera escapado de una vitrina de una exposición.

Estoy acostumbrado a las miradas. La piel, el pelo, lo tengo todo blanco. Cuando era pequeño, los niños me llamaban «oso polar», porque mi nombre, Bjørn, significa «oso». Los adultos son más considerados, pero todo lo que no dicen se traslada a sus ojos, a su mirada.

Normalmente deberíamos haber rellenado un impreso de solicitud para todos los libros y manuscritos que queremos ver, pero hace tan poco tiempo que tienen la colección Lewinski que aún no está catalogada. Por eso Laura ha concertado una cita con la conservadora responsable del trabajo, Miranda Cartwright.

Miranda es alta y rolliza, y lleva una exuberante melena roja. Es una de esas mujeres invariablemente alegres, siempre con sus risas e ingeniosas réplicas.

Al igual que yo, está acostumbrada a las miradas.

Está acostumbrada a las omisiones y las promesas rotas. Está acostumbrada a que la ignoren y la olviden, a quedarse fuera cuando los niños bailan y juegan alegremente. Dicen que eso se pasa con la edad, pero evidentemente no es así. Miranda nunca le ha contado a nadie que llora todas las noches al acostarse. Nunca le ha contado a nadie que se sienta en la bañera, desnuda, dejando correr el agua y con la cuchilla de afeitar preparada para dar el corte que la liberaría. Se lo veo. Es exactamente como yo; un pedazo de chatarra humana que chapotea en la inmundicia bajo los pilares del muelle. Empolva su desprecio hacia sí misma con una capa de felicidad simulada. Naturalmente ella es tan observadora como yo, faltaría más. Por eso su sonrisa al estrecharme la mano es diferente, colmada de un tierno y sincero reconocimiento. Su casi imperceptible movimiento de cabeza revela que sabe que mi infancia ha sido espinosa y que, al igual que ella, tengo problemas de autoestima.

—So welcome to Washington! —dice con una sonrisa cuya profundidad sólo comprendo yo.

Miranda cuenta que la biblioteca se hizo cargo de la colección Lewinski antes del verano del año pasado, pero que las labores de catalogación y registro no dieron comienzo hasta Semana Santa. La mayor parte de la colección consiste en obras originales de entre los siglos XVI y XIX, pero también contiene manuscritos, cartas y libros de la Edad Media.

Le pregunto a Miranda si le suena una carta codificada de principios del siglo XVI, que se envió a Europa desde las islas del Caribe por medio de Bartolomé Colón.

—Probablemente, en algún lugar de la hoja, aparezcan tres símbolos: ankh, ty y cruz. El texto parecerá ilegible e incomprensible, porque está cifrado.

—Fascinante —dice Miranda—. Pero, desgraciadamente, ése es el tipo de cosas con las que tenemos que conformarnos con soñar.

3

Con una palanca abrimos las cajas de madera en las que la colección que robó Maximilian von Lewinski está guardada entre serrín y periódicos arrugados que cuentan que Alemania se está armando para un futuro triunfal.

Hojeamos libros gruesos y pesados que huelen a polvo y pensamientos del pasado.

Buscamos en obras encuadernadas en piel y libros de tamaño folio con exóticos lugares y fechas de publicación.

Estudiamos detenidamente frágiles protocolos e incunables —antiguas publicaciones de la primera época del arte de impresión de libros—, postillas, catálogos, mapas, cartas y enciclopedias.

Pero no encontramos la carta de los custodios.

Una vez que hemos terminado en la Biblioteca del Congreso, Laura coge un taxi que la lleva al hotel, mientras Miranda regresa a su soledad.

A mí me han convocado a una reunión con el FBI.

Se trata de algo que ha organizado Ragnhild, de la policía de Oslo. Cuando la llamé desde el aeropuerto de Gardermoen para contarle que me iba a Estados Unidos, insistió en que la policía americana me cuidara.

Cuando de pequeño me quedaba en casa mientras todos los demás niños andaban jugando por la calle, me dedicaba a jugar al ajedrez conmigo mismo. Algunas veces conseguía liar a alguno de los otros eremitas del patio del colegio, chicos tan solitarios como yo e igualmente excluidos de la comunidad. Siempre los ganaba; supongo que fue por eso que dejé de invitarlos a casa, o que ellos dejaron de venir. En el ajedrez se trata de poder pensar muchas jugadas por adelantado —aunque no sepas cómo va a mover tu contrincante—. Como saben todos los jugadores de ajedrez, a un contrincante inseguro le faltará concentración.

El agente del FBI con el que me conceden audiencia es un escéptico estresado. Tiene la pila de faxes que le ha mandado la Interpol y lee la información sobre los tres asesinatos y sobre el dramático secuestro en Roma. No deja de mirarme de soslayo, con irritación, como si le costara asumir que un albino miope de Noruega se haya convertido en asunto suyo.

Yo lo estudio con disimulo. La nuez se le mueve desde el esternón hasta la barbilla cada vez que traga saliva.

Finalmente suelto las palabras mágicas:

—Probablemente sean terroristas islámicos.

El rápido movimiento de su nuez confirma que mis palabras han dado en el blanco. Teclea la información en su ordenador y las palabras quedan grabadas en su base de datos como una bomba con temporizador.

Con ciertas reticencias, me proporciona una alarma con emisor GPS y un panic button. Un botón para casos de pánico. El agente me explica cómo funciona, pero entre el chorro de palabras no consigo enterarme de si alerta al FBI, al United States Marshals Services o la policía metropolitana de Washington. Pero al menos estoy seguro de que alguien acudirá a toda velocidad en caso de que presione el botón.

Esa noche, Laura y yo salimos a cenar a uno de los restaurantes vegetarianos más de moda de Washington, D.C. El camarero está ensayando el papel de estatua de



granito esculpida a mano. A Laura le hacen gracia las verduras que simulan ser carne: dice que tienen un sabor divertido. Yo, por mi parte, prefiero un plato de espárragos que no se hacen pasar más que por espárragos levemente cocidos. Bebemos vino de California y un agua mineral que se llama Voss, a pesar de ser de Vatnestrøm.

Miro por la ventana del restaurante y me doy cuenta de que fuera, al otro lado de la calle, hay aparcado un coche negro con cristales tintados. Se me mete en la cabeza que ahí dentro hay alguien observándonos con prismáticos y teleobjetivo. Tal vez nos estén sacando fotografías, por eso decido sonreír y saludar con la mano. Cuando Laura me pregunta con quién estoy coqueteando, le respondo que con mi propio reflejo en el cristal.

Cuando una hora más tarde abandonamos el restaurante, el coche sigue allí.

Paseamos por la ajetreada calle. Laura me ha cogido del brazo y hemos bebido el suficiente vino como para que me hable de su último novio. Se llamaba Robbie y no estaba preparado para comprometerse. La ruptura con él fue una de las razones por las que aceptó la oferta de la SIS y se mudó a Londres.

De vez en cuando, miro por encima del hombro para comprobar si el coche nos está siguiendo.

Pero no nos sigue.

Son bastante más retorcidos.

4

Al día siguiente proseguimos la caza de la carta.

En medio de una colección de textos sobre el arresto de Cristóbal Colón, encuentro una serie de documentos sobre los asentamientos de los antiguos nórdicos en América del Norte. Lo que mayor peso tiene es el hallazgo de los asentamientos vikingos en L'Anse aux Meadows, en Terranova, que llevaron a cabo Helge y Anne Stine Ingstad. Pero también hay documentos sobre controvertidas piedras rúnicas, sobre torres de piedra que se asemejan a las iglesias redondas vikingas, sobre el hallazgo de una moneda de la época de Olav Kyrre en un asentamiento indio en Norumbega, Noruega. En el siglo XVI, Abraham Ortelius y Gerardo Mercator demostraron que Norumbega se llama así por las colonias vikingas. Cuando Giovanni da Verrazano cartografió en 1524 la costa este de América, desde Florida hasta la península de Labrador, llamó Normanvilla, tierra noruega, a los territorios a la altura de Nueva York. Mucho antes de que Colón navegara al Caribe, los audaces vikingos se habían asentado por la costa este americana.

Laura y Miranda trabajan más despacio que yo: mientras yo hojeo y busco, ellas registran y catalogan cada tomo. Teclean minuciosamente toda la información disponible sobre los libros y los escritos en un programa especial de la red informática de la Biblioteca del Congreso.

Al acabar el día, Laura y yo cogemos un taxi para volver al hotel. La boca me sabe como si me hubiera comido un periódico. Estoy tan cansado y tengo la cabeza tan vacía que ni siquiera me preocupo de contarle a Laura que tengo la sensación de que nos están siguiendo: se limitaría a reírse de mí. Y tampoco es que vea a nadie cuando miro hacia atrás. Son unos profesionales, pero yo sé que están ahí.

5

Encontramos la carta el tercer día.

El pergamino, junto con el sobre dirigido al «Arzobispo Eirik Valkendorf de Nidaros, en el reino de Noruega», aparece aprisionado entre las páginas 343 y 344 de un libro del siglo XVII sobre el descubrimiento de América.

Bajo los símbolos ankh, ty y cruz, aparece una combinación familiar de runas y letras. No me cabe duda de que ha sido escrita por la misma orden de custodios que cifraron los códigos de las iglesias medievales trescientos cincuenta años antes.

Silbo a Laura y su boca se abre en un mudo gesto de asombro.

Por un momento, me planteo la posibilidad de robarlo: al fin y al cabo, el lugar que le correspondería es estar junto al resto de hallazgos que hemos hecho. Pero enseguida aparto de mí la idea. Hasta yo tengo mis límites. Lo que necesito es el contenido, no el pergamino.

Antes de avisar a Miranda, fotografío varias veces el pergamino y el código rúnico con mi cámara digital.

—La encontré.

—Oh. My God. ¿El pergamino?

—Está cifrado. El documento prueba de una vez por todas que en el continente americano vivían ya descendientes de vikingos cuando Colón llegó allí empujado por el viento.

—¿Entiendes algo de lo que dice el texto? —pregunta Laura.

—Ni una palabra.

Con los mofletes colorados, Miranda sale corriendo con el pergamino en una caja de cartón.

6

Todos nuestros miedos tienen su origen en algo que amamos, dijo el monje dominicano Tomás de Aquino. Yo añadiría que el miedo al dolor y la muerte ocupa un puesto más alto en la lista.

En el momento en que Laura y yo salimos de la Biblioteca del Congreso, nos recibe una cálida ráfaga de viento y los descubro entre la nube de polvo que se levanta.

En las calurosas estepas africanas, las gacelas desarrollan una visión en túnel en el momento en que las atacan los leones. Yo consigo distinguir cuatro figuras, cuatro hombres. Cuatro hombres que abandonan tranquilamente sus puestos de guardia y se aproximan a su objetivo como misiles termoguiados, cada uno desde una dirección.

—¡Más rápido! —le digo a Laura, a pesar de que me está costando avanzar tan rápido como ella. Me aferro a mis muletas, al menos tengo algo con lo que golpearles.

Están a unos diez o quince metros de distancia. Ninguno de ellos es Hassan, pero son grandes, son árabes y van vestidos con traje.

—Laura...

Ella baja el ritmo.

—¡Corre, Laura! ¡Corre!

Laura arquea las cejas.

—¡Bjørn! ¡Sinceramente!

Me tengo que detener para conseguir meter las manos en el bolsillo de la chaqueta. Mis dedos se cierran en torno a la alarma antiviolencia.

Laura mira elocuentemente a su alrededor para asegurarse de que no me estoy imaginando cosas: dice que he visto demasiadas películas de acción.

Ni siquiera repara en ellos.

Con sus trajes elegantes, sus camisas blancas y sus corbatas, se mueven hacia nosotros como camaleones invisibles.

Aprieto el botón contra el pánico.

—¡Corre! —le susurro por última vez.

—No seas tonto.

Están a cinco metros de distancia. Agarro con fuerza las dos muletas, pero me doy cuenta de que son armas miserables: están hechas de un metal ligero, y además son huecas.

—Huy, qué frío hace. —Laura se cierra el abrigo.

Hasta que uno de los hombres se coloca a nuestra altura y nos muestra sus armas ocultas, no se da cuenta de que incluso los paranoicos pueden tener razón.

La cara se le petrifica y resquebraja.

—Please —dice uno de los hombres, con un acento que le hace parecer la parodia de un bandido—, ¡acompañadnos!

El corazón me late con tanta fuerza que siento un pitido en el oído.

¿Qué harán si pido auxilio? ¿Me pegarán un tiro?

Dos de ellos me agarran por debajo de los brazos y otros dos sujetan discretamente a Laura.

Un ojo no adiestrado ni siquiera se daría cuenta de que nos están secuestrando.

Los hombres nos conducen hacia la Independence Avenue. Son discretos y están

tan bien entrenados que, en el mejor de los casos, un testigo creería que estaba viendo un arresto camuflado. Si es que llegaba a darse cuenta de algo.

Una furgoneta negra con cristales tintados pega un frenazo delante de nosotros. A Laura y a mí nos meten en el asiento trasero; dos de los truhanes se sientan junto al conductor y otros dos se sientan detrás, con Laura y conmigo.

El vehículo sale disparado.

No dicen ni una palabra mientras nos conducen por las calles del centro.

He intentado preguntarles quiénes son y qué están haciendo, como si cupiera la más mínima duda, pero no he recibido respuesta. Ni siquiera me piden que me calle.

Todos se quedan petrificados cuando, en un semáforo, nos alcanza un coche de la policía con las sirenas puestas, pero pegan un acelerón y siguen por la avenida.

A mí me tiembla el cuerpo y Laura tiene problemas para respirar.

El chófer se va abriendo paso entre el denso tráfico y, al cabo de un rato, la furgoneta gira bruscamente a la derecha y se mete en el aparcamiento de un hotel.

A Laura y a mí nos llevan hasta un ascensor que nos conduce a la tercera planta. El hombre que iba al volante de la furgoneta introduce la tarjeta en la cerradura de la puerta. Se enciende una luz verde y entramos.

7

Hassan nos espera sentado en un sillón orejero.

Incluso cuando está sentado, resulta gigantesco y amenazador.

Me tiemblan las rodillas. Dios sabe lo que Hassan será capaz de hacer cuando está impaciente y de mal humor.

Me mira como si fuera mi terapeuta y yo hubiera llegado en mal momento.

Uno de los hombres nos registra y, al encontrar la alarma antiviolencia, la arroja al suelo sin mirarla. Piensan que es un teléfono móvil.

Dos de los hombres conducen a Laura a un sofá. Yo me dispongo a seguirlos con mis muletas en un vano intento de protegerla, pero uno de los gánsteres me retiene.

Laura está a punto de echarse a llorar; me mira con ojos asustados.

—Señorita Kocherhans —dice Hassan—. Me alegra que haya tenido ocasión de hacernos una visita.

Laura rompe a llorar.

8

Es la suite más grande en la que he estado nunca. El salón tiene tres puertas cerradas que dan a habitaciones contiguas.

Dos de los bandidos me agarran por debajo de los brazos y otro se hace cargo de mis muletas.

Medio me conducen, medio me llevan a rastras a una habitación aledaña.

Donde está Stuart Dunhill.

Con la mirada, Stuart hace salir a los gorilas.

Silencio.

—Me alegro de volver a verte, Bjørn.

Me indica un sofá junto a la ventana. Apoyo las muletas contra un sillón de felpa y me siento pesadamente en el sofá.

—Siento haberme ido de Roma sin avisar —le digo. Trato de hablar con voz firme, pero al oírme me doy cuenta de que parece como si estuviera a punto de echarme a llorar—. No estaba del todo seguro de no figurar en la misma lista que Luigi.

—Créeme cuando digo que Luigi me gustaba.

—No tanto como para impedir que lo matarais.

—Yo no, Bjørn. Yo no. Ya sabes cómo son las cosas. Jugaba a dos bandas. Luigi sabía lo que se traía entre manos, sabía el riesgo que corría al desafiar al jeque, pero se volvió temerario y perdió. El fragmento del documento que intentó venderte ya se lo había prometido al jeque. Además había más. Ya había engañado al jeque en un par de ocasiones y éste acabó perdiendo la paciencia. Y luego se le metió en la cabeza que Luigi y tú estabais negociando el precio de los rollos de Thingvellir.

—Qué chorrada.

—Tú lo sabes. Yo lo sé. Pero el jeque es muy desconfiado.

—El jeque Ibrahim...

La respuesta cuelga en el aire entre nosotros.

—A finales de la década de 1970, él y la SIS fueron los únicos que me apoyaron. Cuando todo el mundo se reía de mí y nadie quería colaborar conmigo ni publicar mis informes, cuando estaba al borde del precipicio, fue el jeque Ibrahim quien me salvó.

Junto con la SIS me ayudó a conseguir un puesto de investigación en el Instituto Schimmer.

Al otro lado de la ventana, a través del visillo, veo a gente trabajando en una oficina diáfana, al otro lado de la calle.

¿Dónde se habrá metido la policía?

—Tuve que buscarme un refugio profesional —continúa Stuart—. No era más que un arqueólogo idiota, alcoholizado y ridiculizado, que por casualidad se había encontrado con uno de los grandes enigmas de la historia de la arqueología.

—Tampoco lo encontraste por casualidad. Sabías lo que estabas buscando.

—La mayor parte de lo que te conté es verdad. Créeme. Al menos te he protegido... de ellos.

—Háblame de él. ¿Quién es el hombre que me persigue?

—El jeque Ibrahim... ¿Por dónde empezar? Algunos lo consideran un líder

religioso, otros un filósofo o un fanático. Nadie le conoce. Es de los Emiratos, donde posee valiosos pozos de petróleo. Es increíblemente rico y una persona muy ecléctica. Su interés por los manuscritos antiguos no se fundamenta sólo en una manía coleccionista ni en su interés por el dinero. Tiene la idea de que los judíos y los cristianos deben reconocer a Mahoma como... No sólo como un profeta, sino como el más importante de los profetas. El jeque es una paradoja viviente. Es profundamente religioso, pero también está obsesionado con la riqueza y el poder. Posee la colección privada de arte antiguo más grande del mundo. Su biblioteca es enorme. Es cínico y calculador, pero al mismo tiempo dona millones a clínicas veterinarias en Canadá o a escuelas infantiles en Somalia. Es culto y ha leído y reflexionado mucho, pero al mismo tiempo dirige sin contemplaciones varias organizaciones financieras que son propietarias de un buen número de compañías multinacionales. El jeque es un hombre sin escrúpulos. No rehúye ningún medio para alcanzar sus fines. Y contrata a gente que sabe que tiene cojones.

—A asesinos —digo. Stuart asiente pensativo con la cabeza—. Y a ti.

—Y a hombres como yo...

—¿En qué consiste su biblioteca?

—La biblioteca del jeque contiene una colección de manuscritos excepcional. Allí puedes encontrar copias tempranas de la Biblia y el Corán, por ejemplo, o uno de los escritos originales del Cantar de los Cantares. Salomón también es profeta para la fe musulmana.

—¿Cómo se interesó por Snorre? ¿Por el clérigo Magnus? ¿Por mí?

—A principios de la década de 1970, el jeque compró todo lo que pudo en los mercados legal e ilegal de coleccionistas de manuscritos, cartas, pergaminos, mapas y documentos. Fue así como se topó con una copia de un fragmento de lo que se conoce como la Copia Vaticana, que es la traducción al copto que Asim intentó mandar al califa de Egipto cuando estaban en Normandía con el duque Ricardo, pero que el Vaticano confiscó y traspapeló en sus archivos.

—¿Un manuscrito distinto al que encontramos en Thingvellir?

—Otra versión, sí. El jeque mandó traducir el texto y se obsesionó con encontrar el original. Cuando se enteró de mis hallazgos en Egipto, enseguida se dio cuenta de la conexión.

—¿De qué manuscrito original estás hablando?

—¿De veras que aún no lo has entendido? Asim copió los textos en papiro que robaron los vikingos en la cámara mortuoria de Egipto.

—Y los rollos de Thingvellir...

—... son la copia en hebreo de los mismos textos, junto con una nueva traducción al copto.

—El clérigo Magnus no sabía nada de todo esto.

—Es cierto, pero por pura casualidad se había hecho con un documento antiquísimo, el código de Snorre, que contenía una pista que el jeque llevaba veinticinco años buscando. En el código había mapas y códigos que conducían a muchos lugares diferentes, desde las cámaras mortuorias en Noruega hasta la cueva de Thingvellir donde Snorre escondió la copia de los manuscritos de Asim.

—El clérigo Magnus no tenía ni idea de lo que había encontrado.

—No lo sabía con exactitud, no sabía cómo interpretar el texto y los mapas, pero entendió lo suficiente como para saber que el código valía muchos millones de dólares en el mercado negro. Por eso el clérigo Magnus se puso en contacto con nosotros.

—No te creo.

—El clérigo Magnus necesitaba dinero. Bueno, quizás él no, pero su iglesia sí. Un órgano nuevo, más obras de arte para las paredes. El clérigo Magnus quería vendernos el código.

—Sigo sin creerte.

—A lo largo de los años, el clérigo Magnus fue reuniendo un número nada desdeñable de pergaminos y documentos islandeses que le fue vendiendo el jeque. Ninguno de ellos tenía demasiado valor histórico ni económico. Pero ¿crees que un cura se puede permitir conducir un BMW de tracción en las cuatro ruedas? Creo que no vendió nada para lucrarse personalmente —continúa Stuart—. Aunque se compró un coche bueno, creo que lo que realmente quería era conseguir fondos para su iglesia, la investigación, la parroquia y la Asociación de Amigos del Instituto Snorre. Y tal vez le pareciera más emocionante venderle los documentos al jeque que entregar los objetos históricos al Instituto de Manuscritos. —Continúo en silencio—. Conocí al clérigo Magnus a finales de los noventa —dice Stuart—. Participábamos en un congreso en Barcelona sobre la temprana expansión e importancia de la minúscula carolingia en los manuscritos medievales. Me gustaba...

—¡Lo matasteis!

—Se puso en contacto conmigo unos meses más tarde. Tenía unos pergaminos y se preguntaba si me interesaría echarles un vistazo. Supongo que sabía que yo tenía relación con el jeque. Así comenzó nuestra colaboración. —Baja la mirada—. Lo que pasó en esta ocasión, y fue un craso error, es que se arrepintió. Se dio cuenta de que estaba a punto de ir demasiado lejos: el código de Snorre era un tesoro. Así que cambió de idea y te llamó a ti. Necesitaba apoyo. Estaba desesperado. Cuando fuiste a verlo a Reykholt, se había retractado del negocio, había anulado toda la operación.

—A pesar de eso, lo teníais aterrorizado.

—El clérigo Magnus sabía perfectamente que estábamos en camino y lo que queríamos. Afirmaba que ya no tenía el código en su poder, que lo había entregado al Instituto de Manuscritos.

—¿Por eso lo matasteis?

—Murió de un ataque al corazón. ¡Lee el informe del forense!

—¡Le metisteis la cabeza debajo del agua, joder!

—Hassan se puso algo violento. Es su naturaleza... Tenía permiso para ofrecerle al clérigo Magnus grandes cantidades de dinero, pero el párroco se negó. Hassan tuvo que... animarlo. Es que Hassan se toma muy en serio su trabajo. Pero nadie mató al clérigo Magnus. Hassan lo obligó a desvelar dónde había escondido el código, eso sí, pero no le quitó la vida. No directamente. Se les murió entre las manos.

Dejo que la débil explicación se desmigaje entre nosotros, y Stuart empieza a sentirse incómodo. Le dejo sufrir, pero finalmente pregunto:

—¿Cómo sabíais que Thrainn y yo estábamos en Thingvellir?

—Hassan te tuvo controlado mientras viviste en la Casa de Snorre, pero cuando te mudaste al hotel de Reikiavik te perdieron de vista por un tiempo. Empezaron a investigar y averiguamos que tenías contacto con el catedrático Thrainn Sigurdsson. Así que llamamos al instituto y nos hicimos pasar por colegas. Un secretario del instituto reveló dónde estabais.

—¿Y en Noruega? Sabíais perfectamente dónde estaba.

—No es tan difícil, al menos si cuentas con gente suficiente. Varios de los hombres del jeque provienen de los servicios secretos. Utilizaron todo tipo de equipos para encontrarte: cámaras infrarrojas de vigilancia, búsqueda GPS, tu teléfono móvil. El problema fue que nunca llevabas el móvil, y que hacías cosas imprevisibles. No eres fácil de seguir, Bjørn.

—Pero en Lom me encontrasteis, y allí tampoco llevaba el teléfono móvil.

—Pero tu colega Øyvind sí.

—¿Por qué nunca me encontrasteis en Nesodden?

—Sabíamos que estabas allí, pero nunca conseguimos localizar la casa en la que te alojabas. Los equipos no son tan avanzados.

—Así que realmente erais vosotros a quienes vi...

—Seguíamos tu coche con el GPS...

—¡Los emisores que encontré!

—Pensamos que los buscarías, así que colocamos cuatro emisores distintos en tu Citroen. Suponíamos que encontrarías dos de ellos, pero que nunca encontrarías los otros dos. Así fue como te encontramos en Ringebu.

—Donde matasteis al párroco e incendiasteis la iglesia.

Suspira.

—Otro accidente.

—¿Accidente? ¡Yo estaba allí! ¡Vi lo que pasó, Stuart!

—Los chicos del jeque son algo brutos. Estas cosas pasan. Desgraciadamente. El jeque se puso furioso cuando se enteró.



—¡Ahórramelo! Los asesinos, asesinos son.

—Les pagan increíblemente bien por encargarse del trabajo sucio del jeque.

—Pero ¿ninguno de ellos averiguó lo mismo que yo?

—Tú tienes un talento único, Bjørn. El jeque está impresionado contigo. Aunque tenía a un batallón de expertos a su disposición, no consiguieron descubrir los patrones de los signos. Tal vez sea porque eres noruego; quizá tu cerebro está configurado de tal modo que ves patrones que a los demás se nos escapan, pero ante todo se debe a que tienes un talento único. —No respondo a su torpe intento de adularme—. Cuando llegaste al Instituto Schimmer elegimos una nueva táctica. Yo mismo. Sabíamos que te pondrías en contacto conmigo, al fin y al cabo soy el mayor especialista del mundo en la expedición de los vikingos por el Nilo. En vez de mandar a sus orcos al Instituto Schimmer, el jeque dejó que yo me encargara de ti. Al compartir contigo prácticamente todo lo que sé sobre estos secretos, me gané tu confianza, al menos por un tiempo.

—¿Así que el jeque no tenía a nadie en el Instituto?

—Me tenía a mí, y a un tipo que te vigilaba en tu habitación. Colocamos una cámara y un micrófono en la lámpara. Su misión era encargarse de ti, averiguar lo que sabías. Por otra parte, el jeque pagó a un puñado de investigadores para que estudiaran los artefactos, como la talla de san Lorenzo.

—La última noche dijiste que el jeque había enviado a más hombres al Instituto Schimmer...

—Un farol, lo siento. Cuando simulé recibir una llamada de la SIS diciendo que los hombres del jeque estaban en camino, en realidad me llamaban de la recepción para avisarme de que la ropa que había entregado a la lavandería estaba lista. El hecho de que por casualidad te toparas con la talla de san Lorenzo y decidieras contármelo me permitió unirme más a ti.

Inspiro profundamente y retengo el aire. ¡Lo cándido que se puede llegar a ser! Debería haberlo entendido desde el primer momento en que nos conocimos.

—Me llevaste a Egipto, a la cámara mortuoria, a «La ciudad olvidada», a Roma. Me pusiste en contacto con Luigi. ¿Por qué?

Stuart se levanta y luego se vuelve a sentar. Si no supiera que no es así, habría pensado que tenía problemas de mala conciencia.

—Pues, Bjørn, porque tenía la esperanza de que consiguieras averiguar todo lo que yo nunca averigüé. ¡No conseguía avanzar! Tenía el regazo lleno de pedazos que podían formar un jarrón, pero sólo tú podías recomponer las piezas. Al cebarte de información, esperaba que pudieras ayudarnos a avanzar.

—Pero lo que quisiste todo el tiempo fueron los rollos de Thingvellir...

—Por supuesto.

—¿Qué contiene ese manuscrito que es tan importante para el jeque?

—Eso no puedo revelarlo.

—El Instituto Schimmer. Egipto. Roma. Eras tú quien me vigilaba.

—El jeque envió a un puñado de agentes que me ayudaban, pero estuviste siempre bajo mi protección, Bjørn. Créeme... Nunca quise hacerte daño. Quería que me prestaras tu talento. Que los gorilas del jeque mataran a Luigi fue una equivocación.

—Una equivocación...

—Evidentemente debieron esperar a que termináramos con el trabajo en Roma antes de encargarse de Luigi... Luego tuvimos problemas. Nos dimos cuenta de que estábamos perdiendo el control. Cada vez te rodeabas de más policías y guardas de seguridad, así que decidimos mantener el perfil bajo, pero cuando la SIS y las Autoridades de Patrimonio reunieron a la flor y nata de los expertos internacionales para investigar la cueva de santa Sunniva, vimos la oportunidad para infiltrarnos en el proyecto. Conseguimos introducir a tres de nuestros hombres en las excavaciones. Desgraciadamente, fueron un desastre como ladrones de tumbas.

—¿Y aquí en Estados Unidos?

—Bjørn, tienes que entenderlo... ¡Estabas más vigilado que un agente de la CIA sospechoso de ser un espía! El jeque tiene hombres por todas partes. En el Instituto Schimmer, en la SIS, con las Autoridades de Patrimonio. Sabíamos perfectamente que Laura trabajaba para ti. También sabemos que los custodios, en su momento, se llevaron la momia y los textos de Islandia y Groenlandia y que la trasladaron aquí, a Vinland.

—¿Y ahora? ¿Ahora qué?

—Los rollos de Thingvellir pueden hacerte inmensamente rico.

—Inmensamente rico... —Repito las palabras con un toque de distancia irónica. Con el dinero me pasa lo mismo que con las mujeres. Los deseo sobre todo con la imaginación.

—Piénsatelo. Una vida de lujo. Un chalet con piscina. Coches deportivos. Vacaciones en la Riviera francesa y en el Caribe. Vinos buenos. Solomillos. Mujeres hermosas.

Un hombre normal habría jugueteado con la idea; yo, en cambio, me enfado. Stuart piensa que mi silencio supone una madura valoración.

—El jeque está dispuesto a pagarte diez millones de dólares por los rollos de Thingvellir.

—Diez millones de dólares. —Saboreo la suma—. ¿Qué puede tener un texto para ser tan valioso?

—¡Diez millones de dólares!

—No tengo ni idea de dónde están.

Y ni siquiera es una mentira, no es más que un pequeño rodeo a la verdad.

—¿Quince millones?

Sacudo la cabeza.

—Para decir la verdad...

El FBI no llama a la puerta. Entran con ella.

Con un tremendo estruendo, revientan la puerta de la habitación contigua con un ariete. Se detona una granada de shock. Botas que corren. Voces fuertes.

—¡FBI! Down! Down! Down! ¡FBI!

En Roma aprendí cómo entran en una habitación las fuerzas de asalto de la policía. La táctica es la misma por todas partes. Llegan cuando menos te lo esperas. Lo hacen rápidamente, son implacables y montan un jaleo terrible.

—Down! Down! Down!

Ni Stuart ni yo nos movemos.

Abren la puerta de la habitación de una patada. Entran tres policías armados.

—¡FBI! Down! Down! Down!

No es una sugerencia. Nos están amenazando con la muerte repentina en caso de que no hagamos como nos dicen.

—¡FBI! —vuelven a chillar por si fuéramos sordos o inverosíblemente torpes.

Stuart alza las manos.

—Esto tiene que ser una equivocación...

—Down! Down! Down!

Stuart se tumba reticentemente en el suelo, como si estuviera más allá de su dignidad. Me mira. Luego separa los brazos y las piernas.

—Cleared! —chilla uno de los hombres del FBI.

Los agentes de policía llenan la habitación. Algunos de ellos parecen guerreros de una nave espacial intergaláctica. Unos llevan anoraks donde aparece «FBI» escrito en grandes letras amarillas, otros llevan un M15, otros escopetas de repetición, algunos, pistolas. Los últimos que entran son los agentes vestidos con traje.

—¿Señor Beltø? —pregunta uno de los agentes.

—Yes, sir!

Me ayuda a levantarme y me pasa las muletas.

—Quisiéramos hablar un rato con usted.

9

Laura y yo nos pasamos el resto del día en el FBI.

No va a ser fácil encerrar a Hassan, Stuart y el resto de la banda por homicidio e intento de homicidio en tres países europeos distintos. Pero, a excepción de Stuart, son todos árabes, musulmanes, y llevan armas para las que no tienen licencia.

—Terroristas islámicos —repito una y otra vez.

No sé qué les va a pasar a Stuart y sus compañeros, pero me extrañaría que los

soltaran de buenas a primeras.

Cuando por fin hemos acabado con la policía, Laura y yo salimos a la noche de Washington. Cenamos en un restaurante japonés de comida rápida y luego cogemos un taxi de vuelta al hotel.

10

Al día siguiente, me compro un teléfono móvil que registramos a nombre de uno de los amigos de Laura. Le envió el número al puñado de personas en las que confío. Terje Lønn Erichsen es una de ellas.

Empleamos todo el día siguiente en descifrar el código.

Le he enviado las fotografías del pergamino y, con una impresión cada uno, nos pasamos todo el día en el Messenger probando diferentes claves y combinaciones. A pesar de que las cartas del Caribe se escribieron varios siglos más tarde que los códigos de las iglesias medievales, el lenguaje que utilizan es exactamente el mismo.

Las palabras van cifradas alternativamente en una combinación de César-7 y César-8, y una de cada tres palabras está escrita al revés.

Es un documento notable.

En la carta al arzobispo Valkendorf le agradecen la respuesta a su anterior toma de contacto, cuando evidentemente no sabían quién era el obispo de Trondheim ni si la liga de custodios seguía existiendo allá en Noruega. Confirman que el obispo ha respondido con los símbolos correctos —ankh, ty y cruz— y le piden disculpas por no haber dado señales de vida en tanto tiempo, porque hasta entonces no habían encontrado un puerto seguro. Cuentan que se encuentran en un pueblo llamado Santo Domingo, en la isla La Española, que hoy en día es la isla que se divide entre la República Dominicana y Haití. Allí han conocido a un europeo llamado Bartolomé Colón, hermano de Cristóbal Colón.

Tras la masacre de Groenlandia, escriben, el grupo se mudó a la tierra al oeste del horizonte. Durante los últimos cincuenta años han viajado hacia el sur con el objeto secreto. Por los testimonios de los antiguos nórdicos, sabían que acabarían topando con un viento del este que los llevaría de vuelta a Europa.

Llevan muchos años viviendo en diversos asentamientos vikingos a lo largo de la costa del este y han cuidado las relaciones con los nativos de Islandia y Groenlandia. Han erigido gran cantidad de piedras rúnicas. Pero muchos han ido muriendo, a causa de la vejez y en los enfrentamientos con los nativos. Algunos se han ido quedando en los asentamientos. A pesar de que se han producido algunos nacimientos por el camino, el grupo de custodios se ha reducido a diecinueve hombres, nueve mujeres y ocho niños.

Comunican al obispo que han decidido llevar la momia de vuelta a Egipto tal y como deseaba Asim.

Laura y yo leemos una y otra vez la traducción de la carta. ¿Dónde podemos seguir buscando?

Santo Domingo es la ciudad europea más antigua del Caribe, una gran urbe de más de dos millones de habitantes. ¿Acabó aquí el viaje de los custodios? ¿O retornaron a Europa con alguna nave? ¿Acabó la momia en el Vaticano?

11

En la biblioteca encontramos montones de libros sobre la historia de Santo Domingo y nos ponemos a buscar.

A media mañana llamo al profesor Llyleworth de la SIS para ver si puede ayudarnos. A juzgar por su tono de voz, diría que la conexión con Santo Domingo le da una idea.

—¿Habéis investigado algo en torno al Palacio Miércoles?

Siento una ráfaga de esperanza. He oído hablar del mítico Palacio Miércoles de Santo Domingo.

—Esteban Rodríguez, al que conozco un poco, es un aristócrata bastante excéntrico. ¡Comprobadlo! —dice Llyleworth.

En una obra de 1954, *Los diez palacios más grandes del mundo*, Laura encuentra un capítulo sobre el Palacio Miércoles. El magnífico edificio es un palacio renacentista de quinientos años de antigüedad que se encuentra en un gran parque a las afueras del casco viejo de Santo Domingo. Según el folclore local, el palacio fue construido por Cristóbal Colón, cosa que no puede ser verdad, puesto que Colón ya había muerto cuando dieron comienzo las obras de construcción. Su hermano Bartolomé, en cambio, sí estuvo implicado cuando se consiguió el terreno para el palacio en un bosque a las afueras de lo que entonces era el centro de la ciudad. Hoy en día, el palacio es como un oasis en el centro de la enorme urbe.

En el artículo se dice brevemente que la familia Rodríguez, que vive en el Palacio Miércoles, ha sido muy perseverante en su esfuerzo por proteger su pasado. Según el texto, los Rodríguez eran una familia de aristócratas que siguieron al hermano de Cristóbal Colón, a Bartolomé, en una de las expediciones al reino recién descubierto. Luego se hace referencia a ciertas especulaciones que insinúan que la riqueza de la familia Rodríguez tiene su origen en los restos de los tesoros perdidos de los caballeros templarios, que la reina Isabel los sobornó para que no revelaran un secreto sobre sus orígenes, que el rey Enrique VIII de Inglaterra financió el Palacio Miércoles para mantener a la familia lejos de Europa después de un escándalo y que Leonardo da Vinci convenció a la dinastía Sforza, de Milán, para construir el palacio como parte de un plan para establecer una cabeza de puente aristocrática en el nuevo mundo. Pero lo cierto es que nadie sabe gran cosa sobre los orígenes de la familia Rodríguez antes de que, en el siglo XVI, llegaran a Santo Domingo, construyeran el

Palacio Miércoles, se mudaran a él y cerraran las puertas con un portazo que aún resuena en la historia.

Miércoles.

La palabra española proviene del dios romano Mercurio, que es el mismo dios que el Wotan germánico (Woden, Wôdinaz) y que el Odín de los antiguos nórdicos. En inglés Wednesday, miércoles, es una derivación de Wednes dæg, del mismo modo que en noruego onsdag, miércoles, viene de Odins dag, el día de Odín.

El Palacio Miércoles.

El Palacio de Odín.

Laura señala una gran fotografía en blanco y negro del escudo de la familia de aristócratas, los Rodríguez, que tanto evitan el contacto con la gente.

Rodeados de dragones, leones y serafines, descubro los tres símbolos.

Ankh, ty y cruz.

# INTERLUDIO

## La historia de Bård (III)

Olav luchó con arrojo y valentía. Atacó con su hacha a Torgeir de Kvistad y lo alcanzó en la cara partiéndole la visera de nariz de su casco; la cabeza quedó cortada bajo los ojos, casi cercenada.

Snorre

Tú eres de Barbelo, el reino de los inmortales.

Evangelio de Judas

Se estremeció en la húmeda celda del monasterio y se ajustó la capa a su alrededor. Mojó la pluma recién afilada en el tintero. Por la noche, cuando bajaba el sol, escribía a la pálida luz de dos velas de sebo que los monjes le cambiaban cada mañana. El olor del sebo derretido se mezclaba con el fuerte olor a tinta y los aromas a pescado, col cocida o carne de oveja que subían desde la cocina. De vez en cuando oía la risa de los monjes, que siempre le provocaban una sonrisa, y más tarde cerraba los ojos para escuchar sus bellas voces cuando se reunían para sus cantos nocturnos. La niebla del mar había borrado el contorno de las islas, las montañas y el gran mar al otro lado del ventanuco. Con frecuencia, al atardecer, recordaba los sentimientos que lo embargaron en la nave cuando, tras todos aquellos años viajando como vikingo, por fin:

### EXTRACTO DE LA HISTORIA DE BÅRD

Avistamos tierra y divisamos las hogareñas costas a través de los bancos de niebla. ¡Habíamos llegado a casa! Incluso al rey Olav se le entrecortó la respiración de alegría. El único de nosotros que no pareció encontrarle el gusto a la visión de los fiordos y las montañas fue Asim. De pie junto a la borda, miraba apesadumbrado y silencioso hacia tierra.

Tras divisar tierra, el rey Olav dirigió el curso a lo largo de la costa de Viken junto con cien de sus hombres más leales, primero hacia el sur y después hacia el este. Desde allí, el rey marítimo volvió a pie hasta la granja donde se crio para reunirse con su madre Asta y su padrastro.

Se han dicho muchas cosas sobre la labor de cristianización del rey. Yo, que pasé todos aquellos años junto al rey, reconozco poco de lo que se afirma en nuestros días sobre él. Lo cierto es que lo que se encontró nuestro rey unificador fue un reino dividido; una sociedad de clanes más que un país; una manta de retales de regiones independientes lideradas por patriarcas y reyezuelos autosuficientes. Para conseguir cristianizar el país, tenía que hacerse con el poder. No recibió ayuda de los ángeles, como se decía por el sureste. Las puertas del cielo nunca se abrieron, como creen en el oeste. El Cristo Blanco nunca estuvo junto al rey. Ay, no. La cristianización se consiguió por medio de arduo trabajo, ¡y vapuleo! Olav defendió bien su causa entre los reyezuelos, patriarcas y terratenientes de las regiones de Oppland, y éstos lo reconocieron como su rey. Paso a paso fue tomando también el poder en Viken, Agder, Trøndelag e Inntrøndelag. Una vez que tuvo bajo su control el sur y el centro de Noruega, hizo la paz con el rey sueco y se casó con una de sus hijas. ¡Fue una boda magnífica! Mi señor Olav se convirtió en el gran rey de Noruega, pero en el país que quería cristianizar, la fe de asa convivía hombro con hombro con el cristianismo. Lo cierto es que mis compatriotas suelen adorar a los dioses que en cada momento les resultan más útiles. Las diversas asambleas regionales del país decidieron que los noruegos se consagrarán a la fe en el Cristo Blanco y el Dios todopoderoso y la mayoría de los grandes patriarcas se pasaron más o menos a la nueva fe. Al menos eso decían. El cristianismo floreció sobre todo a lo largo de la costa, pero en los pueblos del interior, los campesinos eran más conservadores. Preferían a sus dioses vikingos.

El rey Olav era un misionero impaciente; por eso sus subditos se volvieron contra él. Cuando sus compatriotas se resistían a aceptar el mensaje del Señor, se despertaba el viejo vikingo que Olav llevaba dentro. Prendía fuego a los santuarios y las granjas, mutilaba a sus contrincantes y liquidaba a sus enemigos. Todo ello en nombre de Cristo. Cristianizar Noruega suponía expulsar a los viejos dioses por la fuerza y a base de amenazas. Las palabras de Jesús sobre la clemencia y el amor al prójimo no despertaban ningún entusiasmo. Puedo entenderlo. Yo mismo adoraba a los dioses que Olav quería expulsar. Mis compatriotas sólo se dejaban convertir si Dios y el Cristo Blanco demostraban ser más poderosos que Odín y sus æsir y vanir. El poder era una lengua que Olav dominaba bien y fue por la fuerza como Olav introdujo la justicia cristiana en Noruega. Olav viajó por el país para obligar a los campesinos a vivir conforme a las nuevas leyes y fueron muchos los que protestaron. Los mandamientos del Cristo Blanco entraban en conflicto con las costumbres más arraigadas, y la oposición y la enemistad hacia el rey Olav crecía.

Asim mandó construir un monasterio en Selja, donde reunió en torno a él a un grupo de custodios que velaban por la momia y los tesoros que habíamos traído del país del desierto. Yo le visitaba una vez cada tres años.



Todo el mundo profesaba a Asim un profundo respeto. Era algo más que un cura o un monje. Asim era un mago, un brujo, un astrólogo y un profeta que sabía escuchar a los dioses. En el monasterio, Asim instruía a los hombres del rey en astronomía y astrología, geografía e historia. Con frecuencia enviaba a grupos de expedición por Noruega y, con el apoyo de sus observaciones astronómicas y sus mediciones, reunió mucha información sobre la tierra y el mar, los ríos y las montañas. Así fue como Asim consiguió dibujar un mapa de Noruega, que permitía a los hombres del rey Olav viajar por el reino de modo más rápido y seguro.

Asim era un hombre de costumbres. Cada mañana, cuando salía el sol, subía a la plataforma ante la gruta y avizoraba el horizonte. Los monjes decían que aguardaba a alguien que llegaría por mar.

Muchos de los enemigos de Olav se reunieron en torno a Canuto el Grande, rey de Dinamarca e Inglaterra, que llegó a Noruega con su flota de guerra; una amedrentadora visión de tensas velas y amenazadoras cabezas de dragón. Nadie tomó las armas en contra del rey danés. Al contrario. El pueblo estaba cansado de las amenazas y los abusos de Olav, quien además había ofendido a muchos hombres orgullosos. Canuto, por su parte, prometió poder, libertad y riqueza a los grandes hombres del país y pagó bien a sus aliados más importantes. Incluso los hombres de la guardia de Olav lo traicionaron.

El rey se hundió en la pesadumbre. La obra de su vida había sido destruida. La cristianización de Noruega no había sido el camino triunfal y divino que él había esperado. El rey Olav se sintió como un perro cuando fue obligado a huir hacia el sur. ¡Él! ¡El rey de Noruega! ¡El vikingo! El guerrero que nunca había rehuído la mirada del miedo. ¡El hombre del Señor se vio forzado a huir, del rey Canuto y los campesinos furiosos!

Yo formé parte de su séquito cuando el rey cabalgó hacia el sur, atravesando los grandes bosques. Dejó a su mujer Astrid y a su hija con el rey Amund de Suecia. Luego siguió camino primero en barco y a continuación a caballo hasta el gran príncipe Jaroslav de Nóvgorod, en Garderike.

Los grandes hombres del país aceptaron a Canuto como nuevo rey de Noruega en la asamblea de Øra y Håkon Erikssen fue nombrado su jarl, duque de Noruega. Olav estaba desolado. El gran príncipe Jaroslav le ofreció a Olav el título de rey de Bulgaria, pero el rey no aceptó. Lo único que quería era recuperar su propio reino, la herencia de su clan, Noruega.

En el verano de 1030, Olav recibió la buena nueva de que Håkon jarl se había ahogado en un naufragio. ¡Noruega se había quedado sin patriarca! Olav, enardecido, emprendió el regreso. Por el camino reunió a un tibio ejército de hombres armados que le había prestado el rey sueco, hombres de su propia guardia y a otros más o menos voluntarios. Más tarde se nos unió el hermanastro de Olav, Harald, con sus

hombres. Atravesamos vastos bosques, páramos y grandes lagos. En algunos tramos nos dividíamos en grupos; otros trechos los recorríamos todos juntos. Por el camino nos informaron de que algunos exploradores habían dado aviso de que el antiguo rey se dirigía a casa. Los terratenientes leales al rey Canuto reunieron un ejército formidable, en su mayoría gente de Innrøndelag, pero también patriarcas y grandes hombres del este y el norte de Noruega. Algunos de ellos querían tomar venganza por el brutal comportamiento de Olav: la lealtad de otros había sido comprada por el rey Canuto.

Orgulloso y seguro de su victoria, Olav cabalgó adentrándose por el valle de Verdalen, en Nortrøndelag. El sol de julio brillaba en el cielo cuando nos acercamos a Stiklestad. Éramos mil quinientos hombres y nubes dispersas pendían sobre el paisaje. El aire estaba lleno de pájaros y pelusas. Los campesinos, en los campos, se apoyaban sobre sus palas y sus horcas y nos seguían con la mirada apesadumbrada. Los niños acudían corriendo al camino, donde se quedaban mirándonos asustados. Las vacas tornaban sus ojos vacíos hacia nosotros y mugían, los cerdos gruñían, las gallinas revoloteaban y cacareaban intranquilas, y los perros ladraban.

Nuestras tropas se encontraron en las llanuras de Stiklestad. Olav había dirigido su ejército a un alto con forma de herradura que nos proporcionaba una buena visión de las fuerzas enemigas, que llegaban en grupos separados. Hacia el norte había un humedal, por el sur corría el río y, a nuestra derecha, una vaguada impedía que el enemigo atacara por ahí. Si nos querían coger, iban a tener que subir la cuesta de quince metros de alto sobre la que Olav había reunido a su tropa.

Cabalgué hasta la vera del rey y le dije abatido:

—¡El ejército enemigo parece ser tres veces mayor que el nuestro!

El amigo del rey Dag Ringssårt aún no había acudido con sus mil hombres, que tanto necesitábamos. Olav me sonrió sin miedo.

—Tenemos a Dios de nuestra parte —dijo.

Abajo, en la llanura, miles de hombres se reunían en formación. Los exploradores de Olav informaron de que al menos cinco mil hombres se habían vuelto contra Olav: eran campesinos, patriarcas y líderes. Cerré la mano en torno a la empuñadura de la espada. Al carecer de la enardecida fe y confianza en uno mismo del rey, no veía más que la superioridad del enemigo.

—Has sido un buen escudero y un leal amigo, Bård —dijo el rey.

Aún lo veo ante mí: llevaba puesto un casco y una cota de malla, e iba armado con una espada, un hacha y el escudo blanco con la cruz dorada del Cristo Blanco. Le dije:

—Gracias, señor rey.

El rey dijo:

—¿Recuerdas que en Karlsrå te hablé de un sueño en el que un hombre con fuego

en la mirada me había dicho que retornaría a casa para convertirme en rey de Noruega?

Le dije al rey que lo recordaba. Entonces el rey frunció el ceño y dijo:

—Cuando hace un rato dormía en el regazo de Finn Arnesson, soñé con una escalera que conducía directamente al cielo. Y, ante las puertas del paraíso, me esperaba el mismo hombre con fuego en la mirada.

El rey me miró esperando una respuesta. Le dije al rey que un sueño así podía interpretarse como un mal augurio. Entonces el rey se echó a reír.

—¡Al contrario, Bård! —dijo—. ¡Es una promesa!

Olav había reunido a sus hombres más fuertes y valerosos detrás de un parapeto de escudos, junto a algunos poetas skald, algo más aprensivos. En primera fila colocó a los bandidos y los maníacos, que no estaban entrenados para la guerra, pero eran locos y salvajes y sanguinarios. En torno a sí, Olav colocó a los soldados suecos que le había prestado el rey Amund Jakob, a los guerreros que vinieron con nosotros desde las tierras del gran príncipe Jaroslav y al ejército que acompañó desde Oppland a su hermanastro Harald, que contaba quince años de edad.

Desde el alto, nos precipitamos en dirección a la tropa de campesinos que nos aguardaba. Nuestros gritos de guerra retumbaron en los montes. Para mí fue como cabalgar hacia el Ragnarok, la batalla del fin del mundo. No tenía miedo de luchar junto a Olav, pero, dada nuestra inferioridad numérica, comprendí que lo único que podíamos hacer era posponer lo inevitable: la muerte del rey.

La batalla fue cruenta y sangrienta. Cogimos tanta velocidad al bajar la cuesta que penetramos en el ejército de campesinos. Ante nuestro ataque, algunos huyeron y otros comenzaron la batalla. Algunos luchaban con lanzas, otros arremetían con el hacha y la espada. Salvas de afiladas flechas cruzaban el aire, mientras otros arrojaban lanzas o piedras. Los hombres bramaban y chillaban; algunos por furia y otros por dolor o angustia ante la muerte. El suelo estaba empapado de sangre. El agrio olor de las entrañas flotaba sobre el campo de muerte como una bruma invisible. La guardia en torno al rey era cada vez menos numerosa. Luché con un salvajismo que no había sentido desde la juventud, cuando Olav y yo navegábamos como vikingos; como si yo fuera el único que pudiera salvar a Olav de la muerte. Tor avanzaba valientemente por el campo de batalla con el estandarte del rey y, cuando fue herido de muerte, lo clavó con tanta fuerza en el suelo que se mantuvo en pie. A su alrededor la sangre salpicaba desde las heridas abiertas. Se luchaba hombre contra hombre con las hachas y las espadas rojas de sangre. Un tipo de Kviestad —Torgeir se llamaba— arremetió contra el rey y Olav le cercenó la cabeza justo por debajo de los ojos. Un grupo de hombres se congregó en torno al rey: Kalv Arnesson, otro Kalv, un Olav y Tore Hund —Tore el Perro—. Olav atacó a Tore Hund, pero su espada rebotó. Varias veces intentó el rey herir a Tore, pero la espada no hacía mella en él. El

rey se volvió furioso hacia Bjørn Stallare y le pidió que usara su hacha. Bjørn hizo virar su hacha y alcanzó a Tore en el hombro. Tore se tambaleó, pero justo después atravesó a Bjørn con su lanza. Entretanto, Kalv arremetió contra Olav al volverse contra él. Esta vez la espada alcanzó la carne. El rey jadeó. Yo grité como si el hacha me hubiera alcanzado a mí. En el mismo momento, Torstein Knarresmed acudió con el hacha e hirió a Olav en el muslo, justo por encima de la rodilla izquierda. El rey se reclinó contra una piedra y dirigió una mirada anhelante hacia el cielo azul. Los dedos del rey se cerraron en torno a la empuñadura de oro de su afilada espada. Pronunció un silencioso rezo interior: sus labios se movían de modo casi imperceptible. El casco dorado y la cota de malla centellearon a la luz del sol. La sangre salía a raudales de la herida del muslo. Presionó la mano con fuerza contra la herida, pero la sangre emanó entre sus dedos.

—¡Rey! ¡Lucha! —bramé mientras luchaba contra un mozo al que le sangraba el hombro.

Tore Hund, el viejo enemigo del rey, dio un paso hacia él.

—¡Olav! —dijo con voz de trueno alzando su lanza.

Sin piedad, Tore Hund insertó la lanza bajo la cota de malla y la clavó profundamente en el vientre del rey. Yo y el mozo bajamos nuestras espadas.

—Mi rey —susurré, pero apenas se me oyó entre la algarabía de cientos, no, de miles de hombres.

Olav empezó a tener estertores. Tosía sangre y jadeaba de dolor. Aún hoy me siguen pesando estos recuerdos. Respiraba tan trabajosamente... La sangre gorgoteaba cada vez que tomaba aliento. El rey me miró. Me pareció verle esbozar una valiente sonrisa. Un hombre llamado Kalv estaba junto al rey. Alzó la espada. Vi como caía. El filo alcanzó al rey en el cuello, en el lado izquierdo. La blanca carne se abrió en una herida mortal. La sangre salía a violentos borbotones. Caí de rodillas, desesperado. Bandadas de cornejas y cuervos se habían reunido en lo alto de los árboles. Fue como si el fragor de la batalla se acallara, y el graznido ronco y hambriento de los pájaros llenó el aire. El rey me miró a los ojos. De sus labios sanguinolentos salió el sonido de una gárgara y el último estertor.

Y así murió en Stiklestad, mi señor y maestro, el rey vikingo Olav Haraldsson, el hombre que ahora se conoce como Olav el Santo.

Levantó la pluma del pergamino. En su celda del monasterio de piedra enroscó la tapa del tintero y enrolló los pergaminos. Se reclinó pesadamente contra la silla.

Habían pasado cuarenta años desde aquel soleado día en Stiklestad en que murió el rey. A pesar de ello, recordaba cada, instante con una claridad que por lo demás echaba en falta en su vejez; el sol de julio que relumbraba en el cielo, el olor de la sangre y las entrañas que se mezclaba con el aroma de los campos, las flores y los bosques, los chillidos de los hombres agonizantes y los amenazadores bramidos de

quienes luchaban salvaje y valientemente.

Al otro lado del ventanuco, las gaviotas oscilaban contra el viento, y las olas rompían pesadamente contra los peñascos.

«La respiración eterna del mar», pensó. El salado aliento del mar.

Los monjes lo encontraron justo después de la víspera. Yacía en el catre con las manos cruzadas sobre el vientre. Entendieron enseguida que el viejo vikingo había fallecido.

El abad, que le había jurado lealtad al egipcio Asim, envió inmediatamente el recado sobre la defunción al gran maestro de la hermandad en Nidaros.

# Cuarta parte

## El último custodio

Moisés alzó el cayado y golpeó las aguas del río en presencia del Faraón y de sus servidores, y las aguas del río se convirtieron en sangre.

Éxodo

Sufficientia Scripturae Sacrae[Suficiencia de los escritos sagrados]

# Palacio miercoles

La República Dominicana

1

La vida está llena de sonidos.

A través de la ventana cerrada escucho el tráfico de la calle como un lejano zumbido. El aire acondicionado resuena. Se oye un portazo. Risas. La puerta de un ascensor hace pling.

Estoy sentado en el borde de la cama de la habitación del hotel, rodeado de mapas y guías turísticas. El hotel no es de los más baratos, pero tampoco lo pago yo.

Le he enviado un SMS a Laura para avisarla de que he llegado bien. Su misión ha acabado. Aunque a mí me habría gustado que viniera conmigo a Santo Domingo, la SIS pensaba que lo más seguro para ella era volver a Londres.

Es evidente que soy alguien a quien se puede sacrificar.

«Stuart, Hassan y los pistoleros del jeque están en la cárcel —me escribe Laura—. El FBI los ha acusado de secuestro y terrorismo.»

Al salir del hotel, cojo un taxi hasta el Palacio Miércoles, a las afueras del casco viejo, no lejos de la Catedral Primada de América, la primera catedral católica del continente americano.

El palacio está rodeado por un parque tan extenso que apenas se vislumbra el edificio entre los árboles centenarios. Por aquí y por allá relumbran estanques con curvos puentes de piedra. Alrededor del parque hay una valla de casi cuatro metros de altura; está formada por lanzas de hierro dispuestas entre elaboradas columnas de ladrillo con frisos decorados con motivos bíblicos.

El Palacio Miércoles se empezó a construir en el siglo XVI, pero no estuvo acabado hasta un siglo más tarde. Según la guía que compré en el aeropuerto, el Palacio Miércoles y sus jardines se emplearon como modelo cuando se diseñó Versalles.

Hoy en día, Esteban Rodríguez es el dueño del Palacio Miércoles. Se trata de un filántropo reservado, que de vez en cuando aparece en reuniones reales en Europa —siempre como amigo de algún rey o príncipe—, pero que por lo general se mantiene alejado de los focos de atención. La familia ha financiado hospitales, iglesias y colegios en el tercer mundo a través de la Fundación Miércoles, con base en Washington, D.C. y prácticamente desconocida. Esteban Rodríguez está casado con Sophia Goldsmith, que estaba a punto de triunfar como actriz cuando conoció a Rodríguez en 1958. Han tenido dos hijos: a Javier en 1964 y a Graciela en 1968.

Avanzo cojeando esforzadamente con la ayuda de las muletas a lo largo de la

desproporcionada valla hasta llegar a la verja principal, que está cerrada y custodiada por guardas vestidos con unos peculiares uniformes. Busco un timbre o un portero automático, pero no da la impresión de que los habitantes del Palacio Miércoles estén demasiado interesados en dejar pasar a los vendedores ambulantes, los turistas o los misioneros. Intento llamar la atención de uno de los guardas, pero están acostumbrados a ignorar a los curiosos.

Al final me rindo y vuelvo al hotel.

Por la noche, escribo una carta a mano en el grueso papel de cartas del hotel: va dirigida al «Señor Esteban Rodríguez, Palacio Miércoles». Le hablo de mí mismo y de mi misión y le ruego humildemente que me conceda una cita. Debería haberlo llamado «audiencia».

Entrego el sobre en la recepción y les pido que envíen a un mensajero con la carta al Palacio Miércoles. El conserje, por lo demás tan correcto, arquea la ceja un par de milímetros y dice:

—Por supuesto, señor, ahora mismo.

2

A la mañana siguiente me despierto cuando llaman a mi puerta.

Busco a tientas las gafas y me las coloco en la nariz. Son las ocho. Consigo ponerme los pantalones y abro la puerta.

Al otro lado hay tres hombres. Reconozco al recepcionista, pero detrás hay dos hombres de treinta y tantos años, impecablemente vestidos.

—Señor Beltø —dice el recepcionista con la voz aturdida—, estos caballeros son del Palacio Miércoles.

Los dos hombres hacen una leve reverencia. Uno de ellos me tiende una hoja que, en la parte superior, tiene el escudo familiar de los Rodríguez impreso en oro. El mensaje está escrito a mano.

Querido señor Beltø:

Espero que no me tome por un fresco si le invito a desayunar en el palacio y le envío a dos de mis hombres de confianza a buscarle, para ahorrarle la incomodidad de enfrentarse por su cuenta al tráfico de la mañana.

Devotamente,

Esteban Rodríguez

La limusina negra que me aguarda ante el hotel parece un panteón de trescientos metros de largo. Los cristales están ahumados y los asientos son de piel blanca.

La limusina toma velocidad y se salta todas y cada una de las reglas que existen en la República Dominicana, con lo que no tardamos más de un cuarto de hora en llegar al Palacio Miércoles. La verja se abre, pasamos ante los guardas a toda velocidad y, cuando vuelve a cerrarse, deja fuera el resto del mundo.



Avanzamos por un amplio camino de gravilla que atraviesa los jardines. En uno de los estanques, cuatro cisnes nadan bajo las copas de los árboles y, en las profundidades del parque, veo a alguien que cabalga sobre un pura sangre.

Luego emergemos de la penumbra del parque-bosque y, por fin, consigo ver el Palacio Miércoles de cerca.

En cuanto ves un palacio, es como si los hubieras visto todos, pero el Palacio Miércoles me corta la respiración. Ante sus dimensiones y su ornamentación no puedo evitar volver a preguntarme quiénes son esta familia Rodríguez que mandó construir el palacio hace quinientos años.

Cinco criados vestidos de librea nos aguardan cuando la limusina llega a la escalinata de cincuenta metros de ancho que conduce a la gran plataforma de granito ante la entrada principal. Me dan la bienvenida con pequeñas reverencias y me conducen al interior del palacio.

El vestíbulo tiene una altura de tres pisos y unas escaleras tan enormes que empiezo a preguntarme de dónde habrán sacado tanto mármol. Me conducen a la segunda planta y pasamos por delante de cuadros, columnatas y pasillos interminables. Nos detenemos ante una puerta doble de cuatro metros de altura y los sirvientes me indican que entre sin dejar de hacerme reverencias.

Cierran las puertas a mis espaldas.

En medio de la habitación hay una mesa puesta para el desayuno. Parece desproporcionadamente pequeña para la enorme sala.

El techo está decorado con pinturas religiosas enmarcadas con ornamentaciones doradas y las paredes, cubiertas con espejos de marcos dorados. En un extremo de la sala, tras las ventanas arqueadas, hay una salida a la terraza.

Lentamente me voy adentrando en la sala. Se abre una puerta. No la oigo, pero noto la corriente contra la mejilla.

### 3

Se ha detenido sobre la alfombra roja y me contempla. Él sonríe y yo me quedo con la boca abierta. Nos quedamos mirándonos mutuamente.

No es la primera vez que lo veo.

Estuve con él en el club de caballeros de Luigi, en Roma.

Esteban Rodríguez es el distinguido caballero de melena larga que sostuvo mi mano durante tanto tiempo.

Me limito a decir:

—¿Tú?

Su sonrisa es como una enorme cicatriz.

—Nos conocimos en Roma —digo, sobre todo para llenar el silencio mientras él viene hacia mí. Nuestras manos vuelven a estrecharse y de nuevo me mira a los ojos.

Esteban Rodríguez lleva el pelo recogido detrás de las orejas. Tiene la cara afilada e intensa; me recuerda a una estrella de cine de la década de 1940 de la que no recuerdo el nombre. Va vestido como si esperara una inminente invitación a cenar en casa del gran Gatsby.

—He seguido tus pasos. —Su voz tiene un agradable tono de barítono y habla inglés con un ligero acento español—. Eres un perro de pelea muy terco. Un terrier. Un pitbull. De esos que muerden su presa y ya no la sueltan.

Chasquea los dedos en el aire y se materializa en la sala una sirvienta con una bandeja con dos copas de coñac.

—Un buen comienzo del día —dice—. Alzamos las copas y el coñac me araña la garganta y se me acurruca en la tripa.

Hace rotar la copa de coñac en la palma de la mano y, al aspirar el aroma, le vibran sus estrechas fosas nasales.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Quién eres en realidad?

—¿Quién soy yo...? —responde, con una expresión juguetona, medio interrogativa—. La mayoría de la gente puede rastrear sus ancestros cuatro o cinco generaciones atrás. ¿Cuánta gente sabe algo sobre sus tatarabuelos? Quienes están interesados en las líneas familiares consiguen remontarse hasta sus antepasados de un par de siglos atrás, tal vez hasta el siglo XVI. En Noruega, el registro de una iglesia más antiguo que se conserva es del año 1623. En mi biblioteca, tengo una genealogía donde puedo seguir mi línea familiar, nombre por nombre, hasta el año 930.

—¿En Noruega?

—Por supuesto.

Me quedo largo rato mirándolo y una certeza empieza a surgir en mí.

Al otro lado de las ventanas, una brisa acaricia los árboles y la hojarasca se eleva contra el viento.

—Nací en la cuarta planta del palacio. Mi madre era una aristócrata cubana muy conocida por su belleza y su voz de canto. Mi padre la vio en un baile y le envió un mensajero con unas líneas invitándola a comer. Naturalmente, vino. Nadie dice que no a una invitación al Palacio Miércoles. Mi padre era rubio, de piel clara y ojos azules. Mi madre tenía los ojos de color nuez, el pelo negro como el carbón y la piel dorada. Siempre me ha sorprendido que los genes de mi padre triunfaran sobre los de mi madre. En la parte masculina de mi familia, siempre ha sido así. Hay cierta terquedad en nosotros.

—¡Eres un custodio!

Apura el resto del coñac de un largo trago y cierra los ojos al inhalar el aire fresco.

—¡Eres el último custodio!

—Me he tomado la libertad de saldar tus cuentas en el hotel y de traer tus cosas

aquí al palacio. Te he preparado una habitación en el ala de invitados. Espero que aceptes mi invitación.

—Nadie dice que no a una invitación al Palacio Miércoles.

Nos sentamos a la mesa y la sala se llena inmediatamente de sirvientes con panecillos calientes, mermelada, huevos revueltos y queso. Una vez que hemos comido y nos hemos bebido el zumo de naranja recién exprimido, me conduce a través de largos pasillos, hasta llegar a una habitación de invitados que es más grande que todo mi piso, allá en Grefsen. Mi maleta está colocada en medio de la habitación. Entre las ventanas se alza una cama con dosel, tan grande como para celebrar una orgía con la que no me atrevo sino a soñar. Dos conjuntos de sofás y sillones estilo Luis XVI. Servicio, baño y vestidor separados. Pesadas cortinas cubren las ventanas que dan al parque y en una pared hay una colección considerable de libros encerrada detrás de dos puertas de cristal pulido.

Le envío un SMS al profesor Llyleworth contándole dónde estoy. Por alguna u otra razón recibo respuesta del móvil de Diane:

¿El Palacio Miércoles? Lucky you! Wish I was there!

Al cabo de unos minutos recibo también respuesta del profesor Llyleworth:

Eres un privilegiado. Muy pocos han podido entrar en el Palacio Miércoles. Saluda a Esteban de mi parte. Es uno de los donantes más fieles de la SIS.

4

Una vez que me he duchado y he deshecho las maletas, Esteban Rodríguez me enseña el palacio.

—Me manda saludos para ti Graham Llyleworth —digo.

—¡El profesor! He apoyado a la SIS con algo de calderilla. Es un simpático caballero.

Paseamos durante más de un hora por numerosas salas, salitas de diversos tamaños, salones, dormitorios decoradísimos y tocadores; todos ellos enlazados por un laberinto de largos pasillos entretejidos. Cada cierto tiempo tengo que sentarme a descansar. Las muletas me dañan las palmas de las manos.

Desde algún lugar del palacio nos llega la lucha a muerte con un clarinete.

—Disculpa —dice Esteban—, la ayudante de cámara de la esposa de mi hijo forma parte de una banda de música.

Dos salas de baile contiguas, cada una de las cuales tiene el tamaño de una sala de conciertos, están ricamente ornamentadas. Pasamos por una sala de música con pianos de cola Steinway, algunos pianos de pared, espinetas, un órgano Hamond B3 y un arpa dorada. Un gato que está holgazaneando en la banqueta de un piano me dirige una mirada cargada de la soberbia de un emperador del mundo.

Pero lo más increíble me lo enseña Esteban Rodríguez al final: la biblioteca.

La biblioteca del Palacio Miércoles ocupa toda el ala oeste del complejo de edificios. No sólo contiene miles de obras del Renacimiento, el Barroco y el Romanticismo, sino también miles y miles de manuscritos originales vinculados con el descubrimiento y la colonización europea de América, desde el siglo XVI en adelante. Esteban Rodríguez me muestra cartas manuscritas de Cristóbal Colón dirigidas a la reina Isabel, a clérigos prominentes y a aristócratas.

—Ven —me dice conduciéndome a una vitrina. Bajo una sólida plancha de cristal veo un pergamino escrito sobre una piel a la que el paso de los años ha teñido de un color marrón oscuro—. Una carta de los supervivientes de la masacre de Groenlandia. La carta tendría que haber vuelto con un grupo de cazadores y pescadores desde la isla de Terranova hasta Islandia, pero el mensajero fue asesinado por los indios y la misiva acabó en posesión de una familia de colonos. En la carta se relata la huida de Groenlandia cuando la hermandad de custodios comprendió que el Vaticano los había detectado y que las tropas del Papa se dirigían en barco a la colonia.

Leo detenidamente el texto escrito en noruego antiguo.

—«Buscamos refugio para el tesoro sagrado en la tierra al oeste del horizonte.»

—La tierra al oeste del horizonte —repite Esteban casi inaudiblemente.

—Estados Unidos...

—Bueno, recuerda que esto sucedió a mediados del siglo XV. En realidad ni Estados Unidos ni Canadá existían como naciones. Los refugiados de los asentamientos de la costa este de Groenlandia siguieron a Leiv Eriksson y los vikingos noruegos; rodearon la punta del sur de Groenlandia, navegaron a lo largo de la costa oeste, cruzaron el estrecho de Davies hasta la isla de Baffin y continuaron camino hacia el sur, pasando por las tierras que ahora llamamos Labrador, Terranova, Nueva Escocia, Maine y Nueva Hampshire. Vinland...

Contemplamos el pergamino en silencio mientras nos imaginamos la accidentada navegación por las aguas islandesas.

A lo lejos, casi inaudible, el clarinete prosigue con su quejido.

—Bjørn. Encontraste algo en Islandia.

Enseguida me pongo en guardia.

Me coloca la mano sobre el hombro:

—Un manuscrito... ¿Lo has leído?

—No.

—Déjame que adivine... ¿Era un manuscrito hebraico con una traducción copta?

—Se te dan bien las adivinanzas.

—No tienes la menor idea de la importancia de ese manuscrito.

—Tres asesinatos. Una pierna rota y un dedo partido. Se han mencionado quince millones de dólares. En fin, cierta idea sí que tengo.

- ¿Dónde se encuentra?
- Estamos traducíéndolo.
- Pero ¿dónde?

La intensidad con la que me lo pregunta me convence de que realmente no conoce la respuesta.

- En un lugar seguro —digo.

5

- La primera piedra del Palacio Miércoles fue colocada por Bartolomé Colón.

La tarde está ya avanzada. Esteban Rodríguez está recostado en una silla de mimbre en una de las terrazas con vistas sobre el parque. Cuando enciende un puro, una ráfaga de aire se lleva los copos de gris ceniza de la brasa. El aire huele a mimosas y un charrán se desliza sobre la brisa marina. El jardinero ha conectado los aspersores del riego automático que otorgan al ambiente un toque de humedad.

—Las fuerzas coloniales españolas se establecieron aquí en Santo Domingo cuando Cristóbal Colón llegó por primera vez a América.

- Los rumores cuentan que tu familia llegó aquí con él.

- Supongo que ya has deducido la relación.

- Eres el último custodio.

Le pega una calada a su puro.

—Santo Domingo fue el primer asentamiento europeo en el nuevo mundo, si decidimos ignorar las expediciones de los vikingos a Norteamérica. Todavía están discutiendo en qué isla atracó Colón cuando llegó aquí en 1492. Lo que muchos historiadores se niegan a reconocer es que Colón tenía perfecto conocimiento de las expediciones de los vikingos a Vinland.

- ¿Te refieres a sus visitas a Islandia y Groenlandia en 1477?

—Colón y otros marineros hablaron con pescadores y cazadores de allá que les contaron historias sobre la tierra al oeste del horizonte. Colón creía que se referían a Asia.

- Menudo malentendido.

—El problema es que calculó mal el diámetro del globo terrestre. Colón, al igual que todo marinero, sabía que la Tierra era redonda, pero se basó en los cálculos del geógrafo Marino de Tiro y partió de la suposición de que los grados son más cortos de lo que realmente son. Encima trabajaba con las medidas italianas, de 1.238 metros, en vez de las árabes, de 1.800 metros. Basándose en estos datos erróneos, Colón calculó que el diámetro de la Tierra era de algo más de 25.000 kilómetros y que la distancia de las islas Canarias a Japón era de 3.700 kilómetros, cuando en realidad se trata de una distancia de casi 20.000 kilómetros. Sus críticos no tenían miedo de que sus naves se despeñaran por el borde de la Tierra, sino de que sus marineros murieran

de hambre y sed mucho antes de llegar a Asia.

—Así que América impidió que navegaran directamente hacia la muerte.

—Y permitió que Colón retornara triunfalmente y convencido de que había navegado hasta Asia. Hasta su tercer viaje, en 1498, no puso pie en el continente sudamericano, y en América del Norte no estuvo nunca. Regresó a Europa en 1504 y murió dos años más tarde en Valladolid.

—He leído que encontraron recientemente su tumba.

—Primero enterraron a Colón en Valladolid, luego su cuerpo fue trasladado a Sevilla y más tarde cruzó el Atlántico hasta llegar a la catedral de Santo Domingo. En 1795, los franceses trasladaron sus restos a La Habana y en 1898 enviaron los restos de sus huesos de vuelta a la catedral de Sevilla. En 1877, descubrimos aquí, en Santo Domingo, un cofre con los restos de unos huesos en el que ponía «Don Cristóbal Colón». Muchos pensaron que habían trasladado el cadáver erróneo.

—¿Entonces dónde descansa ahora?

—Todo el mundo se equivoca. Está enterrado aquí en el Palacio Miércoles. —Se me corta la respiración—. Sus familiares lo quisieron así. Establecieron una alianza con la corte y, en 1569, los restos de Colón fueron enterrados en una tumba del parque de este palacio. Los restos de los huesos que todo el mundo creía que eran de Colón eran en realidad de su hijo Diego.

—No entiendo la relación entre Colón y los custodios.

La ceniza de su puro se esparce por el suelo de la terraza como un fino polvo. Una ráfaga de viento se agarra a su blanca cabellera y él se la coloca tras las orejas.

—Es una larga historia —dice, y apaga el puro—. Una historia que se extiende por cientos de años.

Y entonces me la cuenta.

# La historia del custodio

## 1

Las manos de Esteban Rodríguez forman una lanza al presionar unos dedos contra otros.

—Para entender la historia de los custodios, lo primero que hay que entender es al sumo sacerdote Asim. Era un hombre muy culto, en diversas ciencias y líneas de fe. Instruía a su círculo más cercano, primero en Egipto y más tarde en Noruega, en religión, mitología y magia. Les enseñaba a interpretar las estrellas, a ver el futuro y a hablar con los muertos. Enseñaba a codificar los mensajes y a escribir en letras secretas, a dibujar mapas, a interpretar los sueños y a encontrar los patrones geométricos sagrados en la naturaleza. Asim era un auténtico místico.

Esteban reclina la cabeza y cierra los ojos. Luego vuelve a incorporarse y me mira tan bruscamente a los ojos que doy un respingo.

—Asim era un ecléctico: tenía actitudes muy diversas que para nosotros en Occidente fácilmente pueden parecer irreconciliables. Puesto que era sumo sacerdote, adoraba a los dioses egipcios, pero Amón Ra debía de ser un dios tolerante, porque Asim adoraba también a Abraham y a Moisés, a Jesús y a Mahoma. Era astrólogo y practicaba la brujería y la magia oculta. Al mismo tiempo había leído mucho y hablaba varios idiomas, además de dominar muchas de las ciencias de su tiempo. Era un hombre culto y sabio que había consagrado su vida a una única tarea: proteger una cámara mortuoria que contenía una momia sagrada y los tesoros y escritos que el muerto se había llevado a la tumba. La momia tenía dos mil quinientos años en tiempos de Asim, esto es, era ya más vieja de lo que sería el cuerpo de Jesús si existiera hoy en día. Así que cuando los vikingos atacaron el templo y vaciaron la cámara mortuoria, profanaron su fe y le robaron la misión de su vida. Asim habría sacrificado su vida por la momia, pero cuando entendió que las fuerzas enemigas eran demasiado poderosas, escogió irse con ellas. Al acompañar al ejército enemigo, podía proteger el objeto sagrado y, con el tiempo, conseguir que todo regresara a Egipto, al lugar de descanso eterno de la momia en la cámara mortuoria.

—Un proyecto ambicioso.

—Un hombre ambicioso.

—¿Cómo encontró Olav la cámara mortuoria si era tan sagrada?

—Un sacerdote desleal que había sido expulsado del culto de Amón Ra dibujó en tiempos de Cleopatra un mapa que no sólo contenía la ubicación de la cámara mortuoria junto al Nilo, sino que indicaba también la entrada al templo y las dos cámaras mortuorias externas que camuflaban la interior. Probablemente intentó

ganarse a los romanos, pero es plausible que ellos no confiaran en el traidor. Lo que sabemos es que el mapa acabó en Roma, por medio del esposo de Cleopatra, Marco Antonio. Más tarde, probablemente por mera casualidad, formó parte del envío de regalos al rey Athelstan de Inglaterra, que a su vez se lo dejó a su hijo adoptivo Håkon el Bueno, antes de que el mapa acabara en manos de Olav Haraldsson.

Esteban se restriega la base de la nariz, como si tuviera migraña. Su mirada me suelta y se deja llevar; es como si se transformara imperceptiblemente en otra persona; me recuerda a una de las almas perdidas de la clínica de nervios, a uno de aquellos que se han extraviado en las profundidades de la locura.

—Estando con el duque Ricardo de Ruán, Asim escribió una carta en la que pedía auxilio al califa de Egipto. Desde el mismo lugar envió la primera traducción al copto del manuscrito en papiro de la cámara mortuoria. Algunos años más tarde, ya desde Noruega, envió al califa otra carta pidiendo auxilio y un mapa, ocultos en una vasija de cerámica. Pero el servicio de correos en aquellos tiempos no era gran cosa. Las peticiones de auxilio, el mapa y la traducción del antiguo manuscrito fueron confiscados uno detrás de otro por el servicio de inteligencia del Papa, que vigilaba todo correo sospechoso.

Esteban saca otro puro de una caja de madera fina y se lo enciende con movimientos ceremoniales. Antes de continuar, permanece un rato con los ojos entreabiertos y disfrutando del cigarro.

—Mientras el rey Olav Haraldsson iba cristianizando Noruega con violencia y amenazas, Asim permaneció en Selja aguardando a que aparecieran sus compatriotas. En algún momento debió de entender que nadie iba a acudir en su auxilio a la tierra de hielo. Entonces trazó un plan, no sólo para proteger la momia, sino también para que regresara a Egipto.

—¿Qué tipo de plan?

—Fundó una hermandad, una orden de custodios. Los primeros custodios fueron los monjes guerreros que Asim conocía del monasterio de Selja y algunos hombres del entorno del rey. La orden estaba compuesta por una mezcla de monjes, poetas skald, maestros en runas y vikingos que aún llevaban dentro la fe de asa. Y, en esta mezclanza, Asim introdujo la mitología copta y egipcia. Asim pensaba que la momia resucitaría como un dios en forma de hombre. Los cristianos esperaban la resurrección de Jesús y, más tarde, del rey santo Olav. En aquel auténtico caos de confesiones religiosas, magia de números, astrología y geometría sagrada, la mitología egipcia de Asim se concilio con el cristianismo y la fe de asa de los noruegos. De todo esto surgió la unión de los símbolos ankh, ty y cruz. La combinación de los tres signos sagrados sería la marca de la hermandad de custodios, pero también había de generar una protección mágica transversal a las tres religiones. Asim enseñó a los custodios religión, astrología y ciencias esotéricas, y éstos se



sometieron lealmente a su maestro y juraron consagrar sus vidas a la misión.

Esteban saborea su puro antes de expulsar el humo hacia donde yo me encuentro. Lo desvió con la mano.

—Al mismo tiempo, Asim tuvo que recurrir a la magia. En la mitología y la tradición egipcia, era de suma importancia honrar a los dioses construyendo monumentos en su honor. Como bien sabes, el mundo está lleno de santuarios que forman patrones mágicos que se nos escapan por completo. Asim consultó a las estrellas y creó un horóscopo donde consiguió que la geometría sagrada de la tierra se correspondiera con una constelación que eligió. Al colocar cinco cámaras mortuorias formando un pentagrama que se correspondía con la constelación de Géminis, protegió las cámaras mortuorias con una fuerza supraterrrenal. Y, como sabes, las posiciones se dedujeron de los limitados mapas que tenía a su disposición: la cueva de Sunniva, Nidaros, Hamar, Tønsberg y Bjørgvin. Los sucesores de Asim, los fundadores de la nación recientemente cristianizada, tardaron bastante más de un siglo en completar el grandioso plan del maestro. Cuando las construcciones del pacto estuvieron acabadas, cada una de ellas ocultaba una cámara mortuoria: se trata de la catedral de Nidaros, la catedral de Hamar, la Casa de Tunsberg y el monasterio de Lyse.

—¿Y las iglesias de madera? ¿Cómo encajan en este dibujo?

—Ese es otro capítulo. Ya llegaré a eso.

Esteban se acerca a un escritorio y saca un desgastado papel en el que se ha escrito un texto perforando el papel con alfileres.

—El relato del propio Asim. Esto es una traducción un poco defectuosa.

Me tiembla el corazón cuando me tiende la copia en papel:

La historia de Asim

Saludado seas, Amón Ra, dios poderoso y señor de la verdad; saludado seas Osiris, rey de la eternidad; saludado seas, Jesús, salvador piadoso e hijo de Dios; saludado seas, Mahoma, alabado profeta de Alá. Yo soy Asim, sumo sacerdote del templo de los Humildes siervos de su divinidad, el dios sol Amón Ra, y custodio del pacto divino, cercano a los muros de Tebas y las tumbas de los reyes. Escribo estas palabras cautivo en el país de los sufrimientos. En verdad os digo: he encallado en el fin del mundo, en un reino de hielo y frío eterno, de nieve, piedras y montañas que arañan el cielo. En fiordos profundos y oscuros bosques, hombres brutales y salvajes viven como los más horrosos demonios del reino de los muertos. Espero que sea del agrado de los dioses que pueda comunicar que he encontrado una nueva cámara mortuoria para el divino.

Aquí, dioses de los dioses, está mi relato:

Los salvajes llegaron al amanecer, cuando el aliento de Amón Ra teñía de rojo el cielo. De pie y descalzo sobre una losa de los peñascos, miré fijamente las extrañas

naves que bajaban con la corriente, embarcaciones estilizadas, con enormes velas y aterradoras cabezas de dragón en los extremos. El río estaba repleto de barcos hasta el mismo cabo del norte. Y nuevas naves aparecían constantemente tras la punta.

Me había levantado mucho antes que los demás. Ya me había lavado y limpiado el sudor de la noche con el agua de la vasija de barro en el rincón más fresco del dormitorio y había comido fruta recién cogida. Una vez refrescado, había salido del templo a la mañana. Me detuve sobre la losa de los peñascos al descubrir las naves. Miré interrogante al cielo. ¿Por qué no me habían advertido las estrellas? ¿Por qué no me habían preparado los dioses? ¿Qué dioses extraños custodiaban y apoyaban a los salvajes? Era imposible que fueran más poderosos que los míos. ¿Por qué mis dioses habían cerrado los ojos y me habían dado la espalda?

Los salvajes eran tan silenciosos como las cobras. Los animales más astutos y peligrosos son los más silenciosos. Nunca oyes a un cocodrilo antes de que te haya hincado los dientes, o ala serpiente antes de que te paralice su veneno. Con inquietud seguí las naves con la mirada. Eran muy veloces, mucho más que los barcos del río. ¿Cómo habían conseguido franquear los fuertes y los puestos de aduanas? Debían de ser invencibles. Tenía la esperanza de que se dirigieran más al sur, a Karnak, a Waset o al Valle de los Reyes, o tal vez aún más lejos, a Swenet o Abu Simbel; pero la esperanza se volatilizó cuando las naves más cercanas recogieron las velas y dirigieron el rumbo hacia tierra. Largas filas de remos asomaron por los costados de las naves y se movieron rítmicamente en el agua. Ni un sonido ni un berrido ni un grito de guerra. Sólo esto: silencio. Las demoníacas cabezas de dragón me miraban fijamente. Volví corriendo al templo y envié al sacerdote Fenuku a dar aviso a los guardianes del templo y los hombres del pueblo. Luego me apresuré a volver a la losa. Abajo, en la orilla del río, los salvajes estaban subiendo a tierra. Poderoso Anubis, eran tantos, venían por millares, y eran gigantes; hombres enormes, altos y musculosos con largas cabelleras y barbas poco cuidadas. Cada uno de ellos llevaba espada, hacha, lanza y un escudo decorado.

Saltaron de sus naves en formaciones que hicieron temblar la tierra y empezaron a ascender hacia el templo. Los lideraba un joven alto, fuerte y musculoso. No me moví. Alcé la cabeza con orgullo y recogí los brazos. Mis dioses vendrían en mi ayuda. Los eternos regentes de Egipto salvarían a EL DIVINO. El joven se paró a pocos metros de mí. Tenía la cara ancha, pálida y con un saludable sonrojo, y el pelo castaño claro y ondulado. Sus ojos azules relumbraban como zafiros bajo el sol incipiente. Finalmente comprendí quién debía de ser. En los apuntes del diplomático Ibn Fadlan sobre un viaje por el río Volga, hace casi un siglo, había leído sobre los intrépidos y bárbaros ar-rus. En su tratado de geografía, al-Yakubi mencionaba a unos salvajes que se abrieron paso hasta la ciudad de Sevilla por el enorme río Córdoba. Al-Magnus. Adoradores del fuego.

¡Retroceded! Les atroné y elevé mis brazos hacia el cielo. ¡Daos la vuelta! Los dioses más poderosos custodian este templo.

En el Libro de los Muertos se habla de la hora de la furia. Y la hora de la furia llegó en ese mismo momento. El joven me miraba fijamente. Cuando dio un paso al frente para atacarme con el hacha, me preparé para reunirme con mis antepasados. Mis propios dioses me traicionaron. En el momento de la furia, los dioses susurraron en mi oído que la muerte no era ninguna hazaña, que la muerte no era más que la huida de mi sagrada misión. Muerto no podría servir a EL DIVINO. Tenía que someterme. El deber de mi vida era proteger a EL DIVINO y sus tesoros. Y por eso, poderoso Amón Ra, caí de rodillas en el camino y alcé la mirada para encontrarme con la del joven. Y fue por eso, gran Osiris, que posé la frente y las palmas de las manos en el suelo en señal de rendición. Fue por humilde sacrificio, león sagrado Sekhmet, que me sometí a los incivilizados salvajes del fin del mundo. Y nunca, sagrados dioses, por miedo.

El joven me permitió vivir. Dos de sus hombres me arrastraron hasta la mayor de las naves y me ataron al mástil.

Los bárbaros eran despiadados. En la plataforma del templo se habían congregado muchos sacerdotes, una tropa de guardianes del templo armados y un gran grupo de artesanos con palas, picos y hachas. Algunos de ellos se adentraron valerosamente en el templo para proteger la entrada secreta de la cámara mortuoria que estaba detrás del altar. Otros sacaron sus armas y marcharon hacia las naves en el río. Desamparado y atado firmemente al mástil, vi cómo los salvajes masacraban a todo el que se les resistía. Uno a uno, nuestros valientes hombres fueron machacados por las espadas y las hachas de los bárbaros. Contra este enjambre de hombres sin dios, no servía ninguna de las tácticas que habíamos ensayado en el patio del templo; las formaciones que habíamos desarrollado para nuestra protección, los pasos y los movimientos de brazos que habíamos perfeccionado para conseguir la máxima fuerza con la espada, todo resultaba inútil contra aquellos salvajes que avanzaban implacables sin conceder la menor oportunidad a su enemigo. La batalla no duró mucho. La sangre de mis hombres se mezclaba con la arena y el polvo y millones de moscas se congregaron sobre los charcos de sangre y las heridas abiertas de los cadáveres. El sol abrasaba. La furia de Amón Ra no tenía límites.

Cuando los salvajes aparecieron con el arca de EL DIVINO, lloré. Ni siquiera mis indignos ojos habían visto nunca el ataúd de ciprés de la última cámara. Les rogué llorando que se detuvieran, pero ni me escucharon ni me entendieron. Cuatro de los bárbaros metieron el ataúd en la nave, lo cubrieron con muchas capas de arpillera, paja y cáñamo, y lo envolvieron con la tela que usaban para reparar la vela. Finalmente lo amarraron con cuerdas e introdujeron el arca acolchada en el almacén, bajo la cubierta. La profanación me llenaba los ojos de lágrimas y el alma de tristeza.

Los bárbaros dejaron atrás las vasijas con los órganos momificados de EL DIVINO, pero se llevaron todo el oro y las joyas con las que pudieron cargar, y todas aquellas magníficas obras, la estatua de Anubis, los cofres y las estatuillas de oro, los amuletos, los escarabajos, las figuras mágicas, dos de los modelos de barcos y a algunos de los ushebtis que han de servir a EL DIVINO en el más allá. Para mi espanto, descubrí también el cofre sellado con LOS ESCRITOS SAGRADOS. No dejaron nada en paz.

Cautivo en la gran nave del joven de los ojos azules, permanecí atado al mástil hasta que el Nilo desembocó en mar abierto. Desde la sombra de la torre de Alejandría navegamos hacia el oeste, en dirección a la cuna del sol.

Qué tiempo tan espantoso, sagrado Osiris, ¡apestan! Como sucias bestias, como cochinos con los intestinos enfermos y tejones gangrenados, embrutecen el aire con el olor de sus cuerpos: los rancios olores del sudor, los eructos pestilentes, los gases intestinales fermentados, los pies encerrados y los órganos sexuales no aseados; de sus ropas emana el hedor de los restos de orín y excrementos viejos, del sudor, de la sangre y de los intestinos putrefactos de sus víctimas. Tal y como ha dicho ibn Fadlan, son sucios y su olor les resulta indiferente, pero tienen también cualidades humanas: son orgullosos y se preocupan por su honor y están apegados a su clan y a sus posesiones. Llevan doscientos años navegando por los ríos y los mares, saqueando y luchando. Entiendo perfectamente por qué la gente de la costa les tiene miedo. Son rápidos y despiadados. Mucho antes de que sus contrincantes alcancen a reunir un ejército, ellos ya han subido a tierra y se han vuelto a ir; con su botín, las mujeres y los esclavos. Sus veloces naves de guerra son tan chatas que pueden navegar hasta la misma orilla del río. Su coraje en la batalla no tiene límites. Son leones sedientos de sangre. Son astutos y agudos. En la batalla no tienen miedo y son crueles y brutales. Luchan con salvajismo contra cualquier enemigo. Incluso heridos de muerte o con miembros cercenados, continúan luchando. Los hombres valientes que mueren en la batalla son conducidos por las valkirias a un paraíso que llaman Valhalla, donde los caídos se convierten en einherjer y pueden luchar, comer y beber eternamente. El momento final se llama Ragnarok.

De los esclavos que me traían comida aprendí muchas palabras; otras las fui captando al escuchar las conversaciones de los hombres. Tengo facilidad para los idiomas. A los ocho años dominaba las lenguas de seis de los países que rodean Egipto. Al cumplir veinte, hablaba doce lenguas. Algunos nacen con bellas voces para el canto, yo nací con el talento para aprender idiomas.

Durante días y semanas navegamos hacia el oeste y luego hacia el norte. El aire se fue enfriando y no tardaron en permitirme andar libremente por la nave.

Los salvajes fueron atacando pueblos a lo largo de la costa. Arrasaban, quemaban y mataban. Al finalizar provisionalmente el viaje, arribamos a una ciudad en las

profundidades del paisaje, junto a un río que se curvaba como una serpiente en la arena, exactamente como el Nilo. Allí nadie desenvainó sus armas: estaban entre amigos. La ciudad se llamaba Ruán y su anfitrión era un regente al que llamaban príncipe. Desde el palacio del príncipe envié al califa una carta y una copia de LOS TEXTOS SAGRADOS. Más tarde cruzamos el mar hasta una isla que quedaba al oeste y allí nos quedamos un tiempo.

Era ya otoño cuando dirigimos el rumbo hacia el fin del mundo y el terrible frío del reino de los muertos. Desde el reino del Sol y las fértiles riveras del Nilo, me arrastraron a la estéril costa de piedra del país de la nieve. Abandonamos al benefactor Amón Ra, dejamos atrás el cálido aliento de Osiris y nos sometimos a los dioses de los bárbaros. ¡Oh, dioses de los antepasados, concededme fuerza! Cuando era niño y las pesadillas de la noche me mostraban las puertas del reino de los muertos, siempre me imaginaba un paisaje tan frío, estéril y salvaje como éste, más allá de la niebla y la bruma de la muerte. Durante días navegamos por la costa de la tierra que llamaban Norðrvegr. Las montañas se elevaban hacia el cielo y desaparecían entre las nubes. Islas desgarradas y agudos escollos se extendían como un borde hacia el gran mar.

Una tarde, la nave dirigió el rumbo hacia una isla en el extremo del abismo del mar. De pie, con las manos sobre la borda, yo contemplaba la montaña redonda de la pequeña isla. Sentí un olor que aprendía distinguir como el de la tierra y los humedales, el bosque y las montañas, el brezo y el musgo. Inspiré los inusuales aromas; me recordaban levemente a los de mi perdida patria cuando el Nilo se retiraba tras las inundaciones.

En tierra amarramos las naves a dos troncos que estaban reforzados con grandes piedras. Se construyó una pequeña capilla de madera bajo la escarpada montaña. Mientras el rey y los obispos entraron para rezarle a su dios, yo y un vikingo llamado Bård escalamos la montaña. En lo alto de la pared de peñascos, inaccesible y oculta, encontramos la entrada a una gran gruta.

Gracias, poderoso Amón Ra, por habernos guiado hasta aquí.

Nunca abandoné el monasterio que construimos en la isla del país de la media luna erguida.

En una misiva a Egipto describí el largo viaje hacia el norte. Conté dónde iba a ocultar a EL DIVINO. Escribí el texto sobre la piel de un animal, lo sellé, lo enrollé y lo introduje en una botella que escondí dentro de una figura de cerámica que representaba a Anubis, el soberano del mundo subterráneo y el dios del embalsamamiento. Entregué a dos leales monjes guerreros algo de oro de la cámara mortuoria de EL DIVINO y los envié al puerto comercial más cercano, donde tendrían que buscar la manera de continuar hacia el sur el largo camino hasta a Egipto, con la figura de Anubis y el mensaje. No sé si tuvieron éxito. No creo que

alcanzaran su meta. Nunca volví a saber de ellos.

Llevaban consigo el poema que habían de mostrar mis compatriotas cuando vinieran a buscar a EL DIVINO y que los CUSTODIOS reconocerían. Sólo los dignos de Egipto reconocerían y usarían las palabras del Libro de los Muertos. A aquellos hombres que trajeran consigo la Clave, los CUSTODIOS les mostrarían la cámara mortuoria de EL DIVINO.

~ La clave ~

Los cortesanos de la casa real acompañan al rey de Osiris Tut Ankh Amón hacia el oeste.

Gritan: ¡Oh, rey! ¡Ven en paz!

¡Oh, Dios! ¡Protector del país!

En aquel momento puse a los hombres a trabajar en el acondicionamiento de la cámara mortuoria en la gruta de la montaña. La montaña era aquí mucho más dura que en Egipto, pero, afortunadamente, la cueva formaba una cámara natural. El trabajo llevó muchos años. Al igual que en Egipto, hice construir una cámara interior y, en el centro, dominaba el zócalo de piedra para el sarcófago de EL DIVINO. En una cámara lateral, coloqué todos los tesoros que Olav había dejado a mi cuidado. A lo largo de la pared del fondo de la cámara, preparé un zócalo para mi propio ataúd, por si el mundo subterráneo me alcanzaba antes de que llegase el auxilio. Con ayuda de cinco de los hombres más diestros, decoré las paredes con pinturas y viejos jeroglíficos, cartuchos y runas. Erigimos una pared interior con un pórtico conforma de arco, que será sellado el día que el último cuerpo sea llevado a su lugar de descanso definitivo en los santuarios del pentagrama. Después, el pórtico y el muro serán ocultados por toneladas de piedras, de modo que la pila de rocas parezca el fondo de la cueva.

El sol recorría fríamente el cielo. En la isla del monasterio percibíamos poco las batallas de Olav. Los inviernos eran duros y el frío cortaba el cuerpo como afilados cuchillos. Nunca me acostumbré al implacable frío del país de la nieve. En mis ratos libres, copié los textos sagrados y los traduje al copto. Los días se iban entre la enseñanza, el trazado de mapas, la contemplación y los rituales. Allá fuera, en la barbarie, el rey Olav luchaba para convertir a sus compatriotas a su nuevo dios. Finalmente entendí quién era Olav. Lo cierto es que era un hombre santo. El rey Olav era el Jesús resucitado. Cristo había retornado después de mil años en la figura de Olav para introducir el reino de Dios en la tierra.

Cuando me informaron de la muerte del rey Olav en Stiklestad, envié a diez monjes a buscar al muerto. El cuerpo del rey fue sustituido por el de alguien que se le parecía. El cadáver del rey fue trasladado en barco por la costa desde Nidaros hasta Selja. Aquí enseñé a los monjes cómo embalsaman y tratan a sus muertos los egipcios. Rodeado de monjes momifiqué el cuerpo de Olav y les pedí que hicieran lo

mismo conmigo cuando abandone esta vida, para que también yo pueda encontrarme con mis dioses. Construimos un nuevo zócalo en la cámara mortuoria para que el rey pudiera descansar junto a EL DIVINO. Resucitarán juntos cuando hayan pasado mil años.

Una vez que Olav descansaba en su sepulcro, reuní a treinta y tres de los guerreros, monjes, obispos y poetas skald más piadosos que había en torno al rey Olav y les exhorté a formar una guardia secreta de CUSTODIOS, una orden sagrada. Tendrían que proteger con sus vidas a EL DIVINO, sus escritos, sus tesoros y el secreto de su último sepulcro. Cada uno de los CUSTODIOS se comprometió a iniciar a un sucesor digno en un proceso sin fin. Les invité a comunicarse entre ellos por mensajes cifrados, de modo que nadie no iniciado pudiera leerlos. En un mapa mágico del sur de Noruega, dibujé el símbolo sagrado mientras les explicaba que la forma del pentagrama agradaba a los dioses. Todo se subordina a la armonía del pentagrama y queda protegido por la fuerza divina. Y les dije a los CUSTODIOS: «A lo largo del próximo siglo se han de erigir cuatro magníficos santuarios. Bajo cada uno de ellos se construirá en secreto una cámara mortuoria. Los hombres a los que se destinarán los sepulcros descansarán aquí en la isla hasta que esté listo su propio sepulcro. Las cinco cámaras mortuorias formarán una poderosa asociación gracias a la figura sagrada del pentagrama. La cámara mortuoria más importante ya está lista en la isla. Aquí descansará el rey Olav junto a EL DIVINO. En Trondheim construirán una catedral sobre la cámara mortuoria del obispo Grimkjel; en Hamar construirán otra sobre la cámara mortuoria del obispo Bernhard; en Tønsberg construirán una fortaleza sobre la cámara mortuoria del obispo Sigurd; y en Bjørgvin se fundará un monasterio sobre la cámara del obispo Rudolf»

Estas palabras están dedicadas a Ti, gran Amón Ra, y a Ti, YAHVÉ, y a Ti, Alá.

2

Abrumado por haber tenido la oportunidad de leer la versión de Asim de los sucesos que tuvieron lugar hace mil años, le devuelvo el texto a Esteban.

—Mi hermana lo tradujo como pudo en los ochenta —dice.

—¿Sabe copto?

—Beatriz sabe muchas cosas raras.

—Aún tengo muchas preguntas.

—No me extraña.

—Una cosa que no entiendo es la lealtad que le mostró Asim al rey Olav. No huyó ni le dio la espalda al rey que le secuestró y vació la cámara mortuoria. Al contrario, da la impresión de que Asim empezó a rendir culto al rey...

Esteban pliega las manos sobre la mesa.

—A Asim le pasó algo. Tal vez en la navegación hacia Noruega, quizás en Ruán,

puede que en el monasterio. El rey Olav debe de haber apelado a los anhelos religiosos que había en él. El hecho es que Asim empezó a considerar al rey como un profeta, como alguien que estaba en contacto con los dioses. Recuerda que Asim era un mago que veía relaciones en los números. Habían pasado mil años desde que vivió Jesús. Con el tiempo se le metió en la cabeza que Olav no era sólo un profeta, sino que era Jesucristo resucitado y de eso a su siguiente profecía no había mucho trecho: tanto la momia de EL DIVINO como la de Olav resucitarían al cabo de mil años en una poderosa unión religiosa.

—¿Y realmente lo creía?

—¿Cuándo fueron racionales las religiones? Las religiones tratan sobre los sueños y los anhelos. El hombre busca en la fe en Dios el sentido que le falta a la existencia, y la secta de Asim deseaba conciliar todas las religiones en una sola fe. Todo es uno, predicaba Asim, sólo que interpretamos las mismas verdades de modos diferentes. A Asim le resultó completamente natural momificar a Olav y colocarlo junto a la momia milenaria. De ese modo se mantenía a buenas con los dioses.

—Asim no era un prisionero. ¿No podría haber retornado a Egipto con la momia? Esteban mira a un lado y a otro antes de contestar.

—En teoría, probablemente habría podido huir de Selja, pero ¿cómo? Viajar desde Noruega a Egipto, y encima con un tesoro, era muy arriesgado. Por tierra toparía con pandas de bandidos, milicias locales, barreras aduaneras, príncipes locos y terratenientes sanguinarios, además de un número nada despreciable de brujas y trolls. Tendría que atravesar inmensas zonas de tierra, cruzar ríos y atravesar enormes cadenas montañosas.

—Pero por mar...

—... Habría necesitado una flota vikinga formidable para que le protegiera de los piratas, los saqueadores, los aduaneros y las armadas de las potencias enemigas. — Una especie de sonrisa se extiende por la cara de Esteban—. Pero aún más importante debió de ser la profecía que Asim encontró en las estrellas; su augurio de que EL DIVINO y el rey Olav resucitarían en Egipto al cabo de mil años.

Aunque no creo en la astrología ni en las profecías, el vaticinio de Asim me produce una sensación desagradable; como ver el reflejo de algo que no existe en absoluto.

—Y ya han pasado los mil años —digo en voz baja.

Esteban tiene que ir a hacer unas llamadas telefónicas que no pueden esperar. En su ausencia escucho los sonidos del parque y cavilo sobre el misterio de Asim. Un abejorro del tamaño de un coche de juguetes cruza las baldosas de la terraza y un ave histórica pasa volando. Cuando Esteban vuelve, seguimos hablando de los custodios.



Esteban sabe más de lo que pone en la historia de Asim: probablemente su biblioteca esté repleta de las cartas y escritos de sus antepasados.

—La hermandad de custodios fue seleccionada cuidadosamente —dice—. Basándose en los antiguos ideales noruegos, el secretismo, la lealtad y el honor vinculaban a la hermandad de custodios. Pero Asim era sabio: sólo unos pocos de ellos tenían conocimiento total del secreto. Al igual que en unos servicios secretos o en una banda de criminales, cada uno sabía sólo lo que tenía que saber. Sólo unos pocos sabían de la cámara mortuoria de Selja; se les llamaba «El Círculo Interno de los Siete».

—¿Y los códigos?

—Los códigos son pistas para los demás miembros de la hermandad y para la siguiente generación de custodios. Cada vez que movían a la momia, u otras partes del tesoro, de una iglesia o una cámara mortuoria, los custodios dejaban un mensaje indicando adonde se lo habían llevado. Dejaban registro cifrado de quién se había hecho cargo de la responsabilidad, un código que no podrían descifrar más que los otros custodios.

—¿Todos los códigos eran comunicación interna entre los custodios?

—Se podría expresar así. Pongamos que un custodio muriera inesperadamente. Supondría una catástrofe que no hubiera dejado un mensaje para los demás eslabones de la cadena. «El Círculo Interno de los Siete» tenía en todo momento la información completa, pero los demás custodios eran comandantes locales que no tenían la menor idea de la estructura interna de la hermandad. Tenían instrucciones de comunicar sus conocimientos al siguiente custodio que reclutaran y a los custodios de las parroquias vecinas. De ese modo, siempre había alguien que tenía la información imprescindible. Así que cuando se movía el tesoro de una iglesia dada, el custodio escribía un mensaje cifrado que mostraba cómo seguir. Hoy en día, el custodio habría enviado un SMS o un correo electrónico cifrado. En aquel tiempo tallaban ese tipo de mensajes en runas.

—¿Cómo encontraban los custodios los códigos de sus predecesores?

—Del mismo modo que los encontraste tú: buscaban. Pero, a diferencia de ti, los custodios sabían perfectamente lo que buscaban y dónde debían buscarlo. Eso formaba parte del banco de conocimientos común de la hermandad. Los códigos, los mensajes, las instrucciones y las pistas se colocaban en lugares en los que se había enseñado a los custodios a buscar. Los custodios dejaban sus pistas, en textos rúnicos cifrados y con formulaciones crípticas, tanto para los custodios coetáneos, como para la siguiente generación. Los custodios de Urnes, por ejemplo, sabrían que el tesoro fue trasladado de su iglesia a la de Flesberg en torno a 1180, pero no sabrían que luego fue dividido, y que una parte se mandaría fuera del país y otra se trasladaría a Garmo, en Lom. Pero pongamos que el gran maestro de la hermandad supiera en

1250 que la guerra y las enfermedades habían acabado con casi todos los custodios y que ordenara a un custodio de Urnes que llevara el tesoro a un lugar seguro. El custodio de Urnes no sabría dónde estaba el tesoro, pero el custodio que lo reclutó le habría explicado que la pista estaba en una tabla rúnica en una columna de la iglesia. El código de la tabla rúnica le indicaría que tenía que buscar en Flesberg y la palabra «sonora» sería una pista para que buscara en la campana de la iglesia. Allí buscaría las runas secretas que él, a diferencia de la mayoría de la gente, conseguiría descifrar. ¿Recuerdas el texto de la campana? «La campana suena Urnes cincuenta años Flesberg cincuenta años Lom cincuenta años.» Para un custodio el texto se explicaba a sí mismo. Luego volveré a eso de los cincuenta años, pero el caso es que con su conocimiento sobre los códigos, el custodio se dirigiría entonces a Lom, donde encontraría el mensaje de que «Los textos sagrados y la divinidad dormida están a buen recaudo con el amigo del pacto, en la tierra donde se pone el sol», esto es, con el custodio Snorre en Islandia, y de que la siguiente pista se encontraba «donde sale el sol». Puesto que los custodios sabían que las iglesias de madera formaban una cruz, el nuevo custodio entendería que «Lars», Lorenzo, se encontraba en la iglesia de Ringebu y que su Biblia contendría el siguiente código.

—Una especie de juego de pistas a través de los siglos...

—Un juego de pistas para los iniciados. Los custodios se encargaban ellos mismos de reclutar a su sucesor. Al nuevo custodio se le explicaba dónde se ocultaban los códigos y cómo descifrarlos. De ese modo los códigos eran ilegibles para la mayoría de la gente, pero un custodio no sería sólo capaz de encontrarlos, sino también de descifrarlos y leerlos. Así, las nuevas generaciones de custodios podrían seguir la pista del tesoro de iglesia en iglesia, de escondite en escondite.

—¿Qué habrían hecho los custodios si los sacerdotes egipcios de Asim hubieran aparecido?

—Los custodios sabían que los signos de Asim tendrían una clave, un poema, un rezo del Libro Egipcio de los Muertos, extraído del texto de la pared de la cámara mortuoria de Tut Ankh Amón: «Los cortesanos de la casa real acompañan al rey de Osiris Tut Ankh Amón hacia el oeste. Gritan: "¡Oh, rey! ¡Ven en paz! ¡Oh, Dios! ¡Protector del país!"»

—El texto del código de Snorre...

—La clave nunca se empleó, porque los egipcios no llegaron nunca. En cambio, el Vaticano sí.

—Demasiado tarde.

—Justo. El Vaticano guardó los manuscritos y los mapas confiscados sin prestarles demasiada atención. Pasarían cien años antes de que alguien en el Vaticano tuviera tiempo de estudiar el texto. En 1129, el cardenal obispo Benedictus Secundus envió al caballero Clemens de Fieschi a Noruega a buscarlo. En 1152, el enviado del

Papa, Nicholas Breakspear, quien poco después llegó a su vez a ser Papa, estuvo a punto de encontrar la cámara mortuoria de Hamar, donde fundó un obispado. En 1180, el papa Alejandro III envió a un nuevo grupo. Diez años más tarde, los sanjuanistas de la Orden de Malta se establecieron en Noruega cuando el rey Sverre Sigurdsson les dio el monasterio de Værne. En 1230 el papa Gregorio IX hizo un nuevo intento.

—¿Cómo se dieron cuenta los custodios de que el Vaticano estaba sobre la pista de la cueva de Selja?

—Les advirtieron. El Vaticano no podía mantener en secreto que una tropa armada se dirigía al norte a través de Europa, precedida de exploradores y espías. Cuando recibieron el aviso, los custodios consideraron que era más seguro cambiar de escondite, al menos provisionalmente.

—¿Aunque la cámara mortuoria de Selja fuera sagrada?

—Asim dejó muchas instrucciones que se siguieron en diferentes circunstancias. Los custodios sabían qué hacer. Basándose en vaticinios astrológicos, Asim había decidido que la momia, en caso de verse amenazada, tendría que iniciar un viaje sagrado en relación con el número mágico cincuenta.

—¿Qué tiene de mágico el cincuenta?

—En la Biblia, el cincuenta representa el número del jubileo. El Jubileo, o el año del júbilo, era un momento señalado en el que había que perdonar pecados, liberar a esclavos y prisioneros, y perdonar deudas. Los custodios seguían fielmente las instrucciones de Asim. Así que cuando se enteraron de que los hombres del Vaticano estaban en camino, ampliaron la iglesia de Urnes (que ya estaba en construcción) con una cámara mortuoria bajo el suelo. Urnes fue erigida exactamente cien años después de la muerte de Olav. Cincuenta años más tarde trasladaron el tesoro a la iglesia de Flesberg, y así sucesivamente.

—¿Y el Vaticano no se enteró de nada?

—Esto de las iglesias no lo averiguaron nunca, y tampoco lo de la cámara en la gruta. Cuando Clemens de Fieschi siguió el mapa algo impreciso de Asim, acabó en la cueva de Dollstein. Lo cierto es que la siguiente expedición papal comprobó la cueva de Sunniva en Selja, pero la cámara interna estaba tan bien escondida que nunca la descubrieron. Todo siguió el plan minuciosamente trazado de Asim hasta el año 1239. Pero en ese momento a los custodios les entró el pánico. El rey del clan de los Birkebeiner, Håkon Håkonsson, empezó a acercarse demasiado y decidieron no correr ningún riesgo y enviar lo más importante fuera del país.

—¿Lo más importante?

—La momia. Y el cofre de oro con las seis vasijas que contenían los manuscritos originales en papiro.

—A Islandia...

—Dos años antes, el príncipe Skule había reclutado a Snorre Sturlason como custodio. Snorre se hizo cargo del ataúd y de los manuscritos sagrados y se los llevó a su casa en Islandia, junto con los pergaminos de los custodios noruegos.

—¿Así que el código que se encontró el clérigo Magnus en Reykholt eran los textos que Snorre les iba a dejar a los custodios que lo sucedieran?

—Más exactamente a Thordur kakali. El código de pergamino consistía en las instrucciones manuscritas del propio Snorre, además de los pergaminos que le habían dado los custodios de Noruega. La colección de pergaminos resumía, con ayuda de códigos y mapas, la ubicación de los escondites en Noruega e Islandia.

—¿Has dicho que el rey Håkon Håkonsson estaba sobre la pista del tesoro?

—Cuando alguien le contó el secreto al rey Håkon, éste envió a Gissur Thorvaldsson, con el que estaba confabulado, para que le sacara la verdad a Snorre. Snorre calló y murió.

—Entonces el custodio pasó a ser Thordur kakali.

—El propio Snorre había reclutado a Thordur kakali como su sucesor. Håkon convocó a Thordur a Noruega para interrogarlo. El rey buscaba frenéticamente el tesoro. Casó a su hija Cristina con el hermano del rey de Castilla y envió diplomáticos al sultán de Túnez; todo para seguir las pistas que esperaba que le condujeran al tesoro.

—Grutas... Iglesias... Códigos... Es todo bastante confuso.

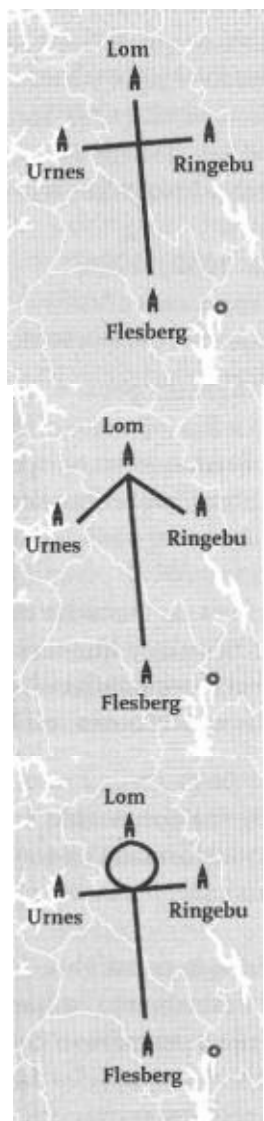
—Para ti. Para nosotros. Hoy en día. Pero tienes que recordar que tú has desovillado hilos sueltos. No has descubierto las cosas en el orden cronológico correcto; al contrario, has descubierto pedazos del pasado que estaban en total desorden. La copia manuscrita que encontraste en Thingvellir, por ejemplo, la colocó allí Snorre doscientos años después de que la escribiera Asim. Las iglesias fueron construidas mucho después de la habilitación de la cueva de Selja.

—¿Sabes por qué Snorre dividió el tesoro en dos?

—Probablemente por razones de seguridad. Construyó una cámara funeraria bajo su propia granja, en Reykholt, y allí colocó el manuscrito en papiro y el ataúd con la momia. La traducción de Asim del manuscrito en papiro la escondió en la cueva de Thingvellir.

—Pero ¿el resto del tesoro seguía oculto en las iglesias?

—A estas alturas había una confusión total entre los custodios. El tesoro estaba disperso a los cuatro vientos, pero sí acabaron el trabajo con las cuatro iglesias. Al igual que los santuarios del pentagrama, las iglesias formaban patrones sagrados. Un ankh egipcio, el símbolo rúnico ty y la cruz.



Durante un período, la cueva de Selja estuvo vacía, pero en torno a 1250 los restos del tesoro fueron trasladados de vuelta a Selja. La pista final, con el truco de las dos tallas de san Lorenzo en Ringebu y Borgund, fue la última aportación noruega a la operación de camuflaje. Al mismo tiempo, la momia y los escritos, que eran la parte más importante del tesoro, estaban fuera del control de los noruegos.

—No es del todo fácil seguir el hilo. —Fue precisamente la complejidad de la operación de camuflaje lo que permitió que el tesoro no cayera nunca en manos del Vaticano.

—Y luego, cuando la peste atacó Noruega, la momia fue trasladada de Islandia a Groenlandia.

—Justo. Y, después de cien años en Groenlandia, el Vaticano volvió a estar sobre la pista. En 1447, una expedición papal llegó a la isla, aunque arribaron demasiado al sur, de manera que cuando los custodios fueron alertados tuvieron tiempo de huir en dos naves junto con cincuenta hombres y mujeres. El resto de la colonia groenlandesa fue masacrada.

—¿Y los custodios se marcharon a Vinland?

—Durante los siguientes cincuenta años, la colonia de custodios nórdicos

estableció cinco asentamientos en Vinland. No dejaron de avanzar hacia el sur y fueron dejando tras de sí piedras rúnicas, casas y torres de piedra.

—¿Por qué no volvieron a Noruega e Islandia?

—Porque habían decidido llevar la momia de vuelta a Egipto. Desde la época de los vikingos conocían los vientos comerciales que podían llevarlos hacia el este, desde lo que hoy en día conocemos como Florida y el Caribe, vía las Azores, hasta Europa y el Mediterráneo. Por eso fueron avanzando hacia el sur, a la busca de los vientos que pudieran llevarlos a casa. Cuando llegaron al Caribe, entraron en contacto con marineros nativos e indios que les hablaron de los marineros blancos que había más al sur. Los custodios, cuyas naves, viejas y frágiles, difícilmente lograrían resistir las tormentas y mal tiempo, tenían la esperanza de poder cruzar el Atlántico con los descubridores europeos. Y fue aquí, en Santo Domingo, donde conocieron a Bartolomé Colón y desde donde mandaron señales de vida, cifradas, al arzobispo de Nidaros. Ésa es la carta que, según los rumores, encontraste en Washington.

Yo no respondo y Esteban continúa:

—El propio arzobispo Erik Valkendorf era un custodio de una orden que a esas alturas estaba ya algo aguada, y que tenía bastantes dudas sobre lo que realmente estaba custodiando. Pero Valkendorf constató que esto ocurría exactamente quinientos años antes de que la momia, según la profecía de Asim, fuera a volver a casa para resucitar. Otra vez la magia de los números.

—Como el «Sello de los custodios» que me enseñasteis en Roma, la combinación de símbolos que se transformaba en 666. ¿Qué era eso?

Esteban se ríe un poco.

—Mis amigos del club de caballeros tienen la costumbre de exagerar. Con los números puedes hacer exactamente lo que quieras. Yo creo que Bartolomé simplemente se entretuvo copiando los tres símbolos en órdenes distintos. Además, si les das otro valor numérico a los símbolos, te salen respuestas muy diferentes. Si realmente hay alguna Biblia de Satán, no tiene nada que ver con esto.

—¿Qué pasó con los custodios después de que conocieran a los descubridores? ¿Nunca volvieron a Europa?

—Algunos volvieron y otros se quedaron y se involucraron en la caza del tesoro que tenía lugar en Centroamérica. Las increíbles existencias de oro y de otras cosas valiosas que encontraron financiaron la construcción del Palacio Miércoles y asentaron las bases de la riqueza de mi familia.

—¿Y la momia?

—Una triste historia. Desapareció en algún momento del siglo XVII. Lo cierto es que se descompuso. A esas alturas ya nadie les era leal a Asim y a los antepasados. Tenían una buena vida aquí en el palacio.

—¿La momia se descompuso?

—Quedan algunos fragmentos de huesos y restos de polvo en una vasija. Eso es todo.

La decepción me inunda los ojos de lágrimas.

—Probablemente todos aquellos cambios climáticos fueron demasiado para ella. Desde el seco calor de Egipto al aire frío y húmedo de Noruega. El mar, la sal, los traslados. Simplemente no lo aguantó.

—¿Y los escritos en papiro?

—Aún conservamos algunos. Un par de ellos se entregaron al Vaticano como regalo y el resto los tenemos aquí en nuestra biblioteca. Pero no son demasiado especiales. Fragmentos de copias de la Biblia de los siglos V y VI, relatos de la vida de la gente en Egipto, cantos laudatorios. Cosas así.

Mantiene la respiración.

—Bjørn. La copia de Asim de Thingvellir... Te lo vuelvo a preguntar. —Me mira—. ¿Me darías el manuscrito islandés?

Callo.

—Éste es su sitio. Debería estar aquí en el palacio, junto con todo lo demás.

—Ni siquiera lo tengo yo.

—¿Quién lo tiene?

—El manuscrito es un artefacto histórico —digo eludiendo la cuestión—. Sería punible entregártelo.

—Ese manuscrito... —empieza a decirme, y luego se interrumpe—. ¿No podrías confiar en mí? ¿No quieres contribuir a finalizar el proyecto de Asim?

—El proyecto de Asim consistía en proteger la momia. Y ya no existe.

—Tal vez no físicamente.

—Los custodios fallaron. Fallaron en su misión.

Se queda callado.

—Ya sabes —dice al cabo de un rato— que podrías haber sido uno de nosotros. ¡Un custodio! ¡Tienes buenas cualidades! Era gente como tú la que Asim y el rey Olav reunió a su alrededor. Tenaces, sin miedo e interesados en las grandes misiones.

—¿Aún existe? ¿Es eso lo que me estás intentando decir? ¿Todavía existe la orden de custodios?

Su mirada está vuelta hacia dentro, hacia todo lo que fue una vez.

—Ahora sólo custodiamos los recuerdos y las sombras del pasado.

# Beatriz

## 1

Dos criados en librea llaman a la puerta en el momento en que el gran reloj del Juicio Final del pasillo da las ocho. Con paso lento, los dos pingüinos me escoltan a través de los laberintos del Palacio Miércoles, donde cada paso que doy con las muletas es un paso hacia el pasado.

En el comedor me esperan Esteban Rodríguez y la familia bajo una araña de luces que, a cierta distancia, podría pasar perfectamente por la aurora boreal. La mujer de Esteban, Sophia, me estrecha la mano con una sonrisa que nunca llega a los ojos. Es una belleza morena que te hace pensar en las sumas sacerdotisas incas antes de arrancarles el corazón a sus víctimas. Diligentes cirujanos han amarrado su cara y su figura a un pasado que nunca querrá soltar. Su hijo Javier es un playboy moreno, de ojos brillantes y una sonrisa llena de dientes blancos y promesas vagas. Pasa parte del año en Bel Air y Saint-Tropez y relumbra como si acabara de volver de una gran fiesta llena de mujeres y cocaína gratis. Graciela ha heredado la distancia y la belleza de su madre. Tiene más o menos la misma edad que yo, pero, al igual que su madre, parece mucho más joven. Me estrecha la mano sin fuerza y retira la suya como si le desagradara tocarme.

Luego saludo a la hermana de Esteban.

Beatriz está al final de la cincuentena, pero su mirada tiene ese brillo huidizo que caracteriza a las mujeres fuertes, inteligentes y maduras que conservan dentro de sí a una joven juguetona. Tiene el pelo castaño claro, rizado y salvaje y le llega casi a la cintura. En la fosa nasal relumbra un diminuto piercing, un diamante. Tiene la actitud y las formas de alguien que ha soportado muchas horas de dolor en un gimnasio. Me estrecha la mano con firmeza y una mirada torcida.

—Así que tú eres el hombre que encontró el cofre de los secretos sagrados.

Tiene la voz cálida y un poco ronca, como si necesitara meterse en la cama, preferiblemente con alguien.

Me doy cuenta de que acaba de leerme el pensamiento y me sonrojo. Luego nos sentamos en torno a una mesa tan grande que podríamos haber invitado a un parlamento entero.

Mientras los camareros van llegando en procesión cargados con bandejas repletas de exóticos hors d'oeuvres, Esteban cuenta la historia del Palacio Miércoles y me habla de la sucesión de hombres de estado y vagos, caballeros y ladronzuelos, vírgenes y ninfómanas, santos y ovejas negras de la familia Rodríguez. Cada poco tiempo le suelta una pulla a Beatriz y ella se eleva por encima de su falta de tacto con



una indulgente dignidad y miradas frías. Sophia no dice ni una palabra: se ha hundido en una esfera privada de indiferencia. Javier habla risueño de una fiesta en Cap Ferrat en la que Mick Jagger arrojó champán a la cara a un empresario que se había servido algo ansiosamente de la mujer del anfitrión. El inglés de Javier tiene un acento español capaz de arrancarle la ropa a una mujer y su risa brota en alegres cascadas. Sophia y Graciela apenas tocan la comida. Esteban le pregunta a Beatriz si ha avanzado algo con su tratado y ella responde huidiza y busca refugio en Sophia, que mira para otro lado y mastica mecánicamente la comida. Los hipidos de risa de Javier embadurnan la gracia de una historia sobre George Michael en una tienda de zapatos de la Quinta Avenida.

Nos pasamos más de dos horas a la mesa conversando, aunque yo me siento fuera. Los demás comen platos caribeños como el pelau, pollo con curry y chile, chauna especiada y pescado salado con berenjenas. A mí me sirven verduras crudas, asadas, cocidas, marinadas y a la plancha que nunca había probado y de las que tampoco había oído hablar. Bebemos vinos de lujo de la bodega del palacio y yo no dejo de mirar a Beatriz de soslayo. No sé si se dará cuenta, pero creo que sí. Es muy bella y, si me está leyendo el pensamiento, lo disimula muy bien. Tal vez esté jugando conmigo. Afortunadamente, tengo zonas del cerebro en las que puedo colocar mis fantasías en cuarentena sin vigilarlas.

## 2

Después de cenar, los caballeros beben coñac y fuman puros mientras las mujeres saborean un oporto en un salón contiguo. Luego nos reunimos en algo a lo que llaman la antesala, que tiene unas grandes puertas de cristal que dan a la terraza. Hacia las diez de la noche, Esteban y Sophia se despiden. Incluso Graciela se anima una vez que sus padres nos han dejado y la oigo reírse por primera vez en toda la noche. Pero al cabo de quince o veinte minutos también Graciela y Javier se retiran.

En el silencio que dejan tras de sí, Beatriz y yo nos quedamos mirando a través de las puertas de cristal. Me empiezo a llenar de la hormigueante certeza de que estoy a solas con ella y que, en pura teoría, podría dar los pocos pasos que me separan de ella y abrazarla contra mí, sujetándola con fuerza y sintiendo su cuerpo contra el mío.

—¿Quieres que tomemos un poco el aire? —pregunta.

Me lanza una mirada que no consigo interpretar, pero intuyo que vuelve a leerme los pensamientos. Me da vergüenza y al mismo tiempo me estimula. Me coge del brazo con una pequeña sonrisa y me conduce a la terraza. Tengo ganas de besarla, pero evidentemente no se me ocurriría hacer algo tan extraño. Nos sentamos en los profundos sillones del jardín y, entre los árboles, Santo Domingo relumbra como una lejana galaxia. El ruido de la gran ciudad nos llega como un vago zumbido. El parque está lleno de los gritos amorosos de los pájaros, las ranas, los grillos y otros bichejos.

—¿Te puedes creer —dice Beatriz— que hubo un tiempo en que fui hippie?

Intento arquear una ceja, pero tengo ciertos problemas con la coordinación de los músculos, así que debe de darle la sensación de que se me ha metido una mosca en el ojo.

—Viví tres años en San Francisco. Desde 1966. Haight-Ashbury. El verano del amor. LSD. Flower power.

Su voz tiene un aliento de sol y calor que procede de algún lugar de su interior al que nadie tiene acceso.

—Tal vez fuera mi manera de protestar contra todo esto —añade extendiendo los brazos.

—¿La pobre niña rica? —le digo con algo más de acidez de la que tenía pensada.

Su sonrisa se convierte en algo tan frío y amargo que tengo la impresión de que la he ofendido en lo más profundo, pero luego se transforma de nuevo y vuelve a ser cálida y cariñosa.

—Crecí como una princesa en una familia real sin reino ni pueblo. Mi padre bebía y mi madre se rodeaba de amantes, mi hermano mayor Esteban... En fin.

Mira al cielo y ambos seguimos con la mirada las luces intermitentes de un avión.

—Como sabes, Bjørn, mi familia nunca ha formado parte de esta sociedad ni de esta cultura. El Palacio Miércoles habría podido estar en medio del Hyde Park de Londres o en el Central Park de Manhattan, en Bombay o Tokio, y habríamos vivido exactamente tan separados y distanciados del mundo como aquí.

Yo crecí en un viejo chalet desvencijado de una calle apartada de Grefsen, pero entiendo lo que quiere decir.

—Muchos nos envidian por nuestra riqueza.

—No tienes que jurármelo.

—Pero esto no es una gran vida.

—Los ricos suelen decir cosas así.

—Espero no parecer hastiada, aunque seguro que lo estoy. La riqueza te cambia y no para mejor.

Se pasa los dedos por el pelo y, en la penumbra, su lisa piel se sonroja con un tono dorado. No puedo entender que me saque veinte años. Es un alce frágil y atemporal.

—Paradójicamente, mis tiempos de hippie y todo lo que aquello conllevó fue mi salvación. Sin aquella rebeldía me habría hundido. Tuve que convertirme en otra para poder ser yo misma, ¿Lo entiendes?

—Creo que sí.

—Mi familia no tenía ni idea. Creían que vivía tranquila y retirada en el internado.

—¿Cómo se enteraron de la verdad?

—Me ingresaron. Por sobredosis. Los médicos pensaron que no iba a sobrevivir y el rector convocó a mis padres a San Francisco. ¿Y qué crees que pasó? El borracho y la cortesana me desheredaron. ¡El colmo de la hipocresía! No era lo suficientemente digna. Esteban lo heredó todo. ¡Esteban!

Con la mirada fija en la mía toma aire para decir algo más, algo importante, pero censura sus palabras y mira hacia otro lado. Cuando continúa, me cuenta algo completamente distinto de lo que había pensado decir en principio. Me pregunto por qué vacila. Quizá no me conozca lo suficientemente bien, o tal vez las palabras sean demasiado duras de llevar.

—Después de desengancharme y licenciarme, viví muchos años en Londres, Roma y Río de Janeiro. Nunca me casé, pero no pienses que estaba sola. Hasta que no hubieron pasado un montón de años desde la muerte de mis padres, no regresé a casa. A esas alturas Esteban se había metido en el papel de mi padre con tal perfección que empecé a preguntarme si serían la misma persona.

—¿Por qué querías volver?

Baja la mirada.

—Porque —dice en un susurro con cierta rebeldía— es aquí adonde pertenezco. Y eso no me lo puede quitar nadie. ¡Nadie! Ni mi madre, ni mi padre, ni Esteban. Desde luego no Esteban. —Luego se suaviza—. Pero ante todo porque aquí es donde trabajo mejor, cerca de la biblioteca y los textos históricos. Y cerca del Conservador, por supuesto.

—¿Quién?

—Un colega. Y un amigo. Ya lo conocerás.

En un absurdo momento de celos me pregunto si será algo más que colega y amigo.

—¿Tu hermano ha dicho que estás trabajando en un tratado?

—Ja, ¿qué sabrá él? Pero, sí, estudié teología y religión en Berkeley. Ahora tengo un trabajo de media jornada como profesora invitada en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, pero trabajo sobre todo en el despacho que tengo aquí en el palacio.

Nos quedamos charlando hasta las dos de la madrugada y no dejo de imaginármela desnuda en mi cama, con el pelo esparcido por una sábana de seda, la respiración caliente y los ojos ardientes, unos pechos pequeños y afilados y un piercing en el ombligo. Hablamos de las diferencias entre el new age y la religión, de las condiciones de vida en América del Sur y del Norte, de la emigración de los humanos de África y de la formación de las primeras tribus de seres humanos. Me la imagino cerrando sus muslos en torno a mis caderas y arañándome la espalda con sus uñas. Me habla de sus amigos de Grateful dead y Jefferson Airplane y de las alucinaciones que provocan el LSD y la mescalina. Le digo, con ambigüedad, que apenas necesito estímulos para alucinar y ella me responde, con la misma

ambigüedad, que ya lo sabe.

Cuando nos damos las buenas noches me da un abrazo y un fugaz beso en la mejilla, como si quisiera decirme que si hubiera estado en San Francisco en 1967, seguramente habríamos acabado juntos. Aunque tal vez esté pecando de vanidoso, pues en 1967 yo apenas había nacido.

El abrazo de su cuerpo me abrasa la piel cuando me acuesto.

3

Me paso todo el día siguiente en la biblioteca.

No le veo el pelo ni a Beatriz ni a Esteban, pero encuentro compañía en los libros, las cartas, los manuscritos y los cajones con mapas antiguos sobre las islas del Caribe y las líneas de la costa de la tierra firme americana.

La biblioteca se encuentra en la primera planta y las ventanas dan al parque. Del alargado vestíbulo principal salen diez pasillos perpendiculares. Algunos están llenos de libros desde el techo hasta el suelo, otros contienen armarios y cajoneras con documentos, cartas, mapas y otros escritos clasificados sistemáticamente: geográfica, temática y cronológicamente. En un extremo de la biblioteca hay unas grandes puertas dobles con pomos de latón. Hago girar el pomo, pero la puerta está cerrada. En la pared hay una cerradura de código de seguridad, con lector de huellas digitales y escáner de iris.

Por casualidad descubro una sección dedicada a la piratería en el Caribe. Entre actas judiciales y sentencias de muerte encuentro xilografías de renombrados piratas, corsarios y bucaneros que posan como reyes. En una carpeta carcomida de cartón hay largas cartas que leyendas de la piratería como Henry Morgan, Francis Drake y Edward Barbanegra Teach mandaron a los antepasados de Esteban. Un cajón de madera está repleto de documentos del tiempo en que Estados Unidos constaba de trece colonias: cartas, convenios e, incluso, uno de los primeros borradores que hizo Thomas Jefferson de la Declaración de Independencia. Después de comer solo, bajo una sombrilla de la terraza de la biblioteca, descubro una sección nórdica que contiene gran cantidad de primeras ediciones y manuscritos originales poco comunes y un agrio intercambio de correspondencia entre Hamsun e Ibsen.

4

Al caer la tarde, Esteban se pasa por la biblioteca. Simula toparse conmigo por casualidad, como si hubiera pensado encontrar una lectura estimulante para la noche. Pero no soy tan Cándido como para tragármelo.

Le pregunto qué hay detrás de la puerta cerrada. Dice que guardan los libros y documentos más valiosos y raros en un ala de seguridad.

Como si algún ladrón fuera a ser capaz de sacar un solo punto del Palacio Miércoles...

—Bjørn, se trata del manuscrito que encontraste en Islandia. —De nuevo—. ¿Es una cuestión de dinero? —pregunta.

La pregunta me pilla tan desprevenido que no me decido a responder.

—En tal caso, notarás que tengo medios a mi disposición que podrían volverte más que adinerado y que te proporcionarían la oportunidad de encontrar misiones más emocionantes que las que recibes como profesor adjunto de la Universidad de Oslo.

—Me gusta mi trabajo.

—Tu nueva vida te gustará aún más.

—¿Por qué es tan importante el manuscrito?

—Porque completaría la colección.

No es una mentira, pero tampoco es toda la verdad.

—Déjame que me lo piense.

No tengo la menor intención de venderle nada, pero necesito tiempo. Para comprender.

Me mira con el gesto de quien acaba de firmar un contrato y ya sólo espera a que se seque la tinta.

## 5

He dejado el móvil en el cajón de la mesilla. El profesor Llyleworth me ha llamado ocho veces y me ha enviado un SMS:

Han soltado a Hassan y Stuart Dunhill. ¡Llámame!

El profesor lo coge a la primera. Me cuenta que Hassan y Stuart Dunhill fueron puestos en libertad por un district court de Washington, D.C.

—¿Cómo es posible?

—Tras valorar las pruebas, el tribunal ha decidido que el fiscal no tenía nada con lo que acusarlos. Nada.

Ni Stuart Dunhill ni Hassan estaban armados cuando los apresaron. Sus abogados presentaron pruebas convincentes de que los dos habían sido convocados a lo que creían que era una reunión de negocios regular para la compra de una colección de documentos medievales. No tenían la menor idea de que hubieran secuestrado a Laura y de que algunos de los presentes estuvieran armados. Yeah right.

—Hassan es un criminal de guerra que está en busca y captura, además de un asesino —objeto.

—Hassan está muerto.

—¿Muerto? ¿Qué estás diciendo?

—Oficialmente no existe. El pasaporte, el certificado de nacimiento, la embajada

de Irak y los diversos registros internacionales, incluido el tribunal de La Haya, han confirmado la identidad del acusado: dicen que se llama Jamaal Abd-al-aziz. Para colmo, el abogado presentó un certificado de defunción válido de Hassan.

—Pero...

—No me preguntes. Dice bastante que alguien haya sido capaz de manipular todos esos registros. Incluso los retratos de Hassan han sido cambiados. El tribunal no creyó al fiscal.

—¡Pero si es un farol!

—El juez estuvo inamovible.

—El jeque tiene que haberlo sobornado con unos cuantos millones.

Le pregunto al profesor adonde han ido Hassan y Stuart, pero no lo sabe.

—Si te sirve de consuelo puedo decirte que todos los demás están en prisión preventiva. Llevaban armas ilegales y no registradas.

—Un triste consuelo.

—Tómatelo con calma, Bjørn. Es imposible que sepan dónde estás.

—Yo no estoy tan seguro.

—Tenemos que respetar la decisión del juez. El sistema judicial funciona tanto a nuestro favor como en nuestra contra.

—¿Y qué pasa con mi seguridad?

—El Palacio Miércoles es el lugar más seguro en el que puedes estar ahora mismo.

# La Biblioteca Sagrada

1

—Beatriz, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Por supuesto.

Me ha invitado a cenar. Estamos sentados ante una ventana de su comedor. Tiene un apartamento propio en el extremo norte del palacio. Estamos solos. Beatriz y yo. Uno siempre puede hacerse ilusiones.

—¿Qué hay detrás de la puerta cerrada de la biblioteca?

—Más libros.

El cocinero ha preparado un guiso vegetariano de espárragos al vapor con mantequilla, tomates asados y pimientos rellenos de arroz y especias. Beatriz come pechugas de codorniz marinadas en vino blanco. Alza la copa de vino y brindamos.

No está tranquila. Intenta sonreír desenfadadamente, pero algo le preocupa. El dique revienta en el momento en que me como mi último espárrago. Primero agacha la mirada sobre los restos de la pechuga de codorniz, luego me mira.

—¿Has decidido darle el manuscrito?

Mastico lentamente. Los espárragos siempre han sido una de mis verduras favoritas. No hay que cocerlos demasiado y tienen que presentar resistencia cuando los masticas.

—¿A quién? Yo no le he prometido nada a nadie.

—Esteban. Dice que le vas a vender el manuscrito.

—Entonces me ha malinterpretado. Dijo que lo necesitaba y yo dije que me lo pensaría. Punto. El manuscrito ni siquiera es mío. ¿Por qué iba a venderle algo que no poseo?

—Te pondrá millones de dólares ante los ojos.

—A mí no me interesa el dinero.

—Te engañará. Mantén el manuscrito alejado de Esteban.

Beatriz se seca las comisuras de los labios con una servilleta de tela con el monograma de la familia.

—Para serte completamente franco, Beatriz, no entiendo lo que me estás intentando contar.

Ella mira por la ventana. Bajo la luz de los focos, los árboles del parque brillan y relumbran en la oscuridad azul. La lámpara de la terraza ha atraído un montón de mosquitos a los que no quiere soltar.

—No debes confiar en Esteban. Nunca.

—Es tu hermano.

Algo se incendia en las profundidades de su interior provocando un reflejo de enfado en sus ojos.

—¿Tienes idea de cómo se siente uno cuando forma parte de una familia de mentirosos y traidores?

La verdad es que sí. Antes de morir, mi madre me preguntó si la había perdonado por todo lo que pasó cuando mi padre se despeñó de la pared de montaña de Telemark. Le acaricié la mejilla y le dije que por supuesto, pero no era verdad.

No le cuento nada de esto a Beatriz. Ahora no. A pesar de ello, alarga el brazo y posa su mano sobre la mía. Una mano morena y delicada sobre la mía de color blanco lácteo.

—Esteban dice que te lo ha contado todo.

—Sí, bueno, quizá no todo.

—No, no todo.

Permanecemos un rato en silencio.

—Supongo que cuando me miras —dice—, te resulta difícil concebir que provenga de un clan de vikingos. No, no, no hace falta que respondas. Hace mucho que mis genes caribeños han vencido a los nórdicos. —Me aprieta la mano y luego la suelta—. Resulta doloroso avergonzarse de la propia familia, de los padres.

—¿Tienes motivos para avergonzarte?

—No tienes ni idea...

—Yo estaría orgulloso de la inquebrantabilidad de tus antepasados. Piensa en todos los siglos que dedicaron a custodiar la momia.

Se ríe breve y fríamente, tal y como se habría reído una mujer de vida alegre de su cliente más fiel si le preguntara si lo quería.

—Me puedo imaginar lo que te ha contado Esteban.

—¿Me ha mentido?

La puerta se abre. Una procesión de camareros viene a buscar los platos sucios y a servir el postre: bayas templadas con helado de vainilla casero. Nos sirven vino de postre en unas pequeñas copas de cristal de Bohemia y cierran la puerta tan silenciosamente que me tengo que volver para comprobar que realmente se han ido.

—Sí. Te ha mentido. Gran parte sería verdad, la mayoría, pero te mintió en el punto más esencial.

—¿Por qué?

—Esteban está envenenado por el pasado.

—¿Qué quieres decir?

—Todos somos el resultado de las elecciones de nuestros antepasados.

—No sé, supongo que todos disponemos de libre voluntad.

—Algunos se pervierten por su libre voluntad.

—¿Esteban?



—Mi hermano ha sido corrompido por siglos de traiciones, doble moral y falta de principios.

Arrastra las palabras, como si todas ellas estuvieran amarradas con una cadena a una bola de hierro.

La miro interrogativa e inquietamente mientras sorbo una frambuesa templada. La furia reprimida la está sonrojando.

—¿Qué estás intentando decirme, Beatriz?

Con el tenedor de plata empuja un arándano por el helado de vainilla medio derretido. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo piensas que mis antepasados pudieron construir un palacio como éste?

—¿El oro de los incas?

Una risa callada.

—El oro de los incas y los aztecas también debió de contribuir, sin duda. Los custodios se unieron a los conquistadores y, fieles a su sangre vikinga, saquearon las riquezas de las islas caribeñas y de la tierra firme. León, Velázquez, Cortés, Pizarro, De Soto, De Coronado. Nosotros estábamos allí con ellos. La leyenda familiar quiere hacernos creer que mis antepasados encontraron El Dorado, la ciudad de oro sudamericana, y que nuestro dinero proviene de ahí.

—¿El Dorado no es un mito?

—Eso se dice, pero ¿quién sabe? Los cimientos de la inconcebible riqueza de mi familia se pusieron en los siglos XVI y XVII. Gran parte del dinero proviene de los saqueos de los conquistadores, pero... también recibimos cantidades considerables de Europa.

—¿De quién?

—De la institución más poderosa de la Europa del siglo XVI.

—¿Que era?

—Permíteme plantearte una pregunta: ¿durante cuántos siglos crees que la hermandad a la que tú llamas «los custodios» fue leal a Asim y su proyecto?

Había intentado aferrarme a la idea de que Esteban fuera un custodio, alguien que administraba honrosamente el pacto que habían sellado sus antepasados.

—Mis antepasados fueron traidores, Bjørn. Traicionaron a Asim, traicionaron a todos aquellos que habían sacrificado sus vidas, traicionaron su misión.

—¿Cómo?

—No son pocos quienes piensan que Colón trajo la decadencia europea a América. El descubrimiento europeo de América supuso el hundimiento de los nativos. En fin, desde luego supuso el hundimiento definitivo de los custodios. Se dejaron corromper, todos ellos. Por el dinero, el poder, el estatus. Esteban y yo descendemos de villanos y gentuza.

No sé qué decir.

—Las islas caribeñas nunca fueron la meta de los custodios —continúa—. Querían volver a Europa. Buscaban los vientos que pudieran llevarlos a casa, pero acabaron quedándose aquí. ¿No te preguntas por qué?

—¿Por qué?

—Por ambición.

—No entiendo...

—En cierto sentido continuaron siendo custodios: simplemente reajustaron su lealtad. Custodiaban el viejo secreto, para un nuevo jefe.

—¿Quién?

—Si sumas dos y dos, te resultará evidente.

—Siempre he tenido problemas con las matemáticas.

—Se quedaron en Santo Domingo, en el palacio que se construyó con la ayuda de los más destacados arquitectos e ingenieros de Europa. Tomaron nombres españoles. Algunos de los custodios se quedaron en Santo Domingo, aquí, en el Palacio Miércoles. Mis antepasados. Otros retornaron a Europa con las naves comerciales españolas y a todos ellos se les concedió un título nobiliario, grandes posesiones y más dinero del que pudieran soñar. Los pocos que protestaron, los más honorables, fueron asesinados por la Inquisición por orden directa del Vaticano. Los únicos que sobrevivieron fueron aquellos que traicionaron el juramento que hicieron en su momento. El día de hoy, sus descendientes viven en sus palacios de Italia, Francia y España.

—¿Quién estaba detrás de todo esto?

—En esa época, durante los primeros años después de que los custodios llegaran a Santo Domingo, el Papa era Julio II. La posteridad lo recuerda por muchas cosas distintas. Lo llaman el Papa Guerrero. Era un intrigante y una figura poderosa. En 1506 fundó la Guardia Suiza, que aún sigue custodiando el Vaticano y al Papa. Inició la construcción de la basílica de San Pedro. Contrató a Miguel Ángel para que pintara el techo de la Capilla Sixtina, y fue también Miguel Ángel quien recibió el encargo de hacer el monumento funerario del Papa, la famosa estatua de Moisés.

—Aún no entiendo la conexión.

—La conexión es el Vaticano.

—Pero, ¿por qué? Con todos mis respetos, estamos hablando de una momia y unos manuscritos de papiro. Es el botín de unos vikingos.

—Ni Asim ni los custodios podían imaginar la envergadura de lo que ocultaban. Sin saberlo, custodiaban una momia y unos escritos que cambiarían la concepción que tenemos del judaísmo, el cristianismo y el islam.

No sé cómo reaccionar. Las palabras me resultan demasiado pomposas, demasiado irreales.

—Espero no estarte faltando al respeto si digo que esto suena un poco

desproporcionado.

Ensarta el arándano con el tenedor y se lo come.

Le pregunto:

—¿Qué tipo de secretos podrían tener tal envergadura? ¿Era la momia de Dios?

—Intento reírme, pero emito un sonido seco.

Beatriz pega un sorbo al vino y cierra los ojos. La tenue luz borra sus arrugas y la vuelve tan joven como cuando bailaba a la luz de la luna de Haight-Ashbury.

—Tengo que preguntarte una cosa, Bjørn.

—Adelante.

—Este manuscrito...

Se interrumpe, como si no supiera qué palabras usar.

—¿Sí?

—¿Qué sabes sobre él?

—Es una copia y una traducción del siglo XI de un manuscrito bíblico original, mucho más antiguo.

—¿Has leído algo del texto?

—Aún lo están traduciendo.

—Espero que hayas escondido bien el pergamino.

—Por supuesto. Está en las mejores manos.

—¿Tienes una copia?

Ésa es la pregunta que Esteban no me ha hecho nunca.

—Claro. —Su boca no quiere cerrarse—. ¿Quieres verla? —le pregunto y extendiendo la mano.

En la biblioteca enciendo un ordenador y me meto en la cuenta de Gmail que abrió el clérigo Magnus. En el buzón de entrada, debajo del código de Snorre, me espera el correo electrónico de Thrainn con una versión digitalizada de los rollos de Thingvellir.

—¡Madre mía! —exclama Beatriz cuando hago aparecer el documento de Adobe.

Los pergaminos lucen claros y definidos sobre la pantalla plana.

—El Conservador no va a creer lo que verán sus propios ojos. ¿Podrías...? —vacila—. ¿Podrías imprimirme una copia?

Pulso el comando de imprimir y ella me aprieta agradecida el hombro. La gran impresora láser se reanima. Una vez que se ha impreso el documento, digo:

—En realidad no has llegado a responder a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

Indico con la cabeza la puerta cerrada.

—Ah, eso. Anda, ven.

Me lleva hasta la puerta y se queda mirando el escáner de ojos hasta que luce verde. Introduce un código, el cerrojo emite un zumbido y abre la puerta.

Entramos en una atmósfera de pasado y misterios. Los frescos que cubren el techo y las paredes representan puntos culminantes de la historia de la Biblia. Si no hubiera sabido que no puede ser, habría pensado que Miguel Ángel había estado allí con su paleta y sus pinceles. De la cúpula del techo cuelgan tres grandes lámparas de araña. En diversos estantes y nichos hay iconos y cofres con reliquias. En mi oído interno oigo el eco de unos cantos gregorianos. En la pared corta de enfrente cuelga un Cristo crucificado. Elí, Elí, lemá sabaktáni? «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» En una vitrina colocada sobre un alto zócalo descubro una corona de espinos, pero no puede tratarse de «la» corona de espinos, y no me animo a preguntarlo. Bajo el crucifijo, sobre una mesa cubierta con un mantel blanco, hay una menora, un candelabro de siete brazos, con velas encendidas. A lo largo de las paredes, dispuestas entre los frescos, se distribuyen las estanterías, con puertas de cristal y cajones. Las profundas ventanas están protegidas por rejas de sólido hierro forjado. Del techo pende una cámara de vigilancia.

—Bienvenido a La Biblioteca Sagrada —dice Beatriz—. Aquí guardamos nuestros tesoros más valiosos y poco comunes.

Nos adentramos en la sala de la biblioteca sobre una alfombra tan mullida como el musgo.

Beatriz se detiene ante uno de los armarios de puertas de cristal y saca un códice de tapas de madera. De pie, detrás de ella, miro por encima de su hombro. Lo abre con mucha delicadeza.

—Éste es el texto original del De Transitu Virginis, sobre la ascensión de la virgen María al cielo, escrito en torno al año 169 por san Melitón de Sardes. Dado que María era la madre del hijo de Dios, difícilmente podía morir como cualquiera. Cuando sus días tocaron a su fin, fue llevada al cielo en cuerpo y alma.

Contemplo las letras con respeto: cada una de ellas está escrita con fe y amor.

Beatriz me conduce entonces a una sección de armarios donde abre un cajón. Sobre un cojín de seda descansan dos monedas de oro.

—Estas monedas se atribuyen a Nicolás de Myra, san Nicolás. Hoy en día se lo conoce más como Papá Noel. En secreto salvó a un hombre y sus tres hijas de la pobreza y la prostitución, lanzándoles bolsas de monedas de oro a través de la ventana y por la chimenea.

De un escritorio dorado saca un cofre de oro con un documento resquebrajado aprisionado entre dos planchas de cristal.

—Ésta es la orden de ajusticiamiento que Poncio Pilato preparó para Jesucristo.

—¿Cómo habéis conseguido todas estas cosas?

—Siempre hemos tenido buenas relaciones con el Vaticano. Diversos papas,

cardenales y obispos nos han usado para diferentes fines. Cuando los debates teológicos se avivaban, les resultaba útil deshacerse de documentos que no querían que usaran en su contra sus oponentes. El Palacio Miércoles es más seguro que el propio archivo del Vaticano. Los archiveros y los cardenales desleales siempre han supuesto un riesgo para el Vaticano. En nosotros siempre han podido confiar.

—¡Completamente increíble, Beatriz! ¡Completamente increíble!

—No todo proviene del Vaticano. También hemos comprado manuscritos, cartas, libros, códices y pergaminos en el mercado abierto y en el mercado negro. Hemos financiado excavaciones. Hemos sobornado a arqueólogos, descubridores y aventureros. Al asegurarnos todos estos tesoros, al menos hemos impedido que se pierdan.

—Para los investigadores y el público tanto da que estén amontonados detrás de las puertas cerradas del Palacio Miércoles o con el jeque Ibrahim en los Emiratos.

—El jeque se ha llevado muchos documentos delante de nuestras narices, claro que él dirá lo mismo sobre nosotros. Ven, hay un hombre al que quiero que conozcas.

3

Es tan flaco, pálido y desgarrado que a contraluz fácilmente resultaría invisible. Tiene la piel tan blanca como la mía. Tal vez por eso sienta cierta familiaridad hacia él. A través de sus pelos grises, veo el mapa de manchas de hígado de su cuero cabelludo. Tiene la nariz afilada, aguileña y llena de pelo. La mirada está vuelta hacia dentro, hacia un mundo que se ha reservado para sí mismo.

Su dormitorio es también una cámara de estudio. Cuando llamamos a la puerta, nos lo encontramos sentado con su té ante un escritorio cubierto de papeles, libros y documentos.

—Éste es el Conservador —dice Beatriz—. Le llamamos simplemente así, el Conservador.

Me tiende una mano huesuda y, al estrecharla, tengo la sensación de apretarle la mano a un esqueleto.

—He leído sobre ti —dice con una voz tan quebradiza y delicada como el papel de tina que tiene sobre la mesa.

Beatriz posa las manos sobre sus escuálidos hombros con sensible ternura.

—Somos viejos amigos: lo conozco de toda la vida. Fue mi primer niño y se convirtió en mi amigo y mi mentor. Vive y trabaja en el Palacio Miércoles desde 1942, cuando huyó de Varsovia...

—¡Era un chiquillo, que lo sepas, sólo un chiquillo!

—... Y acabó aquí después de pasar por Copenhague, Boston y La Habana. Mi padre se apiadó de él en uno de sus raros ataques de humanidad. Fue el Conservador quien despertó mi interés por la historia y la teología, y por todo lo que se oculta en

los viejos escritos.

—Tengo entendido que compartes nuestro afecto por los tesoros del pasado —dice el Conservador.

Su voz es baja, como un susurro, como el juego del viento con las páginas de un libro olvidado en el parque. Cuando nuestras miradas se encuentran, es como si se abrieran unas puertas a su interior; durante un instante alucinatorio tengo la sensación de ver un pasillo infinito repleto de libros cubiertos por el polvo de los siglos. Luego la ilusión se disipa y veo que sus ojos acuosos están aquejados de vasos sanguíneos reventados.

Ladea la cabeza:

—Beatriz es una persona adorable, ¿verdad? Alégrate de disfrutar de su amistad y su cariño.

No sé bien qué contestar. Tras su apariencia solemne, intuyo una juguetona ironía con la que me está poniendo a prueba.

—Mientras viví en el extranjero —dice Beatriz—, fueron las cartas del Conservador las que me mantuvieron al tanto de la vida aquí en el palacio. Cuando pasaba por casa, a quien me ilusionaba ver era al Conservador.

El Conservador mira con los ojos entornados la copia que Beatriz sostiene en las manos. Ella asiente imperceptiblemente y él se muerde el labio inferior. Le tiende la copia y él recibe la pila de papeles con manos temblorosas. Con el aliento entrecortado y los ojos entornados, mira el papel. Su mirada se desliza por las líneas.

—Por fin —susurra varias veces. Mira a Beatriz—: ¡Es éste!

—Lo que yo decía.

—No me atrevía a creerlo. ¡Pero es éste!

4

El Conservador ha servido tres copas de jerez. Beatriz y yo nos hemos sentado en su cama y él sigue en la espigada silla de su escritorio.

—El rey vikingo Olav no sabía lo que estaba robando —dice el Conservador. El jerez ha dejado una sombra húmeda sobre su labio superior—. Seguramente lo que le interesaba era el cofre de oro en el que estaban los escritos.

—El manuscrito original —dice Beatriz— está aquí en el Palacio Miércoles.

—Esteban dice que no tiene nada de especial.

—Esteban miente.

—¿Sería posible echarle un vistazo?

—No es fácil. Sólo tenemos acceso Esteban y yo. Una medida de seguridad. Cada vez que abrimos la puerta, queda registrado en el diario de seguridad. Esteban sospecharía.

—Desgraciadamente el manuscrito original no está completo —dice el

Conservador—. El aire seco del desierto de Egipto es perfecto para la conservación del papiro. El aire frío del mar de Noruega e Islandia es menos ventajoso, por decirlo así. Partes del papiro se han descompuesto y está lleno de lagunas. Gran parte resulta ilegible. Para poder leer y traducir correctamente el texto, necesitamos la copia no dañada de Thingvellir.

—¿Vais a tardar mucho en contarme qué es lo que hace que este manuscrito sea tan único?

—Es el original de un texto bíblico.

—Hasta allí ya me he enterado, pero ¿qué pone en el texto que asuste tanto al Vaticano?

El Conservador se levanta y rellena de jerez las copas medio vacías. Enrosca el tapón de la botella.

—Asusta... Tan fácil no es. Hace mil años, el Vaticano tenía preocupaciones muy distintas a las de hoy en día. No sé cómo habría manejado el Vaticano el asunto si el manuscrito hubiera salido a la luz en nuestros tiempos, pero hace mil años les entró el pánico.

—¿Por qué?

—Porque la Iglesia lleva siglos difundiendo la ilusión de que la Biblia es la palabra de Dios.

Habla con un tono de rebeldía.

—¿No es ésa la misión de la Iglesia? —pregunto.

—Precisamente por eso, la autoridad y el peso de la Biblia y la Iglesia se desintegrarían si el Vaticano reconociera que la Biblia es, digamos, una colección de historias buenas y edificantes, escritas por personas, transformadas por personas, reunidas y seleccionadas por personas. Y nada más.

—Todo el mundo sabe que la Biblia no se puede interpretar literalmente. La Biblia representa algo mayor que ella. Muy poca gente sigue creyendo en la Biblia en sentido estricto.

—¿Ah, sí? Pregunta a los homosexuales, pregunta a las mujeres. Durante dos mil años nos han machacado con la interpretación de la Iglesia. Te sorprendería la cantidad de gente que lee la Biblia convencida de que es la palabra que Dios nos dirige a nosotros los hombres, como si el propio Dios hubiera sostenido la pluma. Algunos creyentes leen la Biblia como una fuente para la comprensión, la adoración y la contemplación, inspirada por Dios y transmitida por las personas. Pero aun así... Las mismas personas que sentaron las bases de las cruzadas, la Inquisición y la esclavitud, siguen floreciendo hoy en día.

—Yo creía que todo esto había cambiado con Lutero.

—Bueno, piensa en las palabras de san Pablo sobre la homosexualidad. Un apóstol que predica el amor, el perdón y la compasión, condena la homosexualidad y

aún recibe el aplauso de mucha gente culta. —Las palabras salen entre una nube de saliva—. ¿Qué crees que habría dicho Jesús sobre el odio con que reciben a los homosexuales ciertos cristianos?

—Bueno, bueno —dice Beatriz inclinándose hacia él y acariciándole tranquilizadamente el muslo.

—Pablo vivía en otros tiempos —digo.

—¡Exacto! Cosa que demuestra que la Biblia pertenece a un tiempo perdido. Hoy, sí, hoy la Iglesia condena la misma esclavitud que durante mucho tiempo apoyaba entusiastamente. Pero a los homosexuales aún los persiguen con endemoniado celo y ardiente odio.

El Conservador inspira profundamente tras este exabrupto y se apoya sobre el escritorio.

—¿Estás bien? —pregunta Beatriz.

—¡Sí, sí, sí!

—El Conservador se implica mucho en las cosas —dice—.

Pero yo estoy de acuerdo con él. La Biblia es una obra maestra literaria y mitológica, que estaba arraigada en su tiempo, su pueblo y su mundo. Hoy en día podemos escoger entre leer la Biblia como un mensaje religioso o como un manifiesto filosófico. Como transmisora de la palabra de Dios, la Biblia descansa única y exclusivamente sobre la fe de los lectores. La autoridad de la Biblia depende de la fuerza e irrefutabilidad del texto.

Beatriz toma aire. El Conservador interviene en la pausa:

—Nuestra Biblia recibió el visto bueno de los padres de la Iglesia hace mil quinientos años. Durante todos estos siglos, los papas, los curas y los predicadores se han refugiado en la inmunidad de la Biblia. Criticar la Biblia equivale a negar a Dios. Se han sostenido guerras para defender y expandir la palabra de la Biblia. Millones de personas han sido asesinadas en nombre de la Biblia.

En el momento en que al Conservador le da un ataque de tos, consigo introducir una pregunta:

—¿Cómo pueden los rollos de Thingvellir alterar esto? Mientras el Conservador recupera el aliento, Beatriz responde: —El texto más fundamental de todos, el fundamento teológico del judaísmo, el cristianismo y el islam, es el Pentateuco, los libros atribuidos a Moisés. El relato del Génesis. La historia de los patriarcas. El éxodo. Canaán. Caín y Abel. Las leyes. Las prescripciones. Los diez mandamientos. Todas esas historias conforman el fundamento de nuestra herencia cultural común y nuestra autocomprensión. —Le da al conservador un par de palmadas en la espalda para aliviarle la tos—. Moisés es una de las figuras más influyentes de la historia de la humanidad. La mitad de la población del mundo basa su fe en sus palabras. El Dios todopoderoso que aparece en los libros de Moisés sigue siendo el Dios en que creen



los cristianos, los judíos y los musulmanes.

El Conservador, que ha recuperado un poco el aliento, vacía la copa de jerez de un trago.

—¿Qué pasaría si alguien documentara que es todo falso?

—¿Falso? —repito como un eco—. ¿Qué es lo que es falso?

—¿Cómo reaccionarías si te dijera que los libros de Moisés son la suma de numerosos textos y pensamientos de la Antigüedad?

—Me suena a una de las primeras cosas que aprenden los estudiantes de teología en la universidad.

—Pero lo curioso es cómo protegen sus conocimientos. La mayoría de la gente no sabe que los libros de Moisés, es decir, grandes partes del Antiguo Testamento, son una mezcla de mitos babilónicos, leyendas fenicias e hititas y relatos egipcios vinculados con la descripción de un dios absoluto y la creación de una religión monoteísta. Y un nuevo estado. Muchos despacharán todo el asunto como un mito más, como una teoría conspiratoria. Algunos (los especialistas, los teólogos críticos y los investigadores) reconocerán que el Antiguo Testamento de la Biblia, en gran medida, es precisamente una colección única de textos más antiguos con nuevas vestimentas.

—Evidentemente se puede optar por ignorar toda la problemática porque se esté convencido de que la Biblia es la palabra de Dios —dice Beatriz.

—O se puede ver la Biblia como la descripción de una cultura de un pasado mitológico y de la esperanza de un futuro idealizado —dice el Conservador—. Un libro sobre el sueño, inherente al hombre, de alcanzar lo bello y lo supraterranal. ¿Más jerez?

Le acerco mi copa y la llena hasta el borde. Beatriz aún tiene la copa medio llena y la cubre con la mano.

—Pero imagínate —continúa el Conservador dejando a un lado la botella—, imagínate que alguien pudiera presentar pruebas irrefutables que revelaran cómo surgió el Pentateuco y cómo se creó la nueva religión. —¿Qué tipo de pruebas? — ¡Los rollos de Thingvellir!

Beatriz y el Conservador se quedan mirándome fijamente, como si preguntaran y me desafiaran.

—En el mundo hay dos mil millones de cristianos. La mitad de ellos son católicos —dice el Conservador—. Hay mil quinientos millones de musulmanes y catorce millones de judíos. Para muchos de ellos, el Pentateuco es el fundamento de su fe. Moisés allanó el camino de la fe para Jesús y Mahoma.

—Por eso es tan importante el manuscrito —dice Beatriz—. Cuenta una historia diferente.

—El Papa nunca podrá decir que los textos en torno a los que se reunieron los

padres de la Iglesia son incompletos —dice el Conservador—. Nunca podrá decir que hay que reescribir la Biblia. ¡Es impensable! Nunca podrá desvelar que los libros de Moisés contienen errores que hay que corregir. Con ello apuñalaría por la espalda a los que le han precedido durante dos mil años, al mismo tiempo que admitiría que la Biblia, en toda su magnificencia literaria, no es la palabra de Dios, sino la de los hombres.

—La Biblia —dice Beatriz— se transformaría en un hermoso libro de cuentos, bellamente escrito y en el que se plasman las visiones de los sabios sobre un Dios y un paraíso con el que podemos soñar todos.

—Pero que no es más que un espejismo —dice el Conservador.

## El sexto libro de Moisés

### 1

Nos hemos trasladado a la terraza. Beatriz se ha traído vino, una vela y una espiral contra los mosquitos que me molesta más a mí que a ellos. El Conservador ha entrado para coger tres copas.

—¿Por qué está tan enfadado? —le pregunto señalando con la cabeza la puerta de cristal de la terraza que acaba de atravesar el Conservador.

—Durante la guerra él y sus padres buscaron refugio en una iglesia, en Varsovia, pero el cura los rechazó. No quería dar asilo a los judíos. Un monaguillo salió corriendo a la calle y alertó a unos soldados. A su padre lo mataron en las escaleras de la iglesia y a su madre la mandaron a un campo de concentración donde murió. Sólo el Conservador consiguió escapar. Tenía diez años.

El Conservador sale con las tres copas.

—Qué callados estáis —dice abriendo la primera botella de vino dispuesto a servirnos.

—Ya hablas tú por todos los demás, charlatán —dice Beatriz encendiendo la vela.

—Es que yo me comprometo con las cosas —dice el Conservador, y nosotros alzamos las copas.

El Conservador se recuesta en una de las sillas de la terraza y se entrega al rojizo brillo del vino.

—¿Soportarías aún otra dosis de instrucción? —pregunta jovialmente.

Me río por lo bajo.

—¿Me queda otra opción?

—No —dice Beatriz.

### 2

El Conservador posa su copa sobre la mesa.

—La Biblia... Caemos tan fácilmente en pensar en la Biblia como una totalidad divina e inmutable... Pero la Biblia es el resultado de una labor editorial altamente humana y de objetivos bien definidos; una labor influenciada por las creencias personales de quienes redactaron la Biblia y por su programa político y teológico. Ni siquiera hay una sola Biblia en torno a la que se reúnan todos los creyentes. Los judíos, los cristianos, los ortodoxos, los católicos, los protestantes... Cada uno tiene su particular versión de la Biblia. Para abreviar una larga historia podemos decir que los rollos de Thingvellir constituyen una copia completa en hebreo, además de una

traducción al copto, de la colección de textos de la Antigüedad. Llámalo un borrador, si gustas, un texto en bruto, un esbozo. Más adelante diversos autores han corregido, elaborado y adecuado aquellos escritos de modo que se conciliaran en una historia conexas.

—Y esa historia —dice Beatriz— constituye el Pentateuco, los primeros libros del Antiguo Testamento.

Me recorre un escalofrío.

—Los rollos de Thingvellir —continúa el Conservador— son los textos originales sobre los que se basa el Pentateuco.

—Estos textos originales no sólo desvelan cómo surgió el Pentateuco, capítulo por capítulo y página por página —dice Beatriz—, sino también todo lo que se dejó fuera.

—Caramba —digo; debería haber dicho algo más acertado, pero es lo único que se me ocurre.

—Hay más —dice Beatriz—. Los textos originales incluyen un libro más.

—¿Uno más? ¿Qué quieres decir?

Beatriz asiente.

El Conservador le da un sorbo al vino.

—El manuscrito contiene un sexto libro de Moisés.

3

Me lleva unos minutos aclarar mis ideas. ¿Un libro sobre Moisés desconocido? La afirmación suena descabellada, pero, al considerarla, me parece que todo encaja. Todo este secretismo, el jeque y Hassan, el Vaticano, la SIS... Todos esos asuntos inexplicables adquieren de pronto un sentido.

—Sé que resulta difícil de comprender —dice el Conservador.

En algún lugar de la ciudad suenan unos disparos, a no ser que se trate de un tubo de escape defectuoso.

—Todo lo que hemos podido leer —dice Beatriz— son extractos incompletos del texto original, parcialmente estropeado, que se conserva aquí en el palacio. Por eso los rollos de Thingvellir son tan inconcebiblemente importantes, porque en ellos se halla el texto, en su versión original, palabra por palabra.

—Según los extractos deteriorados que tenemos nosotros —dice el Conservador—, el sexto libro de Moisés describe la infancia y la juventud de Moisés. Proporciona nuevas reglas para la vida que influirían sobre el judaísmo, el cristianismo y el islam. Dios revela más sobre sí mismo, sobre quién es, sobre las razones por las que creó la Tierra y lo que espera de las personas. Insinúa que existen otros dioses, pero que el creador de la Tierra y de las personas es Él.

—Dios presenta visiones que los gnósticos y los cátaros defendieron más tarde —

dice Beatriz—. El sexto libro de Moisés va bastante lejos a la hora de debilitar a la Iglesia y la posición de los sacerdotes. Dios condena a todo aquel que lo malinterpreta por cuenta propia. La verdadera fe vive en cada uno de nosotros. «El templo más sagrado —dice— lo encontrarás en tu propio corazón.» Dios advierte a Moisés contra los sacerdotes falsos que utilizarán la Iglesia para reforzar su propio poder.

—El sexto libro de Moisés dedica cuatro capítulos a Satanás y tres a ángeles y arcángeles conocidos y no conocidos. Dios denomina a Satanás su hijo caído y habla de él con amor paternal. Lo que nosotros entendemos por el «mal» es, ante todo, ausencia de divinidad.

Le doy un sorbo al vino y me concentro en no perder el hilo.

—El sexto libro de Moisés cambiará la interpretación del resto de los libros de Moisés —dice el Conservador—. Por motivos que desconocemos, alguien ha eliminado el sexto libro. En caso de que el libro se canonizara, obligaría a las tres grandes religiones del mundo a adecuarse a este nuevo texto.

—¿De qué modo?

—Eso no lo sabremos hasta que podamos leer el texto completo. Si sacáramos conclusiones de las traducciones que ya hemos hecho, no serían más que especulaciones. Aquí tienes un ejemplo... —El Conservador se saca del bolsillo de la camisa una hoja con un texto breve y prosigue—:... De por qué dependemos tanto de los rollos de Thingvellir.

Cuando reza al Señor, tu Dios, Él es... [ilegible]... y encontrarás... [ilegible]... es uno, tal como Él es... [ilegible]... ha creado. Vas a... [ilegible]... ya lo has encontrado y es... [ilegible]...

—La parte legible del texto ha sido traducida del papiro original estropeado que se conserva aquí en el Palacio Miércoles —explica el Conservador—. Pero para llenar las lagunas, los espacios vacíos, donde se ha desintegrado el papiro, necesitamos la copia de Asim. El texto prácticamente carece de sentido estando incompleto.

4

Moisés y los israelitas se pasaron cuarenta años en el calor del desierto. Tienen toda mi simpatía. Mi propia travesía del desierto aún me corroe, y todavía no ha tocado a su fin.

El Conservador vuelve a entrar para coger un ejemplar encuadernado y desgastado del Antiguo Testamento. Con sus largos dedos pasa las finísimas páginas.

—Lo primero que tenemos que hacer para leer, comprender e interpretar correctamente el Pentateuco —dice— es reconocer que Moisés nunca lo escribió.

Lee:

Y murió allí Moisés siervo de Dios, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Yahvé. Y lo enterró en el valle, en la tierra de Moab, enfrente de Bet-peor; y nadie hasta hoy conoce su sepulcro. Tenía Moisés ciento veinte años cuando murió. [5]

—¿Pretenden que nos creamos que Moisés escribió esto? —pregunta el Conservador—. ¿Cómo podría describir su propia muerte y su entierro?

Pasa unas cuantas páginas:

Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra. [6]

El Conservador se ríe un poco:

—¿Crees que el hombre más manso de la tierra hablaría así de sí mismo?

—Esto no demuestra nada —objeto—. Aunque Moisés no escribiera todo lo que dice sobre él el Antiguo Testamento, eso no significa que no escribiera nada.

—Muchos piensan que es así—dice Beatriz—. Que hubo un corrector que adornó el texto de Moisés, pero la mayoría de los teólogos y los sacerdotes de nuestro tiempo están de acuerdo en que Moisés no escribió los primeros cinco libros del Antiguo Testamento.

—Al leer estos libros —dice el Conservador—, acabas aturdido por todas las reiteraciones, los distintos nombres con que se hace referencia a Dios y a las personas, y por las versiones contradictorias que se dan de los mismos acontecimientos.

—En el Génesis aparecen dos relatos distintos de la creación —dice Beatriz.

—¿Dos?

—Dos historias emparentadas, trenzadas hasta formar una sola —dice el Conservador, y vuelve a leer en voz alta:

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas cubrían la faz del abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. [7]

—Así es como empieza el relato de la creación tal y como lo conocemos. Pero, inmerso en el mismo texto, escrito por otra persona y entretreído con la primera versión, aparece un relato de la creación alternativo. La fusión se ha hecho con tanta elegancia que el lector ni siquiera se da cuenta de que el relato vuelve a comenzar.

—¿Dónde?

El Conservador pasa unas páginas y dice:

—¡Míralo tú mismo! Génesis, capítulo dos. Aquí comienza un nuevo relato sobre la creación. No hace falta ser teólogo ni lingüista para darse cuenta de que estas palabras introducen un relato independiente. Lee:

Éstos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados, al tiempo que Yahvé Dios hizo la tierra y los cielos, no había aún arbusto en el campo, ni germinaba la tierra hierbas, porque Yahvé Dios aún no había hecho llover sobre la

tierra, ni había hombre para que labrase la tierra, sino que surgía de la tierra un manantial, el cual regaba toda la faz de la tierra. Entonces Yahvé Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue así el hombre un ser animado. [8]

—¿Te das cuenta de que esto es la introducción autónoma de un relato sobre la creación que tiene sus propios pilares? —pregunta Beatriz.

—En la primera versión —dice el Conservador—, Dios crea el cielo y la tierra, la luz y la oscuridad, el mar y la tierra, las plantas, las aves, los peces, los animales marinos y terrestres y, finalmente, al ser humano, al hombre y a la mujer. En ese orden.

—Pero en el siguiente capítulo —continúa Beatriz—, el orden es otro: aquí Dios crea primero la tierra, el cielo y el agua, luego al hombre, después las plantas, los animales y las aves y, finalmente, a la mujer, a Eva.

—¿Cómo podrían ser correctas ambas versiones? —pregunta el Conservador.

—Y podríamos continuar de este modo —dice Beatriz—. Lee las historias sobre Noé. ¡No concuerdan las unas con las otras! En un sitio, la Biblia cuenta que Moisés va al Tabernáculo antes de construirlo. Los libros de Moisés están llenos de contradicciones.

—Inexactitudes —dice el Conservador—. Errores.

Por mi parte, tengo que ir al servicio.

5

Cuando regreso, el Conservador ha abierto aún otra botella de vino. Una polilla embiste una y otra vez contra uno de los faroles de la terraza, con impaciencia y tenacidad. La luna brilla a través de la hojarasca y una ráfaga de viento proveniente del mar pasa por encima del parque.

Me siento y le doy un trago al vino. Tanto Beatriz como el Conservador me contemplan como si intentaran averiguar si ya he tenido suficiente.

—La teología está llena de «secretos» que están a la luz del día —dice el Conservador, e inspira profundamente antes de proseguir—: Los teólogos, los rabinos y los curas siempre han conocido estas debilidades del Pentateuco. Durante mucho tiempo se rehuyó el problema diciendo que, tras el texto, se ocultaba una verdad más grande. Ya en el siglo XVIII, había teólogos críticos que defendían abiertamente que era imposible que Moisés hubiera escrito esos libros. Los teólogos conocen el problema desde hace siglos. Si metes la cabeza en una facultad de teología de cualquier lugar del mundo, verás que esto forma parte de su interpretación fundamental de la Biblia. Moisés nunca escribió el Pentateuco.

Beatriz le da un sorbito al vino mientras me mira.

—Todo esto nos lleva a la hipótesis de la fuente —dice el Conservador.

—La teoría JEPD —añade Beatriz.

—¿Qué significa?

—La teoría JEPD es la hipótesis de que los libros de Moisés proceden al menos de cuatro fuentes principales distintas: la J viene de la tradición Yahvista (jahvist), la E de la Elohísta, la P de la Presbiterial y la D de la Deuteronomica —explica Beatriz.

Aplasto un mosquito que se ha posado sobre mi antebrazo.

—Los libros de Moisés se empezaron a escribir en torno al 900 a.C., y se corrigieron diversos escritos para formar los cinco primeros libros del Antiguo Testamento, el Pentateuco, en torno al año 400 a.C. —dice Beatriz.

—Los autores del Pentateuco cuentan la misma historia básica, pero vista desde diferentes perspectivas. —El Conservador entrelaza los dedos formando un tenso nudo—. Viraron el material en función de diversas consideraciones políticas y religiosas e intentaron corregirse los unos a los otros, así como la versión precedente.

—Irónicamente, todas estas versiones distintas y contradictorias han sido fusionadas —dice Beatriz.

Un poco más allá de donde nos encontramos, en el ala para el servicio del palacio, se apaga la luz de una ventana.

—Basándose en sus conocimientos de teología, política y lingüística, los teólogos han separado todos los versos y capítulos del Pentateuco y han intentado volverlos a montar en sus respectivos contextos —dice el Conservador—. En este proceso, los teólogos han llegado a la conclusión de que el Pentateuco proviene en realidad de un número mayor de fuentes que las mencionadas por la hipótesis JEPD.

—Pero entonces, ¿quién escribió el Pentateuco? —pregunto.

6

Me suena el móvil.

Primero no contesto: no soy uno de esos esclavos del teléfono y, además, siento curiosidad por Moisés. Luego caigo en la cuenta de que sólo he facilitado mi número de teléfono a quienes realmente pueden tener necesidad de encontrarme.

Es el profesor Llyleworth. Está alterado. La SIS ha llevado a cabo unas pesquisas y ha descubierto que hace poco más de una hora un tal Jamaal-al-aziz, Hassan, se ha montado en Miami en un avión de la American Airlines con dirección a Santo Domingo.

—¿Y cómo sabe que estoy aquí? —pregunto con voz temblorosa.

—El aparato de investigación del jeque no tiene límites.

—¿Y qué hago?

—Quédate donde estás. Es lo más seguro.

—¿Lo más seguro? ¿Con Hassan dirigiéndose hacia aquí?



—Ya he hablado con Esteban Rodríguez. En estos momentos se están incrementando las medidas de seguridad del Palacio Miércoles.

Les hablo a Beatriz y al Conservador de Hassan y se muestran de acuerdo con el profesor en que probablemente sea más peligroso huir que quedarme donde estoy.

—Hagas lo que hagas te va a encontrar —dice Beatriz—. Al menos aquí estás seguro.

Miro fijamente el enorme parque oscuro.

—Ahí fuera hay tantos sistemas de seguridad —dice el Conservador— que un intruso sería descubierto mucho antes de que alcanzara a saltar la valla.

7

—Volviendo al Pentateuco —digo, vaciando la copa de vino de un trago—. ¿Quién lo escribió?

Beatriz me llena la copa.

—Los teólogos operan con al menos cuatro fuentes, pero en realidad son muchas más —dice.

—La Yahvista, que usa sistemáticamente el nombre de Yahvé cuando se refiere a Dios, es la más destacada entre los teólogos y maestros del Antiguo Testamento —dice el Conservador—. Vivió en torno al año 900 a.C. y es responsable de la estructura básica del Pentateuco y de su genial trazado. Les proporcionó una nueva forma épica y un sentido teológico a los mitos e historias de la Antigüedad. La perspectiva, el modo de narrar, el vocabulario, el estilo literario y la visión religiosa de la Yahvista muestran que era judeo; de hecho, todos sus héroes son de Judea. Probablemente era un escribiente de la corte de Jerusalén, tal vez de la corte del rey Salomón.

—La Elohísta, que denomina a Dios Elohim, y no Yahvé, redactó cien años más tarde la respuesta de los israelitas a la fuente yahvista —continúa Beatriz—. Todos los héroes de la fuente elohísta son israelitas, y no judeos. Sustituyó la perspectiva judea por una perspectiva israelita.

—La fuente Presbiterial —dice el Conservador— fue escrita por un grupo de sacerdotes de Judea en el tiempo posterior a la construcción del Segundo Templo, 500 años antes de Cristo, y antes de que Jerusalén cayera en manos de los babilonios. También los sacerdotes tenían su propio programa teológico y político.

—El Deuteronomio, el quinto libro del Pentateuco, fue escrito en el siglo VI a.C. —dice Beatriz—. Muchos piensan que el Deuteronomio lo escribió el mismo Jeremías que redactó el libro de Jeremías del Antiguo Testamento.

Dentro del palacio suena una puerta. El Conservador calla. Esteban Rodríguez aparece en la puerta de la terraza.

—Aquí estáis —dice con el aliento entrecortado, y me mira—: ¿Lo has oído?

—El profesor Llyleworth acaba de llamar.

—Hemos reforzado las medidas de seguridad del palacio.

Hemos traído más guardias de seguridad e intensificado la vigilancia del parque.

—Gracias. Siento sinceramente causaros tantos problemas. Si es mejor que me vaya...

—¡No pienses en eso! —Su mirada se desliza desde Beatriz a la botella de vino

—. Bueno, no quiero interrumpir. Tengo que llamar al jefe de policía.

Beatriz se inclina hacia mí y me acaricia la mano.

—Todo va a salir bien —susurra.

Cuando el Conservador oye que Esteban ha cerrado la puerta que da al pasillo, continúa:

—Paradójicamente, todas las versiones contradictorias se fusionaron en una sola. Sería como si cortaras en trocitos una airada polémica de los periódicos para después unir las diversas posiciones del debate en un solo artículo conexo que, aparentemente, argumenta a favor de una misma posición. Al convertirse en un solo texto adquirió mucha autoridad y consiguió vincular religiosa, política y socialmente el reino del sur con el reino del norte: Judea e Israel.

—¿Cómo acabó todo esto en manos de Asim?

—Los diferentes textos que conformaron el Pentateuco, llegaron a manos del culto de Amón Ra cuatrocientos años antes de nuestro cálculo del tiempo. Estaban enrollados, envueltos en telas, metidos en vasijas selladas y colocados en un cofre de oro. En Aegyptiaca, el historiador Manetón, basándose en los archivos egipcios conservados en el templo de Heliópolis, narra una ceremonia religiosa en la que el cofre de oro con los manuscritos en papiro fue trasladado a la cámara mortuoria y colocado a los pies de la momia.

—Y allí permaneció el cofre hasta 1013 —dice Beatriz.

Me reclino, miro el cielo estrellado y bebo un trago de vino mientras pienso para mis adentros que a veces pasan estas cosas.

# El tercer custodio

## 1

La oscuridad está colmada de insectos. Las sirenas de la gran ciudad suenan como los silbatos del tren en la pradera americana. Empezamos la tercera botella de vino.

—Bueno —digo finalmente, dejando reposar la copa de vino contra mi pecho—, ¿y por qué me habéis contado todo esto?

—Te hemos estado esperando —dice Beatriz.

—¿A mí?

—Desde que el Conservador y yo empezamos a investigar este material a finales de la década de los sesenta, hemos estado esperando al tercer custodio.

Se abre un abismo de confusión.

—¡Esperad! ¡Esperad! ¡Esperad! ¿Qué queréis decir?

—Tú, Bjørn —dice Beatriz—, eres el tercer custodio.

—Yo no soy un custodio.

—No teníamos ni idea de que eras tú, pero sabíamos que el tercero tenía que tener algo especial, algo que le hiciera destacarse.

—Eres tú —dice el Conservador.

—Cuando oímos que había venido un noruego al Palacio Miércoles, y que el noruego eras tú, lo comprendimos —dice Beatriz—. Bjørn Beltø... El hombre que salvó el cofre de los secretos sagrados.

—Beatriz y yo tenemos una misión —dice el Conservador.

—¿Y cuál es?

—Llevar a término la misión de los custodios.

—¿Quieres decir...?

—Devolver la momia a la cámara mortuoria de Egipto.

—¿La momia existe? Esteban dijo...

—¡No escuches a Esteban! —me ataja Beatriz—. Miente, miente, miente. El mundo se merece poder leer los textos tal y como fueron escritos.

—No comparto la inquietud del Vaticano —dice el Conservador—. Quienes crean, pueden seguir creyendo. Su fe adquirirá una nueva dimensión. Y los teólogos tendrán algo con lo que afanarse durante los próximos cien años.

—¿Qué significa eso de que me habéis estado esperando? El Conservador se saca una hoja plegada del bolsillo de la camisa.

—Esto es una traducción de algo que escribió Asim en Selja antes de morir: es una profecía astrológica, un augurio, llámalo como quieras.

Me tiende la hoja:

Y llegarán los tiempos en que los CUSTODIOS llevarán a EL DIVINO de vuelta a su lugar de descanso, bajo el sol sagrado, en el aire sagrado, bajo los peñascos sagrados; y pasarán mil años; y la mitad del tiempo transcurrirá en la niebla de la corrupción y la depravación; y de la legión de CUSTODIOS sólo quedarán tres; y los tres son leales, son limpios de corazón y su número es tres; porque el tres es un número sagrado y el tres agrada a EL DIVINO, del mismo modo que el tres alberga los tres pilares de Dios: el judaísmo, el cristianismo y el islam, y la sagrada trinidad, las tres ciudades sagradas del islam, los tres patriarcas, las tres festividades de los peregrinos de Shalosh Regalim, los tres sabios, los tres patriarcas de Israel durante la travesía del desierto: Moisés, Arón y Myriam, las tres secciones del Tanaj y la verdad eterna: Cielo, Infierno y Purgatorio.

2

Beatriz se restriega la nariz y dice que va siendo hora de irse a la cama.

Lo dice dirigiéndome una breve mirada. Durante unos segundos fantaseo con la idea de que me está diciendo que quiere que la acompañe, pero luego añade que está terriblemente cansada y que el vino le ha provocado dolor de cabeza. Se levanta y recoge las botellas de vino vacías.

—Difícilmente puede ser una casualidad que hayan pasado mil años desde que la momia se sacó de su lugar de descanso —dice.

—O que hayan pasado quinientos años desde la zozobra moral de los custodios aquí en el Caribe —añade el Conservador apagando la vela.

—Y ahora —dice Beatriz—, por fin somos tres.

# El mausoleo

1

—Ven —dice el Conservador.

Un murciélago persigue a un mosquito en la noche. Ha pasado un buen rato desde que Beatriz entró en el Palacio y nos abandonó a la noche y al paralizado silencio.

—¿Adónde vamos?

El Conservador se levanta con los achacosos movimientos de la vejez.

—Quiero mostrarte algo. Ven.

Dejamos la vela, la espiral contra los mosquitos y las copas vacías sobre la mesa y cerramos la puerta de la terraza a nuestras espaldas.

2

Me conduce de vuelta a La Biblioteca Sagrada.

—Un momento —susurra, mientras el escáner de iris se esfuerza por reconocer sus ojos inyectados en sangre. Introduce los códigos y, una vez más, entro cojeando en la sala de la biblioteca con aire de iglesia.

Entre dos estantes marcados como «Custodios nórdicos» y «Textos santos», abre un armario. De un cajón señalado como «Aventuras de caballeros» coge una caja de cartón. Levanta la tapa y desdobla el papel de seda.

—Creo que esto te va a interesar.

Miro dentro con curiosidad. Veo un texto escrito en runas sobre papel vitela, la piel de ternera más fina. Las líneas de signos nórdicos forman bloques de texto simétricos. Me inclino sobre el texto y traduzco las primeras líneas:

Odín, concédeme valor.

Me tiemblan las manos. Mis dedos curvados me recuerdan a las garras del águila. Tengo las uñas afiladas y resquebrajadas, el aliento parece el de una criatura con estertores. Mi mirada, que en tiempos era capaz de descubrir un busardo ratonero entre las nubes o la bandera en el mástil de una nave más allá del horizonte, está encerrada en una niebla eterna.

—Éste es el texto que llamamos «La historia de Bård» —dice—. El texto fue escrito en Selja, cuarenta años después de la batalla de Stiklestad, por el escudero y amigo de Olav, Bård.

—¿Bård? —exclamo. ¡Bárðr! La momia deteriorada que estaba en el ataúd de piedra junto a Asim, en la cámara mortuoria de Selja.

—Un escrito atípico. El estilo del texto es diferente de lo que era habitual en su

tiempo.

—¿Cómo ha acabado aquí el manuscrito?

—Los custodios debieron de haberlo enviado con Snorre cuando...

La puerta se abre de golpe y, cual furioso mariscal de campo traicionado, entra Esteban con dos guardas de seguridad. El Conservador y yo pegamos un respingo. Con discreción, aunque no con la suficiente, le devuelvo al Conservador la caja con «La historia de Bård».

—¿Ha pasado algo? —pregunto—. ¿Es Hassan?

Esteban me espeta algo en español de lo que no entiendo una palabra. Con las orejas gachas, el Conservador le tiende la caja de cartón con el manuscrito.

Esteban le echa un rápido vistazo a la caja. —«La historia de Bård» —dice—. ¿Por qué?

—Perdonadme, señor Rodríguez —murmura el Conservador. Esteban se vuelve bruscamente hacia mí.

—¿Interesante? —me pregunta con la voz llena de cristales rotos.

—Apenas he leído unas líneas —respondo dócilmente—. ¿Has sabido algo más de Hassan?

Los guardas de seguridad agarran al Conservador y se lo llevan de la biblioteca como un simple arrestado.

—¿Qué pasa? —digo.

Esteban me contempla con su mirada de rector. —¡El Conservador se va a arrepentir!

—Nosotros...

—Se ha extralimitado muchos kilómetros.

—Por supuesto. Te pido disculpas. No pretendíamos...

—¡Bueno! —me interrumpe—. ¡Ven conmigo! Esteban me agarra por la manga de la chaqueta y me conduce a través de la biblioteca.

3

Salimos del palacio por un ala lateral, bajamos unas empinadas escaleras de piedra y continuamos por un camino empedrado que pasa por delante de fuentes y estatuas de mármol que escudriñan la eternidad. El parque es un bosque profundo que desaparece en la oscuridad. Oigo ruidos entre la hojarasca y los arrullos y silbidos, con aires de jungla, de las criaturas de la noche. Esteban me conduce a un sendero de gravilla que atraviesa el campo de flores. En medio de la colorida manta de flores, iluminado por lámparas ocultas, hay un pilar de piedra de varios metros de altura.

Una piedra rúnica.

Acaricio con las yemas de los dedos los signos que el paso de los siglos prácticamente ha borrado. Signo por signo traduzco para mí mismo.

*Tord talló estas runas lejos del reino de los antepasados a través de mares revueltos y montañas desconocidas por bosques y sobre lagunas hemos traído el objeto sagrado que nacimos para custodiar con la misericordia de los dioses tal y como ordenó Asim a la isla del sol*

*Española*

*1503*

*†*

En medio del parque, rodeado de flores y una alta verja de lanzas de hierro de afiladas puntas negras, se encuentra un mausoleo blanco.

Las paredes tienen frisos de piedra roja, pero carecen de ventanas. La cúpula del tejado, de cobre, está cubierta de cardenillo.

Nos detenemos ante la puerta:

—Acompáñame —dice Esteban mientras se saca del bolsillo un mando a distancia. Un enorme enrejado de rayos infrarrojos ilumina la oscuridad—. Por si acaso —dice—. Por si alguien, contra todo pronóstico, fuera capaz de forzar las vallas exteriores, los sensores del suelo, las cámaras de vigilancia, los rayos infrarrojos, los detectores y los perros.

Presiona el ojo contra un escáner de iris e introduce un código. La cancela de hierro se abre.

Nos detenemos a los pies de las escaleras de granito que conducen al rellano que hay ante la entrada. En un friso colocado sobre las grandes puertas dobles, reconozco los tres símbolos: ankh, ty y cruz.

Subimos por las escaleras de granito hasta alcanzar el rellano de mármol. Los antiguos y sólidos cerrojos que sellaban la entrada han sido sustituidos por cerraduras de códigos incrustadas en el ancho marco de la puerta. Esteban introduce un código, espera un poco e introduce otro más.

Las pesadas puertas se abren sin producir ningún ruido.

Entramos en una antesala de suelo de mosaico. Las paredes y el techo están cubiertos de frescos rodeados de marcos labrados y ornamentos dorados. A nuestras espaldas se cierran las puertas y el cerrojo se encaja. Es evidente que la puerta exterior y la interior no pueden estar abiertas al mismo tiempo.

Detrás de la siguiente puerta, unas anchas escaleras descienden dos pisos hasta otra antesala. De nuevo Esteban tiene que mirar un escáner de iris e introducir un código de seguridad.

La puerta se abre.

Y entramos.

La mirada se me pierde en la maravillosa belleza del mausoleo.

Catorce columnas de mármol sostienen la elevada bóveda estrellada, encalada en blanco. Detrás de las columnas las paredes son blancas y brillantes. La sala circular, las columnas y la bóveda mantienen entre sí una etérea armonía. Mientras que La Biblioteca Sagrada y el resto del Palacio Miércoles están profusamente ornamentados, el mausoleo es sencillo y limpio. Inconcebiblemente bello y deslumbrantemente blanco.

El sepulcro no parece tan grande desde fuera, pero, una vez en el interior, me quedo impresionado ante sus dimensiones y proporciones monumentales.

En medio del suelo de baldosas, hay un ataúd de oro sobre un podio de varios metros de altura con varias escaleras. Sobre cada una de las esquinas descansa una menora de oro, con siete velas encendidas de gran altura.

Nos aproximamos al podio y el ataúd con profundo respeto. El golpear de las muletas suena a profanación, así que me las coloco bajo el brazo y voy a la pata coja.

Ascendemos los cinco peldaños del podio.

La tapa del ataúd está abierta: reposa sobre cuatro pilares de ébano.

En el ataúd, con sus frágiles brazos cruzados sobre el pecho, descansa la momia.

Está envuelta en lino y la cabeza tiene una forma alargada y puntiaguda.

—Esto —dice Esteban— es Moisés.

Aunque ya lo había deducido, el aire me abandona y deja en mí un vacío inquietante y carente de pensamientos. Los guardas se colocan a ambos lados de la puerta y Beatriz entra en la habitación.

Aturdido, mi mirada oscila entre Beatriz y la momia. ¿Por qué ha venido ella? Creía que se había acostado hacía ya rato. ¿Por qué se ha traído dos guardas?

—Quiero que me des los rollos de Thingvellir —dice Esteban.

Aunque las palabras me pillan desprevenido, tienen una extraña forma de lógica. A través de la inquietud y el miedo incipiente, comprendo por qué Esteban me ha enseñado la momia.

—Te preguntarás por qué te he traído hasta aquí —dice Esteban—. Quiero que comprendas que los rollos de Thingvellir forman parte de una totalidad. Una totalidad que se encuentra aquí, en el Palacio Miércoles.

Miro a Beatriz inquisitivamente, como si le preguntara: «¿Qué estás haciendo aquí?» Su mirada es fría y desafiante.

—¿Beatriz?-digo.

Ella mira a su hermano.

—Menuda mujer —me dice Esteban dándome un codazo—. ¿Hermosa, eh? ¿Crees que no me he fijado en tus calenturientas miradas?

—¿Dónde están los manuscritos? —pregunta Beatriz. Su voz ha perdido la



calidez.

—¿Nos los darás si te dejas acostarte con ella? —Esteban se ríe—. ¿Qué dices tú, Beatriz? ¿Valen los rollos un polvo con el paliducho?

Beatriz me mira fijamente.

Esteban dice:

—He tenido mucha paciencia contigo. ¿No estás de acuerdo? He sido amable y receptivo. Te he dado muchas oportunidades. Pero la verdad es que estoy empezando a impacientarme.

—No sé dónde están —digo, con la voz temblorosa.

—Tal vez te crea, tal vez no. En todo caso no te costará mucho averiguar dónde están.

Les hace una seña a los dos guardas de seguridad, que vienen decididos hasta nosotros. Esteban me escolta para bajar los cinco peldaños y Beatriz me sigue con la mirada. Entre todos me sacan del mausoleo, me bajan por unas escaleras y me conducen a través de unos pasillos subterráneos recién renovados y con gruesas puertas de seguridad. Al final debemos de encontrarnos justo debajo del palacio.

Abren una gruesa puerta de madera tras la que una larga escalera de piedra conduce a las profundidades del sótano.

—¿Adónde vamos? —tartamudeo.

Beatriz se vuelve y camina en dirección contraria, hacia la luz.

Me empujan escaleras abajo, hacia la oscuridad, hacia el hedor a ciénaga y putrefacción. Se oyen unas garras que raspan el suelo. Unos ojos amarillos centellean cuando uno de los guardas enciende la linterna.

—¿Adónde vamos? —pregunto una y otra vez.

Entiendo que no nos dirigimos de vuelta a mi habitación, con su cama ancha y suave y la lámpara de araña.

El pasillo del sótano es bajo y húmedo, con el techo arqueado. Las losas del suelo están resbaladizas. Rodeamos una esquina y nos detenemos ante una sólida puerta de madera con unos cerrojos de hierro. Una lagartija cruza el suelo y sube por la pared.

Uno de los guardas hace girar una llave ridículamente grande y el cerrojo chirría como si no se hubiera usado en un par de siglos —cosa que probablemente no esté tan alejada de la realidad.

—No quisiera que pensaras mal de mi hospitalidad —dice Esteban—. Te trasladaré arriba tan pronto como te muestres dispuesto a colaborar. Entre tanto, estoy seguro de que las condiciones del sótano te ayudarán a pensar.

Me invita a entrar.

Ni de coña. Me quedo donde estoy.

—Quiero que lo sepas —digo ahogado por el llanto—, padezco claustrofobia.

Uno de los guardas me pega un empujón y caigo de bruces en el interior de la

celda. Las muletas retumban contra el suelo de piedra, que está duro, frío y húmedo.  
Cierran dando un portazo.

# La celda

1

En la celda la oscuridad es absoluta. Hay un olor agrio a vejez, moho, orina, y agua y musgo podridos, además de algo que hace mucho que murió y se descompuso.

Me levanto y me golpeo la cabeza en el techo de piedra. Gimo. No resulta fácil mantener el equilibrio en la oscuridad.

Tengo que concentrarme para reprimir los accesos de claustrofobia. Sé que no me tengo que dejar llevar por el pánico. Tres, dos, uno... Inspiro regular y profundamente. No hay peligro. Hay aire suficiente. Tres, dos, uno... Me lleno los pulmones de aire, casi me llega a la tripa.

Aunque mis ojos deben de haberse acostumbrado ya a la oscuridad, no veo nada. Nada en absoluto.

Con los brazos extendidos recorro a la pata coja los pocos pasos que me separan de la pared, que también está hecha de sólidos bloques de piedra. Me paso los dedos por el pelo: me he hecho un chichón.

Mi respiración ya se ha calmado lo suficiente como para percibir un sonido distinto al de mis propios hipidos.

Mantengo la respiración y escucho.

Alguien está respirando.

No estoy solo en la celda.

2

El miedo me paraliza. Completamente petrificado, pego la espalda a la pared y escucho la vaga respiración raspante de otra criatura.

¿Una persona? ¿Un animal? ¿Un monstruo del tipo de Golum, que lleva cuatrocientos años viviendo en la oscuridad y que por fin va a poder saciar su hambre?

Se me hace un nudo en la garganta. Los sollozos me salen por descargas y las manos y las rodillas me tiemblan.

—Soy yo, Bjørn.

Se me para el corazón.

Después reconozco la voz.

El Conservador.

Durante algunos segundos, el cuerpo sigue petrificado por el miedo; luego los pulmones se me vacían con un estallido de aire.

Con la espalda contra la pared, me dejo caer al suelo.

—Estas celdas se han utilizado para alojar a todo tipo de gentes, desde esclavos y piratas hasta insurrectos y agitadores políticos. Estamos en el segundo sótano. Por lo general había entre cincuenta y sesenta presos en una celda de éstas. Algunos vivían aquí varios años antes de morir. Ahora el lugar se utiliza como almacén para mantener las cosas refrigeradas.

No puedo verlo, pero por la voz deduzco que se encuentra tres o cuatro metros a mi izquierda.

—Siento haberte metido en este lío —digo.

—No es culpa tuya.

—Creía que Beatriz estaba de nuestra parte.

—Por supuesto que lo está.

—Ha sido... Beatriz quien ha venido a buscarme al mausoleo con los guardas de seguridad.

—Eso debe de tener alguna explicación natural.

—No lo entiendes...

—¡Lo entiendo! —exclama él.

—Y Esteban... No puede tratarnos de este modo.

—El rey Esteban puede tratar a quien quiera exactamente como le dé la gana.

—La gente normal no se comporta así.

—¿Normal? ¿Esteban? Está obsesionado.

—No tenía previsto que mi curiosidad fuera a afectarte a ti.

—Es todo culpa mía. Debería haber pensado que los guardas nos observaban a través de las cámaras de vigilancia. Incluso en medio de la noche.

—No entiendo... ¡Tú eres su colaborador!

—He sido su idiota útil hasta ahora. Ahora el manuscrito es un asunto entre tú y él. De mí puede prescindir perfectamente.

—Pero ¿por qué...? —Busco las palabras adecuadas y prosigo—: ¿Por qué te ha puesto en arresto domiciliario?

—Porque no confía en mí, porque por fin me ha pillado con las manos en la masa. Lleva años detrás de mí, pero Beatriz me ha protegido. Ahora por fin me ha pillado en algo. No creo que en «La historia de Bård» ponga nada grave. Lo que le ha hecho reaccionar es mi deslealtad, el haberte mostrado uno de los manuscritos de La Biblioteca Sagrada a sus espaldas.

—¿Por qué va por ti?

—Siempre le he desafiado. Nunca me ha aguantado. Además está celoso.

—¿De ti?

Vuelvo a escuchar su respiración en la oscuridad.

—Porque Beatriz me quiere más a mí que a él.

—¿Y qué? Él es su hermano y tú un amigo. No se puede comparar.

—Esteban —dice en voz baja— siempre ha tenido un interés más que fraternal por Beatriz.

La oscuridad se hincha entre nosotros.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sabes que los faraones egipcios estuvieron siempre tan preocupados por mantener limpia la línea de sangre divina de la familia que acabaron casándose con sus propias hermanas. Incluso Cleopatra estaba casada con su hermano pequeño. Hay quien dice que el faraón Akhenatón y su madre, la reina Tiye, mantuvieron una relación que dio lugar al mito de Edipo.

—¿Estás insinuando que Esteban y Beatriz mantienen una relación incestuosa?

—Nunca he querido preguntarles.

—No se puede decir que Esteban sea un faraón.

—Pero es igual de megalómano que ellos, y está igual de loco. En los sesenta, antes de que se mudara a Estados Unidos, Beatriz me contó que Esteban había abusado de ella.

—¿Qué estás diciendo?

—En aquella época tenía tendencias suicidas. Yo acababa de impedir un intento de suicidio cuando me lo contó. Luego ya nunca quiso volver a hablar del asunto. No sé si la cosa continuó o si la dejó en paz.

Apoyo la cara contra las manos.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Es importante que entiendas la locura de Esteban.

—Locura...

—No te dejes engañar por el encanto psicópata de Esteban. Es malvado hasta la médula.

Me pregunto a mí mismo si no es el Conservador el que no está del todo bien de la cabeza. Me cuesta imaginarme a Beatriz en brazos de Esteban.

—Seguro que Esteban tiene amigos poderosos —digo—, pero cuando esto pase, se dará cuenta de que yo también.

—Querido Bjørn... —Vacila antes de proseguir—: No creerás que va a dejarnos salir de esto con vida, ¿no?

# Moisés

## 1

Durante toda la noche duermo intranquilo.

Sentado sobre el suelo de piedra frío y húmedo, reclino la espalda contra la pared mientras los sueños y el miedo se enlazan en duros nudos. A intervalos regulares me despierto bruscamente y sólo veo la pegajosa oscuridad: me esfuerzo por respirar. Un terapeuta por hipnosis me enseñó una vez a domesticar el angustioso pánico de la claustrofobia mirando hacia mi interior y ralentizando la respiración. Tres, dos, uno... Me acompaso con mi propia respiración, pero no es del todo fácil.

De vez en cuando escucho garras contra el suelo. Me imagino que el techo está cubierto por una capa de telas de araña, donde unas arañas gordas aguardan a que alguna rata se quede atrapada en su pegajosa tela. Cuando intento evadirme en el sueño, me despiertan pequeñas descargas en el cuerpo.

Oigo los ronquidos ligeramente silbantes del Conservador. ¿Me habrá contado la verdad? ¿O lo ha metido Esteban en la celda para engañarme? ¿Estarán confabulados el Conservador, Beatriz y Esteban? ¿Es el Conservador el demente que ha destrozado a Beatriz? Y entonces, ¿cómo he podido equivocarme tan tremendamente con Beatriz? ¿Cómo he podido enamorarme de una mujer tan corrupta y fría como su hermano?

Adormilado sueño que me he convertido en un custodio, en alguien que ha cogido el testigo allí donde lo dejó la hermandad hace quinientos años. Bjørn Beltø. El custodio.

Me duele el cuerpo: es imposible encontrar una postura que resulte cómoda.

Me despierta el sonido de la orina del Conservador contra la pared. Me levanto y hago lo propio.

Luego intento dormirme.

## 2

No sé si es por la mañana, por la tarde o media noche. En la oscuridad el tiempo ha perdido todo su significado. El hambre me corroe incluso a través del miedo.

Medio en sueños, me imagino a los piratas y los esclavos que acabaron su vida en esta celda. Percibo el intenso olor de su angustia.

## 3

—¿Bjørn?

—Sí.

—¿Hablamos?

—¿Por qué?

—Mejor hablar que perder la razón.

—¿Y de qué hablamos?

—De Moisés.

—¿Otra vez?

—¿Por qué, crees tú, que el Vaticano le ha pagado una fortuna a la familia Rodríguez para que vigilen la momia y sus textos durante quinientos años?

—Una buena pregunta. Si es realmente la momia de Moisés, el Vaticano más bien debería haber construido una catedral en su honor. ¡Como la basílica de San Pedro! Un santuario para todos los judíos, cristianos y musulmanes del mundo.

—No lo haría si resultara que Moisés fue un hombre completamente distinto a quien la Iglesia quisiera que hubiera sido, si resultara que Moisés nunca condujo a los israelitas a través del desierto durante cuarenta años, si resultara que fue un príncipe egipcio, desobediente y desleal, que se enfrentó a su padre.

—¿Entonces la imagen que da la Biblia es una falsificación?

—Pasaron casi mil años entre el tiempo en que se supone que vivió Moisés y el momento en que su historia se vertió en el Pentateuco. Mil años. Una historia cambia mucho en mil años, Bjørn. Es mucho tiempo.

Estoy de acuerdo. Mil años es mucho tiempo.

4

La gente que pierde la visión suele decir que el resto de los sentidos se agudizan. Entiendo lo que quieren decir. En la oscuridad oigo agua que corre por las profundidades de las paredes, garras que rascan y las flemas de los pulmones del Conservador. Huelo el paso del tiempo y la orina del rincón. Saboreo mi propio aliento metálico y siento la sangre que me corre por las venas. No puedo ver al Conservador, pero intuyo el contorno de su aura.

—En la Biblia, sucesos que transcurrieron a lo largo de muchos siglos están concentrados en pequeñas pildoras dramáticas —dice el Conservador—. Sólo cuando todo encaja en el ritmo y la cronología correcta, los hechos y la mitología convergen.

—¿Como por ejemplo?

—Tomemos las diez plagas de Egipto. El agua del Nilo que se convirtió en sangre, las grandes cantidades de insectos y ranas, la muerte del ganado, las pústulas, el granizo, la oscuridad. ¿Lo recuerdas?

—Sí, hombre, he hecho la catequesis.

—En los tiempos de la Biblia, una enorme erupción volcánica dividió en dos la

isla griega de Santorini. Toda la zona del Mediterráneo estuvo aquejada de tsunamis. Las cenizas volcánicas ascendieron por la atmósfera hasta hacerle sombra al sol. Las mortales precipitaciones generaron una catástrofe climática y murieron miles de personas y animales. El Nilo se envenenó y acabó con los peces. El ecosistema se desequilibró. Las larvas de los insectos pudieron desarrollarse sin que se las comieran los peces y, cuando las larvas se empollaron, las nubes de insectos mejoraron las condiciones de vida de las ranas. ¿Lo entiendes? Todo está relacionado.

—¿Y qué pasa con el éxodo?

—Es un misterio histórico. Todo lo que sabemos sobre la huida de Egipto de los israelitas aparece en el Éxodo, el segundo libro de Moisés. Basándonos en acontecimientos históricos que podemos datar arqueológicamente, sabemos que el éxodo tiene que haber tenido lugar unas cuantas generaciones después del reinado del faraón Thutmosis III, que sentó las bases de un Egipto nuevo y poderoso. El país estaba desbordado de riquezas. Su bisnieto, Amenhotep III, erigió magníficos edificios por todo Egipto. En Tebas construyó el palacio de Malkata. Más al norte, en el delta del Nilo, ordenó que se volviera a levantar la ciudad destruida de Avaris. La nueva ciudad se bautizó con el nombre de Pi-Ramsesés (Pitom y Ramsesés), pero la zona se conocía más por otro nombre: Gosén. En el Pentateuco se dice que los «israelitas tuvieron que construir las ciudades de Pitom y Ramsesés, ciudades almacén del faraón». <sup>[9]</sup>Y aquí empiezan a acercarse la Biblia y la arqueología: según el Éxodo, los israelitas se vieron envueltos en un enorme proyecto de construcción, y los arqueólogos han encontrado pruebas de que en la reconstrucción de Pi-Ramsesés trabajaron esclavos extranjeros.

—¿Y eso significa...?

—Que Amenhotep III era el faraón de la Biblia. Era el padre de Akhenatón, que quiso sustituir los diversos dioses egipcios por un solo dios todopoderoso.

—El mismo proyecto que tenía Moisés.

—Exacto. Y yo sé quién fue Moisés.



# Las promesas

1

Oímos pesados pasos por el pasillo.

Ambos cogemos aire y contenemos la respiración.

Escuchamos girar la llave en el reticente cerrojo.

La puerta se abre en una explosión de luz y, tanto el Conservador como yo, quedamos cegados y tenemos que proteger nuestros ojos de los punzantes rayos de la linterna.

Cuando por fin me acostumbro a la luz, veo por primera vez la celda. No es grande. Cuatro por cinco metros o así. El Conservador está sentado en un rincón. Las paredes son de enormes bloques de granito. El suelo está hecho de losas burdamente talladas, alisadas por los pasos de los presos. El techo es abovedado.

—¡Tú!

Uno de los guardas me señala.

Cojo las muletas. El Conservador se levanta para acompañarme, pero lo empujan hacia dentro y cierran la puerta de un portazo. Escucho que aporrea la puerta con ambos nudillos, como un martilleo lejano e irreal.

Los guardas me permiten ducharme y usar el servicio. No descarto que la peste de la celda se haya adherido a mi ropa sucia y húmeda.

2

Me esperan tras una mesa rococó de caoba recién pulida. Esteban lleva un traje de lujo. Beatriz, un lindo vestido de verano ajustado.

—Buenos días —dice Esteban—. ¿Has dormido bien?

No respondo.

Beatriz me mira fijamente con la mirada vacía:

—Todo va a ser mucho más fácil si nos cuentas dónde has escondido los rollos de Thingvellir. —Su voz es gélida.

Se me da bien callar.

—¿A que es deliciosa? —La punta de la lengua de Esteban asoma por su boca, sonrío de soslayo y le acaricia a Beatriz el brazo desnudo—. Una preciosidad, ¿verdad? ¡La prueba de que Dios creó a la mujer! ¡Tendrías que haberla visto de joven! Oh la la.

Beatriz no hace el menor gesto.

—Tenemos una pregunta —dice Esteban.

—¿Y si respondo?

—Dejaremos de martirizarte.

—¿Me dejaréis ir?

—Por supuesto.

—¿Y si no respondo?

—¡Responderás! No eres idiota. Tendrás tiempo de entrar en razón —dice Beatriz.

—¿Tiempo?

—Tiempo para pensar. En el sótano. Con el Conservador.

—¿Qué piensas que debo hacer, Beatriz?

—Pienso que debes hacer lo que te dice Esteban.

—Me lo pensaré.

# El príncipe heredero

1

Tras el interrogatorio me vuelven a llevar a la celda. Me han dado dos panecillos, dos manzanas y dos botellas de agua. La pestilencia me golpea.

Los guardas de seguridad me empujan hacia dentro y me abandonan a la oscuridad y las clases de historia del Conservador.

—¿Qué tal ha ido?

—Beatriz ha participado en el interrogatorio.

—Ya veo...

—¿Has oído lo que he dicho?

—Sí.

—Ella es parte del asunto.

—¿De qué asunto?

—De la operación de Esteban.

—¿Beatriz? Nunca.

—Yo tampoco lo puedo entender.

En la oscuridad nos comemos los panecillos y las manzanas. El agua la guardamos para más tarde.

En el silencio escuchamos la respiración del otro.

2

—Entonces ¿quién es?

Oigo como el Conservador se acomoda y limpia la voz.

—El Moisés de la Biblia no vivió nunca.

—¿Aun así sabes quién fue? —le espeto.

—El príncipe al que conocemos como Moisés era un egipcio de linaje real. No era hijo de esclavos. Los autores de la Biblia de la posteridad lo han adaptado a su proyecto israelita. Como tantas otras cosas de la Biblia, la historia está adornada y coloreada.

—¿Por qué?

—Tenían una nación que construir y un pueblo que reunir. Una religión que crear. Necesitaban un profeta. Necesitaban una historia fantástica que entusiasmara y amedrentara al pueblo.

—¿Y entonces se inventaron a Moisés?

—Fue una idea genial. Al crear un personaje literario, Moisés, pudieron

construirlo a base de personas reales e inventadas, de mitos y de sucesos históricos.

—¿De qué modo?

—El origen de Moisés, el hijo de esclavos que se convirtió en príncipe, es un buen ejemplo. Todos conocemos el episodio del Éxodo donde la hija del faraón encuentra a un bebé, Moisés, flotando en el río en una cestilla de juncos de papiro. [\[10\]](#)El problema es que a la hija de un faraón egipcio nunca le habrían permitido adoptar a un niño, como sostiene la Biblia. Los lazos de sangre de las familias reales egipcias eran tan sagrados que, si era necesario, los faraones dejaban embarazadas a sus propias hijas y hermanas con tal de conservar la pureza de la sangre. Es impensable que a la hija semidivina de un rey se le permitiera adoptar al hijo de un pobre esclavo hebreo.

—¿Cómo ha surgido la historia?

—El relato sobre el hijo adoptivo tiene su origen, en parte, en una historia paralela de la mitología babilónica y, en parte, en la historia egipcia. Muchos faraones se hacían cargo de princesas de otros reinos para formar alianzas políticas. A algunas de ellas les daban palacios propios y se les concedía el título de honor de tet-sa-pro. ¿Te imaginas lo que significa tet-sa-pro?

En la oscuridad niego con la cabeza.

—Tet-sa-pro, Bjørn, significa «hija de faraón». Estas pobres mujeres vivían en soledad y celibato y no se les permitía tener hijos propios. Una vida bien triste. Si se echaban un amante, las ejecutaban. Por las fuentes históricas conocemos el destino de una de aquellas mujeres: la princesa siria Termut. Vivió como una tet-sa-pro, una hija de faraón, en los tiempos de Thutmosis II. No tuvo hijos. Pero la historia cuenta que educó a un niño.

—¿Un hijo adoptivo?

—Sí. No conocemos su nombre, pero sabemos que a la princesa Termut se le permitió adoptar a un hijo porque no era más que una esposa proveniente de otra familia, una tet-sa-pro. Junto con el mito babilónico sobre el bebé que llegó flotando en una cestilla de juncos, aquella adopción dio a los autores de la Biblia la idea de que Moisés saliera del campamento de esclavos y entrara en la casa real egipcia.

3

—Entonces ¿quién es el Moisés de la Biblia?

—Un príncipe heredero rebelde.

—¿Akhenatón?

—Akhenatón heredó la corona en vez de su hermano mayor.

—¿Y eso qué quiere decir?

El Conservador retiene el aliento.

—Moisés era el hermano de Akhenatón —dice.

—¿Hermano? ¿Qué hermano?

—El hijo mayor de Amenhotep III, el príncipe heredero: se llamaba Thutmosis. También se le conocía por el nombre de Djehutymos. Es el gran misterio del Egipto de la Antigüedad.

—Ni siquiera he oído hablar de él.

—Exacto. Mientras que todos sus familiares siguen siendo grandes nombres (su padre Amenhotep III, su madre Tiye, su hermano pequeño Akhenatón, en fin, incluso Tut Ankh Amón, hijo de Akhenatón o de Amenhotep III), nadie ha oído hablar del príncipe Thutmosis. Podría haber pasado a la historia como el gran faraón Thutmosis V, pero lo que hizo fue desaparecer, sin elegías y sin las alabanzas de la familia o del pueblo. Sin más explicaciones, el príncipe heredero del país desapareció de la historia silenciosamente.

—¿Por qué?

—Cayó en desgracia. En el vigésimo tercer año de reinado de Amenhotep III, el príncipe Thutmosis desapareció brusca e inesperadamente de la historia. Como una pelusa en el viento.

—¿Qué pasó?

—Es una triste historia. El príncipe heredero Thutmosis era un celebrado héroe de guerra, además de un líder religioso y un valiente general del ejército de su padre. Al igual que Moisés, se rebeló. La verdad es que entre el príncipe y Moisés hay demasiadas similitudes como para que se deban a una casualidad.

—¿Como cuáles?

—En la Biblia se dice que Moisés mató a un egipcio que maltrataba a un esclavo en Gosén. El príncipe Thutmosis también intervino en contra del maltrato de los esclavos. Según una versión alternativa de la historia bíblica, Moisés no huyó a Median, sino a Etiopía. Allí luchó tan valerosamente que lo coronaron rey. En el Corán se dice abiertamente que Moisés fue rey de Etiopía y la obra judía Talmud habla del rey Moisés.

—¿Y?

—Durante un tiempo, el príncipe Thutmosis fue rey de Etiopía.

—¿Y eso lo convierte en Moisés?

—Hay más. Tanto Moisés como Thutmosis eran grandes líderes de ejércitos y ambos eran profundamente religiosos. Tras una triunfal batalla, el príncipe Thutmosis fue nombrado sumo sacerdote del templo de Ra en Heliópolis, al norte de Egipto, y se vinculó al culto de Ptah en Menfis. Desde aquella base religiosa, no muy lejos de Pi-Ramsesés, el príncipe Thutmosis regía sobre todos los sacerdotes del Alto y Bajo Egipto.

El Conservador tose y pienso que es demasiado frágil como para aguantar varios

días en la celda.

—¿Te estás enterando de lo que te estoy diciendo, Bjørn? El príncipe heredero Thutmosis era sumo sacerdote de la zona donde su padre reconstruyó Gosén, del lugar donde dice la Biblia que los israelitas trabajaban como esclavos para el faraón.

4

Tras una breve pausa, durante la cual se suena la nariz, el Conservador continúa:

—En la obra histórica *Aegyptiaca*, del historiador Manetón, encontramos más líneas de relación entre el príncipe heredero Thutmosis y Moisés. Allí menciona una revuelta de esclavos en Avaris, es decir, Pi-Ramsesés o Gosén, durante el reinado de Amenhotep III. Manetón escribe que al faraón se le aconsejó que limpiara el país de los «indeseados» y que los pusiera a trabajar en la cantera de Avaris.

—¿Quiénes eran los «indeseados»?

—¿Quiénes podían ser sino la odiada tribu israelita? Según Manetón, los esclavos tuvieron que trabajar durante muchos años hasta que llegó un sacerdote del templo de Ra en Heliópolis. ¡El príncipe Thutmosis! El sacerdote que había abandonado su religión y sus dioses egipcios y adoraba a un dios todopoderoso. Manetón escribió también que este sacerdote había sido soldado (al igual que el príncipe Thutmosis) y que enseñó a los «indeseados» a trabajar. La Biblia dice que los «egipcios les tenían miedo», <sup>[11]</sup>refiriéndose a los israelitas. Manetón escribe que cuando el sacerdote lideró a los «indeseados» en la revuelta, muchos de ellos consiguieron retornar a su patria. ¿Ves los paralelismos? Una revuelta de esclavos... Un egipcio que los ayudaba... Una huida de vuelta a la patria...

—Éxodo...

—¡Exacto! Siglos más tarde, los autores de la Biblia transformaron este relato en una historia épica y dramática sobre la traición y el valor, la revuelta y la huida; una ruptura para poder emigrar a la tierra prometida de Dios. Evidentemente la versión de la Biblia es más orgullosa y grandilocuente, habla de una espectacular huida en masa... De un Dios que interviene activamente en los acontecimientos en la tierra... De un majestuoso líder del calibre de Moisés...

5

—¿Quiere eso decir que la momia que se guarda aquí en el mausoleo del Palacio Miércoles es la del príncipe Thutmosis?

—La momia es Thutmosis, hijo de Amenhotep III y la reina Tiye, la oveja negra de la familia. Alborotador y rebelde.

—¿Qué le pasó después de que huyeran los esclavos?

—Cuando Thutmosis había ayudado a los esclavos israelitas a huir, tuvo la

valentía de regresar al palacio de su padre. Volvió a casa con papá. Pero Amenhotep no era precisamente un padre benigno y comprensivo. Condenó a su hijo a la muerte. El príncipe no sólo se había rebelado contra su familia y los dioses egipcios, sino que, ante todo, había deshonrado a su padre, el rey y dios de Egipto. Para eso no había perdón.

—¿Así que fue ejecutado?

—Al ser de estirpe real, se libró de la ejecución pública. Para el faraón, la traición de su hijo era un secreto de estado, un no— asunto, una mácula familiar. El propio príncipe pudo elegir cómo morir y escogió el veneno. Una vez hubo vaciado el cáliz de veneno y expirado, su cuerpo fue embalsamado y momificado. Por muy traidor que fuera, seguía siendo de familia real y, por tanto, divino. Pero no se le permitió descansar en compañía de sus antepasados. Fue enterrado, en cambio, en una cámara mortuoria oculta junto a la orilla del Nilo, a las afueras de los Valles de los Reyes, las Reinas y los Príncipes. Lo escondieron detrás de las otras dos cámaras mortuorias y luego fue borrado de la historia. Amenhotep ordenó que se lo erradicara: se destruyeron todas las referencias escritas sobre él y se arrasaron todos los monumentos en su honor.

—¿Y aun así no fue olvidado?

—El príncipe dejó tras de sí muchos escritos que forman parte de los raídos manuscritos en papiro que conservamos aquí en el Palacio Miércoles. En conjunto, aquellos textos asentaron las bases de una nueva fe. Los aliados del príncipe heredero, que eran muchos, no olvidaron a su líder y se encargaron de conservar no sólo sus propios escritos, sino también aquellos más antiguos que él había poseído. Estudiaron sus pensamientos y sus visiones religiosas. Los sacerdotes se dejaban convertir a este dios todopoderoso que derrotaba a los dioses egipcios. De este modo, el príncipe Thutmosis acabó siendo un líder religioso. Gradualmente fueron cada vez más quienes adoraban a su dios. Una de las líneas se desarrolló en el judaísmo y otra más pequeña y peculiar sentó las bases del culto de Amón Ra. La momia del príncipe, que ellos custodiaban, era su divinidad. Hubo escritores visionarios que conciliaron los numerosos escritos de modo que crearon a un nuevo y poderoso protagonista al que dieron el nombre de Moisés.

# El jeque

1

El tiempo pasa despacio en la oscuridad.

El Conservador y yo discutimos las teorías sobre Moisés y la historia de los custodios. ¿Cuánto sabían? ¿Cuánto comprendieron? ¿De qué modo ha retorcido la historia el paso de los siglos?

Me vienen a buscar dos veces para que hable con Esteban y Beatriz. Me piden que revele dónde están los rollos de Thingvellir. Yo tengo miedo, pero no digo ni una palabra.

2

La siguiente vez que me vienen a buscar, los guardas me ponen una capucha en la cabeza. El miedo se torna pánico. Empiezo a hiperventilar e intento desembarazarme de ellos. Sollozo como un niño.

Los guardas me arrastran por el sótano, me suben en brazos por las escaleras y me conducen por el largo pasillo hasta una habitación donde me amarran a una silla.

Yo me retuerzo y pego empujones.

La puerta se cierra.

—¡Ayudadme! —grito—. ¡Socorro!

Con los dientes intento hacer un agujero en la capucha.

—No hay motivos para el pánico —dice Esteban—. Es una tela porosa: deja pasar el oxígeno.

—¡Quítamela!

—Respira con calma.

—¡Que me la quites te digo!

—Eres muy duro de pelar, Bjørn Beltø.

—¡Quítame la capucha!

—¡Pronto!

—No puedo respirar.

—Dentro de un momento.

—¡Ahora!

—Claro que puedes respirar.

—¡Por favor! ¡Quítamela! ¡Por favor!

—Si te callas y me dejas acabar de hablar, te la quito.

Intento calmarme dentro de la calurosa humedad de la capucha. Tres, dos, uno...



—Eso es. Así está mejor.

—Por favor. Date prisa.

—¿Bjørn?

—Sí.

—Vas a conocer al jeque.

—¿Al jeque Ibrahim?

—Cara a cara.

Del mismo modo en que me imagino que un monje puede percibir la presencia de Dios en la capilla del monasterio, yo intuyo la presencia del jeque en la habitación. Como si su mera existencia desalojara el oxígeno.

—¿Así que jugáis juntos?

Esteban se echa a reír.

—Bueno. Lo puedes decir así. Hay en el mundo muy poca gente que haya conocido al jeque.

Pugno por conseguir aire y sólo inspiro mi propia respiración caliente. Al presentarme al jeque, está firmando al mismo tiempo mi sentencia de muerte. Eso lo entiendo.

Suelta el cordel que me rodea el cuello y me quita la capucha. Trago ávidamente el aire fresco mientras entorno los ojos contra la luz en busca del jeque. Pero al único al que veo es a Esteban con la capucha en la mano. Al otro lado de la ventana está oscuro. Un reloj de pared marca las once y media. Respiro pesada y profundamente. El pánico y la claustrofobia me han empapado en sudor.

—¿Dónde está?

—Está aquí.

Miro aturdido a mi alrededor, pero en la habitación sólo estamos él y yo.

Esteban me mira a los ojos.

—El jeque —dice— soy yo.

3

Me quedo largo rato mirándolo. Espero que se eche a reír y desvele la broma, que la puerta se abra y que el jeque Ibrahim entre con toda su majestuosidad y poder.

O tal vez comprenda que está diciendo la verdad.

Esteban camina en círculo en torno a mi silla.

—Desde que era pequeño —dice—, y mi padre me enseñó la historia de los custodios, los manuscritos y la momia, mi vida ha tenido un solo objetivo: encontrar la copia de Asim. Los rollos de Thingvellir. Como sabes, tanto yo como el palacio estamos bajo la protección del Vaticano, en todos los sentidos, también económicamente. Así que tuve que llevar mi pequeño proyecto con discreción. Había heredado la obsesión de mi padre: completar la colección del Palacio Miércoles con

una versión digna de los escritos. Había demasiada gente que sabía quién era yo y habrían hecho demasiadas preguntas si empezaba a aparecer en las subastas de manuscritos o si me veían merodear por las librerías de viejo, las bibliotecas y los archivos más destacados del mundo. Por eso me inventé al jeque y le hice contratar a un equipo de colaboradores.

—¿Y por qué precisamente un jeque?

—¿Por qué no? Ibrahim al-Jamil ibn Zakiyi ibn Abdulaziz al-Filastini. Un jeque enormemente formado, culto, rico y ermitaño, con base en los Emiratos Árabes Unidos. Un patrocinador generoso, buen donante y benefactor. Como jeque, financié varios departamentos en diversas universidades e institutos de investigación, pero todo lo que hacía, todas las disposiciones que dictaba, tenían una única meta: proporcionarme la información que pudiera conducirme a los pergaminos que encontraste en Thingvellir. Vinculé a mí a investigadores y matones, contraté a científicos y libreros de viejo, pero siempre operaba a través de hombres paja. Siempre. Nadie conocía personalmente al jeque. Nadie sabía quién era. Ni siquiera mi querida hermana Beatriz ha sabido que el jeque y yo éramos la misma persona. Nunca vivía en la misma casa más de una semana. Nadie conseguía saber nunca dónde se encontraba. El jeque operaba por medio de su organización. Una red de mentiras y engaños. Un telón de humo.

—¿Por qué me revelas este secreto?

—Porque quiero que comprendas lo importante que es para mí conseguir los rollos de Thingvellir. Quiero que comprendas por qué me tienes que contar dónde están.

—Y si no...

Va hasta una puerta, la abre y hace entrar a alguien que está allí esperando.

# Hassan

## 1

Enorme y masivo, Hassan entra en la habitación. Hassan el destructor de piedras.

—Si no quieres colaborar —dice Esteban—, voy a tenerle que pedir a Hassan que te convenza. Pero no nos pongamos extremistas. Te estoy contando la verdad con la esperanza de persuadirte de la importancia que esto tiene para mí, de lo seriamente que trabajo y de que no me voy a dejar detener por nada, ¡por nada!

No consigo responder. Esteban corta con una navaja las cuerdas que me atan a la silla.

—Y si te respondo, ¿nos dejarás ir al Conservador y a mí?

—Por supuesto.

Pero ambos sabemos que no se puede permitir que el secreto se desvele.

Inspira aire entre los labios. De un cajón de un escritorio saca algo que reconozco.

—Tengo curiosidad, Bjørn. Enséñame cómo encontraste los rollos de Thingvellir —me dice colocando el códice de Snorre sobre la mesa junto a mí—, a partir de este pergamino.

La visión del manuscrito perdido del clérigo Magnus me entenece. Veo ante mí a mi amigo, junto a la mesa de la casa parroquial, y puedo oír su voz.

—Sé que crees que se lo robamos al clérigo Magnus, y que lo matamos. Pero, para decir la verdad, primero intentó vendérmolo. Que luego se arrepintiera no es culpa nuestra. Nosotros no queríamos matarlo. Su corazón no soportó la tensión. Así de sencillo.

Esteban mira de soslayo a Hassan. El gigante iraquí mira fijamente hacia delante, sin decir una palabra, como si no existiéramos ni Esteban ni yo, y sus pensamientos se encontraran en las profundidades de un universo aurista.

«Así de sencillo...»

Las manos me tiemblan tanto que me resulta difícil coger el pergamino, pero abro el libro y les muestro cómo el poema de la última página nos condujo al manuscrito original de La Saga, de la Santa Cruz, que a su vez contenía las instrucciones para llegar a la cueva. Esteban se ríe para sus adentros. Luego mira a Hassan, a quien se le cierran los ojos.

—Es tarde. Hassan acaba de llegar. Creo que tú y él podéis tener una conversación seria por la mañana.

Me estremezco de pensar en una conversación seria con Hassan.

—No es muy refinado, pero es efectivo. Puedes pensártelo, antes de que se ponga a trabajar. Harías bien en colaborar desde el principio, antes de que le dé tiempo a

romperte varios dedos o a abrirte la rotura de la pierna, que parece haberse cerrado bien. Es mejor que no lo irrites. Lo de romper cosas está entre las técnicas más moderadas de Hassan. En Irak le sacó los dos ojos a un hombre que se negaba a hablar. Lo hizo con sus propios dedos. Lo menciono porque es probable que dudes a la hora de proporcionarme la respuesta que quiero. Por tu propio bien, Bjørn, sería mejor que colaboraras.

2

Kierkegaard dijo una vez que la angustia es el día de mañana. Comprendo lo que quería decir.

No consigo dormir. Me quedo mirando fijamente la oscuridad con la espalda apoyada sobre la pared de piedra. Aunque sé que tengo otra pared a pocos metros de distancia, para mí es como si estuviera mirando el universo infinito. Nada palia el miedo a lo que espera al amanecer. El miedo me ha enredado en su regazo. Todo gira en torno a una sola cosa: Hassan.

Evidentemente contaré lo que sé. No soy tonto. No voy a sacrificar los dedos ni los ojos ni la vida por los rollos de Thingvellir. Pero aun así tengo dos problemas. Me van a matar a pesar de todo y no tengo la menor idea de dónde están los rollos de pergamino. Apostaría a que la safehouse de la SIS se encuentra en algún lugar de la zona de Londres. Pero, quién sabe, tal vez esté en el idílico pueblo de Llanfairpwllgwyngyllgogerychwyrndrobwlllantysiliogogoch, en Gales.

¿Qué me harán cuando les explique que no lo sé? ¿Me romperán unos cuantos dedos para estar seguros? Indudablemente me pedirán que llame a la SIS. ¿Qué responderán el profesor Llyleworth o Diane cuando les llame sin previo aviso y les pregunte dónde se encuentran los rollos? En el mejor de los casos comprenderán que les llamo bajo coacción. En el peor, se negarán a contestar. En todo caso, tanto los rollos como los investigadores se encontrarán en un sitio completamente distinto cuando las tropas de Hassan llamen a la puerta con su cañón. Y me cabe poca duda de que yo seguiré aquí en la celda, mientras ellos comprueban si les he engañado.

Siempre he sido un miedica en lo que se refiere al dolor. Los dentistas, las infecciones de garganta, las ampollas, las uñas rotas. Yo soy quien más sufre.

La idea del dolor que me va a infligir Hassan me provoca náuseas. Me entran ganas de llorar.

Me tiembla la respiración. El Conservador ronca calladamente.

# El plan

## 1

Esta vez no oigo los pasos, sólo el chirriante cerrojo y el oxidado y atascado mecanismo que lucha contra la fuerza de la llave.

Pego un respingo. ¿Ya? Se me corta la respiración. Se me para el corazón. Se me seca el cerebro, que ya sólo alberga un pensamiento: un pánico salvaje y primitivo.

Los goznes chirrían. La puerta se abre.

No consigo respirar; la garganta es demasiado estrecha.

A través de la apertura, la aguda luz de una linterna lanza rayos de claridad.

En este momento sé exactamente lo que sienten los condenados a muerte cuando van a buscarlos a la celda para llevarlos a la silla eléctrica.

Gimoteo compungido.

—Chist —susurra una voz.

Beatriz.

Beatriz con su melena salvaje y su hermosa sonrisa. Beatriz con su mirada juguetona.

Beatriz la traidora.

¿Por qué la envían a ella a buscarme? ¿A la enclenque Beatriz?

—Rápido —susurra.

El Conservador se levanta de un salto.

—¡Bea! —exclama, y le da un abrazo. A mí me está costando reunir los miembros y los pensamientos a la vez.

—Uf, qué mal huele —dice Beatriz.

¿Qué está pasando? ¿Dónde están los guardas de seguridad? ¿Está Hassan detrás de la puerta?

Asustado y confuso me arrastro por la pared hacia el interior de la celda, alejándome de Beatriz y de los miedos que trae consigo.

—¿Bjørn?

Pego un respingo en el momento en que el haz de luz me alcanza la cara como un latigazo.

—Por Dios, Bjørn —dice Beatriz.

¿Por Dios, Bjørn?

Miro la luz con los ojos entornados.

Beatriz me pregunta:

—Querido, ¿no lo entiendes?

¿Entenderlo? No le respondo. ¿Querido? No, no lo entiendo.

Entra en la celda, le tiende la linterna al Conservador y me ayuda a ponerme en pie. Estoy temblando. Me avergüenzo de temblar tan intensamente. Incluso al entrar en la muerte me gustaría conservar cierta dignidad. En mis últimos minutos en la tierra quisiera no parecer un pobre desgraciado, tembloroso y gimoteante.

Me pone las manos sobre los hombros y me mira a los ojos, a los ojos miopes que Hassan me va a sacar con los pulgares antes de quitarme la vida.

—¿Bjørn?

Miro para otro lado.

—¿Hola? Amigo mío...

—¿Qué quieres?

—¿Y tú?

—¿Vas a quedarte mirando? ¿Cuando Hassan me torture?

Me abraza.

—Bjørn. Escúchame. Mírame. ¡Bjørn! ¡Bjørn!

—¿Sí?

—¡Estaba actuando!

Actuando, dice.

—He fingido estar de parte de Esteban.

Fingido, dice.

—No me ha resultado muy difícil, me sé el papel. Toda mi vida ha sido una única y larga representación con Esteban como coprotagonista. Él... —Tenía pensado decir algo que finalmente se calla—. La noche que Esteban os pilló a ti y al Conservador en la biblioteca, me alertó un guarda al que pago un poco de dinero extra para que..., digamos, esté de mi parte. Entendí que debía fingir que le apoyaba. No tenía elección. Era la única manera de averiguar lo que tenía planeado hacer Esteban. Me ofrecí a llevar a los guardas al mausoleo para que él pudiera hablar contigo a solas, antes de arrojarte al sótano de prisioneros. Se alegró tanto cuando me ofrecí a ayudarle. Eramos él y yo contra el mundo... Esteban es un demonio muy listo, pero yo lo tengo en el bolsillo. Siempre se deja engañar. Siempre ha sido así.

Lo último lo dice con un eco de amargura encerrada.

—¿Cómo sé que ahora no estás actuando?

—Creo que ya lo sabes.

—¿Por qué me pediste que dijera dónde están los rollos de Thingvellir?

—Bjørn, te conozco. Sabía que no ibas a decir ni una palabra.

—Está diciendo la verdad, Bjørn —dice el Conservador—. Conozco a Beatriz, puedes confiar en ella.

—Y, aunque antes o después te iban a obligar a revelar dónde se encuentran los rollos de Thingvellir —dice Beatriz—, la verdad es que los rollos no son lo más importante para nosotros.

—¿Qué es más importante?

—Salvar la momia y el manuscrito original.

Mi razón sigue escéptica y analítica. ¿Por qué iba a creerla ahora? Pero mi cuerpo hace rato que ha aceptado sus explicaciones. Los músculos se me están relajando. La garras del miedo me están soltando. No me puedo resistir a su dulce mirada. Me pellizca delicadamente en la mejilla.

—Toma —dice, tendiéndole una pistola al Conservador.

—¿Está todo preparado?

—¿Qué está preparado? —pregunto.

—Todo está listo —dice Beatriz—. Nadie sospecha nada. Me he comportado como siempre. Me he limado las uñas, he ido a la universidad y he llamado a mis amigos dispersos por el mundo, como hago siempre. Esteban no sospecha nada. Al mismo tiempo lo he preparado todo para lo que tenemos que hacer.

—¿Qué tenemos que hacer?

—He fletado un buque con un contenedor especial climatizado y varias toneladas de azúcar y café que van a ser transportadas a Italia.

La miro sorprendido.

—El buque se llama Desidéria —dice—. Desidéria significa «deseo, anhelo».

Soy un poco lento.

—¿Por qué vamos a llevar varias toneladas de azúcar y de café a Italia? —pregunto.

Ninguno de los dos me responde. Probablemente creen que estoy bromeando.

—Me he agenciado dos furgonetas idénticas y un semitráiler —continúa Beatriz—. He comprado catorce sacos de yam y dos barriles de ron casero. He sobornado a los aduaneros, a los guardas de seguridad y a los estibadores del puerto. He fletado un avión de transporte que está preparado en el aeropuerto. He hablado con el profesor Llyleworth de la SIS, que nos apoyará con un grupo de operatives, antiguos soldados de comando, que han venido desde Londres. Está todo listo.

—¡Buen trabajo! —dice el Conservador.

—¿De qué estáis hablando?

Los dos me miran desanimados.

—Hombre, Bjørn —dice Beatriz—. ¿No recuerdas nuestra conversación? Vamos a llevar la momia de vuelta a Egipto. Vamos a asegurarnos de que los investigadores se hagan con los textos en papiro.

—¿Y cómo vamos a conseguir eso?

—Tenemos que robar la momia y el manuscrito en papiro. No. «Robar» no es la palabra adecuada. «Devolver.» En realidad estamos cumpliendo la misión que los guardianes deberían haber realizado hace quinientos años.

—¿Nos vamos? —dice el Conservador con impaciencia desde la puerta.

—Sí. No tenemos mucho tiempo. —Beatriz me quita un poco de polvo imaginario. Luego me tiende las muletas.

2

Tomamos un camino distinto a través del sótano.

—Esteban tiene un guarda al principio de las escaleras —explica Beatriz.

El sótano es un laberinto de pasillos largos y estrechos. Caminamos y caminamos. Una lagartija cruza el pasillo. Durante un rato me temo que nos hayamos perdido en el subsuelo, pero Beatriz va girando a la derecha y a la izquierda con total naturalidad.

Con las muletas firmemente agarradas, los sigo como puedo.

—Con este avanzado sistema de seguridad resulta prácticamente imposible que un extraño robe la momia y el manuscrito —dice Beatriz—. Un extraño apenas pasaría de la verja. En este parque no se puede mover ni una ardilla sin que lo sepan los guardas. Pero el sistema no está a la altura de un ataque desde el interior.

3

Al final del pasillo llegamos a una empinada escalera —de poco más de medio metro de ancho— que nos conduce hasta el primer sótano. Desde allí seguimos el pasillo hasta otra escalera que desemboca a la sala que hay ante la biblioteca.

—¡Primero vamos a coger los rollos de papiro! A partir de ahora tenemos que tener cuidado con las cámaras de vigilancia —dice Beatriz—. Los guardas están vigilando el palacio por fuera y por dentro, por medio de cuarenta y cinco cámaras de seguridad que envían imágenes de diez segundos a quince monitores.

No se me da muy bien calcular, pero la matemática más sencilla dice que hay una pausa de veinte segundos por cada cámara.

—Andamos justos de tiempo —señala el Conservador.

—Dos cámaras vigilan la biblioteca —dice Beatriz—. Una de ellas está situada en el rincón derecho del techo, la otra, en medio de la sala. Las dos cámaras tienen grandes ángulos muertos. ¡Acompañadme! Que nadie se mueva antes de que yo le avise.



# La cámara acorazada

## 1

Cuando Beatriz nos da la orden, nos colamos corriendo en la biblioteca. En realidad son Beatriz y el Conservador quienes corren, yo les sigo como puedo con las muletas, me tropiezo con una alfombra y me golpeo contra el marco de la puerta con el hombro, de modo que las muletas resuenan contra la madera. Jadeo de dolor. Beatriz se da la vuelta, gesticula y arquea las cejas.

—Por ahora nadie sabe que os he sacado del sótano —dice con la voz baja y severa—. En el momento en que nos descubran, estamos acabados. Si nos cogen, no escaparemos nunca.

—¡Recibido!

En el ángulo muerto bajo la cámara del techo, entre dos jarrones de porcelana, nos pegamos a la pared.

En el momento en que se apaga la bombilla de la cámara, continuamos a lo largo de las estanterías hasta el siguiente ángulo muerto. Beatriz tiene que correr hasta el escáner de iris y el panel de los códigos en dos rondas para conseguir abrir la puerta de La Biblioteca Sagrada.

No oigo alarmas ni pasos que corran, pero el corazón me late con tanta fuerza que creo que resuena hasta en Cayo Hueso.

Cerramos la puerta de La Biblioteca Sagrada y nos pegamos a la pared bajo la cámara de vigilancia. Cuando la bombilla se oscurece, Beatriz y el Conservador echan a correr por la biblioteca.

Nos metemos por un pasillo que conduce a la puerta de acero de una cámara acorazada. Afortunadamente aquí no hay cámaras.

Beatriz posa el ojo contra el escáner de iris, aguarda a la luz verde e introduce el código de seis dígitos. Por cada vez que pulsa una tecla, suena un pitido electrónico. El cerrojo de la puerta silba.

Cuando Beatriz abre la pesada puerta de acero, se enciende una luz pálida en el interior.

—Ahora descubriremos si Esteban se ha dado cuenta de lo que he estado haciendo —dice.

Entro cojeando en la cámara.

La habitación es blanca y me recuerda a una sala de cirugía. Todo está esterilizado y fresco. En un rincón hay un aparato de aire acondicionado y, en medio de la habitación, una mesa de acero con gruesas planchas de cristal.

Beatriz se acerca a la mesa y yo la sigo a la pata coja. Los tapones de goma de las

muletas golpean contra el suelo de baldosas.

Debajo de las planchas de cristal de varios centímetros de grueso, rodeados de fino instrumental que regula la temperatura y la humedad del aire, hay seis rollos de papiro.

En cuatro lugares, el papiro se ha descompuesto en pedacitos.

—Esto —dice Beatriz— son los libros de Moisés.

Respetuosamente me inclino sobre la plancha de cristal y contemplo el papiro repleto de signos de escritura incomprensibles.

El Conservador hace tamborilear los dedos sobre el cristal.

—Al Vaticano le resulta más cómodo que se guarden aquí, lejos de los cotillas y los servidores desleales que podrían desvelar el secreto. Durante quinientos años, el Vaticano ha pagado muy bien a la familia Rodríguez para que cuiden estos rollos.

## 2

Mientras el Conservador y yo nos entretenemos en la celda con Moisés, Beatriz prepara los papiros para su transporte.

Los envuelve en seda con la tensión justa. Debajo de la mesa de gruesas planchas de cristal ha escondido una caja de aluminio con seis compartimentos preparados a medida. Con delicadeza traslada los seis rollos a los compartimentos revestidos de gomaespuma.

La caja de aluminio no pesa demasiado; el Conservador puede llevarla solo. Salimos de la cámara acorazada, cerramos la puerta y continuamos por el pasaje de los criados, libres de la mirada de las cámaras de vigilancia. Luego bajamos al sótano por una escalera trasera, donde el riesgo de encontrarse con alguien es mínimo. Beatriz camina delante iluminando el camino con la linterna; la sigue el Conservador con la caja de aluminio y, finalmente, voy yo.

De nuevo atravesamos un laberinto de estrechos pasillos del sótano. No tengo ni idea de si fue por aquí por donde caminamos antes. La red de pasillos cruzados del sótano está oscura y es imposible distinguir un pasillo de otro. Pero Beatriz se sabe el camino. Cuando abre una puerta de hierro que chirría como el decorado de una película, nos encontramos en un garaje subterráneo iluminado por potentes luces de neón.

—Esteban hizo que construyeran este garaje en los setenta —explica Beatriz—. Antes aquí había un almacén.

Abre la puerta trasera de una furgoneta roja con el logo de la Coca-Cola en los costados. Dentro hay dos sólidas cajas de madera: una grande y alargada, y otra pequeña y cuadrada. El Conservador coloca la caja de aluminio con los manuscritos en papiro dentro de la más pequeña y la llena de serrín y plástico de burbujas.

En la caja de madera alargada hay el espacio justo para el ataúd de la momia.

Apoyo una de las muletas contra la pared del garaje. Si les voy a ayudar a cargar, voy a necesitar un brazo libre.

3

Del garaje salimos a otro entramado de pasillos subterráneos, esta vez bajo el ala oeste del palacio. Cuando giramos hacia la derecha, a través de una puerta de metal color rojo, reconozco el pasillo rehabilitado que conduce al mausoleo.

La verdad es que me resulta más fácil andar con una sola muleta. Me pregunto por qué habré estado usando dos muletas hasta ahora. Los médicos de Italia no me dijeron nada sobre cuánto tiempo tenía que seguir usando muletas. El médico noruego que me cambió la escayola por un vendaje nunca mencionó las muletas. ¿Tal vez podría haberme deshecho de ellas hace tiempo? Joder, qué típico de mí.

Nos detenemos ante la puerta de la esclusa de seguridad del piso situado bajo el mausoleo. Ni en el pasillo ni en la esclusa hay cámaras de vigilancia. Beatriz introduce el código. Una vez dentro de la esclusa, esperamos a que la puerta se cierre; Beatriz puede entonces mirar el escáner de iris e introducir sus códigos. La puerta se abre.

Subimos por las escaleras y entramos en la habitación que hay frente al mausoleo.

—Está bien —dice Beatriz, volviéndose e inspirando profundamente—. Éste es el momento clave.

—¿Qué quieres decir?

—En el mausoleo hay dos cámaras, de modo que los guardas de seguridad siempre tienen una imagen del ataúd en sus monitores. La única solución es cortar la transmisión.

—¿Te parece buena idea? Si cortamos la transmisión nos van a descubrir inmediatamente. Con un poco de suerte, es posible que no estén muy atentos a los monitores.

—Están atentos, créeme. Al cortar la conexión, ganamos unos minutos en los que pensarán que se trata de un simple fallo técnico. Uno de ellos va a tener que acudir desde la central de los guardas en el segundo piso del palacio para volver a encender las cámaras. Le llevará cuatro minutos y medio llegar hasta aquí, si se da prisa. Luego descubrirá que las cámaras han sido desactivadas manualmente y que el ataúd no está. Después de cuatro minutos y cincuenta segundos, activará la alarma general.

—¿La alarma general?

—El palacio tiene diversos niveles en el sistema de alarmas. Las alarmas locales se disparan sólo en determinadas zonas y en la central de alarmas. La alarma general es peor, porque disparan todas las sirenas de dentro y de fuera. Todas las verjas y las puertas se cierran automáticamente. Se encienden todas las luces exteriores, incluidas unas luces intermitentes rojas y naranjas a lo largo de la valla. La policía es alertada.

Y, al cabo de cuatro o cinco minutos, tendrán rodeado el palacio, habrán bloqueado las principales vías de salida de Santo Domingo y habrán detenido la salida de vuelos del aeropuerto.

—En suma, tenemos tres minutos para trasladar el ataúd desde el mausoleo hasta el coche y minuto y medio para salir del parque y entrar en la ciudad —dice el Conservador—. Saldremos por la verja del oeste, ¿no?

—Sí —dice Beatriz—. Hoy Carlos está de guardia en esa puerta.

Le hace un gesto al Conservador y éste abre la tapa del panel de la alarma.

—La sirena va a hacer un ruido terrible —dice—. ¿Estás lista, Beatriz?

—Lista.

Introduce el código.

El Conservador tiene el dedo sobre el interruptor que apaga la retransmisión de las cámaras.

Beatriz cuenta hasta atrás desde el cinco.

—¡Ahora!

# El disparo

1

La alarma aúlla dolorosamente.

—¡Rápido! —grita Beatriz. Abre la puerta y nos empuja al Conservador y a mí hacia el interior del mausoleo.

La resonancia de la sirena reverbera entre las paredes, el suelo y la elevada bóveda del techo. La resonancia choca consigo misma en oleadas disonantes totalmente carentes de ritmo.

Las llamas vacilantes de las velas generan una penumbra de luces, sombras y colores difusos contra las blancas columnas de mármol.

—Go! Go! Go!

Corriendo —cojeando— cruzamos las relumbrantes baldosas del suelo del mausoleo y subimos los cinco peldaños del podio.

Como si los tres estuviéramos pensando lo mismo, nos detenemos respetuosamente ante la momia.

Moisés... El príncipe heredero Thutmosis... El príncipe rebelde...

El cuerpo envuelto en lino parece tan frágil... Los brazos en cruz descansan sobre el pecho hundido. La idea de moverlo me parece una profanación, como si fuéramos a perturbar su profundo sueño milenario...

Beatriz cierra la tapa del ataúd. Entre ella y el Conservador aseguran los cerrojos deslizantes.

—¡Daos prisa! —grita a través del bramido de la sirena de la alarma.

Agarramos las asas de oro —Beatriz y el Conservador delante, y yo detrás— y sacamos el ataúd del sarcófago.

Tenía miedo de que fuera muy pesado, pero casi no pesa.

2

Procurando mantener el ataúd lo más horizontal posible, bajamos del podio y atravesamos la habitación. El eco de nuestros pasos desaparece en el escándalo de la sirena. El Conservador me mantiene abierta la puerta que da a la sala trasera y cuando la suelta se cierra de un portazo a nuestras espaldas.

Me pitan los oídos. La sirena aúlla con una frecuencia ajustada para atacar al oído y a la cordura.

Nos afanamos por conseguir mantener el ataúd lo más horizontal posible cuando bajamos las empinadas escaleras. Beatriz y el Conservador sostienen el ataúd por

encima de sus cabezas mientras yo avanzo agachado manteniendo el fondo a pocos centímetros de los escalones, con la muleta a rastras, repiqueteando por cada peldaño.

En todo momento estoy preparado para que nos topemos con un guarda, o aún peor: con Hassan y Esteban.

Dentro de la esclusa de seguridad, la sirena no supone más que una distante irritación del oído. Beatriz pasa el iris por el escáner y aguarda a la luz verde.

Nada.

—¿Nos pueden encerrar aquí en la esclusa? —pregunto.

—Por supuesto —dice Beatriz—. Todo el sistema se controla desde la central de los guardas.

—Siempre tarda un poco —dice el Conservador.

Un poco...

En ese momento, por fin se enciende la bombilla. Beatriz introduce el código, escuchamos el zumbido de los motores eléctricos que abren los pernos del cerrojo y salimos al pasillo del sótano.

Con el ataúd a cuestas nos apresuramos a bajar por el pasillo. Uno de los tubos de neón ha empezado a parpadear y nuestros zapatos retumban contra el suelo. Noto el pulso en el oído.

En el momento en que el Conservador posa la mano sobre el pomo y abre la puerta del garaje, me imagino un escuadrón listo para disparar, pero el garaje está vacío y huele levemente a diésel y aceite de motores. Bajo el techo, resuena una anticuada campana de alarma, como la que anunciaba el recreo en el colegio cuando yo era pequeño.

Llevamos el ataúd a la furgoneta con el logo de Coca-Cola y Beatriz abre la puerta trasera.

### 3

Hassan nos aguarda en uno de los asientos abatibles de la parte trasera de la furgoneta.

Su rostro carece de expresión: recuerda al director de una filial de un banco en alguna ciudad de provincias extranjera, alejada de toda gran vía de comunicación. Uno de esos directores que, con formalidad y remitiéndose a una normativa sobre la necesidad de formularios sellados y firmados por las autoridades financieras de ambos países, se niega a darte permiso para hacer la transferencia de ese dinero que necesitas tan desesperadamente.

Incluso en la penumbra del coche su brillante calva relumbra. El bigote es tupido y está recién cortado. Lleva puesta una camisa blanca, una corbata azul y un traje gris azulado recién planchado.

El Conservador, Beatriz y yo nos quedamos paralizados sin decir ni una palabra.

Miramos fijamente a Hassan y esperamos todo aquello que sabemos que va a llegar. Aprieto la mano en torno al asa de oro del ataúd.

No está armado. Es tan gigantesco que no necesita pensar en bagatelas como las armas de fuego. Está acostumbrado a que las cosas salgan como él quiere. Hay algo en su tamaño que le hace parecer completamente invencible e invulnerable.

Pero no lo es.

4

Al principio no entiendo de dónde sale el disparo. El estallido es agudo y fuerte y provoca un vasto eco entre las paredes de hormigón. Beatriz y yo pegamos un respingo.

El rostro de Hassan adquiere una expresión boquiabierta y retorcida y, sobre su camisa blanca y la chaqueta gris azulada, va apareciendo una rosa roja cada vez más grande.

Gorgotea; una espuma rojiza asoma por la comisura de sus labios.

Cae al suelo de la furgoneta con un pesado golpe, y el asiento abatible golpea la pared.

El Conservador saca la mano del bolsillo y sostiene la pistola que le había dado Beatriz. Sale humo de un agujero chamuscado de su chaqueta.

—He tenido que hacerlo —dice.

Dejamos el ataúd sobre el suelo del garaje e intentamos sacar a Hassan de la furgoneta, pero pesa demasiado. A pesar de que los tres intentamos empujarlo y tirar de él, no se mueve un ápice.

—¡No tenemos tiempo para esto! —dice Beatriz.

Así que lo dejamos ahí tirado.

—No tenía elección —dice el Conservador. Luego añade con más insistencia—: ¿Verdad? No tenía elección.

—No tenías elección —le aseguramos Beatriz y yo a coro.

Metemos el ataúd en el coche y lo colocamos dentro de la caja de madera, antes de rodearlo de serrín y plástico de burbujas.

Miro a todas partes, menos en dirección a Hassan, pero es tan grande que resulta difícil evitarlo.

—No tenía elección —murmura el Conservador.

# La huida

## 1

Beatriz sale de la furgoneta, la rodea corriendo y se sienta tras el volante. Al Conservador y a mí no nos queda más remedio que pasar por encima de Hassan para conseguir sentarnos en los asientos abatibles. La rodilla se me mancha de sangre.

Beatriz abre la puerta del garaje con un mando a distancia y acelera entre las filas de coches y las columnas de basto hormigón armado. La rejilla suelta de un desagüe resuena escandalosamente cuando pasamos por encima. Hasta este momento no caigo en la cuenta de que me he dejado una de las muletas. En fin...

Las ruedas rechinan contra el suelo del garaje en el momento en que gira. Un poco antes de subir por la empinada rampa se ve obligada a frenar. Salimos a un patio trasero abierto desde el que tomamos un camino de gravilla que atraviesa el parque.

—Llevamos medio minuto de retraso con respecto al plan —dice el Conservador.

Beatriz aumenta la velocidad y la gravilla y las piedrecillas golpean el coche.

—Es muy extraño —dice Beatriz.

—¿El qué?

—Si Hassan sabía cuáles eran nuestros planes, Esteban también tiene que estar al corriente. Pero ¿dónde está? ¿Por qué no nos detiene?

Esta parte del parque no está iluminada. Millones de insectos pasan ante la luz de los faros del coche. Beatriz avanza a toda velocidad. Los oscuros troncos de los árboles forman una pared negra al otro lado de las ventanillas. Un animalillo —un conejo o una ardilla— ha salido al camino y se queda petrificado en el abrazo mortal de los faros delanteros. Un segundo antes de que lo arrollemos, se lanza hacia el bosque.

Beatriz agarra el volante con tanta fuerza que los nudillos se le están poniendo blancos.

Entre los árboles vislumbramos las farolas del aparcamiento del puesto de los guardas de la puerta del oeste. El Conservador y yo corremos las cortinas que separan la cabina del conductor de la parte trasera de la furgoneta.

Beatriz frena y baja la ventanilla. El guarda le pregunta algo. Sólo entiendo la palabra «Coca-Cola». Beatriz responde y el guarda se echa a reír. Hablan español, así que no entiendo lo que dicen. La puerta doble chirría cuando un motor la abre. Beatriz dice algo más y se echa a reír.

—¡Sí, sí, sí! —dice el guarda entre carcajadas.

—Bueno, Carlos —dice Beatriz—, buenas noches.

En ese mismo momento se dispara la alarma central.



La expresión, sin embargo, se queda corta: la escandalera y el estruendo pueden fácilmente llevarte a pensar que ha estallado la tercera guerra mundial. Una sirena que suena como una mezcla entre una alarma aérea y la chimenea de un superpetrolero estalla con tal volumen que necesariamente ha de despertar a todo el mundo en la República Dominicana, Haití, Puerto Rico, Jamaica y el sureste de Cuba.

A través de las ventanas traseras veo que el Palacio Miércoles y el parque se iluminan como un complejo hotelero de Dubai.

Las puertas se detienen en seco y empiezan a cerrarse automáticamente.

Beatriz acelera, la furgoneta sale disparada y se queda atascada entre las dos puertas, que rozan contra la carrocería.

El guarda aporrea frenéticamente la puerta de la furgoneta.

—Deteneos. ¿Qué está pasando? ¡Deteneos!

Con el chirrido del metal que se desgarran, la puerta nos suelta.

Hemos salido.

## 2

El camino de entrada del oeste, que sale de la avenida y conduce al puesto de los guardas, está enmarcado por muros bajos y mimosas que trepan por las verjas. Bajamos a la avenida a toda velocidad. Beatriz no mira y sale disparada como una flecha. Un Mercedes gris pega un frenazo y se queda atravesado en la calle. El conductor nos pita furiosamente.

Beatriz acelera y la furgoneta de Coca-Cola alcanza los ciento veinte kilómetros por hora.

—La gente debe de pensar que vamos a socorrer a personas muy sedientas — comenta el Conservador.

Afortunadamente apenas hay coches a esta hora de la noche. En la parte central de la avenida crecen árboles enormes y a lo largo de la valla del Palacio Miércoles parpadean cientos de luces rojas y naranjas.

En el siguiente cruce torcemos a la derecha y luego rodeamos una esquina. Allí nos espera una furgoneta idéntica a la nuestra, con el logo de Coca-Cola, además de un semitráiler, un Lexus, un Ford Transit y dos Hummers.

Beatriz pega un frenazo y la otra furgoneta de Coca-Cola sale hacia la avenida para continuar en la dirección en la que íbamos nosotros. Con la mirada concentrada, Beatriz sube por la rampa de aluminio y se mete en el remolque del semitráiler. Las puertas del Palacio Miércoles han destrozado los logos de Coca-Cola. Mientras aseguran la furgoneta, Beatriz, el Conservador y yo pasamos corriendo al Lexus. El semitráiler se pone en marcha con una sacudida y una nube negra de humo de diésel. El semitráiler, el Lexus, el Transit y los dos Hummers de la SIS damos una vuelta a la manzana antes de volver a salir a la avenida.

Al cabo de unos pocos cientos de metros, nos cruzamos con la policía y los hombres del Palacio Miércoles. Bajan por la avenida como una legión romana: un Ford Excursion negro, dos Land Rovers y ocho coches de policía con las sirenas sonando y las luces parpadeando. Los dejamos pasar. Al mismo tiempo Beatriz recibe una llamada al móvil. Cuando cuelga dice:

—El avión que había fletado está rodeado por la policía.

—Mierda —digo.

—Al contrario —dice Beatriz—. Están haciendo exactamente lo que había previsto.

Mientras las tropas de Esteban persiguen la otra furgoneta de Coca-Cola y su cuerpo de policía corrupto rodea el avión fletado en el aeropuerto, nuestra pequeña columna gira a la izquierda, da la vuelta en una rotonda y se dirige al puerto.

### 3

Dos minutos más tarde llegamos a la zona del puerto, que me recuerda a una punta de tierra en la desembocadura de un río.

El conductor de Lexus recibe un aviso en el walkie-talkie. Es el del conductor de la furgoneta de Coca-Cola. Nos cuenta que la policía y los guardas de seguridad del Palacio Miércoles están a punto de alcanzarlo, pero se encuentran ya a decenas de kilómetros de la ciudad.

—En la furgoneta no van a encontrar más que catorce sacos de yam y dos barriles de ron casero —nos explica Beatriz—. Además de cincuenta cajas de latas de Coca-Cola.

Pasamos por delante de cobertizos, almacenes, barracones, tanques de petróleo, grúas, una zona de contenedores y unas pilas de algo que parece caña de azúcar, corcho y arena fina para exportación.

—Bien —dice Beatriz—. Hemos llegado.

# Desidéria

## 1

Ante nosotros, amarrada al muelle con tal cantidad de tensas maromas que se diría que la retienen contra su voluntad, nos aguarda Desidéria.

Es una nave estilizada. La torre está iluminada y en la primera cubierta vislumbro las caras de los oficiales que relucen pálidamente bajo la luz de los focos de la nave.

El semitráiler se detiene junto al buque, en paralelo al borde del muelle. El Lexus y el Transit aparcan al lado. Los Hummers se adentran en la sombra que arroja el almacén más cercano.

Salimos del coche. A nuestras espaldas, resuenan las sirenas que han invadido la ciudad. El puerto huele a petróleo, agua salada y exóticas especias. Un pelícano que parece haberse tragado una ballena avanza tambaleándose por un espigón.

Beatriz saca la furgoneta del semitráiler y la acerca a la escalera. Los estibadores ya están atareados cargando las mercancías en el buque. Beatriz quiere que seamos nosotros quienes llevemos las dos cajas con el ataúd y los manuscritos a bordo de la nave y las bajemos al contenedor climatizado.

El Conservador abre la puerta trasera de la furgoneta. De pronto se gira. Sigo su mirada.

## 2

Tres coches negros con los faros apagados avanzan por el muelle.

Se detienen a pocos metros de distancia.

Las puertas se abren.

De los negros coches salen ocho hombres. Reconozco a un par de ellos de haberlos visto en el Palacio Miércoles. A otro lo recuerdo de Islandia. Todos están armados.

Finalmente sale Esteban Rodríguez.

—Me sorprendes, Beatriz —dice.

Con un gesto de hastío vital, se apoya contra la puerta abierta del coche.

Beatriz se encuentra entre su hermano y el Conservador y yo.

—Me admiras —continúa Esteban.

—¡Ahórratelo! —le espeta ella.

—Nunca habría pensado que podías ser tan concienzuda. El avión que has fletado. El buque. Las dos furgonetas. Las maniobras para despistarnos. El modo en que me has engañado con tu encanto falso y tus mentiras. ¡Realmente impresionante!

—Yo siempre te he engañado, Esteban. ¡Siempre!

Suelta la puerta del coche. Paso a paso se va acercando con una sonrisa forzada.

—Siempre ha habido algo especial entre tú y yo, Beatriz.

—Sólo en tu corrompida imaginación.

—¡Beatriz, mujer!

Él le tiende la mano y ella da un paso atrás.

—Ven, hermana. Vuelve conmigo al palacio y estaré dispuesto a olvidar todo esto. Sabes que de todos modos me voy a llevar el ataúd y los escritos, y sabes que no tengo otra opción en lo que respecta a ellos... —dice señalándonos con la cabeza al Conservador y a mí—. Pero tú y yo podemos volver a casa y correr un tupido velo sobre este asunto.

Beatriz aprieta los labios.

—Intento ser razonable —continúa Esteban—. Lo entiendo. Eres una mujer y te dejas llevar por los sentimientos y el idealismo ingenuo. Te perdono todo esto, Beatriz. Vuelve conmigo al palacio.

—Desde que éramos niños has creído que te admiraba, que te amaba. La verdad, Esteban, es que siempre me has repugnado.

—Beatriz...

—Sabes perfectamente por qué. Estás enfermo de la cabeza. Siempre has tenido una cabeza enferma, sólo que tú no lo sabes.

Las lágrimas corren por sus mejillas.

—Acompáñame a casa, querida Beatriz. A casa, en el palacio.

—¡Nunca!

—El palacio es tu sitio. Allí, conmigo. —El rostro y la mirada reflejan los sentimientos que lo atormentan. La voz se le endurece—. Si no vienes por propia voluntad, me obligarás a forzarte, Beatriz. ¿Acaso piensas que no he sabido lo que te traías entre manos? ¿Crees realmente que te voy a dejar marchar con el buque? No soy ningún idiota. Me entero de las cosas. Tengo aquí ocho hombres armados y todos tienen experiencia en la guerra. En los dos Hummers de allí atrás, tienes seis guardaespaldas de la SIS. Supongo que están armados con MP5. ¿Tal vez vosotros tengáis una pistola cada uno? En fin, estáis perdidos. Tus amigos estarán acabados dentro de pocos minutos, pero nadie te va a poner a ti un dedo encima, Beatriz, ya lo sabes. Nunca te haría daño.

El pelícano sobre el espigón se vuelve hacia nosotros. Luego eructa y sigue paseando.

—Sospechaba que registrarías mis cartas —dice Beatriz.

—Tú me conoces tan bien, tortolita...

—Por eso he hecho algunos planes más. —Esteban ladea la cabeza—. Planes que tú no podías controlar, hermano, que era imposible que descubrieras.

Una ráfaga de asombro le cruza la cara.

El pelícano contempla la posibilidad de echarse a volar.

Aparecen como si les hubieran dado una orden invisible. Soldados vestidos de comando. Unos diez o quince que han estado escondidos a bordo del buque, otros diez en los contenedores, cuatro o cinco sobre el tejado del almacén más cercano. Entre su arsenal distingo todo tipo de armas, desde pistolas automáticas y ametralladoras, hasta rifles de precisión.

Esteban se ríe perplejo.

—Me sorprendes, Beatriz, me sorprendes.

El pelícano despliega sus largas alas y se zambulle en el agua con un golpe seco.

Esteban contempla a su hermana con una expresión insondable.

Lentamente se lleva las yemas de los dedos a los labios y le sopla un beso a Beatriz.

### 3

Todo ocurre muy rápido.

Esteban va a coger algo en el bolsillo de su chaqueta y sus hombres, como por un reflejo, alzan sus metralletas.

Pero los soldados de comando son más rápidos.

Se intercambian los disparos. Diez o doce estallidos en la noche.

Esteban se queda de pie, vacila y se derrumba. En un charco de sangre se acurruca como un feto.

Unos calambrazos recorren su cuerpo antes de quedarse inmóvil.

Beatriz inspira con un largo sollozo.

Los ocho guardas de Esteban han muerto. Ninguno alcanzó a disparar.

—Yo tampoco soy ninguna idiota, Esteban —dice Beatriz.

—Beatriz... —susurro.

—Chist. Ahora no.

Uno de los soldados de uniforme se coloca ante ella.

—¡Disculpe! —dice brevemente—. ¿Seguimos adelante con el plan?

—Sí, haced como hemos acordado.

—¿Acordado? —pregunto.

—Vámonos de aquí.

—Pero...

Beatriz me coge las manos.

—No necesitas saber más, Bjørn.

—Es que quiero saber. Ése ha sido siempre mi problema.

Con una risilla, asiente para sus adentros.

—¿Qué va a pasar ahora, Beatriz?

—Nos marchamos.

—Y... ¿esto?

—Los cadáveres, a excepción de Esteban, serán enterrados en un apartado cementerio a cien kilómetros de la ciudad. Esto no ha ocurrido nunca.

—¿Y Esteban?

—Esteban tiene su propio mausoleo, como puedes suponer. En el Palacio Miércoles.

—Pero la policía...

—Ya he arreglado las cosas con la policía.

—¿Cómo...?

—Esta noche el Palacio Miércoles ha sido asaltado, por unos ladrones, unos terroristas, qué sé yo. Mi valeroso hermano ha intentado detenerlos y yo me he salvado en el último momento.

Le dedica una última mirada a su hermano.

—Adiós, Esteban —dice con frialdad.

4

Mientras apilan los cadáveres en los Hummers, nosotros trasladamos las dos cajas con la momia y los manuscritos a bordo de la nave. Sin más contemplaciones, los estibadores agarran la pila de maletas y bolsas de Beatriz, que están en el Ford Transit.

Todo sucede con rapidez y efectividad.

Alguien me coge del brazo y me ayuda a cruzar la escalera y subir a bordo del buque.

La tripulación suelta amarras. Desidéria dirige la proa hacia el mar.

5

Media hora más tarde salgo a cubierta y apoyo los codos contra la borda, mientras Desidéria se dirige hacia el sureste. El motor resuena rítmicamente y hace vibrar el casco.

Miro por última vez hacia Santo Domingo. En la ciudad distingo la multitud de ventanas iluminadas, los anuncios luminosos y la fila de coches que arrastran tras de sí sus velos rojos.

Arrojo la última muleta por la borda y desaparece como una flecha en las profundidades.

Una puerta se abre y se cierra de un portazo.

Por un momento hay silencio.

—Aquí estás —dice Beatriz con la voz tan baja que apenas la oigo.

Se cubre los brazos con la blusa antes de reclinarse sobre mi hombro. Suena como si llorara. Coloco la mano en torno a su cintura. El buque se mece sobre las olas. Gasas de espuma me humedecen la cara. El aire del mar es fresco y salado. Después de los días que he pasado en la pestilente celda, el mar trae consigo un aroma de esperanza. Permanecemos así, de pie y acurrucados, sin decir una palabra, contemplando la ciudad que cada vez está más lejos y las luces que se tragan la noche y el océano.

# EPÍLOGO

*He abandonado la vida, no se me encontró ninguna falta cuando me presenté ante Osiris y sus jueces. Me encuentro ante ti, tú, señor de los dioses. Me he unido a los muertos, al país de aquellos con quien se ha hecho justicia. Llego al país de los que descansan en el horizonte, me aproximo a la puerta sagrada.*

*Libro egipcio de los muertos*

*Y llegarán los tiempos en que los CUSTODIOS llevarán a EL DIVINO de vuelta a su lugar de descanso, bajo el sol sagrado, en el aire sagrado, bajo los peñascos sagrados.*

*Asim*

The New York Times

LONDRES (Reuters): La momia, supuestamente del cuerpo del Moisés bíblico, y los manuscritos originales en papiro que se afirma que contienen el sexto libro de Moisés, fueron entregados hoy a las autoridades egipcias.

El grupo de científicos internacionales que investigará la momia y el antiguo texto empezarán a trabajar el lunes.

Al parecer, el hallazgo ha sido posible gracias al descubrimiento de varias cámaras mortuorias en Noruega e Islandia, pero está menos clara la relación entre los hallazgos arqueológicos noruegos y los egipcios.

Un portavoz del Vaticano, el cardenal T. K. Bertone, afirma que sólo tienen noticia del hallazgo de la momia y los manuscritos a través de los medios y que dan por sentado que «las heréticas afirmaciones» serán rebatidas próximamente. Según el Vaticano, el Pentateuco, tal y como aparece en la Biblia, «nos fue dado por Dios».

El Vaticano

Año 2007

—¿Qué quieren decir cuando afirman que el Vaticano tiene en su poder una copia de este... manuscrito..., cardenal obispo?



Ante la ira del Papa, el cardenal obispo empezó a jugar nerviosamente con la gran cruz que llevaba colgada de la cadena de oro.

—Santo Padre —dijo—, nuestros predecesores confiscaron la copia en copto que el sumo sacerdote Asim hizo del manuscrito, allá por el siglo XI. Así que cuando, quinientos años más tarde, la momia y el texto original aparecieron en Santo Domingo, el papa Julio II y el cardenal obispo Castagna pensaron que lo mejor era que continuaran allí.

El cardenal obispo tendió al Papa un documento empalidecido con el acta de la reunión entre Julio II y Castagna.

—Pero ¿por qué? —preguntó el Papa.

—Supongo que no querían generar inseguridad, Su Santidad.

El Papa miró fijamente al cardenal obispo con una mezcla de asombro y enfado.

—Y esto se ha mantenido en secreto...

—¡Por supuesto, Santo Padre!

—¿... Incluso para los papas que sucedieron a Julio II?

—Algunas cosas, Su Santidad, es mejor que las manejen sus humildes subordinados, sin que Su Santidad se vea involucrado por su conocimiento.

Corriere della Sera

WASHINGTON, D.C. (Reuters): La mayor colección privada del mundo de libros, documentos, cartas y mapas ha sido donada a The Library of the Congress.

La colección del Palacio Miércoles en Santo Domingo —que consiste en varios millones de títulos—, se ha puesto a disposición del público en la estela del asesinato no resuelto de Esteban Rodríguez y el descubrimiento de la así llamada momia de Moisés y los manuscritos originales de los libros de Moisés.

Según el conservador en jefe de la Biblioteca del Congreso, Tommy Manning, la donación tiene un valor histórico-cultural incalculable.

El País

EL CAIRO, Egipto (AP): Los líderes estatales de más de cincuenta países estarán presentes cuando la denominada momia de Moisés sea devuelta mañana a su cámara funeraria originaria, a las afueras de la ciudad de Luxor. El presidente de Egipto presidirá la ceremonia.

La momia, de más de tres mil años de antigüedad, permanecerá allí hasta que se decida si la cámara mortuoria se abrirá al público o si se va a construir un monumento propio para el cuerpo, ya sea en Luxor, en El Cairo o en Jerusalén.

Ni las autoridades egipcias ni los líderes religiosos se han pronunciado aún sobre si la momia, en el futuro, descansará sobre un lit de parade.

Ningún representante del Vaticano ni de las organizaciones judías estará presente en la ceremonia de mañana. También los imanes islámicos más destacados boicotarán el acto.

Según un portavoz del Vaticano, el Papa no reconoce que la momia sea la del Moisés del Antiguo Testamento. En una bula papal se dice además que los manuscritos bíblicos son «falsificaciones centenarias creadas por paganos para extender la duda y herejía».

El portavoz afirma que al Vaticano no le cabe duda de que el grupo de investigadores designado no tardará en desenmascarar lo que denominan un «fraude malintencionado y herético».

Egipto  
Año 2007

La noche que la momia fue trasladada a hombros a su cámara mortuoria original los haces de luz de los focos acariciaban el cielo estrellado.

La ceremonia fue retransmitida en directo por televisión a todo el mundo. Una imponente serie de artistas actuó en el escenario provisional que se construyó a los pies del Templo de Amón Ra.

En algunas de las fotografías de la tribuna, los telespectadores podían distinguir a un hombre pálido y de pelo blanco, con unas gruesas gafas de sol, sentado entre una mujer de mediana edad con cascadas de alegres rizos y un escuálido anciano de nariz aguileña.

Bjørn, Beatriz y el Conservador eran los invitados de honor. Se habían tomado unos días libres del Instituto Schimmer, donde apoyaban al grupo de investigadores que trabajaban en la restauración y traducción de los antiquísimos textos en papiro.

Aquella misma mañana, en el hotel de Luxor, Bjørn le había escrito un correo electrónico a Thrainn, Terje, Øyvind, Laura y todos los que le habían prestado ayuda. «Queridos amigos —decía el correo—, tal vez suene un poco pomposo, pero esta noche se cumplirá por fin la promesa que hicieron los custodios hace mil años. Somos los últimos custodios, colegas. El trabajo está terminado.»

La ceremonia se cerró en torno a medianoche con fuegos artificiales. Miles de cohetes fueron lanzados al cielo y explotaron en cegadoras llamaradas, alegres colores y una relumbrante llovizna de plata. Una paloma blanca emprendió el vuelo desde su nido en lo alto de los peñascos y echó a volar hacia el oscuro silencio del desierto, pero eso no lo vio nadie.



Del sexto libro de Moisés

Y cuando Moisés hubo conducido a los israelitas fuera de Egipto y les hubo enseñado el camino hacia Canaán, tal y como le había ordenado el Señor, retornó con el faraón.

Le aguardaban en el palacio el faraón, los hechiceros, los sumos sacerdotes y la corte.

Y Moisés cayó de rodillas y dijo:

—¡El Señor me ordenó que sacara de Egipto al pueblo de Israel, tribu por tribu! Y eso he hecho.

Dijo el faraón:

—¡Pero a mí, a tu padre, lo has traicionado!

Y entonces dijo Moisés:

—Lo que me ordenó el Dios de Israel lo he cumplido.

Entonces el rey de los egipcios se enfureció y dijo:

—¡Me has traicionado a mí, a tu pueblo y a tu reino, y tu sentencia es la muerte!

Y Moisés dijo:

—Así rezan las palabras del rey.

Al ser Moisés de estirpe real, le permitieron elegir el modo de morir, y Moisés escogió una mezcla de veneno, miel y vino.

Se lo llevaron fuera de la presencia del faraón, a una de las cámaras del palacio, y allí le dieron un cáliz lleno de veneno, miel y vino.

Y mira, una paloma pasó volando y arrojó su sombra sobre la cámara.

Entonces Moisés vació el cáliz y, mientras aguardaba a que el veneno le paralizara el corazón, dijo:

—El templo más sagrado lo encontrarás en tu propio corazón. Cuando rezas al Señor tu Dios, Él y tú sois uno. Él siempre está contigo y en ti, y tú has de encontrarlo en ti, porque tú y el Señor sois uno, tal y como Él es uno con todo lo que ha creado y con el Dios verdadero de Barbelo. No buscarás el paraíso, porque ya lo has encontrado, y está en ti.

Y entonces se derrumbó.

Así murió Moisés, el servidor del Señor, allá, en el palacio del faraón. Y lo enterraron en secreto en una cámara mortuoria junto al río. Y en la cámara mortuoria, Moisés descansará eternamente, porque hasta el día de hoy nadie sabe dónde está su sepulcro.

Dios no tiene religión.

Mahatma Gandhi

# AGRADECIMIENTOS

Han sido muchos los expertos que, de buen grado y dispuestos a ayudarme, aunque probablemente también con una cierta preocupación reprimida, han seguido mis estragos en sus campos de investigación. Quisiera dar las gracias a todos aquellos que me han ayudado con sus buenos consejos, sus sugerencias y gran cantidad de información. Yo soy el único responsable de los errores que hayan podido aparecer y, evidentemente, de todas las elucubraciones y fantasías que surgen de la realidad histórica y de las teorías históricas y teológicas sobre las que se basa esta ficción. Tal vez sea necesario recordar que *Los custodios del Testamento* es una novela en la que me he tomado ciertas libertades. Tanto el contexto histórico como las teorías teológicas han sido adaptadas a la realidad ficticia del libro y ninguno de mis informantes ni de mis fuentes tienen la menor responsabilidad sobre el modo en que he utilizado los retazos de información con los que me han apoyado. Como cualquier otra novela que se sitúe en la zona gris entre los hechos y la fantasía, *Los custodios del Testamento* es únicamente un juego de la imaginación; un juego que empieza allí donde termina la realidad y la ciencia.

Quisiera expresar mi agradecimiento a mi editor Øyvind Pharo, de Aschehoug, y a Alexander Opsal y Eva Kuløy, de Aschehoug Agency, por haber contribuido, con sus sugerencias y su minuciosidad, a que la novela llegara a buen puerto.

Gracias también a mi amigo y colega islandés Thrainn Berthelsson, escritor y director de cine, que ha sido mi valeroso cómplice. Gracias al catedrático Gisli Sigurdsson del Instituto Árni Magnússon, por haberme abierto las puertas de su cámara acorazada de manuscritos centenarios y por haber respondido pacientemente a todas mis preguntas. Gracias al párroco Geir Waage de Reykholt por haberme mostrado los antiguos lugares en los que vivió Snorre. Gracias a los escritores Harald Sommerfeldt Boehlke, Bodvar Schjelderup y Einar Birgisson por sus aportaciones sobre la geometría sagrada. Gracias al catedrático de teología Terje Stordalen, de la Facultad de Teología de la Universidad de Oslo, y al arquitecto y experto en iglesias medievales de madera Jørgen H. Jensenius. Gracias al catedrático Michael Brett, experto en historia del norte de África, en defensa egipcia y en la época fatimí, de The School of Oriental and African Studies, University of London. Gracias al Secretary General Luca Carboni, del archivo secreto del Vaticano y al Reference Librarian Thomas Mann de la Library of the Congress en Estados Unidos.

Muchas otras personas se merecen mi agradecimiento por sus aportaciones, mayores y menores, en forma de información, sugerencias y apoyo: gracias a May Grethe Lerum, Arnt Stefansen, Bjørn Are Davidsen, Jørn Lier Horst, Vegard Egeland, Knut Lindh, Fredrik Graesvik, Knut Andreas Skogstad, Davy Wathne, Kjell Øvre Helland, Viggo Slettevold, Øyvind Egaas y Astri Egeland. Gracias a Gunn Haaland y

K. Jonas Nordby de la Universidad de Oslo, al comisario de policía Lars Smestadmoen, al arqueólogo Jan Bill del Museo Vikingo de Roskilde y a la catedrática Doris Behrens-Abouseif de la University of London. Gracias a mi editor islandés Jóhann Páll Valdimarsson, a Thora Sigridur Ingolfsdottir y a todos los demás de la editorial JPV, gracias a mi editora italiana Elisabetta Sgarbi de Bompiani y a sus colegas Beatrice Gatti y Valeria Frasca. Y gracias a los expertos de las Autoridades de Patrimonio, al Fabricero de la iglesia de Ringebu, del Instituto Cartográfico Nacional, de la Central de Estadística y de la Universidad de Oslo.

Gracias a mi muy paciente familia y a mi mujer, se Myhrvold Egeland, que no es sólo una lectora y consejera sincera, sino que soporta miles y miles de horas de Rodríguez literaria.

Y, finalmente, guau a Teddy por su compañía.

# BIBLIOGRAFÍA

Ningún libro surge sin el amparo de otros libros. En el trabajo con Los custodios del Testamento me han sido de especial utilidad las siguientes fuentes:

AARTUN, Kjell, Runer i kulturhistorisk sammenheng, Pax, Oslo, 1994.

ALNÆS, Karsten, Historien om Norge, Gyldendal, 1996.

BOWKER, John, The Complete Bible Handbook, Dorling Kindersley, Nueva York, 1998.

—, God: A Brief History, Dorling Kindersley, Nueva York, 2004.

DODSON, Aidan y Dyan HILTON, The Complete Royal Families of Ancient Egypt, Thames & Hudson, 2004. [Versión castellana: Las familias reales del Antiguo Egipto, Oberón, Madrid, 2005.]

El libro egipcio de los muertos, EDAF, Madrid, 2003.

ELLIOTT FRIEDMAN, Richard, Who Wrote the Bible, Summit Books, 1987/1997. [Versión castellana: ¿Quién escribió la Biblia?, Martínez Roca, Barcelona, 1988.]

FINKELSTEIN, Israel y Neil ASHER SILBERMAN, The Bible Unearthed — Archaeology's new Vision of Ancient Israel and the Origin of its Sacred Texts, Touchstone, 2001. [Versión castellana: La Biblia desenterrada: una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados, Siglo XXI de España, Madrid, 2005.]

GAMBRO, Roland, Djevelens livshistorie, Ex Libris, Oslo, 1990.

GRAHAM-CAMPBELL, James, The Viking World, Frances Lincoln, 1980/2001.

GUNNAR BIRGISSON, Einar, Egyptian influence and sacred geometry in ancient and medieval Scandinavia, editorial propia, Islandia, 2002.

HAAGENSEN, Erling y Henry LINCOLN, The Templar's Secret Island, The Windrush Press, 2000.

HAUKEN, Aage, Teologene som skapte Det gamle testamente, Land og kirke/Gyldendal, Oslo, 1980.

HAYWOOD, John, Historical Atlas of the Vikings, Penguin, 1995.

HODDING CARTER, W., A Viking Voyage, Ballantine Books, 2000.

INGSTAD, Helge, Vesterveg til Vinland, Gyldendal, 1965.

KELLER, Werner, Men Bibelen hadde rett, Dreyer, 1955. [Versión castellana: Y la Biblia tenía razón, Folio, Barcelona, 2006.]

LINDH, Knut, Leiv Eriksson — Oppdagelsen av Amerika, Fahrenheit/Pantagruel, 2000.

MURDOCH, David, Tutankhamun: The Life and Death of a Pharaoh, Nueva York, DK Discoveries, 1998. [Versión castellana: Tutankhamón, vida y muerte de un Faraón, Ediciones SM, Boadilla del Monte, 1999.]

- MYKLAND, Knut (ed.), Norges historie, Cappelen, 1976.
- MYKLEBUST, Morten, Olav — viking og helgen, Fantasi-Fabrikken, 1997.
- OSMAN, Ahmed: Moses and Akhenaten — The Secret History of Egypt at the Time of the Exodus, Bear & Company, 1990-2002.
- PHILLIPS, Graham, The Moses Legacy. The Evidence of History, Sidgwick & Jackson, 2002.
- PRYTZ, Kåre, Vestover før Columbus, Aschehoug, 1990.
- ROAR LANGSLET, Lars, Olav del hellige, Gyldendal, 1995.
- ROHL, David, A Test of Time — The Bible from myth to History, Century, 1995.
- SCHJELDERUP, Bodvar, Loggbok for en helgen, Genesis Forlag, Oslo, 1997.
- , Paktens tegn og den femte tavlen, Periscope Vision, Oslo, 2004.
- SIGURDSSON, Gisli y Vésteinn ÓLASON: The Manuscripts of Iceland, Árni Magnússon, Institute in Iceland, 2004.
- SINGH, Simon, The Code Book: The Science of Secrecy from Ancient Egypt to Quantum Cryptography. Anchor, 2000. [Versión castellana: Los códigos secreto: el arte y la ciencia de la criptografía, desde el antiguo Egipto a la era Internet, Círculo de Lectores, Barcelona, 2000.]
- SOMMERFELDT BOEHLKE, Harald: Det norskepentagram, Eutopia Forlag, Tvedestrand, 2005.
- SPURKLAND, Terje, I begynnelsen var futhark — norske runer og runeinnskrifter, LNU y Cappelen Akademisk Forlag, 2001.
- STURLUSON, Snorre, Norges kongesagaer, Gyldendal, 1979. [Versión castellana: Los primitivos reyes de Noruega, Espasa Calpe, Buenos Aires, 1944.]
- VALEBROKK, Eva y Thomas THIIIS-EVENSEN, De utrolige stavkirkene, Boksenteret, 1993.

# Notas

[1] El manuscrito original se encuentra en la biblioteca del Palacio Miércoles, con el número de catálogo 1432-KJ-sjs-31.

[2] Gibraltar

[3] Africa

[4] Santificado seas, Olav, nuestro buen rey / la espada de Cristo blandiste fiel e implacable / valeroso rey, honrado seas sagrado santo / descansa eternamente ante el rostro del Dios, / Cristo Blanco Osiris Odín, tú, rey de reyes.

[4] Kraken

[5] Deuteronomio, capítulo 34, versos 5-7.

[6] Números, capítulo 12, verso 3.

[7] Génesis, capítulo 1, versos 1-2.

[8] Génesis, capítulo 2, versos 4-7.

[9] Éxodo, capítulo 1, verso 11.

[10] Éxodo, capítulo 2, versos 3-10.

[11] Éxodo, capítulo 1, verso 12.